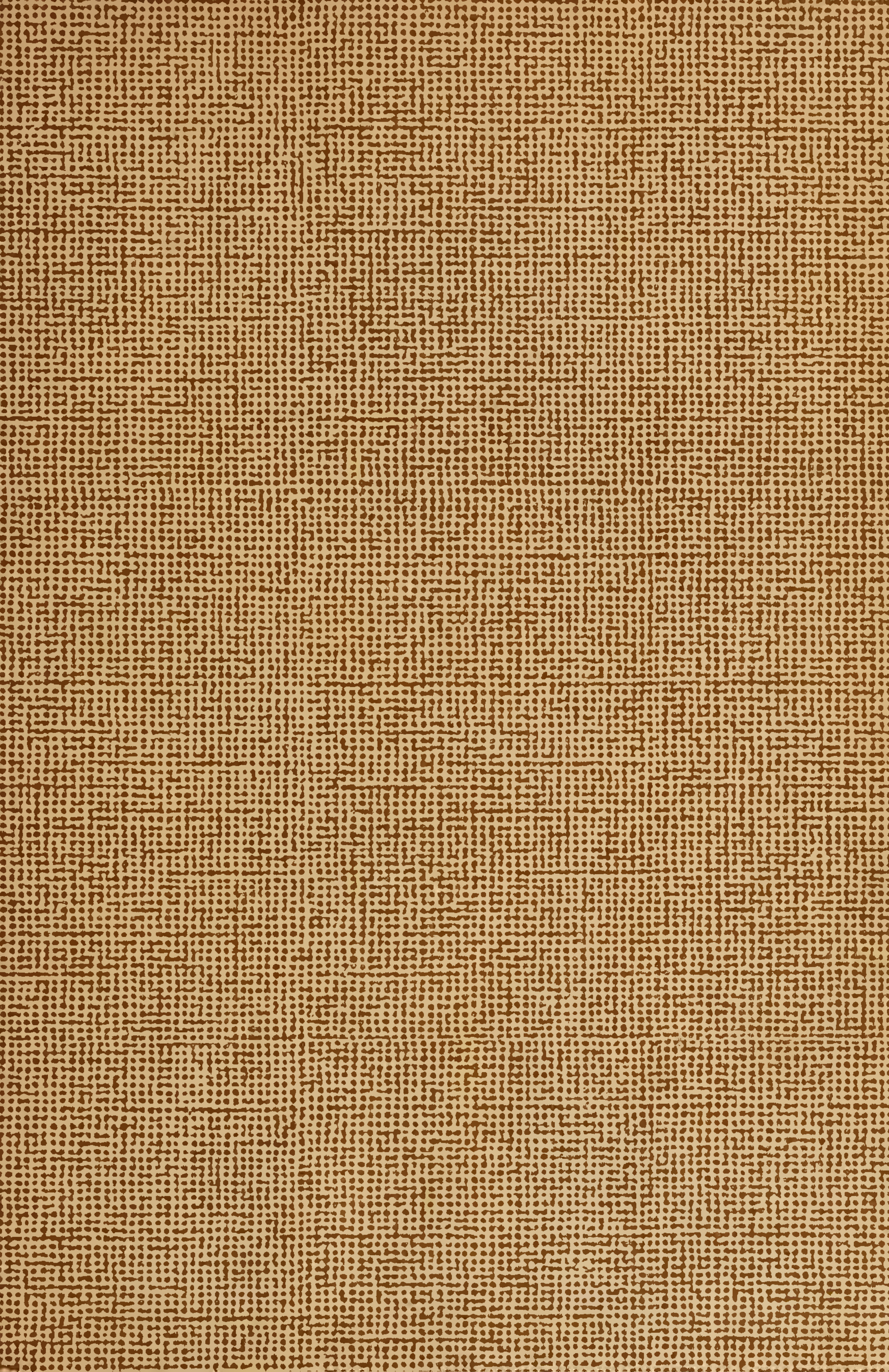








COLECCION DE LIBROS
Y DOCUMENTOS REFERENTES A LA
HISTORIA DEL PERU
TOMO 8 (2a. Serie)

HISTORIA de los INCAS
Y
CONQUISTA DEL PERU

I. Suma y Narración de los Incas por Juan Diez de Betanzos
II. Relación de la Conquista del Perú por Miguel de Estete
(CRONICAS DE 1533 A 1552)

ANOTACIONES Y CONCORDANCIAS CON LAS CRONICAS DE INDIAS

POR
HORACIO H. URTEAGA
Miembro de Número del Instituto Histórico del Perú y Correspondiente de la Real Academia de la Historia de Madrid

NOTAS BIOGRAFICAS DE ESTETE Y BETATZOS

POR
DOMINGO ANGULO
Miembro de Número del Instituto Histórico del Perú y Correspondiente de la Real Academia de la Historia

LIMA
IMPRENTA Y LIBRERIA SANMARTI Y Ca.
MCMXXIV



COLECCION DE LIBROS
Y DOCUMENTOS REFERENTES A LA
HISTORIA DEL PERU
TOMO 8 (2a. Serie)

HISTORIA de los INCAS
Y
CONQUISTA DEL PERU

I. Suma y Narración de los Incas por Juan Diez de Betanzos
II. Relación de la Conquista del Perú por Miguel de Estete

(CRONICAS DE 1533 A 1552)

ANOTACIONES Y CONCORDANCIAS CON LAS CRONICAS DE INDIAS

POR
HORACIO H. URTEAGA
Miembro de Número del Instituto Histórico del Perú y Correspondiente de la Real Academia de la Historia de Madrid

NOTAS BIOGRAFICAS DE ESTETE Y BETATZOS

POR
DOMINGO ANGULO
Miembro de Número del Instituto Histórico del Perú y Correspondiente de la Real Academia de la Historia

LIMA
IMPRENTA Y LIBRERIA SANMARTI Y Ca.
MCMXXIV

COLECCION

DE

LIBROS Y DOCUMENTOS

REFERENTES A LA

HISTORIA DEL PERU

SEGUNDA SERIE

TOMO VIII

NOTA EDITORIAL

El Pbro. Domingo Angulo es, desde el presente volumen, quien tiene a su cargo la redacción de las biografías de los autores cuyas obras se incluyan en esta Colección.

Se advierte, además, que en la Relación *de Miguel de Estete las notas signadas con números son de D. Carlos M. Larrea y las que se señalan con letras son de D. Horacio H. Urteaga.*

INDICE

PREÁMBULO

Sale a luz, después de largo plazo, el tomo VIII de la Segunda Serie de la «Colección de Libros y Documentos referentes a la Historia del Perú». *La demora en su aparición no ha dependido de mi voluntad; dificultades de todo orden han puesto a prueba mi perseverancia de vencer en la tarea de propagación y conocimiento de las fuentes históricas de mi patria. Hoy, lleno mi propósito con éxito, pues el libro que ofrezco contiene dos fuentes históricas de valor insuperable: una, la* «Relación de la Conquista del Perú», *escrita por Miguel de Estete, compañero de don Francisco Pizarro; la otra, la* «Suma y Narración de los Incas» *compuesta, a instancias de un Virrey, por Juan Diez de Betanzos. La relación de Estete, no ha sido conocida hasta el año de 1901 en que apareció el facsimilar de sus hojas y la versión impresa, y anotada, en el «Boletín de Estudios Históricos Americanos» de Quito, publicación importantísima,*

hoy llamada «Boletín de la Academia de la Historia». El hallazgo del valioso documento se debió al infatigable celo del sabio americanista ecuatoriano, señor Jacinto Jijon y Caamaño, quien encontró el documento en el Archivo de Indias de Sevilla, en la sección llamada de Patronato. *Las notas ilustrativas de la Relación corrieron a cargo del inteligente historiografo señor Carlos M. Larrea, el que ha tenido la gentileza de permitirnos verificar la reproducción de sus valiosos comentarios* (1).

La Relación de Estete es de una importancia capital para el conocimiento de la Historia de la conquista, no solamente por la multitud de datos y noticias que trae de los sucesos de aquella época, sino por la escrupulosidad del narrador en referirlos con exactitud, por la fidelidad de los cuadros que traza y por el acento imparcial y severo con que juzga y opina sobre los sucesos. El soldado conquistador tenía un alto concepto del valor de la His-

---

(1).—El señor Carlos M. Larrea nos honró con la siguiente comunicación:

Legación del Ecuador.—Washington.—3 de julio de 1923—Lima.

Sr. Dr. Horacio H. Urteaga.—Lima. Muy distinguido señor y amigo: Pido a Ud. perdón por no haber dado respuesta, antes de ahora, a su muy apreciada carta de 26 de Abril. Llegó ésta cuando yo había salido de Quito, y sólo ahora tengo oportunidad de contestarla.

Me honra en alto grado su juicio respecto de las notas y comentarios puestos á la relación de Estete. Ya en otra ocasión manifesté a Ud. que no tenía inconveniente para que incluya ese trabajo en la importantísima colección de documentos que está Ud. publicando; antes por el contrario, debo a Ud. mis agradecimientos por ésta que conceptúo honrosa distinción. Queda, pues, Ud. facultado para reproducir el documento y las notas.

Reiterando a Ud. los sentimientos de mi mayor consideración, quedo siempre su afectísimo servidor y amigo. *Carlos M. Larrea.*

toria, y de la trascendencia que las narraciones tienen, cuando están inspiradas en la verdad y la justicia: una prueba de ello son sus noticias y referencias en la Relación del viaje que hizo con Hernando Pizarro de Cajamarca a Pachacamac, y que he publicado ya en el tomo V de la primera serie de esta Colección.

Algunos fragmentos de la Relación que hoy publico fueron conocidos y aprovechados por Prescott en su «Conquista del Perú», *el americano ilustre los dió a conocer como obra de un anónimo soldado de la conquista, y mucho lamentó no haber podido consultar íntegra la Relación.*

Efectivamente, la narración de Estete contiene tan capitales noticias del Perú en la época de la Conquista, de las escenas de Cajamarca, de la prisión y muerte del Inca, de la descripción de la ciudad y del santuario de Pachacamac, que, al menos con la última, no solo podemos verificar notables rectificaciones históricas, sino que alcanzamos a reconstruir la antigua ciudad en el momento de su mayor esplendor, y cuando el peregrinaje al santuario se había intensificado para consultar al divino oráculo, por las causas que ocacionaban las terribles desgracias del Imperio.

Como la Relación de Estete, la de Juan Diez de Betanzos, conocida con el nombre de «Suma y Narración de los Incas», *es de una capital importancia para el conocimiento de la historia del antiguo Perú. «Era Betanzos, dice Jimenez de la Espa-*

da(1), *de los primeros que habían pasado al Perú, y sus grandes conocimientos en la lengua quichua y su matrimonio con la última manceba del Marqués D. Francisco Pizarro, doña Angelina, hermana de Atahuallpa y madre de D. Francisco, tercer hijo del Marqués, y único que murió sin lejitimar, le procuraron regular hacienda y valimiento y autoridad en el Cuzco, siendo varias veces intérprete y negociador de los tratos con los Incas que vivían alzados y retirados en los Andes, Sayri Tupac y Cusi Tito Yupanqui.» Semejante narrador garantiza el valor de sus testimonios, que efectivamente son considerados por la crítica como los mas valiosos, por sus noticias; los más auténticos, por las fuentes de donde proceden las averiguaciones, y los mas autorizados por la integridad moral del escritor.*

Tal es el contenido del presente volúmen que se halla, además, ilustrado de copiosas notas y comentarios.

Lima, 12 de Abril de 1924.

Horacio H. Urteaga

(1).—En la Introducción de *Tres Relaciones de Antiguedades Peruanas.*

MIGUEL DE ESTETE

Aunque hace apenas cinco años que esta interesantísima *Relación de la Conquista del Perú* vió por vez primera la luz pública, en el «Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos», y merced a la diligencia del reputado americanista Dn. Carlos M. Larrea, quien ha venido con ello a comprometer la gratitud de cuantos consagramos nuestros ocios a la penosa tarea de escrudriñar el pasado colonial de la América latina, sin embargo, la personalidad del autor no era del todo desconocida a los cultivadores de la historia colonial peruana, y menos podían serlo sus esforzadas hazañas, puesto que consta por la autorizada *Relación* de Jerez, que cuando Hernando Pizarro tornó a Cajamarca de su viaje a Pachacamac, cargado con los despojos de aquel opulento santuario de la gentilidad cisandina, «dió al Gobernador la relación que Miguel Estete, Veedor, que con él fué en el viaje, hizo, etc.» (1), relación que el referido cronista acogió y apreció, debidamente, aceptándola sin reservas e insertándola a guisa de apéndice en su *Conquista del Perú*; de suerte, pues, que con tales y con tan recomendables

(1)—Jerez: *Verdadera Relación de la Conquista del Perú.* Col. Urteaga-Romero, tomo V, pág. 76.

antecedentes ya Miguel de Estete no era ni podía ser el personaje anónimo que surge en hora feliz cubierto con el polvo de los siglos, e inesperadamente se revela a la consideración de las gentes; era en realidad el precursor de los cronistas del Perú, aunque nadie antes de ahora se hubiera atrevido a distinguirle con tan honorífico título, acaso en vista del carácter menos histórico de la única relación que de él conocíamos, pues la del viaje de Hernando Pizarro al adoratorio de Pachacamac, más que histórica es geográfico-descriptiva; hoy, empero, que, merced al auxilio de la presente publicación, nos es dado apreciar a ciencia cierta sus innegables cualidades de cronista, y compulsar la veracidad de sus relatos a la luz de narraciones análogas, que ya la crítica tiene debidamente depuradas y deslindadas de ficciones y leyendas, parece que el momento es oportuno para asignarle el lugar que de justicia le corresponde en la galería bio-bibliográfica de nuestros cronistas coloniales, haciéndole copartícipe de las glorias que la posteridad ha tenido a bien discernir a Francisco de Jerez y al Secretario Pedro Sancho, que con él actuaron en la épica jornada de Cajamarca, y que como testigos presenciales nos trasmitieron con escrupulosa fidelidad las legendarias hazañas de los castellanos, y la fabulosa opulencia de aquel viejo imperio que se derrumbaba carcomido por intestinas discordias, y que se derrumbaba sin remedio.

Pero, si bien podemos reivindicar para Miguel de Estete las preeminencias que como cronista le son debidas, y aún el rango de proto-cronista del Perú, no podemos, por desgracia, completar tan benéfica obra llevando a cabo idéntica labor en el terreno biográfico, pues las noticias que de él pudiéramos hallar en las gestas y crónicas de la época son tan insignificantes e inconexas, que a duras penas se podrá esbozar con ellas la fisonomía de este adusto gue-

rrero, que apenas salido de la adolecencia supo tanto de trabajos y de aventuras, como el más aguerrido capitán de los célebres tercios flamencos, y a quien el destino parece que tenía reservado para mancillar con fiera osadía la altiva frente de los hijos del Sol.

Oriundo de uno de aquellos rancios solares de la Rioja, que entroncaban su origen con la reconquista y que sustentaban el lustre de sus blasones en las fabulosas hazañas de remotos hidalgos, vió la luz primera en Sto. Domingo de la Calzada, villa del obispado de Calahorra, corriendo el año de 1507, pues así se deduce de cierta declaración jurada que prestó en la ciudad de los Reyes el 13 de Júnio de 1537, en la información que para acreditar sus méritos y servicios produjeron Dn. Francisco de Ampuero y su mujer Dña. Inés Huaylas ñusta, en la que al responder a las preguntas generales del interrogatorio, dice; «que es de edad de treinta años, poco más o menos, y que no es deudo de ninguna de las partes, etc.» (1).

Siendo ya mozo, las noticias que de la opulencia y riquezas de las Indias corrían por los pueblos y lugares de España, comenzaron a estimular su natural ambición, contribuyendo no poco a acrecentar sus anhelos de fortuna y honores; y así, en su deseo de alcanzar lo que lograban otros muchos de inferior condición, que no poseían las brillantes cualidades de que la naturaleza y el medio social le habían a él dotado tan liberalmente, resolvió abandonar su villa natal y trocar las relativas comodidades que su solar lugareño le proporcionaba por la vida agitada e incierta del aventurero, alistándose al intento en uno

(1).—*Información de méritos y servicios del Capitán Francisco de Ampuero y de Dña. Inés Huaylas Ñusta, su legítima mujer, dada en la ciudad de los Reyes el año de 1537*. MS.

de aquellos tercios que con tanta frecuencia solían reclutar en los reinos de León y de Castilla los capitanes que tenían a su cargo determinadas conquistas o nuevas poblaciones en las Indias, y que a mérito de las capitulaciones que muchos de ellos tenían ajustadas con la Corona, les era permitido sacar de España la gente necesaria para llevar adelante sus respectivas empresas, siempre que en ello interviniese la Casa de la Contratación de Sevilla, que era la llamada a regularizar y fiscalizar las conquistas y colonizaciones que se hacían en las Indias.

Aunque ya se trataba del descubrimiento y conquista del Perú cuando Estete arribó a Tierra Firme, el éxito de aquella expedición era todavía tan incierto y eran tantas las dificultades que se le oponían, que sólo los muy esforzados se aventuraban a arriesgar en ella su vida y caudales; pues, si por las relaciones que dió en Panamá el piloto Pascual de Andagoya, y que Pizarro pudo comprobar desde su primer viaje, se tenían no pocas noticias de la existencia de un poderoso imperio que comenzaba más allá del golfo, y cuyo señor reinaba sobre multitud de provincias no menos ricas que populosas, el resultado de los primeros viajes aún no confirmaba la verdad de aquellos tentadores relatos, antes por el contrario, todo parecía conspirar a desautorizarlos, pues las tierras hasta entonces descubiertas eran paupérrimas e inhabitables, sólo pobladas por indios salvajes que tenían sus guaridas en las copas de los árboles, y que al parecer vivían sin gobierno y en perenne lucha con una naturaleza bravía.

Pero, si la expedición al Perú no parecía ofrecer por entonces mayores probabilidades de éxito a los que se alistasen en ella, de las que acaudillaban el capitán Pedro de los Ríos en el golfo de San Miguel y en las márgenes del río Suegro y el capitán Hernando de la Serna, en la provincia de Totonaga, se podía esperar algún pro-

vecho, no porque en aquellas comarcas abundasen los metales preciosos que la fama atribuía a las ignotas tierras del Perú, sino porque de su densa población indígena bien podían los expedicionarios esperar pingües repartimientos y lograr considerables franquicias, que les compensarían con creces los trabajos que hubiesen de arrostrar en su demanda. Ponderadas, pues, las dificultades y ventajas que de uno u otro partido resultaban, a la postre parece que se inclinó Estete a iniciar su vida aventurera en las conquistas de Tierra Firme, que aunque pobres y de porvenir menos halagüeño comparadas con la del Perú, eran al cabo de más seguro éxito; y así, poco después de su llegada al istmo pasó a la provincia de Nicaragua y comenzó a servir en aquellas entradas con el entusiasmo que su fogosa juventud y sus viejos anhelos de ganar gloria y fortuna comunicaban a su inquieto espíritu.

Entre tanto las cosas del Perú evolucionaban favorablemente. Después de los tempestuosos días que sucedieron al fracaso de los primeros viajes, y que sólo la inquebrantable fé de Pizarro supo sobrellevar, secundada por el legendario heroísmo de los trece de la fama, comenzó a amainar la tormenta y con la calma renacieron las esperanzas, reaccionó la ambición adormida por los desengaños, al desaliento sucedió el entusiasmo, y la fé en un futuro mejor tornó a alentar en el ánimo de aquella gente, que después de haberlo perdido todo volvía animosa y viril a correr tras el ideal soñado. La primera tierra enjuta que encontraron, y que denominaron Coaque, no obstante de ser tan insalubre y mortífera, fué para los expedicionarios un verdadero oasis, y algo así como un signo de rehabilitación, pues cuando la fama de las abundantes esmeraldas que se hallaron en la comarca llegó a Tierra Firme, aquellos que iban siguiendo con cierto interés los

pasos de esta conquista, y que sólo esperaban algún éxito para alistarse en ella, depusieron los temores e incertidumbres que abrigaban, y corrieron a engrosar las filas que el paciente Almagro prevenía en Panamá, y cuyo mayor contingente se reclutaba entre la gente fracasada en Nicaragua y en las demás conquistas del itsmo.

Fué ésta la tercera armada que zarpó para el Perú, y los soldados y capitanes que en ella vinieron fueron los que en realidad llevaron a cabo la conquista del imperio incásico, pues aquella gente fresca y animosa apenas se detuvo en Coaque, y así pudo sustraerse a las fiebres y berrugas que tantos estragos causaran en aquellos desgraciados, que se vieron obligados por el imperio de las circunstancias a acampar indefinidamente en aquella mortífera región.

Es aquí donde Miguel de Estete comienza su feliz actuación al lado de Pizarro y de los próceres de la conquista, y ello bien se colige del propio texto de su relato, donde al narrar las vicisitudes y múltiples incidencias que ocurrieron en el penoso viaje que los expedicionarios siguieron a través de la montuosa provincia de Coaque, rumbo al sur y hácia la isla de la Puná y comarca de Tumbes, lo hace por cuenta propia y como testigo de vista, que interviene y actúa en cuanto narra.

Pero donde verdaderamente comienza a figurar Estete y a acreditarse ante la posteridad como un soldado aguerrido y de singular bravura, digno vástago de aquellos viejos hidalgos montañeses, que así empuñaban la esteva y la azada en sus solitarias heredades, como blandían la lanza y la tizona frente al moro, es en la arriesgada jornada que después de la fundación de San Miguel de Piura emprendieron los castellanos por la tierra adentro con rumbo a Cajamarca, difiriendo inconscientemente a la capciosa invitación que recibie-

ran de Atahuallpa, y guiados más por la ignorancia del medio en que actuaban, que por la fe que tuviesen en su pericia y arrestos militares; pues, sólo se vinieron a dar cuenta cabal de la importancia y poderío del imperio que intentaban subyugar, cuando penetraron al corazón del país y pudieron ahí apreciar su organización y relativa cultura, admirando los magníficos caminos que lo cruzaban, el orden y buena disposición que se advertía en los pueblos, el esmerado cultivo de los campos, la imponente magestad de las fortalezas, la previsora abundancia de los tambos, donde se almacenaban los pertrechos y vituallas, y en fin, el gran concierto que en todo veían, claramente les iba indicando que aquel escenario era muy otro del que ellos solían frecuentar en las entradas y conquistas de Tierra Firme; y de aquí vinieron a adquirir el convencimiento, de que si la divina Providencia no les tendía la mano y lo sacaba con bien de aquella cuita, la aventura había de culminar en dolorosa hecatombe. Para volver atrás era ya tarde, y además, el intentarlo habría sido un error funesto y de irremediables consecuencias, puesto que tan luego como los indios hubiesen entendido que sus huéspedes les temían, al punto se hubiesen vuelto contra ellos y los hubiesen sacrificado sin piedad y sobre seguro, toda vez que no ignoraban el valor estratégicos de los malos pasos de la cordillera; los castellanos desde luego lo comprendieron así, y por eso, sobreponiéndose heroicamente a las afecciones que agitaban su espíritu, se esforzaron en ocultar los temores que abrigaban, y bien cuerdamente cuidaron de disimular la sorpresa que les causaba cuanto veían a su paso, representando así maravillosamente el difícil papel que les imponían las circunstancias de aquel momento, acaso el más crítico en la interesante epopeya de la conquista del Perú, como que vino a decidir de la suerte del imperio

de Atahuallpa, y a poner bajo el cetro del Emperador el más poderoso estado de las Indias.

Aunque de la primera entrevista que los castellanos tuvieron con el Inca, y de la memorable acción que en Cajamarca puso en sus manos el cetro del imperio, los cronistas del Perú y las diversas relaciones de la conquista nos hayan conservado un rico acervo de curiosos e interesantes datos, con todo, bien poco nos dicen de las hazañas individuales de aquellos capitanes y soldados, que con su bizarría y arrojo contribuyeron al feliz éxito de esa empresa, acaso la más audaz que registran los fastos militares del orbe; y ello desde luego es bien sensible, máxime por lo que hace a nuestro intento, pues a Miguel de Estete le cupo en la acción de Cajamarca un rol importantísimo, y casi puede afirmarse que él fué el más genuino intérprete de los planes del Conquistador, de quien siempre se mostró adictísimo partidario y admirador entusiasta, como bien podría comprobarse con el testimonio de los más autorizados cronistas y, si se quiere, con la propia relación que hoy publicamos.

Fué Estete uno de aquellos treinta jinetes que con Hernando Pizarro y con Soto pasaron al campamento del Inca, luego que el grueso de la expedición llegó a Cajamarca, y con los comedimientos debidos a tan poderoso príncipe, le propusieron el mensaje que su jefe le enviaba, y que éste, al decir de algunos cronistas, recibió con afectada serenidad y no poco desden, entendiendo acaso que los castellanos le temían, y que su intento no era otro que el de darse cabal cuenta de su poder, para mejor prevenirse y estar a punto en caso de una sorpresa; y así era efectivamente.

Tornamos luego a encontrar a Estete en la sangrienta refriega que al subsiguiente día anegó en sangre la plaza de Cajamarca, y encontrámosle empeñado en sal-

var el predominio de las armas castellanas, sembrando el terror y la muerte entre los indefensos indios, que atónitos y sobrecogidos del mayor espanto no atinaban a defenderse y solo trataban de huir de aquel general degüello; llegando la osadía de este audaz guerrero a asaltar las andas en que venía el Inca, y a arrancarle con inaudito coraje la borla imperial que adornaba su frente (1), y a no intervenir Pizarro en el momento preciso, hubiérale acaso herido, sin advertir que la venerada persona del monarca indígena sería por entonces para ellos una prenda de inestimable valor, y el más preciado despojo que podían alcanzar; pues, conservándole salvo y guardándole en rehenes, de hecho mantenían en el ánimo de sus consternados súbditos un rayo de esperanza, que contribuiría desde luego a asegurarles el éxito de la victoria que acababan de obtener. Pero no juzguemos por este sólo hecho el carácter de nuestro héroe, ni creamos que su actitud arguye un temperamento cruel y sangunario, cuando en este rasgo sólo se manifiesta la exaltación guerrera del soldado que fluctúa entre la muerte y la victoria, y que en tan apurado trance despliega sus más recónditas energías; a Estete hay que apreciarlo en días más serenos y a la luz de hechos más nobles y, si se quiere, en aquella generosa protesta y enérgico reproche que opuso a Pizarro, no obstante el afecto que por él sentía, cuando al volver al campamento de Cajamarca, después del viaje de exploración que con Hernando de Soto y otros capitanes hizo por las comarcas limítrofes,

(1).—Conservó Estete en su poder esta valiosa prenda de la soberanía incásica, y cuando en 1537 pasó por Huamanga el Inca Sayri-Tupac, en viaje a la ciudad de los Reyes, le obsequió Estete la imperial divisa, que el Inca recibió con demostraciones de satisfacción, aunque algunos cronistas dicen que en ello hubo fingimiento, y se comprende, puesto que Atahuallpa fué el destructor de la real casa del Cuzco.

que los enemigos de Atahuallpa suponían movidas por éste y en pie de guerra, se encontró con la triste nueva de que el Inca había sido ejecutado, casi a espaldas de la justicia y a mérito de un inícuo proceso; entónces, sin poder contener su justa indignación, increpa a su jefe y le dice airado: «Señor, muy mal lo ha fecho vuestra señoría, e fuera justo que fuéramos atendidos para que supierades que es grand trayción la que se levantó a Atabalipa, etc.» (1). Este solo hecho habla muy alto de la probidad de Estete, y sin duda que él bastaría para rehabilitar su memoria y disipar cualquier yerro que como conquistador y como guerrero hubiera podido cometer.

Ya sabemos, que con el cargo oficial de Veedor de la real hacienda acompañó a Hernando Pizarro en su arriesgado viaje al adoratorio de Pachacamac, y que el interesante diario que entonces escribió, apreciado cronológicamente es el documento más antiguo, y acaso el más auténtico de la bibliografía peruana; con minuciosidad escrupulosa nos dá en él una idea clara y precisa del antiguo Perú, de sus gentes, pueblos, caminos, producciones, industrias, etc. de suerte que prácticamente viene a ser como el eslabón que enlaza la civilización incásica con la hispana, permitiéndonos establecer un justo paralelo entre una y otra.

Después de la ejecución del Inca, por el año de 1534, intervino Estete en la fundación de Jauja, y en tanto que Pizarro pasaba al Cuzco y entendía en la fundación de aquella ciudad, él quedó en Andahuaylas con la gente que llevaba consigo Dn. Diego de Almagro, y que en previsión de cualquier sorpresa que los indios pudiesen intentar, se había resuelto acantonar en aquella populosa

(1).—Oviedo: *Historia Natural y Moral de las Indias*, tomo IV, Lib. XLVII, cap. XXII.

provincia; y luego, cuando el capitán Gabriel de Rojas trajo la ingrata noticia de que el Adelantado Dn. Pedro de Alvarado salia de su gobernación de Guatemala con una muy lucida armada, y que venía de su cuenta y riesgo a tomar parte en la conquista del Perú, partió con las tropas de Almagro a San Miguel de Piura, subiendo de allí con ellas a la provincia de Quito, con el propósito de ocuparla militarmente antes de que el intruso tomase posesión de ella, y aún de oponérsele con las armas, si insistía en llevar adelante sus proyectos. En efecto, las tropas del célebre conquistador de Guatemala se avistaron con las de Almagro en las dilatadas llanuras de Riobamba, y ello vino a trastornar los cálculos de Alvarado, quien no esperaba encontrar ocupado ya por las huestes de Pizarro el territorio que había elegido de antemano para teatro de sus futuras hazañas. Hubiérase trabado un combate; más, por fortuna el buen sentido se impuso, pues entendiendo el caudillo guatemalteco que si insistía en su demanda las consecuencias le serían fatales y a la larga le traerían graves dificultades, toda vez que el texto de las capitulaciones que Pizarro tenía celebradas con la Corona era demasiado explícito para prestarse a interpretaciones acomodaticias y antojadizas, optó por entrar en negociaciones con Almagro, ajustando al cabo con él un tratado de concordia, en cuya virtud los conquistadores del Perú tomaban para sí la gente, naves, armas y demás equipos que había traído Alvarado, y como indemnización de los gastos hechos por éste le abonarían cien mil pesos de oro (1). Concluido así el tratado, se firmó la escritura que lo auto-

(1).—No están de acuerdo los cronistas al fijar el monto de la indemnización que recibió Alvarado, pues algunos la hacen ascender a 120.000 pesos de oro, suma considerable para aquel entónces.

rizaba por ante Domingo de la Presa, en 26 de Agosto de 1534, y ya refundidas las tropas de ambos caudillos, a excepción de unos pocos caballeros que prefirieron volverse a Guatemala con su jefe, parte de ellas quedó en la nueva gobernación de Quito, a órdenes de Sebastián de Belaecázar, y el resto bajó con Almagro a San Miguel de Piura, y de ahí por la via de los llanos se dirigió a Pachacamac, donde a la sazón se encontraba Pizarro, acaso esperando el éxito de las negociaciones que su socio llevaba entre manos, y que tan diestramente supo concluir.

Al pasar por el opulento valle del *Chimú* reconocieron los castellanos por primera vez las tierras del Chimo Canchu, cacique que era de los chimús, y viendo los restos que aún quedaban de la cultura y poderío de los primitivos señores de aquella comarca, juzgaron por tan magníficos vestigios que aquella tierra no podía ser sino muy opulenta, y muy a propósito desde luego, para establecerse en ella y poblar una ciudad que de hecho fuese como la metrópoli de toda la región, y la llave de las dilatadas y ricas provincias de allende los Andes. Hubierase detenido Almagro a hacer aquella fundación, más, como le urgiese entrevistarse cuanto antes con Pizarro, y finiquitar las obligaciones contraídas con Alvarado, comisionó a nuestro Miguel de Estete para que reconociese el valle, y en «lugar provechoso y con las calidades convenientes» poblase una villa que se denominaría de Trujillo, «como el Gobernador Dn. Francisco Pizarro lo había mandado» (1).

Estete y los comisionados que con él quedaron reconocieron la tierra, visitaron el pueblo de *Chanchan* o *Canchan*, antigua capital de los chimús, y si no se resol-

(1).—Cieza: *Crónica del Perú*, cap. LI.—Zarate: *Historia del Perú*, tomo II, cap. XII.

vieron a fundar la villa en aquel paraje, fué probablemente porque el tipo y traza de las construcciones ahí existentes, no se adaptaba en manera alguna al orden ya establecido en las nuevas poblaciones españolas de estas Indias; al cabo, y tras no pocas vacilaciones, se determinaron por el sitio que se decía de *Ganda* (1), y ahí con las ceremonias y solemnidades del caso, fijaron el rollo y clavaron la picota en medio de la futura plaza, el 6 de Diciembre de 1534, un mes y doce días ante de que la ciudad de los Reyes se fundase. Con todo, parece que por entonces la fundación de la villa no pasó adelante, pues ni se le dió Cabildo ni se hizo el reparto de tierras y solares, antes parece que se despobló al año siguiente, debido al levantamiento general de los indios, que al hacer un supremo esfuerzo para sacudirse del ominoso yugo extrangero, pusieron en eminente peligro la estabilidad de la colonia, y obligaron a Pizarro a reunir sus diseminadas huestes para conjurar con mejor éxito la tormenta que amenazaba tragarse en un instante el fruto de tantos desvelos, y de tan prolijos afanes.

Por el año siguiente de 1535, cuando ya la conquista del Perú era un hecho incuestionablemente consumado, se resolvió Estete a volver a España, y aunque no consta que llevase comisión oficial alguna, no sería aventurado suponer que Pizarro aprovechase de la ocasión para dar cuenta al Consejo del estado de la conquista y de los éxitos hasta entónces alcanzados, cuya hipótesis en cierta manera se confirma con la *Relación* que hoy publicamos, pues fué dirigida al Supremo Consejo de las Indias, y con el carácter de relación informativa. Llevando consigo el grueso caudal que le cupiera en el reparto de Cajamarca y

(1).— OVIEDO: *Historia Natural y Moral de las Indias, tomo IV,* Lib. XLVI, cap. XVII, pág. 225.

en las correrías subsiguientes (1), se dió a la vela para Panamá, pasando luego a Nombre de Dios y a la Española, donde se entrevistó con el Cronista mayor de las Indias, comunicándole no pocos datos acerca del Perú y de su reciente conquista (2) datos que aquel insigne autor tuvo por muy verídicos y ajustados, insertándolos en su *Historia Natural y Moral* de las Indias.

No parece que nuestro Estete prolongase su estadía en España, puesto que por el año 1537 estaba ya de vuelta en el Perú y avecindado en la ciudad de los Reyes, dentro de cuya traza le cupo un solar y en términos de ella la encomienda de *Pucurucha*, una de las buenas de esta jurisdicción (3). Con todo, su residencia aquí fué bien precaria, pues cuando en 1539 acordó Pizarro fundar y poblar la villa de San Juan de la Frontera en la antigua provincia de Vilcas-huaman, reduciendo al efecto la dilatada jurisdicción de que gozaba la ciudad de los Reyes, no pocos vecinos de ésta pasaron a avecindarse en la nueva villa, y entre ellos Miguel de Estete, quien quiso así trocar las comodidades y distinciones de que disfrutaba en la naciente corte del Perú, por la mayor opulencia que se prometía de las pingues encomiendas que en aquella populosa provincia se iban repartiendo.

(1).— Según el acta oficial del rescate que pagó Atahuallpa a sus vencedores, consta que Estete recibió 362 marcos de plata y 8.980 pesos de oro; sin embargo, el navio San Miguel que lo condujo a España, registró en Sevilla como fortuna de Miguel de Estete 18,000 pesos de oro y 1.650 marcos de plata, lo que prueba que en los posteriores asaltos duplicó y triplicó su fortuna.

(2).— Refiriéndose Oviedo a la relación del viaje a Pachacamac, dice: «y en la verdad a este hidalgo que lo escribió yo le conozco, e tengo por cierto cuanto dice: pero quisiera yo que supiera él decir en que altura e grado estan los pueblos e lugares, que deste camino se han nombrado». — *Historia Natural y Moral de las Indias*, tomo IV, Lib. XLVI.

(3).—Cobo: *Fundación de Lima*, cap. VIII, pág. 47.

La ciudad de San Juan de la Frontera o de la Victoria, fué fundada por Rodrigo Tinoco el 7 de Marzo de 1539, en el paraje que los indios denominaban de *Quinua*, a tres leguas de la actual población de Huamanga o Ayacucho; más, bien poco duró la villa en aquel su primer asiento, pues, como pronto se advirtiese que el sitio era malsano e inaparente para que la fundación creciese y cobrase la importancia a que aspiraban sus pobladores, comenzó a tratar el Cabildo de trasladarla a mejor paraje, y así, de acuerdo con el gobernador Vasco de Guevara, se hizo la traslación al asiento que hoy ocupa en 25 de Abril de 1540. comenzando desde entonces a desarrollarse y a adquirir aquella preponderancia que en el siglo XVII hizo de Huamanga una de las más florecientes poblaciones andinas.

A partir de la fundación de Huamanga y del establecimiento en ella de Miguel de Estete, la personalidad de este insigne conquistador comienza a eclipsarse, pues ni figura su nombre en las contiendas civiles que tan dolorosamente epilogaron el drama de la conquista, ni aparece en las capitulaciones y entradas que con no poca frecuencia autorizaban los Virreyes y Gobernadores, ya por estimular el espíritu de conquista y desviar la ambición de los descontentos, ya para sacudirse de aquella gente maleante que andaba asolando los repartimientos y extorsionando a los míseros indios; pero ni aún en el tráfago de la vida ciudadana, que en los Cabildos y Corregimientos tenía tan fecundo campo, se advierte la actuación del bravo soldado de antaño, siendo así que apenas quedó capitán o conquistador de algún renombre que no tomase parte en la rebelión de Gonzalo Pizarro, ora militando en el campo del rebelde, ora bajo el estandarte real. Sólo en la rebelión de Francisco Hernandez Girón, en 1553, reaparece nuestro Miguel de Estete, aunque fugaz e inciden-

talmente; y es el caso, que habiéndose pronunciado la ciudad de Huamanga por la causa del tirano, luego que levantó la bandera de la rebelión expulsó al Corregidor D. Juan de Ruiz y abrió sus puertas a los alzados; más, como los autores de aquel motín eran pocos y de obscuros antecedentes, pronto se produjo la reacción y la lealtad se impuso; fué entonces que los vecinos más notables de la ciudad, y entre ellos Miguel de Estete, suscribieron una acta, así para justificar el atropello de que se hiciera víctima al Corregidor, como para protestar de la actitud de la Audiencia de los Reyes, que en los postreros días del fugaz gobierno de Dn. Antonio de Mendoza mandara promulgar la real cédula que abolía el servicio de la *mita*, no obstante de que los Cabildos y encomenderos habían ya suplicado de ella y el Virrey con muy buen acuerdo la había mandado reservar para ocasión menos peligrosa y más oportuna.

Casó Estete con Dña. Beatriz de Guevara, hija acaso del Capitán Vasco de Guevara, el segundo y definitivo fundador de Huamanga, y entre otros hijos que de ella hubo, tenemos a Dña. Isabel de Estete y Guevara, quien profesó en el monasterio de la Encarnación de esta ciudad de los Reyes, y en 1574 fundó una capellanía de misas en el convento de Sto. Domingo de Huamanga, en memoria y sufragio de sus progenitores, siguiendo en ello el ejemplo de su padre, quien había dotado en vida otro aniversario semejante en la iglesia matriz de Huamanga.

Aunque ignoramos la fecha en que tuvo lugar el fallecimiento de Miguel de Estete, sabemos que su descendencia no quedó perdida, pues se entroncó con la de los Zárate, cuyo linaje en el Perú procedía del Oidor Dn. Pedro Ortiz de Zárate, uno de los fundadores de la Audiencia de Lima, y de Dña. Isabel de Rivera, hija del conquistador Nicolás de Rivera, el viejo, los que a su vez se entroncaron con la casa de Agüero, una de las más linajudas e ilustres del Perú.

JUAN DIEZ DE BETANZOS

Aunque ya en 1607 el Mtro. Fr. Gregorio García citaba en su *Origen de los Indios del Nuevo Mundo* el manuscrito de Juan de Betanzos, que decía poseer, y añadía que el autor refería en él «muchas cosas curiosas y notables, así de la tierra como de los moradores de ella» (1); y posteriormente León Pinelo en su *Epítome etc.* y Nicolás Antonio en su *Bibliotheca Hispana Nova*, recapitulaban las noticias e indicaciones del referido Mtro. García y traían la colación bibliográfica de la obra, con todo, la publicación que de este olvidado códice hizo en 1880 Dn. Marcos Jimenez de la Espada, cogió de nuevo a muchos eruditos y vino a ser poco menos que una revelación, que parecía tender a fijar nuevos rumbos a las investigaciones de los americanistas, y que si no solucionaba el debatido problema del origen del indio americano, contribuia cuando

---

(1).—«Juan de Betanzos, Conquistador del Perú, a do entró con D. Francisco Pizarro, hizo una *Historia*, por mandado de Dn. Antonio de Mendoza, Virrey de aquel reino, aunque no salió a luz; en la cual escribe el Orígen, Descendencia y sucesión de los Ingas, Reyes del Perú, las guerras y sucesos que tuvieron hasta que entraron los españoles; en cuyo discurso refiere muchas cosas curiosas y notables, así de la tierra, como de los moradores de ella; etc.»—GARCIA: *Orígen de los Indios del Nuevo Mundo*, lib. últ. cap. VII.

menos a consolidar interesantes hipótesis y a solidificar las bases de determinadas teorías.

Desde luego, no fué Betanzos el primer investigador que tratara de escudriñar el ignoto origen del imperio de los Incas, y de desentrañar sus fábulas y mitos, pues cuando él se resolvió a escuchar las ingenuas relaciones de los indios, y a escribir su *Suma y narracion*, ya los quipocamayos habían sido interrogados por Vaca de Castro, y mediante intérpretes más o menos fieles le habían dado la clave de sus memorias y fabulosas tradiciones; ya Dn. Fr. Bartolomé de las Casas, valiéndose de las relaciones que le suministraran los conquistadores vueltos del Perú, había enriquecido con curiosos datos su *Historia Apologética de las Indias*, dedicando no menos que catorce capítulos de ella al origen y gobierno de los indios del Perú (1); ya, en fin, Pedro Cieza de León había adelantado sus investigaciones acerca de la procedencia de las gentes que poblaron estos dilatados reinos, y de los caudillos qué las sujetaron y redujeron a vida civil, transformando las primitivas behetrías y pequeños señoríos en otras tantas provincias de un imperio (2). Pero, si en lo fundamental del relato poco discrepan los unos de los otros, en lo que atañe a la forma nuestro Betanzos se aparta sensiblemente de cuantos en este linaje de investigaciones le precedieron, que si la mayor parte de los cronistas trata de ajustar su narración a las reglas que el género exige, él se dispensa de aquellos clásicos tecnicismos y haciendo caso omiso de los preceptos retóricos, introduce en el discurso a sus propios informantes, y sólo de tarde en tarde alterna él con el lector y hace ligeras ob-

(1).—Vide, LAS CASAS: *Las Antiguas Gentes del Perú*: edición que Jimenez de la Espada entresacó de la *Historia Apologética* y publicó en Madrid en 1898 (LIX—290 págs. en 8°).

(2).—Vide, CIEZA DE LEON: *El Señorío de los Incas*, Madrid, 1880.

servaciones de su propia cosecha. De esta particularidad ya se hacía cargo Jimenez de la Espada, cuando en el prólogo de la edición príncipe advertía a sus lectores: que en la relación de Betanzos, los sucesos se van resolviendo a lo indio, y no a la española, a la romana o, a la griega, como ocurre en otros cronistas, que prescinden del carácter real del escenario y nos relatan los acontecimientos con criterio clásico; y no se crea que en este caso obra Betanzos inconscientemente, lejos de eso, con ello tiende a dar mayor autenticidad a su historia, y así cuida de advertirlo en la dedicatoria al Virrey Dn. Antonio de Mendoza, quien le mandó redactar esta obra, y en ella dice: que la hubo de *traducir como ello pasaba y guardar la manera y orden de hablar de los naturales etc.,;* y es así efectivamente.

Ahora, bien deseáramos aprovechar la presente ocasión para subsanar las numerosas omisiones, y aún errores en que han incurrido los biógrafos de Betanzos; más, por desgracia, son tan insignificantes y aislados los datos que de él poseemos, que aún el lugar de su nacimiento resulta dudoso y poco menos que incierto, pues, aunque Murguía asegura en su magnífica *Historia de Galicia*, que era natural de una de las villas o cotos de la provincia gallega de Betanzos, parece que tal afirmación no tiene otro fundamento que la génesis del nombre, base de suyo bien deleznable, y que en el mejor de los casos sólo acertaría a probar que nuestro héroe procedía de solar gallego, sin abonar el hecho de su nacimiento en Galicia, puesto que el apelativo en estos casos induce una prueba indirecta y remota.

Ciertamente que no podríamos fijar la época en que Betanzos salió de España y arribó a las Indias, pero bien podemos establecer que no fué de los primeros que entraron en el Perú, puesto que no figura su nombre, ni en la relación oficial de los soldados que en Cajamarca se

repartieron el espléndido botín que Atahuallpa ofreció a sus vencedores a guisa de rescate, ni en el nuevo reparto que se hizo después de la toma y saco de la opulenta ciudad del Cuzco, en el que tuvieron su parte con los veteranos de Cajamarca, todos aquellos soldados que llegaron con Almagro poco después de la rota del imperio y de la prisión del Inca.

Pudo acaso Betanzos venir al Perú con las tropas del Adelantado Dn. Pedro de Alvarado en 1534, o bien en uno de aquellos contingentes que acudieron en auxilio del Conquistador en 1537, cuando el Inca Manco se levantó en armas contra los castellanos, poniendo en serias contingencias el éxito de la conquista (1); pero, bien podría arguirse contra estas hipótesis, y al intento, no sería argumento de poca entidad aquella pericia que los cronistas atribuyen a nuestro Betanzos en el manejo de la lengua indígena, pericia que evidentemente no pudo alcanzar sino mediante un aprendizaje atento y dilatado, que desde luego no se avendría tan fácilmente, que digamos, con la tesis propuesta.

Después de todo, no creo que sería aventurado enumerar a Betanzos entre aquellos españoles que con Pizarro arribaron a Tumbes en 1531, y que a mediados del año siguiente fundaron la ciudad de San Miguel en el valle de Piura, en el paraje de *Tangarará*, con el propósito de mantener en ella una guarnición y plaza fuerte, que en un caso difícil y apurado los amparase contra los indios, y que en los sucesivo fuese como el punto inicial de sus expediciones y conquistas; ya sabemos, que luego que se fundó la ciudad y que se le dió Cabildo que la rigiese, nombró Pizarro por Teniente de Gobernador a Sebastián de Belalcázar, quien recibió por vecinos a todos aquellos

(1)—Vide, MONTESINOS: *Anales del Perú*, (1537), tom. I, pág. 95.

capitanes y soldados que quisieron establecerse cn la nueva villa, asignándoles solares para que edificasen sus casas y tierras para sus labranzas y grangerías; y el Gobernador a su vez, de acuerdo con lo pactado en las capitulaciones de Toledo,encomendaba en ellos los indios de la comarca, organizando así las primeras encomiendas que se establecieron en el Perú; ahora, si aceptáramos que uno de aquellos colonos que así se avecindaron en San Miguel de Piura pudo ser Betanzos, ya fácilmente se explicaría su ausencia de Cajamarca, y lo que es más, se justificaría el por qué no se le tuvo en cuenta al ajustar la soldada que cupo a cada conquistador en el reparto del legendario botin. Y esta suposición más satisfactoriamente se explica y en cierta manera se confirma,si se advierte que Pizarro, cuando se regulaba la distribución del rescate, ordenó: «que a treinta personas que quedaron en San Miguel de Piura, dolientes, y otros que no vinieron ni se hallaron en la prisión de Atabalipa y toma del oro, porque algunos son pobres y otros tienen necesidad, señalaba quince mil pesos de oro para lo repartir su Señoría entre las dichas personas» (1).

Por lo demás, es evidente que las armas castellanas poco o nada debieron en el Perú al valor y bizarría de Betanzos, pues su actuación en el proceso de la conquista fué oscura y bien secundaria; pero, si no descolló como guerrero ni contrajo mayores méritos en las faenas de su profesión, los contrajo inapreciables en el fecundo campo de la investigación y de las letras, al quc consagró entusiasta sus rudas energías, contrastando su provechosa y útil labor con la de sus compatriotas y compañeros dc

(1).—Vide: *Acta de Repartición del Rescate de Atahuallpa*, otorgada por el escribano Pedro Sancho, en la Col. Urteaga-Romero, tom. V., Apend. B.

armas; pues, al paso que éstos asolaban inconscientes las mejores provincias del imperio, él se empeñaba pacientemente en investigar los innotos orígenes del pueblo subyugado, en escudriñar sus tradiciones y leyendas, en desentrañar sus fábulas y mitos, y lo que es más, en concordar los elementos léxicos que regían la estructura de su abundoso idioma, reduciéndolo a preceptos gramaticales, notando sus modalidades y desinencias, dándole estabilidad y fijeza, y en fin, creando el arte de la lengua indígena, acaso antes de que el Mtro. Fr. Domingo de Sto. Tomás compusiera su célebre *Grammática y Vocabulario* de la lengua General del Perú. Y esta es sin duda, la foja de servicios más valiosa de Betanzos, y la que aquilatando mejor sus méritos le hace acreedor a la admiración y aplauso de la posteridad. Desde luego, ella le valió el cargo de intérprete oficial del Gobernador, en cuyo empleo fué confirmado años más tarde por la Real Audiencia de los Reyes, y en él lo mantuvieron los gobernantes quc en el país se fueron sucediendo hasta el advenimicnto de Dn. Francisco de Toledo en 1569.

La trágica muerte del Conquistador y los graves disturbios que trajo consigo, ciertamente que afectaron no poco la estabilidad de la nueva colonia, retardando su desenvolvimiento y organización civil y religiosa; en cambio, ella, si se quiere, vino a ser una providencia para Betanzos y el origen de su fortuna y figuración, como que de aquel triste acontecimiento él reportó apreciables ventajas; pues, merced a sus vinculaciones con la raza indígena, cuya confianza se iba conquistando, contrajo luego matrimonio con una de las mancebas del difunto Gobernador, la *ñusta* Añas, hija de Huayna-Capac y hermana de Atahuallpa, quien con el bautismo recibió el nombre de Angelina, y con él es conocida en las crónicas

de la época (1). Con este oportuno enlace se consolidó la situación social y económica de nuestro Betanzos, y la fortuna. como suele decirse, se le entró por las puertas; su nuevo estado le indujo a establecerse definitivamente en el reino, y así, fijó luego su residencia en la imperial ciudad del Cuzco edificando sus casas en el barrio de *Carmenca*, hacia el camino de Chincha-suyo, no lejos de las del escribano Pedro López de Cazalla, y en el propio solar que hoy ocupa el monasterio de Sta. Teresa (2). Desde entonces sus relaciones amistosas con los nobles orejones y con los príncipes del escogido linaje de los Incas se hicieron más intensas y cordiales, su espíritu se compenetró con el de la raza vencida, que vino así a tener en él un amigo afectuoso y sincero, con quien comunicar sus infortunios, añorar sus atávicas glorias y ponderar su perdida opulencia, estimulando con tan oportunas confidencias los anhelos de investigación que animaban al buen Betanzos, y predisponiéndole para componer su *Suma y Narracion de los Incas*, obra que hoy se publica por segunda vez, y que no obstante de que ella no pasa de ser un fragmento, vale lo bastante para inmortalizar el nombre de su diligente autor.

La promulgación de las Ordenanzas y los insólitos rigores de Núñez Vela sorprendieron a Betanzos en el Cuzco, donde vivía consagrado a sus estudios favoritos y siempre investigando los enigmáticos orígenes del imperio de los hijos del sol, y aunque de ordinario procuraba mantenerse alejado de la morbosa actividad de sus

(1)—Hubo Pizarro su tercer hijo en Dña. Angelina, el niño se llamó Francisco y murió en su menor edad, sin alcanzar a ser legitimado.

(2).—Véase el plano del Cuzco primitivo e incaico que se levantó el año de 1555, y que años después se publicó en Londres: *A Plan of Cuzco ancient and modern*. En 1921 se reprodujo en la *Guía del Cuzco*.

compatriotas, ello no fué parte para excusarle de intervenir en el alzamiento de Gonzalo Pizarro, pues su calidad de conquistador y de encomendero, unida al prestigio y preponderancia de que disfrutaba entre los vecinos de aquella imperial urbe, lo obligaron a alistarse en las huestes que militaban bajo las banderas del caudillo rebelde, y que trataban de conquistarle el poder, disfrazando sus torcidos intentos y bastardas ambiciones con el velo de la suplicación de las Ordenanzas. Con todo, la actuación de Betanzos fué en este trance tan vulgar y secundaria, como años antes lo fuera la que le cupo en el proceso de la conquista; su figuración en la contienda casi no dejó huellas, y fué tan fugaz como la omnipotencia de su caudillo, pues cuando ya la estrella de éste comenzaba a eclipsarse, cayó prisionero de Aldana en la provincia de Santa, y precisamente cuando venía de Trujillo a la ciudad de los Reyes trayéndole un mensaje del capitán Juan de Acosta (1).

Desde luego, el epílogo de la actuación de Betanzos en aquella funesta y desastrosa campaña en que las circunstancias bien a pesar suyo le habían envuelto, no pudo ser para él mos feliz y oportuno, puesto que le dió ocasión para cambiar de bandera y sacudir el yugo del tirano en una forma casi decorosa, que en cierta manera le redimia de la fea nota de traidor que mancillara a no pocos de

(1).—«Cuando llegó la armada de Aldana a Santa, se envió a tierra al dominico Fr. Pedro de Ulloa, quien encontró un depósito de treinta fanegas de maiz, las que se transportaron a la armada. Durante este transporte, se aprehendió a dos mensajeros de Juan de Acosta, que ibán a Lima llevando una carta de éste para Gonzalo Pizarro: esos mensajeros eran Juan de Betanzos y el indio Martín, los que fueron llevados a la armada. Acosta se encontraba en Trujillo. Lo narrado sucedió antes del 12 de Marzo, fecha en que se retiró Aldana de Santa».- Carta de Dn. Pedro de la Gasca al Consejo de las Indias, fechada en Tumbes el 11 de Agosto de 1547.— *Documentos Inéditos para la Historia de España,* *tom.* XXXXIX, págs. 165 a 239, id. 250 a 257.

sus compañeros de armas, y en la que de otra suerte hubiera venido a incurrir a la postre, dada la marcha de los acontecimientos y la pusilanimidad de su carácter.

Acogido, pues, al amparo del estandarte real, luego comenzó a servir en el ejército de la Gasca; con él subió a la provincia de Jauja, pasó a la de Andahuaylas, siguió a la de Apurimac y en las llanuras de Jaquijahuana vió caer con la ensangrentada cabeza de su antiguo jefe el efímero poder de aquel soldado afortunado y valeroso, que siendo un ruin bastardo había osado medir sus armas con las del Monarca más poderoso de Europa, disputándole el señorío y dominio de estas ubérrimas tierras.

Sus buenos servicios a la causa real le conciliaron en breve la benevolencia del Presidente, quien cuidó de beneficiarlo en la nueva provisión de encomiendas que hizo en el pueblo de Huaynarima, a raíz de la victoria que sus armas alcanzaran sobre las del rebelde en Jaquijahuana, y luego lo constituyó en depositario de las opulentas encomiendas de Yucay y de la coca de Avisca (1), que pertenecieron al Marqués Dn. Francisco Pizarro, y que por entónces quedaban en la condición de reservadas, porque la Gasca no creyó prudente proveerlas sin acuerdo del Emperador y de su Consejo, pues habiendo sido ya legitimados por real orden los bastardos del Marqués, parecía

(1).—«El repartimiento de Yucay con la coca de Avisca, que era lo que el Marqués tenía en el Cuzco, que valdrá 12 o 13.000 pesos de renta, no proveí, sino puse un depositario que cogiese y aprovechase la dicha coca, y tuviese cuenta de lo que rentase, hasta que consultado S. M. y V. S. sobre si eran servidos que este repartimento se proveyese a un hijo del Marques Dn. Francisco Pizarro, que hubo en una india que es agora mujer de un Betanzos, lengua, y se enviase a mandar lo que S. M. era servido en ello se hiciese.»-Carta de Dn. Pedro de la Gasca al Real Consejo, fechada en los Reyes el 25 de Septiembre de 1548. - *Gobernantes del Perú. Cartas y Papeles,* tom. I°, pág. 125. Col. LIVILLIER,

que de justicia y en rigor de derecho a éstos correspondía la sucesión en el goce de aquellos feudos (1).

Con el carácter de depositario administró Betanzos dichas encomiendas hasta que, resolviendo su Magestad la consulta que le hiciera el Presidente, dispuso que aquellos repartimientos se encapitasen en la Corona real, y que sólo se le adjudicasen los tributos que ellos rentaban al menor Dn. Francisco, el postrero de los hijos del Marqués, habido en Dña. Angelina, quien, según lo hemos ya advertido, casó después con Betanzos; pero, con la obligación de ceder a su hermana Dña. Francisca la mitad de los frutos durante los cuatro primeros años, y con el cargo de auxiliar con 12.000 ducados a los hijos de Juan Pizarro, su tío, los que se entregarían en armadas de 2.000 pesos anuales (2).

Con la vuelta a España de Dn. Pedro de la Gasca no decreció el valimiento de que gozaba Betanzos en las altas esferas del gobierno, pues el segundo Virrey, Dn.

---

(1)— La manceba favorita del Conquistador era Dña. Inés Huaylas Ñusta, hermana de Atahuallpa; en ella hubo a Dn. Gonzalo y a Dña. Francisca, a quien reconoció en su testamento e instituyó heredera universal de sus bienes, más, como era bastarda, el Rey la mandó legitimar, con el fin de que la descendencia de un capitán tan ilustre y benemérito a la Corona no quedase oscurecida por la bastardía, y se hiciese capaz de disfrutar legalmente de las reales mercedes dispensadas a su progenitor Dña. Francisca fué llevada a España por Francisco de Ampuero, con quien casara su madre a la muerte del Marqués, y allí contrajo matrimonio con su octogenario tio Hernando Pizarro, preso a la sazón en el castillo de la Mota de Medina.

(2).— Los Oidores de la Audiencia de los Reyes escribían al Consejo en 15 de Enero de 1551: «Con la dicha carta vino otra de los serenísimos Reyes de Bohemia, hecha en Valladolid a honce de marzo de quinientos y cincuenta, por la cual mandaba al Licenciado Gasca que el repartimiento de Yucay y coca de Avisca, que había depositado hasta dar relación a S. M., si fuese servido de hacer merced del a don Francisco, hijo del Marqués don Francisco Pizarro, se ponga en la corona Real, y que el dicho Dn. Francisco por todos los días de su vida goce de los tributos del etc. —*La Audiencia de Lima. Correspondencia de Presidentes y Oidores*, tom. I. pág. 15.— Col. LIVILLIER.

Antonio de Mendoza, le dispensó a su vez su protección y trató de alentarle en su paciente labor, lo mantuvo en el cargo de intérprete oficial del reino y,en su deseo de contribuir a desentrañar el fabuloso origen que las tradiciones indígenas atribuían a su nación y al imperio de sus viejos monarcas, le mandó escribiese la *Suma y Narracion de los Incas*, sin duda con el propósito de constituirse en Mecenas de aquella obra, cuyo peregrino tema parecía interesarle; más, por desgracia, su acelerado fin vino a tronchar sus laudables y muníficos intentos, pues falleció en 21 de Julio de 1552, al año siguiente de su llegada al Perú y a los diez meses cabales de su entrada y recibimiento oficial en la ciudad de los Reyes, cuando de su prudencia, discreción y calificadas prendas de gobierno se esperaban excelentes frutos; y lo que es más de lamentar, sin dar lugar a nuestro Betanzos para concluir y perfeccionar su obra, pues consta que en 1552 aún la traía entre manos (1).

A Dn. Antonio de Mendoza sucedió en el gobierno del Perú el segundo Marqués de Cañete, Dn. Hurtado de Mendoza, quien en su oportunidad se aprovechó así mismo de los conocimientos y aptitudes de Betanzos; pues,habiéndose tratado en 1558 de sacar al Inca Sayri-Tupac de las montañas de Vilcabamba, en cuya agreste aspereza vivía retraído y en porfiada guerra con los castellanos, resolvió el Marques cometer tan importante y delicada empresa a un grupo de personas escogidas, capaces de conciliarse la confianza del Inca, de persuadirle y de ganarle la voluntad, significándole al afecto lo conveniente y ventajoso que le sería salir de aquel forzado retiro y

(1).— Betanzos escribía su *Suma de los Incas* en 1551, así lo dice él en el capítulo XIV: «Hasta este año en que estamos de mill y quinientos y cincuenta y un años».

vivir entre los suyos con el rango consiguiente a su dignidad y real investidura, en paz y concordia con los españoles como fiel súbdito de su Magestad; designóse como negociador y jefe de esta embajada al Padre Fr. Melchor de los Reyes, misionero de la Orden de Sto. Domingo, varón apostólico y de buena reputación, quien partió luego de la ciudad de los Reyes en compañía de Fr. Pedro de Arrona, fraile de su propia Orden, y de nuestro Juan de Betanzos, que como marido de Dña. Angelina y lenguaraz excelente, era uno de los sujetos más capacitados para integrar la embajada. Uniéronseles en el Cuzco Juan Sierra, hijo de Mancio Sierra de Leguízamo y de la coya Dña. Beatriz Quispi-Quispi Yupanqui, hermana del Inca Manco II y tía de Sayri Tupac, y Diego Hernandez Maldonado, vecino notable de aquella metrópoli; con la ayuda que hubieron del Corregidor del Cuzco, el licenciado Juan Bautista Muñoz, partieron juntos de aquella ciudad llevando consigo los curiosos presentes que el Marqués enviaba al Inca, y con fundadas esperanzas en el éxito de su cometido, pues de la oportuna intervención de la coya Dña. Beatriz se prometían un feliz desenlace.

Dice Montesinos, que Juan de Betanzos habló muy bien al Inca, y que el frayle le ofreció el presente que el Virrey le enviaba, «que eran una piezas de terciopelo y otras de damasco y dos vasos de plata sobredorados, amodoqueros y otros juguetes» que Sayri-Tupac recibió muy agradecido y de todo ello se mostró satisfecho; escuchó la embajada del Virrey, y después de haber mandado aposentar a sus huéspedes con el regalo y comodidad que pedía su carácter, les respondió que consultaría el partido que se le proponía con sus capitanes y gente de guerra, y que haría lo que ellos acordasen. Resolvióse en la junta que se ofreciesen sacrificios a las huacas y dioses tutelares, y que se procediese de acuerdo con lo que in-

dicasen los sacrificadores y agoreros; subieron al efecto a un empinado montículo a ofrecer sus sacrificios, los sacerdotes abrieron las reses, observaron las entrañas palpitantes de las víctimas, y como todo prometiese a su modo de ver un buen éxito, resolvió el Inca levantar su campamento y encaminarse con buena parte de su gente hácia la ciudad del Cuzco, como lo hizo de ahí a pocos días.

Bajó luego a la ciudad de los Reyes a entrevistarse con el Marqués y a ofrecerle sus respetos, como a representante de su Magestad el Emperador, bajo cuya real protección se acogía: fué su viaje un paseo triunfal, que por breves instantes recordó a los consternados indios el poderío de sus antiguos señores; cuentan las crónicas que los nobles orejones le traían sentados en sus andas, que si no eran de reluciente oro como las que antaño usaran sus predecesores, iban aderezadas curiosamente con damasco carmesí y escoltadas por trescientos indios; en Lima le recibió el Virrey en su palacio con las atenciones y cortesías que se debían a su real estirpe, hízole sentar a su diestra en los estrados del real Acuerdo, y en presencia de los Oidores departió con él afablemente, advirtiendo por sus oportunas respuestas que era hombre cuerdo y de claro entendimiento. Dos días después el Arzobispo le invitó a un banquete, que al intento le tenía prevenido, y llegada la hora de los postres el maestresala sacó una bandeja de plata y en ella presentó al Inca la real provisión del Gobierno, en que se le hacía merced del título de Adelantado, del señorío del valle de Yucay, de la encomienda de Jaquijahuana, que fué del rebelde Francisco Hernandez Girón, y cuya renta pasaba de 17.000 pesos fuertes, y de unas tierras vacas en la ciudad del Cuzco, en las alturas de la fortaleza, para que en

ellas hiciese su casa y morada y aposentase a sus indios (1).

Ajustadas así las paces y terminada la funesta guerra que por tantos años distanciara a las dos razas, el Inca se volvió al Cuzco y luego se hizo cristiano, bautizándose en la iglesia Catedral de aquella ciudad juntamente con su consorte, la Coya Dña. Maria Cusi-Huarcay, y tomando el nombre de Dn. Diego; empero, poco disfrutó de los beneficios de su nuevo estado, pues murió tres años después en su alcázar del Cuzco, y fué sepultado en la sala capitular del convento de Sto. Domingo de aquella metrópoli con los honores debidos a su elevado rango. Su hija, la ñusta Dña. Beatriz Sayri-Tupac, casó con Dn. Martín García de Loyola, Gobernador que fué de Chile y tronco de la ilustre alianza de las casas de Loyola y Borja, cuya sucesión años después vino a entrelazarse con el clarísimo linaje de los Marqueses de Alcañices, que descendía de Dn. Francisco Enriquez de Almanza, y que en el reinado de Felipe IV obtuvo la grandeza de primera clase (2).

Aunque Jimenez de la Espada afirme, que Betanzos intervino también en las negociaciones que iniciara el Gobernador Lope García de Castro para reducir a la obediencia al Inca Titu-Cusi Yupanqui, quien a la muerte de su hermano Sayri-Tupac se había ceñido en Vilcabamba la borla imperial, y cuya gente de guerra hacía no poco

(1). — Se dice que el Inca tomó una hilacha del fleco del mantel, y mostrándola a los circunstantes les dijo muy cuerdamente: yo era poco ha dueño y señor de todo este mantel, y hoy quieren contentarme con esta hilacha. Sea en hora buena.

(2).— En el coro bajo de la magnífica iglesia de la Compañía de Jesús de la ciudad del Cuzco, se conservan dos grandes cuadros, cuyas inscripciones nos recuerdan los entroncamientos de D. Beltrán García de Loyola, hermano mayor de San Ignacio, y de Dn. Martín García de Loyola, hijo de Dn. Beltrán y sobrino carnal del Santo.

daño en los Andes y comarcas limítrofes, ello no parece suficientemente comprobado; pues, de los documentos hasta hoy publicados, sólo consta que el encargado de promover aquellas negociaciones fué Diego Rodriguez de Figueroa, y que quien posteriormente les dió impulso y mejor forma, llegando a ajustar un cuerpo de capitulaciones, aunque sin positivo éxito, fué el licenciado Dn. Juan de Matienzo, Oidor que era de la Audiencia de Charcas, y que a la sazón se encontraba en el Cuzco sustanciando la residencia del Dr. Dn. Juan de Cuenca, Corregidor que acababa de ser de aquella ciudad, Oidor así mismo de la Audienca de los Reyes y Visitador que fuera de los Corregimientos del Perú. Parece que en esto lo único que hay de cierto, es que Betanzos manejaba en el Cuzco los asuntos del Inca, y que como personero y apoderado suyo seguía el curso de las negociaciones, desempeñándose como mediador e intérprete.

De su matrimonio con Dña. Angelina Yupanqui hubo Betanzos por hija a Dña. María de Betanzos Yupanqui, mestiza inquieta y algo licenciosa, de cuya novelesca historia bien podría el romanticismo sacar no poco partido. Es, pues, el caso que el Cabildo del Cuzco, de acuerdo con cierta real provisión despachada por la Audiencia de los Reyes en 8 de Octubre de 1550, dispuso que en aquella ciudad, en el barrio de *Chalquichaca*, se erigiese un beaterio para que se recogiesen en él las mestizas hijas de conquistadores que andaban diseminadas entre los indios de los diversos repartimientos, con no poco peligro de su honestidad; se inició la fundación en 30 de Abril de 1551, siendo Corregidor del Cuzco el Mariscal Alonso de Alvarado, y congregadas las futuras religiosas bajo la obediencia y dirección de Dña. Francisca Ortiz, mujer prudente y de sólida piedad, vistieron el hábito de las terceras de San Francisco y se dedicaron al servicio de los

enfermos que se asistían en el hospital de los naturales. Pronto el beaterio comenzó a adquirir importancia, ingresaron a él algunas doncellas nobles y de fortuna, se acrescentaron luego sus rentas, y el Cabildo, como patron de aquella fundación, trató en breve de consolidarla, y al efecto, en el cabildo celebrado en 16 de Marzo de 1557 se acordó trasladar el beaterio a mejor sitio, y que se hiciesen las primeras diligencias para elevarlo al rango de monasterio claustral, bajo la regla y denominación de Sta. Clara.

Una de las primeras doncellas que ingresaron al nuevo instituto fué Dña. María de Betanzos; pero, sea que con los años se entibiase su vocación primera, o, lo que parece más probable, que jamás la tuviese, y que ella le fuese impuesta por el rigor de su padre, quien en el monjio de su hija cifraría acaso determinadas conveniencias sociales, es lo cierto que Dña. María disgustada con la vida claustral y embarazada con las serias obligaciones que la amenazaban, si definitivamente se vinculaba al claustro, optó por diferir su profesión y confiar su incierto porvenir a los azares y vicisitudes del tiempo; entre tanto, explotando temerariamente la santidad de su estado y aprovechándose de la relativa libertad de que disfrutaba como vicaria del monasterio, se dejó seducir por Juan Bautista de Vitoria, con quien comenzó a mantener relaciones ilícitas, permitiéndole que quebrantase la estrechez de la clausura; pronto aquellos sacrílegos excesos y criminales amores tuvieron su descenlace, y el matrimonio de Dña. María y del seductor Vitoria se celebraba clandestinamente dentro del mismo monasterio, con pasmo y admiración de toda la ciudad.

Así que Betanzos tuvo conocimiento de esta escandalosa aventura, en la imposibilidad de poder anular lo

hecho, puesto que Dña. María aún no era profesa, determinó esgrimir contra ella el rigor de las leyes hispanas, y apoyándose al efecto en ciertas reglas pragmáticas promulgadas en las Cortes de Toro, por escritura pública otorgada en 30 de Enero de 1563, condenó la liviandad de su hija, y por cuanto había contraído matrimonio sin licencia de sus padres, la declaró desheredada e inhábil para sucederle en el goce de los bienes, honores y preeminencias que él y su mujer Dña. Angelina Yupanqui disfrutaban, excluyendo no sólo a la culpable, si que también a toda su descendencia, «por ser justo que semejantes (delitos) sean notoriamente castigados, y se haga sobre ello castigo ejemplar, e todo lo que de derecho hobiere lugar, etc.»; y al propio tiempo declaró que ejercitaría contra los reos y sus cómplices la acción o acciones criminales que las leyes de Castilla tenían previsto para tales casos (1).

A la muerte de Dña. Angelina Yupanqui casó Betanzos en segundas nupcias con Dña. Catalina de Velasco, dama española, vecina que era de la ciudad del Cuzco, y hubo de este matrimonio a Ruiz Diez de Betanzos, a Dña. Leonor de Velasco, que adoptó el apellido materno, a Juan de Betanzos y a Dña. Marina de Betanzos, que casó con Martín de la Calle.

Poseía Betanzos en la juridicción del Cuzco la encomienda de *Caquiquixana*, una de las más ténues y modestas entre las muy opulentas que hacían de aquella imperial ciudad un rico emporio feudal, pues sólo le rentaba al año 1.570 pesos ensayados; en cambio, por su mujer Dña. Angelina obtenía el valioso repartimiento de *Lacata*, que hubo ésta por merced que del le hiciera el Gobernador Dn. Francisco Pizarro, allá en los días de su man-

(1).— A la muerte de Juan Bautista de Vitoria celebró Dña. María sus segundas nupcias con Gaspar Hernández.

cebía y privanza; y en él fué amparada más tarde por el Gobernador Vaca de Castro, quien al intento le despachó una real provisión en 12 de Marzo de 1544.

Betanzos murió en el Cuzco el 1°. de Marzo de 1576, gobernando estos reinos el Excmo. Sr. Dn. Francisco de Toledo, y rigiendo la sede del Cuzco el Iltmo. Sr. Dn. Sebastián de Lartaum.

D. Angulo.

Lima, Febrero de 1924.



NOTICIA DEL PERU

DE

MIGUEL DE ESTETE

(DE LOS PAPELES DEL ARCA DE SANTA CRUZ)

Los capitanes Pizarro y Almagro, fueron casi de los primeros que se hallaron en la conquista y descubrimiento de las Indias (a); porque estuvieron en la conquista de la Isla Española, y después el año de trece,

---

(a). No es exacta la aseveración de Estete. El ser casi de los primeros supone su llegada a las Indias en los primeros 10 años del descubrimiento; más, Pizarro y Almagro aparecen expedicionando mucho más tarde y como soldados enganchados por capitanes y descubridores de éxito y valía como Alonso de Ojeda, Enciso, Nicuensa y Balboa. De la aparición de Pizarro en América se tiene noticia sólo en 1510, esto es a los 18 años del descubrimiento. Montesinos muy bien informado al respecto nos dice que en 1510 llegaba el Gobernador Alonso de Ojeda a Cartajena de Indias, llamada por los naturales Caramari, y venía acompañado de Francisco Pizarro. Véase así mismo lo aseverado por QUINTANA. BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES. *Francisco Pizarro* p. 300.-MENDIBURO. *Dic. Biog. del Perú* t. 6º. p. 388 y MONTESINOS *Anales del Perú*. 1510 t. 1, p. 19.

Respecto a Almagro salió de España con Pedrarias en 1514 y se avecindó en Panamá probablemente en 1520 a 1522, pues en 1524 navegaba con Pizarro por las costas del Mar del Sur, ya dispuesto a la conquista del Perú, y en 1526 celebraban el célebre contrato los dos socios y Hernando de Luque. MONTESINOS *Anales*. Años 1525 y 1526, pp. 50 y 52.

cuando Pedrarias de Avila pasó a la Tierra Firme (b), con una grucsa armada, los dichos fueron donde él estaba, y ansí se hallaron en toda la conquista de la tierra firme,que es llamada Castilla del Oro (1), donde estuvieron y fueron capitanes del dicho Pedrarias de Avila, y le ayudaron a descubrir y conquistar la tierra desde el pueblo de Santa María de la Antigua del Darien hasta los pueblos del Acla (2) y el Nombre de Dios (3) y de allí fueron en el descubrimiento dc la mar dcl Sur,y allí ayudaron a poblar la ciudad de Panamá y la villa de Nata(4), y como a personas que habían servido en la dicha conquista, lcs dieron y señalaron por repartimiento a ambos a dos dc compañía, un pucblo quc a mi parecer se llama Cochania (c), con ayuda del cual, y con otras granjerías y aprovechamicntos, cn algunos años, allegaron a tener suyo cantidad de oro (ch).

Concierto con Pedrarias

Estando ya poblado la dicha Panamá y siendo los dichos capitanes vecinos de ella, hicieron un concierto y capitulación con el dicho Pedrarias de Avila, Gobernador de la dicha tierra, que el dicho capitán Pizarro, con cierta gcntc y navíos, fuese por la costa de la mar del Sur a descubrirla y calar y saber lo que había por ella, y así, hecha la dicha capitulación con el dicho Pedrarias,

---

(b)—Pedrarias salió de San Luear a 12 de Abril de 1514 y probablemente llegó al Darién (Tierra-Firme) en Julio o Agosto de este año.

(c)—Cochania, no se eneuentra relación de este pueblo de indios en los libros y documentos referentcs a la Geografía de Tierra Firme.

(ch).—Estete es el único cronista que asegura que la situacón-económica de Pizarro y Almagro era holgada. QUINTANA Y MENDIBURO, que mucho averiguaron sobre la vida de los eélebres conquistadores, nos aseguran que Pizarro era uno de los moradores de Panamá menos acaudalados, y que cuando llegó el caso de la famosa eontrata para descubrir el Perú, ambos socios "no pudieron poner otra eosa que su industria personal y su experieneia".

en la cual más largamente parecerá las condiciones que hubo en ella (5), el dicho capitán Don Francisco Pizarro fué por la dicha costa adelante, aunque con ruín aparejo de navíos, por ser los primeros que en la dicha mar del Sur se había hecho (d), y con cierta cantidad de gente, el año de veintitres o veinticuatro, donde anduvo muchos días padeciendo muchos trabajos y necesidades de hambres y enfermedades y peligr(*os*) por llevar ruines navíos y no sabida la navegación (*rota la hoja*) La costa es temerosa y los aguaceros del cielo muy (*está rota la hoja*) bles en ella por no llevar vasijas para agua no se (*roto*) meter a la mar ni despegarse de la costa la cual pro (*roto*) ble, y no hallar donde tomar bastimentos les (*roto*) la vuelta y ansi se volvieron con la gente que (*roto*) sieron en una isla donde ellos tenían (*roto*) y comida, y después de tornados a rehacerse de más gente y nuevos bastimentos, tornó a proseguir su jornada, y así tornaron a ir por su costa adelante, apartándose muy poco de ella; y como los vientos en ella son muy cortos y escasos, iban muy poco adelante; finalmente, que a cabo que pasaron muchos trabajos (e), llegaron a tomar puerto en algunos pueblos de indios, digo pueblos que eran de esta manera: En los árboles altos que están en aquella costa tenían hechas sus casas, atravesados los maderos de unos a otros, siendo todo el suelo de anegadizos y loma, que no se podía andar ni calar la tierra adentro; porque muchas veces probaron por algunos ríos a subir y buscar tierra enjuta, y aunque

---

(d).—Algunos han asegurado que Balboa construyó en las costas de Panamá una embarcación para explorar el mar del Sur. Pero es un hecho averiguado que Balboa sólo utilizó las canoas de los indígenas. Las primeras embarcaciones o carabelas fueron seguramente las que sirvieron a Pizarro para su expedición del año 1524.

(e).—Fueron tales, que Pizarro y su gente enfermaron de una dolencia de verrugas de las que perecieron 27 soldados. Véase, QUINTANA Ob. cit. p. 303.

anduvieron muchos días por ellos nunca la hallaron; y como su intención era inquirir y saber que tierras y provincias había por allí adelante, y también por la necesidad de mantenimientos, érales forzado llegarse a tomar lengua de las dichas gentes que habitaban en aquellos árboles; los cuales no admitían su plática, antes desde arriba, con piedras y otras defensas se defendían, de manera que no los podían entrar; en lo cual se pasaron grandes trances, y no sé si de esa segunda vez o de la tercera, descubrieron aquel río de palmas y un pueblo llamado Peruquete(f), de donde toda la tierra y provincias innumerables que adelante se descubrieron fué llamado Perú (g); siendo lo que ahora vulgarmente llaman el Perú, más de seiscientas leguas adelante de esto, ni haber lugar en todo ello de tal nombre; pero como desde allí dieron la vuelta a Panamá, que fué el año de veinticuatro (h) entrando el de veinticinco, trujeron este apellido de decir que venían del Perú y así se nombró todo lo que adelante se descubrió, como tengo dicho (i). Creo que en esta segunda entrada fué el capitán Almagro con gente y otro navío en busca del dicho Pizarro, y en esta jornada, en un cierto reencuentro

(f).—Las Casas y Herrera aseguran que Gaspar de Morales fué el primero que dijo llamarse Birú el país, y sitúan Birú al Oriente del Golfo de San Miguel. Pascual de Andagoya llama al país descubierto por Moràles, Peruquetà. *Col. de Viajes y descubrimientos* por M. F. NAVARRETE t. 3º. Madrid 1829 p. 398.

(g).—Véase al respecto del nombre del Perú, GARCILASO DE LA VEGA: *Comentarios Reales. Colección de Historiadores clásicos del Perú*. Edic. URTEAGA t. I, c. IV y la nota. 2.

(h).—Estete no está bien informado o no recuerda las fechas con precisión. La llegada de Pizarro y Almagro a Panamá para celebrar el contrato de la conquista del Perú fué el año siguiente, 1525. Véase MONTESINOS. *Anales del Perú*, t. I.

(i).—La relación que primero se tuvo del Cacique y de la tierra llamada Perú la trajo el Capitán Francisco Becerra que salió del Darién en agosto de 1514 y volvió a los 5 o 6 meses, en el siguiente año de 1515. OVIEDO: *Historia General y Natural de las Indias* t. 4º. Madrid 1855, lib. 3º c. I, p. 6 y 7.

le quebraron un ojo los indios(j); vueltos la segunda vez a rehacer de gente a la dicha isla, que tengo dicho, tomando más y apercibiéndose de todo lo que pudieron, tornaron a proseguir su jornada tercera vez, con toda la más gente y bastimentos que pudieron, aunque de todo llevaban poco por la falta de los navíos, y así tornaron a proseguir su jornada, no se osando desapegar de la vista de la tierra o árboles, por mej(*or de*)(6)cir porque tierra en todo esto nunca la vieron y así an(*duvi*)eron (*peregrinando*) (7) por la dicha costa muchos días haciendo (*sus ent*) (8) radas por los ríos en barcas y canoas, donde nunca pudieron (*halla*)r tierra enjuta y buena donde poder echar la gente si no (*roto*) (*e*)n las islas de la Borboña (9) y del Gallo que son despobladas, aun(*que de*) (10) muy buenas aguas y mariscos y aves marinas (*roto*) lo cual fué mucho remedio para la gente. Des(*pués*) (*roto*) a la disposición de la tierra y cuan(*do*) (*roto*) era y que los tiempos siempre les eran contrarios, porque en todo el año reinan en aquella costa. Acordaron de dar la vuelta a la dicha Panamá con la gente que les había quedado; que mucha de ella, y la mayor parte, todas estas veces les faltó, muerta de hambre y de enfermedades, y de los indios; porque aunque se hallaban pocos pueblos, los que se hallaron eran gente belicosa y peleaban con los españoles muy crudamente, y les mataban muchos de ellos, especialmente en un pueblo que se llama (*hay un claro*) que estaba cercado de una estacada, se vieron en mucho trabajo y peligro, porque como andaban flacos, dieron de noche en los españoles y pusiéronlos en mucho aprieto, y aunque todos hicieron lo que pudieron, si no fuera por Pizarro, que con una espada y una rodela despertó el primero,

(J)—El reencuentro tuvo lugar en un sitio llamado después, Pueblo Quemado.

todos fueran muertos; el eual lo hizo tan bien que sin otra arma ninguna, euando fué socorrido de su gente tenía a los pies muchos indios muertos. De este reencuentro él quedó con vietoria, aunque muy fatigado eon su gente y mal herido (11). Muehas eosas particulares acaeeieron en estas jornadas, que no las pueden saber sino los que en ellas se hallaron; y lo que yo aquí cuento, lo sé de ellos y de habérselo oído decir al dieho Pizarro muehas veees, andando en la eonquista del Perú.

Vueltos con la dieha gente a Panamá, destrozados y gastados, que ya no tenían haeiendas para tornar eon provisiones y gente, que todo lo habían gastado; el dicho Pedrarias de Avila les dijo que ya él no quería más hacer eompañía con ellos en los gastos de la armada, que si ellos querían volver a su eosta, que lo hisicsen (k); y así, como gente que había perdido todo lo que tenían y tanto había trabajado, aeordaron de tornar a proseguir su jornada y dar fin a las vidas y haeiendas que les quedaba o descubrir aquella tierra; y eiertamente ellos tuvieron grande constaneia y ánimo viendo el poeo fruto que hasta allí habían saeado, osar tornar a meter el resto, por mar y costa tan sin provecho. Y así tornaron a proseguir su jornada, yendo reeonoeiendo las mismas partes y tierras o arboledas donde habían estado, eon mucho trabajo, por la eontrariedad de los tiempos; y al eabo de pasar muehos días, llegó el dieho Pizarro a echar la gente en aquella isla del Gallo; y desde allí, eon un navío ligero y sólo los marineros y agua, y el bastimento para que pudiese haeerse más a la mar y tirar por allí adelante; y

(k).—Los sucesos ocurrirían, en todo caso, con el sucesor de Pedrarias, llamado Pedro de los Ríos, nombrado gobernador de Panamá desde 1526; la famosa escena de la isla del Gallo ocurrió en 1527. La Conferencia enojosa con Pedrarias, asegura Oviedo que tuvo lugar el año 1527 por el mes de febrero. OVIEDO; Ob. cit. Parte 2ª c. XXIII.

así fué que, el dicho navío se metió a la mar y en ella halló los tiempos más largos, y en pocos días anduvo más que en los años de atrás había podido andar, y reconoció tierra enjuta y poblada, que fué el pueblo de Santiago(l), que así se puso por nombre por verle en tal día; y después la bahía de S. Mateo (m), donde tomaron puerto, y más adelante descubrieron el pueblo de Tacanez (12), que está en la costa. Y así con esta buena nueva, vistos muchos indios que salían a ellos, vestidos de ropas de lana y enjoyados de oro, con mucha alegría de haber alcanzado principio de lo que deseaban, se volvieron a la dicha isla del Gallo, donde todos se embarcaron y fueron en busca de los dichos pueblos ya descubiertos, do llegaron y tomaron tierra y lengua y bastimentos; y así fueron por la costa adelante, descubriendo la tierra y saltando algunas veces en ella. En esta costa de Tacanez salieron los indios a los cristianos y pelearon con ellos muy reciamente; y al principio como ellos nunca hubiesen visto caballos y el dicho capitán Pizarro llevase cuatro o cinco, al tiempo de romper los unos con los otros, uno de aquellos de caballo cayó del caballo abajo; y como los indios vieron dividirse aquel animal en dos partes, teniendo por cierto que todo era una cosa, fué tanto el miedo que tuvieron, que volvieron las espaldas dando voces a los suyos diciendo que se habían hecho dos, haciendo admiración de ello, lo cual no fué sin misterio; porque a no acaecer esto se presume que mataran todos los cristianos; y aunque en la liviandad del huir se arguya flaqueza de ánimo, el discreto considere que jamás aquellas gentes habían visto las nuestras, tan diferentes de ellas; ni tampoco

(l).—Santiago está situado en 1°3' de lat. norte y 79° de log. los Indios llamaban este lugar *Enumpasla*, según reza la capitulación con la corona hecha en 26 de Junio de 1529.

(m).—San Mateo corresponde al territorio situado entre 1°2' de lat. norte y 81° de long.

caballos, los cuales, a quien no los ha visto ni oído decir, no pueden dejar de causar admiración; que lo mismo hicieran a nosotros que tenemos más razón que ellos, si nunca los hubiéramos visto ni oído decir, y así tan súbitamente nos aparecieran delante; que cierto, no sabiendo las particularidades con que un caballo se mueve y sujeta, viéndole pasado de clavos las manos y aquel freno en la boca que le tiene rendido y sujeto, a quien fuese cosa nueva no podía dejar de maravillar; y no es mucho pensar, que el que va encima y él, ser todo uno; especialmente que en aquellas tierras y mares hay grandes monstruos. Dejado esto, de este viaje se descubrió toda la costa hasta la provincia de Túmbez, en la cual solamente entró un capitán que Pizarro envió, quedándose él en uno de estos pueblos, el cual se llamaba Pedro de Candia (13). Este le trujo relación de la manera del pueblo y de lo que había visto en él y de un templo del Sol que en él había; en el cual dicho pueblo, por señas le hicieron entender cómo muchas jornadas adelante había un gran señor, cuyos subjetos ellos eran (n). En este pueblo comenzaron a ver las ovejas que hay en aquellas tierras, y de ellas metieron algunas en el navío, que los indios le dieron de su voluntad (o); y haciendo paz y amistad con los dichos indios, les dejó allí dos españoles (14), para cuando pluguiese a Dios se volviese a descubrir y allanar la tierra, para que entre tanto ellos los doctrinasen y enseñasen, y así, el dicho Pedro de Candia se volvió donde estaba el dicho Pizarro y le contó lo que había visto, en lo cual él fué muy vicioso, porque hizo entender que aquella ciudad de Túm-

---

(n).—El pueblo era el de Tumbes y el gran señor era Atahuallpa rey de Quito desde la muerte de su padre Huayna Capac, acaecida en 1525.

(o).—Llamas y alpacas del género *Auchenia*.

bez era muy insigne y grande y que había visto en ella muy grandes cosas, lo que fué mentir; porque después que todos los españoles entramos en ella, se vió por vista de ojos haber mentido en todo, salvo en lo del templo, que esto era cosa de ver, aunque mucho más de lo que aquel encareció (p). Lo que faltó en esta ciudad se halló después en otras que muchas leguas más adelante se descubrieron; y parece que con mentira pronosticó la verdad de lo que adelante estaba. Finalmente, que metiendo en el navío algunos indios muchachos y las dichas ovejas y algunas muestras de ropas y otras cosas de la tierra, con mucha alegría, el dicho capitán Pizarro con su gente se volvió a Panamá, a dar la buena nueva de lo que había visto, dando por autor de la grandeza de Túmbez a aquel Pedro de Candia que sólo en ella había entrado; y así, dejando toda la gente en la dicha Panamá e isla suya, se partió con las dichas muestras e indios y ovejas para España, a dar la nueva a su Magestad, con menos de mil ducados que poder gastar, y aun estos prestados de amigos suyos.

Venido en España que fué el año de(15) (*hay un claro*) (q) Su Magestad visto sus trabajos y lo que había gastado en aquel descubrimiento y la relación y muestras de la tierra, le proveyó por gobernador y capitán general de ella, señalándole cierta cantidad de tierra tomada de norte a sur; y le hizo Adelantado y le dió el hábito de

(p).—El cronista que acojió las patrañas de Candía y las insertó aún con algunos ingrediente en su Relación histórica de la Conquista fué el padre mrcedario Fray Pedro Ruiz Naharro.—Véase *Relación* & *en Col.* URTEAGA-ROMERO t. VI (Primera serie) p. 192. Estete se complace en declarar más adelante que lo aseverado por Candía era una mentira, a excepción de lo del templo.

(q).—Pizarro salió de Panamá y llegó a España el año de 1528. MONTESINOS: *Anales del Perú*, t. I, p. 63.

Santiago (r) y ciertas tenencias de fortalezas; y se tomó con él asiento, y así despachado de la Corte se fuécontoda la más gente que pudo llevar de España a poner en la ciudad de Panamá y allí se aderezó e hizo publicar por todas las Indias vecinas donde había españoles su ida, y cómo la nueva de lo que aquel Pedro de Candia decía que había visto era tan grande, muchas personas principales, que tenían muy buenos asientos, se movieron para ír con él en la dicha conquista (rr); y así, aderezado de todo lo que pudo llevar y con (*hay un claro*) españoles y (*hay un claro*) caballos (16), con los bastimentos y pertrechos que pudo meter en siete navíos, con harta necesidad y trabajo de dineros, se embarcó, quedando en la dicha Panamá el dicho capitán Almagro, su compañero, para proveerle siempre de gente y armas y de lo que más pudiese, aunque descontento de ver que para él no había negociado el dicho Pizarro ninguna cosa en que Su Magestad le honrase; sino que todos los títulos y mercedes había recabado para sí (*hay una palabra tachada*).

Partió el dicho capitán Pizarro del puerto de Panamá con la dicha gente y navíos el año de (1531) (17), y con él algunas personas de las que se habían hallado con él en los infortunios pasados, aunque muchos de ellos eran ya muertos de los trabajos que habían pasado, en tanto que él había venido a España (rr); y consigo llevó a Hernando Pizarro, su hermano, y a Juan Pizarro y a Gonzalo Pizarro, sus hermanos; dióle Dios tan buena dicha que

(r).—En la capitulación con la Corona no consta que se concediera a Pizarro el hábito de Santiago, honor que le fué otorgado seguramente después. La capitulación sólo le concedió los títulos y cargos de Gobernador y Capitán General, Adelantado y Alguacil Mayor de la Nueva Castilla.—Véase *Capitulación con la Corona*, en QUINTANA, Ob. cit. Apéndice IV p. 491.

(rr).—Véase la nota (q).

en siete días, sin tocar las velas ni reconocer otra tierra, de punta en blanco, llegó a la bahía de San Mateo, que es la primera buena tierra que él había descubierto, y tardó en llegar a ella más de tres años; y toda la buena ventura de esta navegación estuvo en apartarse de aquellas lluvias de la tierra y meterse a la mar; y es de saber que desde Panamá hasta allí había (*hay un claro*) leguas de travesía, y si se hubiera de ir costa a costa, había cuatro veces más; porque es una ensenada de un golfo que se hace como una herradura, y desde Panamá hasta aquella bahía es frontero; y como los que descubren andan a tiento, especial en aquella mar del Sur, donde tan poco aparejo había de vasijas de agua para poderse meter a la mar, no pudieron saber el secreto de la navegación hasta que Dios fué servido de descubrírsele, llevándolos de punta en blanco a aquella bahía que tengo dicho, donde tomaron tierra y echaron los caballos en ella, los cuales llegaron buenos, aunque algunos de ellos murieron en la mar; y así después de tomado algún descanso, comenzaron a caminar por la tierra, la vía que la primera vez había llevado, la costa en la mano, sin entrar la tierra adentro; y llegaron al dicho pueblo de Tacanez y a los otros que primero habían visto; y más adelante llegaron a un pueblo que está en la costa de la mar llamado Coaque (18), donde los naturales de él huyeron todos a las montañas. En este pueblo, por ser grande y de buenos aposentos y bastimentos, el dicho capitán Pizarro acordó de asentar su real por algunos días y desde allí despachó los navíos, unos a Panamá, adonde el dicho capitán Almagro estaba, para que le proveyese de gente; y otros a la provincia de Nicaragua, donde estaba mucha gente movida y concertada, que en viniéndoles a llamar, iría a donde él estaba, a servir a su Magestad y conquistar la tierra, (*hay dos pala-*

bras tachadas). Llevaron en estos navíos algún oro y plata y ropas de lana y algodón ricas, y muy buena muestra y grande noticia de lo de adelante, y así se partieron, quedando el dicho Pizarro en el dicho pueblo.

Este pueblo de Coaque está junto a la mar, en un buen asiento; sería de hasta cuatrocientas casas de muy gentil parecer y sitio, aunque en ruin constelación; porque es la costa más enferma que hay debajo del cielo, porque en entrando la gente en él les dió grandísimas enfermedades de calenturas, que mataban en veinticuatro horas, y la peor unas verrugas que daba a las gentes a manera de viruelas, salvo que eran tan grandes como nueces y avellanas, sangrando muchas de ellas y por las narices (19); (s) la cual enfermedad lisió tanto la gente, que aunque no morían tantos de ella, como de la fiebre, hacía la gente inhábil y torpe para no poder salir de allí a buscar mantenimientos; a cuya causa, y de los muchos que se murieron, los que quedaron tuvieron gran estrecho de hambre y no eran parte para salir de allí.

Cierto, esta enfermedad fué plaga nueva y nunca vista en el mundo, aunque no fué nueva en los españoles, que en aquellos indios se usaba, pero no tan dañosa por ser su propia tierra. Dicen que la línea equinoccial pasa por encima de aquel pueblo y que de esta causa hay cosas tan notables debajo de ella, y la mayor es que allí se crían y hay mineros de las esmeraldas finas, las cuales se hallaron en el despojo del pueblo; tantas y tan puras, que si la gente las conociera, fuera mayor riqueza (*hay una palabra tachada*) que la del oro que se halló adelante;

(s).—La epidemia de las verrugas ocurrió en el primer viaje y Estete hace aquí una lamentable confusión.—Véase *Relación de servicios del capitán Gerónimo de Aliaga*: REVISTA DEL ARCHIVO NACIONAL DEL PERÚ. t. I, p. 422 y la nota bibliográfica dada en el tomo VI de la *Col.* URTEAGA-ROMERO en la pág. 16.

pero por falta de conocerlas, pensando que eran del metal y dureza del diamante, hacían la prueba en yunques; y como la esmeralda es tan tierna, luego se hacía pedazos y así las tenían por vidrio (t); aunque como ellas tienen tan buen parecer, muchos las guardaron enteras y en pedazos y de las que quedaron se aprovecharon; y un pedazo de una grande que allí se cobró, vino a poder de la Emperatriz nuestra Señora, que valió muchos ducados; pero la mayor parte de ella se perdió y llevaron los indios, siendo tenidas por vidrio (20). Cierto, es averiguado ser la mina principal de ellas ésta, porque todas las que adelante se hubieron y poseían los indios, decían que eran llevadas de esta provincia, y aquí se hallaron cuentas de vidrio de la color de las esmeraldas. Vueltos los navíos a la dicha Panamá y Nicaragua, con la gente y caballos que en ellos pudo entrar, se partieron en busca del dicho gobernador; y los que partieron de Panamá, como era más cerca, llegaron primero al dicho pueblo de Coaque que los de Nicaragua; que éstos no pudieron tomar al dicho Pizarro hasta la isla de la Puná. Llegada la gente de Panamá, donde el dicho Pizarro estaba con harta necesidad, fué muy gran alivio y socorro y parte para poder salir de allí; y así, antes que la tierra probase a los recién venidos, partieron del dicho pueblo, la costa adelante, llevando los navíos a vista, que les daban valor y ánimo; y así, poco a poco entraron en una provincia que se dice Pasao, que está en una serreceta junto a la mar; gente belicosa y grandes adoradores de ídolos, de muchos dioses; en este pueblo se vieron grandes novedades de ritos que se-

---

(t).—Concordante con la *Relación de Pedro Pizarro* que dice: "Muchos hobieron esmeraldas de mucho valor; unos las probaban con yunque, dándoles con martillos, diciendo que si era esmeralda no se quebraría, otros las despreciaban, diciendo que era vidrio". *Col.* URTEAGA-ROMERO t. VI p. 15 y la nota Nº. 15.

rían muy prolijas(21), pero la más notable es que en las mezquitas donde sepultan los muertos, usan de desollar el cuerpo y quemar la carne; y el cuero aderezado como badana, le envisten, la carnaza a fuera, de paja; y así aspado (u), los brazos en cruz, le cuelgan del techo de la mezquita, y así ponen gran muchedumbre de ellos, que en entrando por la plaza, como vimos aquellos cueros estar colgados en cruz, pensamos, esta gente tener alguna noticia de Nuestro Señor Jesucristo y tencr su imagen, hasta que vimos y entcndimos lo que era. Los naturales de esta provincia son fugitivos y gente indómita, y así dejaron sus casas y se fueron a las montañas; estos y los de Coaque usan de peso y medida, y el peso es unas romanas dc media vara en largo, con su cuenta y número en ellas y su pilón (v); no se vió pesar con ellas sino oro y plata, y así es de creer que para solo esto eran por ser tan pequeñas y para las otras cosas debían tener otro peso. Las cabezas de los difuntos las conservan con cierto bálsamo de esta manera (22): que después de sacado el calavernio por el cogote, quedando el rostro con su entera forma de narices y ojos y abéñolas (23) y cejas y cabellos, le curan y le dan cierta confección mediante la cual, conservan la carne o cuero que no se corrompe, y que las ternillas de las narices estén enteras y los cabellos y cejas y abéñolas apegadas a la carne. Son tantos los baños que les dan para que vengan a quedar de manera que se conserven, que

---

(u).—Aspado con forma de aspa o de cruz de San Andrés? sin embargo no me satisface esta aplicación, cuando el cronista agrega más abajo que los cuerpos sc hallaban estirados en forma dc cruz de Jesu-Cristo.

(v).—La balanza de doble plato la halló Bartolomé Ruiz y sus compañeros en la balsa de tumbesinos el año 1526; de igual factura se las encuentra en los sepulcros de la costa del Perú. Estete es el primero que nos dá razón del uso entre los indios de la balanza romana con medida y pilón. Véase: *Las máquinas simples en el Antiguo Perú por* H. URTEAGA.—Lima 1921.

hacen que un rostro de un hombre se consuma y disminuya en ser tan pequeño, y mucho más que lo es uno de un niño acabado de nacer; y después que él está en tan pequeña cantidad tornado, le guardan en unas arcas que tienen en las mezquitas y dura sin corromperse tantos años, que dicen los indios que dura dos o tres edades. Cierto, es cosa de admiración y nunca vista, y así lo fué para los que lo vimos primero, teniendo por cierto, que eran propios rostros de gente enana que hubiese en la tierra, hasta que supimos la verdad de ello.

De este pueblo de Pasao, la costa adelante, partió el dicho gobernador con su gente y llegó a un brazo de mar salado, que será una legua de ancho, que se puso nombre la bahía de Caraque; porque así se llama la provincia donde él sale; en pasar este se tuvo algún trabajo, porque los navíos se habían alejado y se hubo de subir tanto por él, que se pudo pasar a pie, donde por ser todo salado se padeció gran sed; porque en tres o cuatro días no se pudo hallar agua dulce. Al fin se pasó, y todas las provincias que estaban en comarca de él, en las más no había gente, qur todos huían de ver los caballos y extraña manera de los españoles. Yendo por la costa adelante el dicho gobernador Pizarro, llegó a otro golfo mayor, que había tres leguas de mar, a una isla que se llama la Puña (24), donde en ninguna manera se podía pasar, sino eran navíos y barcas u otros aparejos para navegar. Estando en acuerdo de lo que harían, vieron venir por la mar una balsa a la vela, que al parecer traía bulto de un navío, la cual enviaba el señor de aquella isla con ciertos mensajeros al dicho Pizarro a le ofrecer la entrada en su tierra y que le enviaría muchas de ellas para él, que pudiese pasar con toda su gente y caballos de él; fueron bien recibidos los mensajeros y agradeciéndoles su buena

voluntad y obra y dándoles algunas cosas de las de acá, les tornó a enviar; estas balsas son de unos maderos muy gruesos y largos; son tan fofos y livianos sobre el agua, como es un corcho; estos atan muy recio uno con otro, con cierta maña de maromas que ellos usan, y sobre ellos hacen una armadura alta, para que las mercaderías y cosas que llevaren no se mojen, y de esta manera: poniendo un mastil en el madero mayor de en medio, ponen una vela y navegan por todas aquellas costas; y son navíos muy seguros porque no se puede anegar ni trastornar, porque el agua los baña por todas partes (25).

Venido la flota de balsas que el señor de aquella isla, que se decía Tumbala, enviaba, fué muy bien recibido del dicho capitán; y teniendo gran regocijo por habérseles ofrecido tan buen aparejo para pasaje, fueron avisados de ciertos indios que el señor de aquella isla les había hecho aquel convite con cautela y a fin de matarlos, yendo por la mar, metidos en las dichas balsas, en esta manera: que como ellos fuesen descuidados y no supiesen en qué consistía la manera de las balsas ni de los atadijos de ellas, con unas hachas que llevaban, yendo dentro, quitasen las maromas con que estaban atados unos maderos con otros, para que se deshiciese el vaso o balsa y fuese cada madero por sí y los españoles y caballos se ahogasen; y ellos, como son grandes nadadores, se salvasen asidos a los maderos; entendido esto por el dicho capitán y gente, se acordó de venir y embarcarse todos y dañarles el arte con el buen apercibimiento, y así pasaron el dicho golfo sin osarles acometer, lo que tenían acordado, por verles ir tan a punto; aunque vieron grandes muestras de quererlo hacer. Llegado a la dicha isla toda la gente y caballos se desembarcó, y el señor de ella con mucha

gente y danzas y maneras de música, que ellos usan de flauta y atambores, haciendo del amigo, los salió a recibir y a traer muchas maneras de pescados y mantenimientos, que de estos había asaz en la dicha isla. Y desde allí los llevó a aposentar en un pueblo donde él tenía su asiento, en el cual estuvieron algunos días pacíficamente los unos con los otros, hasta que el dicho señor de la isla, visto que los españoles paraban en su tierra a fin de la sojuzgar, una noche acordó de revelarse con toda su gente y poner fuego por todas partes y en los españoles, lo cual plugo a Nuestro Señor que fué remediado, aunque toda la noche y el día estuvieron en mucho peligro; al fin los indios fueron echados del pueblo y se acogieron a una espesura de arboledas junto a la mar, donde poco a poco habían llevado sus haciendas y mujeres, sin que se sintiese. Trabajóse mucho en reducir y atraer esta gentes a las paces y nunca se pudo hacer; visto que ellos tenían gran defensa en aquellas breñas y montañas, se acordó que en viniendo los navíos de Panamá y Nicaragua se embarcase toda la gente y la pasasen a Túmbez, que era de allí siete leguas, donde toda la gente tenía el apellido, teniendo por cierto todo lo que el dicho Pedro de Candia había dicho de ella.

Venidos los dichos navíos con la gente de Panamá y con la de Nicaragua, que aunque era poca era diestra y entendía bien la guerra de los indios, con ella y con la que el dicho Pizarro tenía, se embarcó para la dicha provincia de Túmbez, donde habían quedado los dos españoles (s), y desembarcó en ella pacíficamente, teniendo por cierto de hallarlos allí y a todos los del pueblo y comarcas pacíficas; y fué al revés, que cuando llegamos (26) al

(s).—Martinez y Gines.

dicho pueblo de Tumbez, hallámosle sin persona viva, que todos eran huídos la tierra adentro; y como los lugares despoblados y sin gente, por buenos que sean parecen mal, hizo éste asilo, que no solamente no era buen lugar pero muy ruin, y en todo lo que aquel Pedro de Candia había dicho de él había mentido; y así se halló la gente muy confusa, porque por todas partes estaba sembrado muy gran grandeza y riqueza de este pueblo, y todos los trabajos pasados pensaban que en él habían de ser descanso; y cierto, la gente estuvo por apedrear este hombre, y más aquellos que habían dejado sus asientos y casas por la fama que había de este dicho pueblo y de la tierra; aunque lo del templo del Sol en quien ellos adoran era cosa de ver, porque tenían grande edificio y todo él por de dentro y de fuera pintado de grandes pinturas y ricos matices de colores, porque los hay en aquella tierra. Desde pocos días que llegamos al dicho pueblo salió gente a buscar los naturales de él que se habían esparcido en un río grande, que venía a dar allí de la sierra; y los españoles encontraron con el señor del pueblo y le trujeron de paz a sus casas, sin les hacer mal ninguno. Desde este pueblo comienza el pacífico señorío de los señores del Cuzco y la buena tierra; que aunque los señores de atrás y el de Tumbala, que era grande, eran sujetos suyos, no lo eran tan pacíficos como de aquí adelante; que solamente reconocían y daban ciertas parias y no más; pero de aquí adelante eran todos vasallos y muy obedientes.

Después que este pueblo se pacificó y se trató la paz con el señor de él que se decía Chilimisa (27), nos informamos de lo que se había hecho de los españoles, los cuales confesaron ser muertos, aunque la culpa de la muerte de ellos la echaban a otras gentes. Aquí tuvimos noticia de

la grandeza de la tierra de adelante y del poderío y señorío de Atabalica (28); diciéndonos particularmente lo que había hasta llegar a él, y las provincias que señoreaba, y cómo de allí a veinte leguas había un río caudal, que se dice Tallana (29), poblado de muchos pueblos, en los cuales había corregidores y justicias, puestos por mano de aquel gran señor.

Por la relación que hizo este señor de Túmbez, después de haber tomado algún descanso del trabajo que se había habido en reducirle, el dicho gobernador Pizarro, con toda la gente, partió del dicho pueblo de Tumbez y desde a tres días de camino, llegó al dicho río de Tallana, a un pueblo de él, que se dice Puechos; donde halló ser verdad lo que los de Tumbez le habían dicho, y más entera relación de lo de adelante. Este río de Tallana era muy poblado de pueblos y muy buena ribera de frutales y tierra muy mejor que la de Túmbez; abundoso de comidas y de ganados de aquella tierra. Descubrióse todo hasta la mar y porque pareció tener buen puerto y buena disposición para poblar, el dicho gobernador Pizarro acordó de hacer allí un pueblo, en el mejor lugar y sitio que le pareció; para que los navíos y gente que viniesen a la tierra, tuviesen abrigo y parte cierta donde desembarcar; y así fundó la villa de San Miguel (30), que agora está y repartió la tierra y solares e indios en los que allí se quisieron avecindar, y después de hecho el pueblo y casas y iglesia y puesta justicias en él, acordó de pasar adelante y procurar de verse con aquel gran señor. Esta tierra de San Miguel y río de Tallana, en toda la costa desde aquí adelante, más de trescientas leguas, es tierra caliente, y do nunca jamás llueve; no hay poblaciones, si no es en los ríos, los cuales son muchos y muy grandes, y así riegan la tierra con ellos y hay grandes llanuras y

arboledas y frutales de diversas maneras: dan fruto dos veces en el año, porque como el sol es siempre de una manera y el agua por el pié nunca falta, la tierra no cansa de producir.

Desde este pueblo, por un camino hecho a mano, muy ancho y espacioso, el cual va así más de cuatrocientas leguas, partió el dicho gobernador con toda la gente, que serían ciento y cincuenta españoles; los noventa de caballo y los demás de pié, ballesteros y arcabuceros y con espadas y rodelas; y porque de la grandeza de este camino y de otro que va por la tierra más adentro, más adelante trataremos, aquí no se dirá sino solamente de la pasada y jornada que se hizo por él; y así, unas veces yendo caminando por él y otras saliendo de él por otros, por muchas poblaciones y arboledas, como las que tengo dicho, llegamos a una provincia grande y viciosa, que se dice Carán (31),donde estuvimos por algunos días, dándonos los naturales de la tierra muchos mantenimientos, a los que se les hacía (32) todo buen tratamiento, y en los pueblos que se nos hacía buena acogida, se tenía mucho cuidado que no se les hiciese agravio ninguno; y estando en este pueblo, el dicho gobernador Pizarro envió a un capitán llamado Hernando de Soto, con cierta gente a descubrir lo que había detrás de una sierra que desde allí parecía; donde teníamos noticia que estaba un pueblo principal, el cual fué y entró en el dicho pueblo, y le vió y trujo noticia más entera de la grandeza de la tierra, porque por él pasaba otro camino hecha a mano, muy más grande que el que habíamos visto; desde el cual los de este pueblo, le contaron las jornadas y provincias que había hasta llegar a la ciudad del Cuzco, que es la principal de todas aquellas tierras, donde los señores de ella residían ordinariamente; y así, con esta relación,

se vino donde el dicho Pizarro estaba (33); y allí, después de habido su acuerdo de lo que se debía hacer, se determinó de pasar adelante y ver y descubrir las provincias de adelante, de que se tenía gran noticia y llegar a Cajamarca (34) con la ayuda de Nuestro Señor que es donde el dicho Atabalica estaba (s); y estando ya determinados para partir, llegó un mensajero del dicho Atabalica, con cierto presente, que los señores usan unos a otros, cuando se envían a saludar; el cual dicho mensajero indio, entró con tanta desenvoltura a donde el dicho Pizarro estaba, como si toda su vida se hubiera criado entre los españoles; y después de haber dicho la embajada, que era decir que su señor le enviaba a preguntar que de qué tierra veníamos, y que era lo qué queríamos, se holgó dos o tres días con nosotros, en los cuales él contó todos los españoles y caballos y armas que llevábamos, porque el intento de su embajada era más saber esto que decirla; y en cabo de estos días, el dicho gobernador Pizarro, le dió a él y a los que con él iban ciertas camisas y sartales de cuentas de España, de vidrios y jaspes y otras cosas que ellos tuvieron en mucho; y para Atabalica, una cosa aparte; y con esto y con muy buenas palabras de amistad que el dicho gobernador les dijo, se volvieron desde allí, a decir al dicho Atabalica como él iba a verse con él. Es de saber que los indios de la tierra se entendían muy bien con los españoles, porque aquellos muchachos indios que en el descubrimiento de la tierra (t) Pizarro

(s).—El paso de los llanos a las serranías se llevó a efecto por las alturas del valle de Saña o sea por la ruta de la Viña, Nancho, Niepos, San Miguel &. la entrada a Cajamarca fué por las alturas de Shicuana al NE. del valle de Cajamarca.

(t).—En la *Relación* de Pedro Pizarro (*Col.* URTEAGA t. VI p. 10 y sigs.) leemos "y así mismo (en alta mar) hubieron tres o cuatro muchachos indios de la tierra de ellos que captivaron en las balsas y otros que los indios les daban para que comiesen (*sic*), creyendo que comían

trujo a España, entendían muy bien nuestra lengua, y los tenía allí, con los cuales se entendía muy bien con todos los naturales de la tierra. Tornando al propósito, digo que de esta dicha provincia, el dicho capitán con toda su gente partió por aquel camino adelante, pasando muchos pueblos grandes y señalados, de muchas florestas y arboledas, donde se vieron innumerables gentes y templos del sol, y otras cosas que por evitar prolijidad no se dicen (u).

Habiendo pasado muchas de estas poblaciones para ver de atravesar a la provincia de Cajamarca, donde el dicho Atabalica estaba, hubimos de dejar el camino real y tomar (*hay una palabra tachada*) otra travesía, y subimos por una sierra pelada que tenía más de legua y media de subir, de muy malos pasos; tales, que si el Atabalica se previniera de tener allí gente, fuera escusado pasar adelante; pero como Nuestro Señor era servido que la tierra se conquistase y se allanase, permitió que éste no se apercibiese de esto; antes, teniéndonos en muy poco y no haciendo cuenta que ciento y cincuenta hombres le

---

carne humana" y más adelante agrega: "D. Francisco Pizarro se partió a España llevando consigo las muestras que de la tierra había traído y dos indios de los que tengo dicho que les daban para que comiesen" y más adelante dice todavía: "y el Marques preguntó con la lengua que era uno de los muchachos que tengo dicho llevó a España, que se llamaba Francisquillo &".

Garcilaso llama al faraute Phelipe o Phelipillo y lo hace natural de la isla de la Puná. (*Comentarios Reales* 2ª. Parte. Lib. I, c. XVIII. *Col.* URTEAGA: *Hist. Clásicos del Perú*, Lima 1920) Lo cierto es que los dos indios intérpretes fueron Francisco y Felipe, este último jugó un importante papel en la conquista y acompañando a Almagro en la expedición a Chile fué ajusticiado por el capitán español en castigo de sus faltas. Hay cronistas que llaman a uno de estos indios intérpretes, Martín.

(u)—La prolija descripción de este viaje y de las poblaciones del tránsito se pueden leer en la interesante Relación de Francisco de Jerez, *Col.* URTEAGA-ROMERO, t. V. pags. 27 y sigs.

habían de ofender, dió lugar y consintió que pasásemos por aquel paso, y por otros muchos tan malos como él; porque realmente, a lo que después se supo y averiguó, su intención era vernos y preguntarnos de dónde veníamos y quién nos había echado allí, y qué queríamos; porque era muy sabio y discreto, y aunque sin luz y escritura, amigo de saber y de sutil entendimiento; y después de holgádose con nosotros, tomarnos los caballos y las cosas que a él más le placían y sacrificar a los demás; pero como Nuestro Señor era servido de lo hecho y quería que su santa Fe se plantase en aquellos bárbaros, dispúsolo al revés de lo que él pensaba (v); y así fué, que después de haber caminado tres o cuatro jornadas por aquellas sierras y pasos ásperos, un jueves (35), en la tarde, que se contaron (*quince*) (36) días del mes de (*noviembre*) (37) llegamos a vista del pueblo de Cajamarca y de el real que el dicho Atabalica tenía asentado una legua de él; el cual dicho real ocupaba más de legua y media del valle, y eran tantas las tiendas (38) que parecían, que cierto nos puso harto espanto; porque no pensamos que indios pudieran tener tan soberbia estancia, ni tantas tiendas, ni tan a punto; lo cual hasta allí en las Indias nunca se vió; que nos causó a todos los españoles harta confusión y temor, aunque no convenía mostrarse, ni menos volver atrás; porque si alguna flaqueza en nosotros sintieran, los mismos indios que lleváramos nos mataran; y así, con animoso semblante, después de haber muy bien atalayado el pueblo y tiendas que he dicho, abajamos por el valle abajo y entramos en el pueblo de Cajamarca, donde

(v)—La aseveración del cronista es muy personal y no podría alegar ninguna prueba a favor de su creencia, al contrario, la conducta del Inca en su prisión, y las razones alegadas en contra del soberano en el proceso de su muerte, ponen en evidencia la falsedad de las innobles imputaciones de Estete.

solamente había la gente popular y algunos de la gente de guerra de Atabalica que se desmandaban a venir a vernos, desde su real hasta allí, que había una legua, por una calzada hecha a mano harto de ver (x). Llegados al dicho pueblo, sin que nadie se apease, se acordó que Hernando Pizarro, su hermano, con hasta treinta de a caballo, personas principales, y con Martín (39), lengua, fuese al real del dicho Atabalica, a le hacer saber la llegada, y qué orden quería tener en las vistas, y si quería que fuesen en aquel pueblo o allí donde él estaba, porque todo sería como él lo mandase; el cual dicho Hernando Pizarro fué y yo con él; y llegamos a una acequia, que se pasaba por una puente, a una casa de placer que estaba en aquel valle, donde el dicho Atabalica tenía unos baños, cosa harto de ver; donde a la pasada de la dicha puente estaban muchos escuadrones de indios, con sus armas en las manos; y así fuimos pasando por ellos, sin nos hacer daño, ni nosotros a ellos, señalándonos donde estaba el gran señor; llegados al patio de la dicha casa, que tenía delante de ella, vimos estar en medio de gran muchedumbre de indios, asentado aquel gran señor Atabalica, de quien tanta noticia y tantas cosas nos habían dicho, con una corona en la cabeza (z) y una borla que le salía de ella y le

(x)—Hay contradicciones entre los cronistas respeto a este hecho; pues mientras Estete y Garcilaso aseguran que los españoles hallaron gentes en la ciudad, y el último llega a declarar que los españoles fueron muy bien recibidos de los indios; "que por mandado del rey se habían juntado muchos nobles y plebeyos para festejar a los que tenían por descendientes del Sol y hijos de su Dios Viracocha" (*Com. Reales*. — *Col.* URTEAGA: *Hist. Clásicos del Perú*, t.II c. XVII). Otros como Jerez y Herrera aseguran, el primero que Pizarro no halló en la ciudad gente (Ob. cit. t. V p. 48) y el segundo, que sólo se veían en un extremo de la plaza unas mujeres que lloraban la suerte que el destino reservaba a los españoles que habían provocado la cólera del Emperador indio. HERRERA. *Hechos de los Castellanos*. Década V.

(z).—La corona del Inca era un bonete o gorro de piel de vicuña llamado *llauto*, la borla que le caía sobre la frente de sien a sien era de

cubría toda la frente; la cual era la insignia real (a'); sentado en una silletica, muy baja del suelo, como los turcos y moros acostumbran sentarse; el cual estaba con tanta magestad y aparato, cual nunca se ha visto jamás; porque estaba cercado de más de seiscientos señores de su tierra. Comenzada (40) por Hernando Pizarro la plática, que era decirle nuestra llegada y cómo éramos vasallos de un gran Emperador, gran señor, el cual nos enviaba a saber y descubrir aquellas tierras y a predicar en ellas la fé de Jesucristo Nuestro Dios, y a doctrinarle y enseñarle a él y a los suyos en ella; y otras muchas palabras de amistad y de paz; las cuales por él oídas, por ser su inclinación preguntarnos y saber de dónde veníamos y qué queríamos, y ver nuestras personas y caballos, tuvo tanta serenidad en el rostro y tanta gravedad en su persona, que no quiso responder palabra a lo que se le decía, salvo que un señor de aquellos que estaban par de él, respondía «bien está» Visto por el dicho Hernando Pizarro que él no hablaba y que aquella tercera persona respondía de suyo, tornóle a suplicar que él hablase por su boca y le respondiese lo que quisiese: el cual a esto volvió la cabeza a mirarle, sonriéndose, y le dijo; «Decid a ese capitán que os envía acá, que yo estoy en ayuno y le acabo mañana por la mañana, que en bebiendo una vez, yo iré con algunos de estos principales míos a verme con él; que en tanto, él se aposente en esas casas que están en la plaza, que son comunes a todos, y que no entren en otra ninguna hasta que yo vaya, que yo mandaré lo que se ha de ha-

---

color encarnado, con flecos de lana terminales en canutillos de oro, llamábase *Masca paicha.*

(a').—Los príncipes de la sangre usaban este fleco frontal amarillo y el príncipe heredero la usaba azul.—Véase Garcilaso Ob. cit. t. II Lib. VI c. XXVIII.-El Palentino *Historia del Perú* Parte segunda c. 2.

cer» (b'). Dada esta respucsta, dijo aquel mismo principal, que nos apeásemos a comer; lo cual con la mejor excusa que se pudo dar no se aceptó y él dijo: «Pues no quereis comer, bebed del vino de esta tierra, ahí donde estáis», lo cual ya no se pudo dejar de hacer; y así, salieron unas matronas con vasos de oro en las manos, y dieron de beber a los que más cerca de ellas se hallaron. Hecho esto él tenía mucho ojo en los caballos, y ciertamente, a él le parecían bien; entendido esto, un capitán, Hernando de Soto, llevaba un caballejo ponedor y preguntóle si quería que lo corriese por aquel patio, y él hizo señas que sí; y así escaramuzó por allí, con buena gracia un poco. El caballejo era animoso, echaba mucha espuma de la boca de lo cual, de ver la presteza con que se revolvía, él se maravilló; aunque más admiración hacía la gente común entre sí, había gran murmullo; y un escuadrón de gente, viendo venir el caballo para sí, se retrujo hacia atrás; lo cual, los que lo hicieron pagaron aquella noche con las vidas; porque Atabalica los mandó matar, porque habían mostrado temor. Hecho esto y visto y atalayado la grandcza del ejército y las tiendas, que era bien de ver, nos volvimos a donde el dicho capitán nos estaba esperando, harto espantados de lo quc habíamos visto; y habiendo tomando entre nosotros muchos acuerdos y opiniones de lo que se debía hacer, estando todos con mucho temor, por ser tan pocos y estar tan metidos en la tierra, donde no podíamos ser socorridos, porque desde allí a la villa de San Miguel había más de ochenta leguas. Llegados donde estaba el dicho gobernador y díchole lo que pasaba, juntá-

(b').—Más tarde Atahuallpa en un nuevo mensaje que hizo Pizarro agregó "que le aderezasen un aposento en los de esta plaza (Cajamarca) donde el pose, que era una casa que se dice de la sierpe, que tiene dentro una sierpe de piedra". JEREZ: *Relación*. Ob.cit. p. 54.

ronse todos aquella noche en su posada, a platicar, en lo que se haría otro día; y así, aquella noche, mostrando los españoles mucho ánimo y regocijo, durmiendo pocos, hicimos la guardia en la plaza, de donde se vian los fuegos del ejército de los indios; lo cual era cosa espantable, que como estaban en una ladera, la mayor parte, y tan juntos unos de otros, no parecía sino un cielo muy estrellado (41). Venida la mañana, viernes, oímos misa, encomendándonos a Nuestro Señor, suplicándole nos tuviese de su mano. Hecho esto, el gobernador mandó que toda la gente de caballo se estuviese en su aposento, que al rededor de la plaza tenían; a punto, para que si fuese menester y Atabalica viniese de otra manera de la que había dicho, pudiesen pelear con él, y la gente de pie estuviese junta con él; porque él quería pelear a pie, lo cual él sabía mejor hacer así que a caballo. Concertada la gente de esta manera, hizo poner dos atalayas en una mezquita de piedra que estaba en la plaza, para que atalayasen y viesen qué gente venía; los cuales se pusieron y desde arriba atalayaban y vían lo que se hacía en el real; y desde las seis de la mañana hasta las cuatro de la tarde, en todo ese tiempo, se gastó en aderezar los escuadrones de la gente de guerra y ponerlos en orden, y los otros aparejos y arreos que para la persona de Atabalica y sus mujeres y privados eran necesarios; es de saber, que ningún hombre de más de cincuenta mil que tenía de guerra, estaba sin una patena, en la frente, muy acicalada, de cobre o de oro o de plata; los cuales daban tan gran resplandor, que ponía espanto y temor de verlo (42). A la hora de las cuatro comienzan a caminar por su calzada adelante, derecho a donde nosotros estábamos; y a las cinco o poco más, llegó a la puerta de la ciudad, quedando todos los campos cubiertos de gente; y así, comenzaron a entrar por la plaza hasta trescientos hombres

como mozos de espuelas, con sus arcos y flechas en las manos, cantando un cantar no nada gracioso para los que lo oíamos; antes espantoso, porque parecía cosa infernal; y dieron una vuelta a aquella mezquita, amagando al suelo con las manos, a limpiar lo que por él estaba, de lo que había poca necesidad, porque los del pueblo le tenían bien barrido, para cuando entrase. Acabada de dar su vuelta pararon (43), todos juntos, y entró otro escuadrón de hasta mil hombres, con picas sin hierros, tostadas las puntas, todos de una librea de colores: digo, que la de los primeros era blanca y colorada, como las casas de un ajedrez. Entrando el segundo escuadrón, entró el tercero, de otra librea, todos con martillos en las manos, de cobre y plata, que es un arma que ellos tienen; y así de esta manera entraron en la dicha plaza muchos señores principales que venían en medio de los delanteros y de la persona de Atabalica; detrás de estos, en una litera muy rica, los cabos de los maderos cubiertos de plata, venía la persona de Atabalica; la cual traían ochenta señores en hombros; todos vestidos de una librea azul muy rica; y él, vestido su persona muy ricamente, con su corona en la cabeza y al cuello un collar de esmeraldas grandes; y sentado en la litera en una silla muy pequeña, con un cojín muy rico. En llegando al medio de la plaza paró, llevando descubierto el medio cuerpo de fuera, y toda la gente de guerra que entraba en la plaza le ceñían en medio (44), estando dentro hasta seis o siete mil hombres; como él vió que ninguna persona salía a él ni parecía, tuvo creído, y así lo confesó él después de preso, que nos habíamos escondido de miedo de ver su poder, y dió una voz y dijo: «¿Dónde están estos?» a la cual salió del aposento del dicho gobernador Pizarro, el Padre Fray Vicente de Valverde, de la Orden de los Predicadores, que después fué obispo de aquella tierra, con la Biblia en la mano y con él Martín len-

gua (45); y así juntos, llegaron por entre la gente a poder hablar con Atabalica; al cual le comenzó a decir cosas de la Sagrada Escritura y que Nuestro Señor Jesucristo mandaba que entre los suyos no hubiese guerra ni discordia, sino toda paz; y que él en su nombre así se lo pedía y requería; pues había quedado de tratar de ella el día antes, y de venir solo, sin gente de guerra; a las cuales palabras y otras muchas que el fraile le dijo, él estuvo callando sin volver respuesta; y tornándole a decir que mirase lo que Dios mandaba, lo cual estaba en aquel libro que llevaba en la mano, escrito, admirándose, a mi parecer, más de la escritura que de lo escrito en ella, le pidió el libro, y le abrió y le hojeó, mirando el molde y la orden de él, y después de visto le arrojó por entre la gente, con mucha ira y el rostro muy encarnizado, diciendo: «decidles a esos que vengan acá, que no pasaré de aquí hasta que me dén cuenta y satisfagan y paguen lo que han hecho en la tierra». Visto esto por el fraile y lo poco que aprovechaban sus palabras, tomó su libro y abajó su cabeza, y fuese para donde estaba el dicho Pizarro, casi corriendo y díjole: ¿No véis lo que pasa?, para qué estáis en comedimientos y requerimientos con este perro lleno de soberbia, que vienen los campos llenos de indios? ¡Salid a él, que yo os absuelvo»! (c[1]); y así, acabadas de decir estas palabras, que todo fué en un instante, tocan las trompetas, y parte de su posada con toda la gente de pie que con él estaba, diciendo: ¡«Santiago a ellos»! y así salimos todos a aquella voz, a una; porque todas aquellas casas

(c').—Varias son las versiones que se insertan en las antiguas crónicas respecto a los términos de la proclama de Valverde. La relación de Estete es, no obstante la de un testigo presencial, que parece muy bien informado al respecto, y por los detalles que dá del supremo momento de la captura del Inca, parece que hubiera sido no sólo testigo de vista sino de oídos y a quien impresionaran, de tal modo lestos sucesos que los consignó con extrema fidelidad.

que salían a la plaza, tenían muchas puertas y parecc que se habían hecho a aquel propósito. En arremetiendo los de caballo y rompiendo por ellos, todo fué uno; que sin matar sino solo un negro de nuestra parte, fueron todos desbaratados y Atabalica preso, y la gente puesta en huida; aunque no pudieron huir de tropel, porque la puerta por do habían entrado era pequeña, y con la turbación no podían salir; y visto los traseros cuán lejos tenían la acogida y remedio de huir, arrimáronse (46) dos o tres mil de ellos a un lienzo de pared y dieron con él en tierra, el cual salía al campo, porque por aquella parte no había casas; y así tuvieron camino ancho para huir; y los escuadrones de gente que habían quedado en el campo sin entrar en el pueblo, como vieron huir y dar alaridos, los más de ellos fueron desbaratados y se pusieron en huida; que era cosa harto de ver, que cn un valle de cuatro o cinco leguas, todo iba cuajado de gente; en esto vino la noche muy presto y la gente sc recogió y a Atabalica se puso en una casa de piedra, quc era el templo del Sol; y así se pasó aquella noche con gran regocijo y placer de la victoria que Nuestro Señor nos había dado, poniendo mucho recaudo en hacer guardia a la persona de Atabalica; para que no volviesen a tomárnosele. Cierto, fué permisión de Dios y grande acertamiento, guíado por su mano; porque si este día no se prendiera, con la soberbia que traía, aquella noche fuéramos todos asolados, por ser tan pocos, como tengo dicho, y ellos tantos (47).

Otro día por la mañana, un capitán con cierta gente, fué a ver el campo y tiendas del dicho Atabalica; el cual era cosa mucho de ver; porque se hallaron muchas tiendas llenas de ropas nuevas, las cuales tenían para dar libreas a las gentes de su ejército; porque de ahí a pocos días estaba acordado de hacer su coronación y gran fiesta en ello; porque él había vencido a su hermano llamado

Huáscar (48), señor universal de toda la tierra, y se le traían sus capitanes preso, que le habían vencido en la ciudad del Cuzco, y allí estaba acordado de hacer sacrificio de él en las mismas fiestas; halláronse innumerables bastimentos, así de carnes y cecinas como de aquellas ovejas, unas para carga y otras para comer; muchos pertrechos y armas; todas estas cosas de tiendas y ropa de lana y algodón eran en tan gran cantidad, que a mi parecer fueran menester muchos navíos en que cupieran; y así como cosa tan abundante, se quedó allí para que sus dueños lo recogiesen y pusiesen en cobro. El oro y la plata y otras cosas se valor se recogió todo y se llevó a Cajamarca y se puso en poder del Tesorero de Su Magestad.

Estando Atabalica en su prisión dijo grandes cosas del pensamiento que tenía de lo que había de hacer de los españoles y caballos; porque era tan discreto y desenvuelto, que sin preguntarle nada, visto lo que le había acaecido ser tan al revés de lo que él tenía pensado, decía, (*hay unas palabras tachadas*) haciendo admiración de la traza que tenía hecha (*hay unas palabras tachadas*) cómo tenía acordado de tomar los caballos y yeguas que era la cosa que mejor le pareció, para hacer casta, y a los españoles a unos sacrificar al Sol y a otros castrarlos para el servicio de su casa y guarda de sus mujeres, como ello acostumbraba. Decía que la causa de haber consentido que entrásemos por la tierra, había sido ver cuán pocos éramos; que desde el primer día que desembarcamos tuvo noticia de cuántos españoles y caballos íbamos; pues hacia él cuenta que qué parte podíamos nosotros ser siendo tan pocos para la muchedumbre de sus gentes; porque en dos ejércitos tenía más de cien mil hombres. A mi parecer él tenía razón de hacer esta cuenta, si Dios

Nuestro Señor no fuera servido de tomársela y hacer maravillosamente lo que hizo (d).

Luego como fué sabida su prisión por todos sus señoríos, vinieron de cada provincia a visitarlo a él y a ver a los españoles, y cada uno traía presentes de lo que había en su tierra, así de oro como plata y otras cosas. Era grande el acatamiento con que entraban a hablarle, y él se había con ellos muy como príncipe, no mostrando menos gravedad estando preso y desbaratado, que antes que aquello le acaeciese. Un día, estándole preguntándo por su tierra y señoríos, y él respondiendo con buen semblante y alegría, dijo: que toda la tierra era muy rica de oro y plata, y que le parecía que aquellos metales eran lo que más nosotros estimábamos; que él tenía manera como de aquello se juntase mucho; porque en las mezquitas y templos del Sol y en otras partes estaba mucho. Verdad es que todas estas promesas que hacía las hacía como hombre temeroso que le habían de matar y que tenía en poco aquello que prometía; así por haber mucho en la tierra, como porque ofrecía lo que él había tomado tiranamente a su hermano Huáscar, señor de la tierra, que por fuerza de la había ganado toda, y prendídole, como tengo dicho.

En todo el tiempo de su prisión, siempre se le hizo muy buen tratamiento (49); y aquel padre dominico, tenía cuidado de predicarle y hacerle entender las cosas de nuestra santa Fé y darle noticia de todo y de lo que le

---

(d).— Estete afirma lo contrario de lo que aseguran los que asistieron al Inca en su prisión y se informaron de sus opiniones políticas: Pedro Pizarro, el más minucioso de los cronistas al respecto, no pone en boca del Inca esta confesión, que habría revelado ignorancia de sus consecuencia, imprudencia y torpeza, si no era efecto de una suprema cobardía, y semejantes defectos y faltas le eran ajenos. Jerez y Pedro Pizarro se complacen en ponderar la entereza, valor, veracidad, magestad y ponderación del Inca.—Véase sus *Relaciones*.

convenía para su salvación; y el gobernador le hacía entender como iba por mandado de Su Magestad a descubrir y requerir todas aquellas tierras, que viniesen los naturales de ellas a su obediencia y al yugo y obediencia de la Iglesia; lo cual se le hacía muy bien entender por las buenas lenguas de intérpretes que había; para lo cual, al parecer de todos, él tenía muy buen entendimiento y respondía como hombre que entendía lo que se le decía. Creo yo que se asentó con él la paz de parte de S.M. y que él se dió por su vasallo, y que se hicieron aquellas diligencias que se suelen hacer (e). Sabido por el gobernador que cerca de allí venía el Huáscar,su hermano, que se le traían preso de la ciudad del Cuzco, dijo a Atabalica que él sabía cómo su hermano venía preso y había sido desbaratado por su gente; y que le habían dicho que él había enviado a mandar que donde quiera que le topasen en el camino, le matasen; que en ninguna manera él tal hiciese; porque de aquellas cosas Dios Nuestro Señor era deservido y que también lo sería el Emperador; que venido él, habría información de entrambos; cuyo fuese el señorío de la tierra, y les administraría justicia y se daría orden de paz y concordia entre ellos; lo cual le debió hacer mal sabor; porque luego, de ahí a pocos días vino nueva que su hermano era muerto y él se disculpó con decir que él no lo había mandado, y que los que le traían a cargo lo habían hecho de suyo; lo cual le fué reprendido por el gobernador y predicador; pero como era cosa que él ordinariamente acostumbraba a hacer en sus hermanos, dábasele poco de ninguna reprensión; porque a lo que él mismo dijo, él había muerto a otros muchos de ellos que

---

(e).— Ningún documento comprueba semejante declaración oficial de Atahuallpa y los secretarios oficiales, Jeréz y Sancho nada dicen al respecto. La aseveración de Estete no es sino una suposición de buen vasallo de S. Magestad.

habían seguido la pareialidad del hermano; y uno, dicen, que viéndole con embajada de su hermano, le hizo quitar el euero vivo, delante de él, y eon la cabeza del hermano guarnecida de oro, bebía; ésta se tomó el día de su desbarate. También es de saber que ellos fueron cien hermanos y hermanas (f').

Desde a dos meses, poco más o menos que Atabalica fué preso se acordó que saliese alguna gente a ver y calar la tierra, la vía del Cuzco, para saber los pasos y caminos y ríos caudales, y ver aquellas puentes de red y maromas, y si las podrían pasar los caballos; para que no moviésemos de allí, sin saber por dónde íbamos. Sabido esto por Atabaliea dijo, que pues el gobernador quería enviar a ver la tierra haeia el Cuzco, que poco al travez del camino real estaba la gran mezquita de Pachacama, donde iban de toda la tierra a romería y era el principal santuario y adoratorio de ella; que sería bien que la fuesen a ver de camino, que en ella había mucha cantidad de oro y plata; y que allí estaba un sacerdote de ella que iría con la gente; y así se partió Hernando Pizarro con hasta veintieinco españoles; los quinee de a caballo y diez areabuceros, para la dicha mezquita (50); yendo por el camino real, del Cuzco, más de LXXX leguas, donde se pasaron gran-

(f').—El licenciado Polo de Ondegardo y los conquistadores Alonso de Mesa, Mancio Sierra de Leguízamo, Juan de Pancorbo y Per. Alonso Carrasco, declararon juratoriamente ante el juez Gabriel de Loarte y el Secretario de la visita Alvaro Ruiz de Navamuel que «entendieron que el dicho Atahuallpa por sus capitanes Claco-Chima y Quizquiz, hizo prender y matar al dicho Guáscar con toda su *generación y descendencia*; de manera que ningún sucesor le quedó y se acabó en él la descendencia legítima de los Ingas» y Cieza de León por su parte dice: «Quizquiz en el Cuzco hizo gran daño y mató, según es público, treinta hermanos de Huascar e hizo otras crueldades con los que tenían su opinión y no se habían mostrado favorables a Atahuallpa». Véase: *Informaciones de Toledo*. lo hecho en el Cuzco el 17 de Enero de 1572; *Historia de los Incas* de SARMIENTO DE GAMBOA cc. 65 y 66. Cieza *Señorío de los Incas*, c. V.

des provincias, especial la de Guaman, Chusco y Pombo (g), y muy grandes sierras y ríos muy poderosos, y aquellas puentes hechas de red, que hasta pasar la primera y perder el temor fué harta confusión; porque son de esta manera (51): los ríos son muy grandes y muy furiosos, porque descienden de aquellas grandes montañas, y donde hace mayor estrechura y van más espantables y más recogida el agua, allí hacen un cimiento grande de piedra, de una parte y de otra; y atravesados unos gruesos maderos, por la cantería, atraviesan unas maromas de parte a parte del río, de una mimbre gruesa, hecha de la forma y manera que son unas sogas de anoria, salvo que aquellas maromas son tan anchas cada una como tres palmos; a y así juntas media docena de ellas, pasadas de parte y parte del río, del anchor de una carreta, téjenlas con unos cáñamos fuertes y atraviesan unos palos para que estén fuertes y no se puedan destejar; y hecho esto, héchanles su borde de una parte y de otra como unos corcos (h') a una carreta (i'); y así está ella puesta en el aire y muy alta del agua que acá lo están; pues para pasar los caballos, animales que tanto pesan, y tan temerosos y espantadizos, por una cosa hecha en el aire, túvose por imposible; que para gente de pie y aquellos ganados de poco peso, bastantes eran. Finalmente, que ello se probó a pasar con los caballos y aunque al principio rehusaron, metidos dentro, parece que el temor les hacía prestar paciencia; y así uno en pos de otro pasaron todos, y en esta primera puente no hubo desgracia; y seguimos nuestro viaje pasando pueblos y provincias y sierras extrañas, aunque los

(g')—¿No corresponderán a Otuzco, Guamachuco y Bombon (Junín) que son nombres de regiones y estancias de la travesía entre Cajamarca y Cuzco?

(h').—*Cercos*, ha querido decir.

(i')—. . . . .

caminos muy buenos; donde a cabo de veinte jornadas llegamos con harto trabajo y cansancio a aquel pueblo de Pachacama, donde estaba aquel ídolo tan nombrado, llamado de ese mismo nombre. Acaeciónos una cosa muy donosa, una noche, antes que llegásemos a él, en un pueblo junto a la mar; que nos tembló la tierra de un recio temblor y los indios que llevábamos, que muchos de ellos se iban tras nosotros a vernos, huyeron aquella noche, de miedo, diciendo que Pachacama se enojaba porque íbamos allá y todos habíamos de ser destruidos. Llegados al pueblo comenzamos a caminar derecho a la mezquita, la cual era cosa de ver y de gran sitio, teniendo en la primera puerta dos porteros, a la cual llegamos a pedirles que nos dejasen subir, porque queríamos ver a Pachacama; los cuales respondieron que, a verle ninguno llegaba; que si queríamos algo, que ellos lo dirían al sacerdote para que se lo dijese. Hernando Pizarro les dijo ciertas cosas y que en todo caso él había de subir donde estaba, porque él y aquellos españoles venían de muy lejos a verle; y así, contra su voluntad y de ruin gana nos llevaron, pasando muchas puertas, hasta llegar a la cumbre de la mezquita; la cual era cercada de tres o cuatro cercas ciegas, a manera de caracol; y así se subía a ella; que cierto, para fortalezas fuertes eran más a propósito que para templo del demonio. En lo alto estaba un patio pequeño delante de la bóveda o cueva del ídolo, hecho de ramadas, con unos postes guarnecidos de hoja de oro y plata, y en el techo puestas ciertas tejeduras, a manera de esteras para la defensa del sol (j[1]); porque así son todas las casas de aquella tierra, que como jamás llueve, no usan de otra

(j[1]).—La factura del santuario de Pachacamas tal como la describe Estete, se ve reproducida en muchos ejemplares de cerámica de la región de los yungas.

cobija; pasado el patio estaba una puerta cerrada y en ella las guardas acostumbradas, la cual, ninguno de ellos osó abrir. Esta puerta era muy tejida de diversas cosas: de corales y turquesas y cristales y otras cosas. Finalmente que ella se abrió y según la puerta era curiosa, así tuvimos por cierto que había de ser lo de dentro; lo cual fué muy al revés y bien pareció ser aposento del diablo, que siempre se aposenta en lugares sucios. Abierta la puerta y queriendo entrar por ella, apenas cabía un hombre, y había mucha obscuridad y no muy buen olor. Visto esto trujeron candela; y así entramos con ella en una cueva muy pequeña, tosca, sin ninguna labor; y en medio de ella estaba un madero hincado en la tierra con una figura de hombre hecha en la cabeza de él, mal tallada y mal formada, y al pié y a la redonda de él muchas cosillas de oro y de plata, ofrendadas de muchos tiempos y soterradas por aquella tierra (52). Visto la suciedad y burlería del ídolo nos salimos afuera a preguntar que por qué hacían caso de una cosa tan sucia y torpe como allí estaba; los cuales muy espantados de nuestra osadía (53) volvían por la honra de su dios y decían que aquel era Pachacama, el cual les sanaba de sus enfermedades; y a lo que allí se entendió, el demonio aparecía en aquella cueva a aquellos sacerdotes y hablaba con ellos, y estos entraban con las peticiones y ofrendas de los que venían en romería, que es cierto, que de todo el señorío de Atabalica iban allí, como los moros y turcos van a la casa de Meca. Vista la suciedad que allí estaba y la ceguedad en que todas aquellas gentes estaban, juntando a todos los más principales del pueblo y haciéndoselo entender, en presencia de todos, se derrocó y abrió aquella cueva, la cual había muy pocos que hubiesen entrado en ella; y como vieron nuestra determinación y les cuadrase lo que cerca del engaño que tenían se les decía, ellos mismos

mostraban holgarse de ello; y así con mucha solemnidad se puso una cruz grande encima de aquel aposento que por tan suyo tenía el demonio (54). Hecho esto, nos aposentamos en el pueblo abajo, en el cual estuvimos hasta treinta días, donde buscamos todas aquellas casas de depósitos donde guardaban el oro y la plata, lo cual, todo tenían alzado y escondido, que no se halló sino muy poco, y lo que no quisieron llevar. En este tiempo, a la nueva de lo hecho y a vernos venían todos los pueblos comarcanos y traían presentes de oro y plata. Esta mezquita estaba entre tierras muy pobladas y ricas, y así se juntó buena cantidad de oro y plata.

De este pueblo de Pachacama, el capitan Hernando Pizarro tuvo noticia que en la ciudad de Jauja (55) estaba el capitan general de Atabalica con mucha gente de guerra de la que se había hallado en el desbarato de Huáscar, hermano suyo; y como este capitan era el más principal y el que lo había hecho todo, acordó de irse a ver con él y a procurar con buenas palabras, y atraerle para que fuese con él a donde Atabalica estaba; y aunque la gente estaba muy destrozada y los caballos cansados y sin herraje (56), determinó su partida y entró la tierra adentro, y pasando grandes puertos de nieves y desiertos, y sierras, llegó a la dicha ciudad de Jauja, con harto trabajo, y sin herraduras los caballos; donde halló a Chalicuchima, con innumerable gente, con el cual, blandamente, se comenzó a tratar, atrayéndole que se volviese desde allí adonde Atabalica estaba, dejando allí toda la gente de guerra; el cual lo hizo así y dejando allí un teniente suyo, se partió para Cajamarca, donde estaba el dicho Atabalica. En este pueblo nos hicieron los indios herraduras de plata y de cobre, con las cuales volvimos donde el dicho gobernador estaba, a cabo de tres meses que tardamos en la jornada; donde con gran regocijo y

alegría nos salieron a recibir los españoles; llegados al aposento donde el gobernador y Atabalica estaban, entró aquel capitan, descalzo, con una carga a cuestas a ver a su señor, y con ser la principal persona de su reino, no le miró ni hizo caso de él, más que si fuera otro común, y llegó y le besó los pies y las manos y le dió paz en el rostro y así dándole de mano, se salió y se fué a su aposento.

Aquí hallamos que era ya llegado el capitan Almagro, con cierta gente y navíos, los cuales quedaban en el puerto de San Miguel; y él se había venido por tierra, por los mismos pueblos donde el dicho gobernador Pizarro había venido. Llegado el dicho Hernando Pizarro y Almagro, todos juntos, comenzaron a tratar del repartimiento del oro y plata; y así se hizo y repartió entre la gente; dando al de caballo dos partes y al de pie una; y sacado el quinto para S. M., lo demás se repartió a disposición del dicho gobernador; que fué por todo el oro, así lo que trujeron de presentes como lo que se trujo de Pachacama y del Cuzco y de otras diversas partes, (57).... (*en blanco*). Cupo a cada hombre de caballo (58)....(*en blanco*) pesos de oro y (*hay una sílaba tachada*) marcos de plata; a la gente que llegó después de todo recogido, con Almagro, se le dió algún socorro de gracia, no porque ellos tuviesen parte en él. Hecho este repartimiento y fundido y marcado, y dado el quinto de S. M. a su tesorero, estando dando forma como se llevaría a Atabalica de camino, y que guarda se le pondría, y consultando y tratando, si seríamos parte para defenderle en aquellos pasos malos y ríos si nos le quisiesen tomar los suyos, comenzóse a decir y a certificar entre los indios, que él mandaba venir gran multitud de gente sobre nosotros; esta nueva se fué cundiendo tanto, que se tomó información de muchos señores de la tierra, que todos a una dijeron que era verdad que él mandaba venir sobre nosotros

para que le salvasen y nos matasen si pudiesen; y que estaba toda la gente en cierta provincia, ayuntada (k'); que ya venía de camino; tomada esta información, juntáronse el dicho gobernador y Almagro y los oficiales de S. M., no estando allí Hernando Pizarro, porque ya era partido para España, con alguna parte del quinto de S. M., y a darle noticia y nueva de lo acaecido, y reuniéronse, aunque contra voluntad del dicho gobernador, que nunca estuvo bien en ello; que Atabalica pues quebrantaba la paz y quería hacer traición y traer gentes para matar los cristianos, muriese; porque con su muerte cesaría todo y se allanaría la tierra, a lo cual hubo contrarios pareceres y la más de la gente se pasó en defender que no muriese. Al cabo, insistiendo mucho en su muerte el dicho capitán Almagro, y dando muchas razones porqué debía morir, él fué muerto (59); aunque para él no fué muerte sino vida, porque murió cristiano y es de creer que se fué al cielo. Publicada por toda la tierra su muerte, la gente común y de pueblo se venían donde el dicho gobernador estaba a dar la obediencia a S. M.; pero los capitanes y gente de guerra que estaban en Jauja y en el Cuzco, antes se rehizieron y no quisieron venir de paz. Aquí acaeció la cosa más extraña que se ha visto en el mundo, que yo ví por mis ojos (que es, *tachado en el original*) y fué que, estando en la iglesia cantando los Oficios de Difuntos a Atabalica, presente el cuerpo, llegaron ciertas señoras, hermanas y mugeres suyas, y otros privados con gran estruendo, tal, que impidieron el Oficio

(k').—La falsedad de la aseveración de Sancho se pone de manifiesto con la simple relación que nos hacen los cronistas españoles de los fundamentos de la sentencia, de los que pedían apelación a España y de noticias que, posteriormente a la muerte del monarca peruano, suministro Hernando de Soto, destacado para inspeccionar la situación de los indios y los conatos de levantamiento.

y dijeron que les hiciesen aquella huesa muy mayor, porque era costumbre cuando el gran señor moría que todos aquellos que bien le querían se enterrasen vivos con él (60); a los cuales se les respondió que Atabalica había muerto como cristiano, y como tal le hacían aquel Oficio, que no se había de hacer lo que ellos pedían, que era muy mal hecho y contra cristiandad; que se fuesen de allí y que no les estorbasen y se le dejasen enterrar; y así se fueron a sus aposentos y se ahorcaron todos ellos y ellas. Las cosas que pasaron en estos días y los extremos y llantos de la gente, son muy largos y prolijos y por eso no se dirán aquí.

Desde a XXX o XL días que Atabalica fué muerto, el dicho gobernador, con la gente que él tenía y le había llegado con el dicho capitán Almagro, se partió de la dicha provincia de Cajamarca, la vía del Cuzco, donde llegado a la dicha ciudad de Jauja, que es de allí cien leguas, halló que la gente de guerra que allí había quedado estaba de mal arte y se pusieron en armas contra los españoles y pelearon con ellos y fueron desbaratados, y se retrujeron e hicieron fuertes en una parte del valle; a los cuales desde a dos a tres días fué un capitán, con cierta gente y los desbarató; y pasaron una puente de aquellas de red y la pusieron fuego, que no se pudo pasar a ellos, y así, su paso a paso, comenzaron a caminar la vía del Cuzco, para se juntar con la otra gente de guarnición que allí estaba y defender la entrada a los españoles.

Tomado descanso en el dicho pueblo de Jauja, y hecha una iglesia y puesto en recaudo el oro y plata de S. M.; dejando en el dicho pueblo la gente que pareció que bastaba, con toda la demás de pie y de caballo, el dicho gobernador acordó de partirse para el Cuzco, antes que en la ciudad se juntasen más gentes, y así se partió para allá pasando aquellas puentes de red y muchos pa-

sos ásperos y pueblos grandes, donde al Capitán Hernando de Soto, que iba una jornada adelante con cierta gente de caballo, en la provincia de Bilcas, le aguardaron los indios y pelearon con él, los cuales fueron desbaratados y le hicieron poco daño. Pasando más adelante, cuatro jornadas, en una sierra donde tenían un ídolo, que se llama Bilcahinca (1'), cinco leguas del Cuzco, le tornaron a aguardar otra vez, y llevando los caballos muy cansados le pusieron en grande estrecho y le entraron é hirieron muchos españoles y caballos y estuvo a punto de se perder todo; y quiso Nuestro Señor, que fué parte para defenderse en una llanada, hasta que llegó el dicho gobernador con la otra gente, los cuales, todos juntos, ganaron aquel paso y echaron los enemigos de él, y llegaron a un pueblo grande, que se dice Xaqui-Xaguana (61), donde descansaron tres ó cuatro días, que es cuatro leguas de la ciudad del Cuzco; donde supieron que en un paso malo, junto a la ciudad, les estaban aguardando para defenderla; sabido esto, con mucho concierto, las atalayas de caballo delante, partieron del dicho pueblo, y dos horas antes que el sol se pusiese llegaron a la vista de la ciudad del Cuzco, donde se descubrió la gente de guerra que era en grandísima cantidad; vista por las atalayas vinieron a dar el mandado. Comenzamos a caminar, todos recogidos, y salieron a nosotros con gran grita, de terminación; y sufridos los primeros encuentros y alaridos, rompimos por ellos, matando e hiriendo muchos de ellos; finalmente, que en espacio de una hora los echamos del paso y se lo ganamos, y ellos se hicieron más fuertes en otro; aunque desviados de nosotros y de la ciudad. Allí hicimos noche y otro día de mañana entramos en ella sin ninguna defensa, porque los naturales nos recibieron de buena volun-

(1').—Vilcas-huaman querría decir el cronista?

tad; y así nos aposentamos en una plaza principal de ella, donde estaban las casas de Atabalica y de otros príncipes y señores que allí residían. Los indios de guerra se retrujeron a una fuerza, cineo leguas de allí, y por algunos días estuvimos en la ciudad tomando descanso y viendo las cosas de ella, que eran harto de ver (m').

Esta ciudad está asentada en un valle, entre sierras muy ásperas; la mayor parte de ella estaba en una ladera como Burgos (62), y encima de la ladera una fortaleza de piedra, soberbio y grande edifieiq, con sus torres y cereas (n); junto a ella nace un río el eual baja por medio de la eiudad, y desde que nace, más de veinte leguas por aquel valle abajo, donde hay muchas poblaeiones, va enlosado todo por el suelo, y las barrancas de una parte y de otra hechas de cantería labrada, cosa nunca vista ni oída (63). La plaza de la ciudad era casi cuadrada, no grande ni pequeña. Aquella casa de Atabalica que está en ella tenía dos torres de buen parecer, una portada rica chapada de piezas de plata y de otros metales que parecían bien. En la plaza había una puerta donde había un monasterio que se llamaba Atuncaneha (64), cercado todo de una muy hermosa eantería, dentro de la eual eerea había más de eien casas, donde residían los saeerdotes y ministros del templo y las mujeres que vivían castamente, a manera de religión, que llamaban por nombre mamaconas, las cuales eran en gran cantidad (65). Arrimado a

(m').—Refiriendo la entrada al Cuzco, Sancho nos dice en su relato «De este modo entró el Gobernador con su gente en aquella gran ciudad del Cuzco sin otra resistencia ni batalla, el viernes a la hora de misa mayor (11 a.m.), a quince días del mes de noviembre del año del nacimiento de nuestro Señor Salvador y Redentor Jesucristo MDXXXIII». La vigilaneia y cuidados que se tuvieron para evitar una ingrata sorpresa por parte de los indios, duraron por espacio de un mes, según el mismo cronista lo advierte. Véase Col. Urteaga-Romero t. V, p.

(n').—La fortaleza llamada de Saesahuaman.

este recinto, una callc en medio estaba el templo del sol, (66), muy grande, todo labrado dc piedra muy prima,que cierto toda la cantería de esta ciudad hace gran ventaja a la de España; aunque carecen de teja, que todas las casas, si no es la fortaleza que era hecha de azoteas, son cubiertas de paja, aunque tan primamente puesta, que parecía bien. Esta ciudad era grande, extensa y de mucha vecindad, donde muchos señores tenían casas; era muy junta y de buenos edificios. Halláronse en ella cosas muy de ver labradas de pluma y lana; tomóse en ella mucha cantidad de oro y plata, aunque no de particulares, sino que se hallaba en aquellos templos y oratorios y cuevas y enterramientos donde estaba echado como cosa no tenida en mucho; y tomáronse muchas vasijas de oro y plata y entre ellas ocho trojes de plata en que tenían el trigo o maíz para el templo; creo que pesaron estas trojes, después de fundidas, veintincinco mil marcos de plata.

Halláronse en la ciudad y en ciertos templos a ella comarcanos, muchas estatuas y figuras de oro y plata entcras, hechas a la forma toda de una mujer y del tamaño de ella, muy bien labradas y formadas las facciones, de vaciadizo, que creo yo que era de lo primo (67), que se puede labrar, en ninguna parte; de estas hubo más (*de*) veinte estatuas de oro y de plata, éstas debían de ser hechas a imagen de algunas señoras muertas; porque cada una de ellas tenía su servicio de pajes y mujeres, como si fueran vivas; las cuales las servían y limpiaban con tanta obediencia y respeto, como si estuvieran en su propia carne, y las guisaban de comer tan a punto y tan regaladamente como si en efecto lo hubieran de comer; y así se lo llevaban y ponian delante; y haciendo cierta oración al Sol se lo quitaban y lo comían aquellos sus sirvientes, derramando contra el Sol alguna parte del man-

jar (68). Halláronse en esta ciudad grandes vasijas y artificios para beber, de oro y plata, bien labrado, gran cantidad; sin número de plumajes y aderezos para la guerra; innumerable cantidad de lana, en casas y depósitos y cajas de depósitos de cada una cosa de lo que la tierra produce, desde las lagartijas y cojijos, hasta todas las otras cosas, que de todo ello tributaban al señor y a los templos, y allí se guardaba por manos de mayordomos para las necesidades y gentes de guerra y años estériles; entiéndese que en esta generalidad entra maíz y vino de lo que ellos acostumbraban a hacer, y así todas las otras cosas de mantenimientos.

Una legua de esta ciudad, en un risco a manera de fortaleza estaba el enterramiento de los príncipes, cosa harto de ver; donde estaban por orden todos embalsamados y vestidos de muchas ropas, una sobre otra, para con el bálsamo conservar los cuerpos que no se corrompiesen, con unas diademas en la cabeza. Es de saber que esta tierra, a la cuenta de los más ancianos, no había noventa años que era sujeta a príncipe; y daban por memoria y nombraban todos los príncipes que había habido; y aunque no tienen escrituras, por ciertas cuerdas y nudos recuerdan a la memoria las cosas pasadas (ñ') aunque lo más principal de acordarse es por los cantares que tienen (69), como acá tenemos, de cosas y batallas pasadas antiguamente, que si faltase la escritura, por aquellos cantares tendríamos memoria de los pasados que hicieron hazañas señaladas. Antes que la tierra se sojuzgase, en cada pueblo y provincia había un señor, y éste no reconocía superioridad a nadie, más de regir y gobernar su

(ñ').—Sobre los quipus y su valor escriturario véase mi monografía *La escritura en el antiguo Perú*, en «El Perú. Bocetos Históricos» (2ª. serie) p. 41.

tierra y defenderla si alguno se la quería tomar (70). El primero que dieen los indios que sujetó la tierra así, e hizo algunas provincias que le tuviesen por señor, fué uno llamado Gualnava (71); este dicen que fué muy valeroso y gran hombre de guerra; este fundó la ciudad del Cuzco; digo, la reedificó e hizo aquella fortaleza, de donde sojuzgó mucha parte de la tierra. Este tuvo hijos que fueron ganando y conquistando y atrayendo gentes a su servicio, y sus nietos hicieron lo mismo hasta que Huaina-Capa, padre de Atabalica la acabó de allanar y sujetar, así que ninguna cosa de todo lo que él tuvo noticia le quedó por ganar; este fué príncipe muy tenido y querido, y el que atras se dice que tuvo cien hijos e hijas; no es de maravillar que los tuviese, pues tenían muchas más mugeres.

Esta ciudad del Cuzco era la cabecera de todos aquellos reinos, donde ordinariamente residían los príncipes; venían a dar en ella y a juntarse en cruz cuatro caminos (o'), de cuatro reinos o provineias, bien grandes, que a ellos eran sujetos, que eran Chinchasuyo, Collasuyo, Andisuyo y Condesuyo; estos llevaban allí los tributos a los príncipes y allí estaba la silla imperial.

Al principio dije que adelante especificaría más la grandeza y arte de los caminos, y porque me parece que es cosa digna de saber, diré aquí como son y de donde a donde van hechos a mano. Ya dije que desde el río de Tallame (*sic*) se tomó aquel eamino ancho y hecho a mano, por donde comenzamos a caminar, por la costa de la mar adelante, por las provineias y región caliente, donde

---

(o').—Los cuatro zeques que según Garcilaso correspondían a las cuatro direcciones por donde se dirigían los chasquis a las cuatro secciones del Imperio: Chinchaysuyo, Collasuyo, Antisuyo y Cuntisuyo. Véase: *Relación de los Adoratorios o zeques en el Cuzco* por POLO DE ONDEGARDO. —COL. URTEAGA t. IV.

nunca llueve. Este va a dar al Cuzco después de ir por la costa de mar más de trescientas leguas, y después atraviesa la tierra adentro al Cuzco ,y es uno de los cuatro que digo que entran en él; va todo hecho por cordel de una medida, muy ancho, y en las partes que están a menudo las poblaciones va a trechos, dos y tres y cuatro leguas más o menos, plantado de árboles de una parte y de otra, que se juntan arriba y hacen sombra a los caminantes; y donde estos faltan, van paredes hechas de una parte y de otra, y en ellas pinturas de monstruos y pescados y otros animales, para que mirándolos pasen tiempo los caminantes, y en todo lo que hay poblaciones y agua van acequias de una parte y de otra; hay grandes florestas y arboledas que mirar, y como el agua siempre es de pie de aquellos ríos grandes que de arriba descienden, que riegan la tierra como el Nilo,todo el año hay grandes verduras; hay frutas razonables de diversas maneras, asi como son unas que se llaman guabas, a manera de caña fístolas sino que son más anchas (*hay una palabra tachada*), éstas tienen una carne blanca dentro, sin cuezco ni pepita, muy dulce, tanto, que se podría sacar de ella miel (p'); hay otra del tamaño de camuesas, con la corteza más gruesa que la camuesa; tiene el cuezco grande, es de razonable sabor; hay algunas piñas, aunque pocas, de la manera de las de las otras Indias; hay gran abundancia de maíz, de lo cual hacen pan en tortas y grandes brebajes, como la cerveza que beben; críase en esta tierra mucha grana y algodón; hay ganados en abundancia. Habitan las gentes debajo de aquellas frescuras, en aquellas ramadas que he dicho, treinta a treinta, y cincuenta a cincuenta y ciento a ciento (72), así están los lugares y no mayores; pero es tierra muy poblada, y están muy jun-

(p').—Este fruto se denomina pacae (*Inga fevillai*)

tos unos de otros; todos tienen una manera de creencia y ritos y ceremonias y adoran al Sol; no comen carne humana, sacrifican animales y no hombres (q'); es gente mediana y toda ésta que reside en esta región caliente, es llamada yungas (r'), que es lo mismo que villanaje; y la gente ciudadana y que más se tiene es la de la tierra adentro; y así nunca se vió que ninguno de esta nación y región tuviese cargo ni administración de ningún pueblo fuera de su tierra; lo cual la gente de la tierra adentro sí; que aquella nación del Cuzco estaba derramada por todas las provincias en la administración de la justicia. Hace en la división de estas dos provincias fría y caliente, en XXV leguas que hay de lo uno a lo otro, la mayor separación y diferencia el cielo, de todo lo que se ha visto; porque ya he dicho, que desde las vertientes a la mar nunca llueve, y de allí adentro lo hace casi todo el año, al menos hay grandísimas nieves y granizos y gran frío.

El otro camino grande que atrás dije va por la tierra y región fría desde la ciudad de Tumipampa, que es en el Quito, hasta la ciudad del Cuzco; y desde la ciudad del Cuzco, más de cien leguas adelante, por la provincia del Collao, hasta dar en una laguna dulce, donde está una mezquita que se dice Titicaca. Creo yo que del un fin al otro, hay más de cuatrocientas leguas, donde hay las más ásperas sierras y pasos malos que hay en el mundo. Va todo el camino de una traza y anchura hecho a mano y rompido por aquellas sierras y laderas, tan bien deshechado que en muchas partes viendo lo que está adelante, parece cosa imposible poderlo pasar; por las partes que

---

(q').—Sobre los sacrificios humanos en el antiguo Perú véase: «*El Perú. Bocetos Históricos*» 2ª. serie p. 35.

(r').—yungas, tierra caliente, región cálida, comprende a todo el litoral peruano.

va por laderas, va tan bien cimentado de calzada de cantería, desde lo bajo, que va tan llano como si lo fuese la tierra, donde saliendo de él tiene la gente harto que poderse tener con las manos; en las partes lodosas y de ciénagas va enlosado y en las bajadas y subidas ásperas escalones y antepechos de piedra; finalmente, él es uno de los mayores edificios que se han visto en el mundo. Para la conservación y reparo de él estaba repartido a las provincias comarcanas, a cada una su término y pertenencia; por todo él, desde la provincia de Tumipampa hasta el Cuzco, van hechas unas casillas a trechos, que a mi parecer estarán VI en una legua; en estas habitaban las postas que los señores tenían para saber lo que pasaba en la tierra y para otros servicios y curiosidades que tenían; las cuales postas eran indios a pie, que corrían de una casilla a otra, y esto a todo correr, y de palabra decían al que estaba aguardandole a la puerta, la embajada que llevaba y a quien, y además de lo que le decía de palabra, llevaba ciertos nudos para memoria, con los cuales, en muchas cosas ellos entendían; y de esta manera el uno al otro y el otro al otro decían su embajada hasta que legaban a noticia de aquel a quien era enviados. Eran lostas breves y sutil invención, y más presto se comunicpban y sabían lo que pasaba, de una parte a otra, que si tavieran caballos. Esta región fría es muy falta de leña,uque toda la tierra es pelada y las sierras esparteñas. Víst nse de vestiduras de lana y plumas,que hay muy gran abeundancia de ganados y de allí se proveen los de la región caliente; tienen los pueblos juntos y en cada uno su templo del Sol y casas de depósitos, como las que tengo dicho. no se crían frutos por la frialdad de la tierra, si no es en algunos valles hondos; los ríos no crían pescados; si algunos hay, críanse en lagunas dulces, que se hacen en la tierra adentro, quc son como bermejuelas; proveense de

todas estas cosas de los de la región caliente; hay muchos venados y corzos y algunas aves de rapiña y otras de comer, que se crían en aquellos lagos dulces. Toda esta región fría tiene esta adoración al Sol, y a su hijo el señor de la tierra, que así le llaman hijo del Sol (73); no difieren en cosa notable así en ritos como en costumbres y vestidos; es gente sana y calzada, donde se vieron muchos viejos y viejas; y así, es verdad que viven mucho más que en la región caliente, donde si éstos bajan enferman luego, por ser tan grande la diferencia; lo cual ellos no hacen si van a la región fría. Esto baste, cuanto a los caminos y costumbres y maneras de estas gentes.

Tornemos ahora a decir del repartimiento del oro y plata que se recogió en la ciudad del Cuzco, de ella y de las provincias a ella comarcanas; que la mayor parte, o grande, se trujo de otras partes donde estaba echado como cosa tenida en poco, que en una provincia cerca del Cuzco se hallaron ciento y cincuenta (CL) tablas de plata, de quince y veinte pies de largo, y dos palmos en ancho, y otras piezas monstruosas echadas por el suelo, en una bóveda casi anegado de tierra, sin servirse de él. De lo que se juntó y repartió; cupo al quinto a S. M....... (*en blanco*).

Y de lo demás se hicieron las partes entre toda la gente que allí se halló por la orden que la otra vez; fué más cantidad de plata que de oro; cupo a cada uno de caballo (*hay un espacio en blanco*) y al de pie la mitad; hubo mucho recaudo que ninguno defraudase ninguna cosa, so pena de muerte. En esta segunda partición entró toda la gente que había ido con Almagro y él también, donde se le dió aventajada parte, como a persona que había gastado mucho de su vida y hacienda en aquella demanda, aunque de ver que él no tenía mando en la tierra, mostraba desabrimiento y estar descontento de

la compañía de Pizarro, y allí comenzaron a andar a malas y haciendo corrillos y parcialidades.

Después de estado algunos días en la ciudad del Cuzco el dicho gobernador y gente, le vinieron a decir que los indios enemigos estaban en la comarca de la ciudad haciendo mucho daño y talando la tierra. Es de saber que esta gente de guerra que nos la defendía y con la que Atabalica la había ganado, no era natural de la tierra, sino de la provincia del Quito y Cayangui y Carangui (74), donde era la naturaleza y asiento de Atabalica, y desde donde él vino contra su hermano; porque aunque todo era señorío de su padre, Atabalica se había criado en aquella provincia, y así con la gente de ella había ganado y conquistado desde allí hasta el Cuzco y todo lo demás; y así, esta gente, como extranjera, hacía mucho daño en la gente de la tierra y los tenían por enemigos y se habían con ellos cruelmente, y esta gente entonces era la que nos defendía la tierra y no los naturales de ella; aunque después de echada esta gente de ella por fuerza e ida a su tierra, los mismos naturales se rebelaron con el Inga, que quiere decir rey, que después de la muerte de Atabalica sucedió (75); pues para echar y desarraigar esta gente que tanto daño hacía, de la tierra, porque estaban puestos en tierra muy áspera, fué necesario dar parte de ello al Inga, para que juntase, toda la gente de guerra de indios que pudiesen, para que fuesen con los españoles; y así la juntó, y con ella y con la que pudo salir de la ciudad, el dicho capitán Almagro y otros capitanes con él, fueron contra los dichos indios, los cuales aguardaron en aquel paso y tierra áspera donde estaban, y después de haberle defendido, le desampararon y pasaron un río, quemando la puente; y así se fueron caminando y dejaron la tierra del Cuzco, y haciendo todo el mal que pudiaron se fueron a dar en la gente de españoles que habí-

quedado en Jauja, donde los pusieron en harto aprieto; pero al fin los dejaron y se volvieron a la provincia de Quito, do era su naturaleza, quemando todas las puentes de red por do pasaban, para que no pudiesen ser seguidos. Vueltos a la ciudad del Cuzco el dicho Capitán Almagro y españoles y Inga, con la victoria de haber echado los enemigos de la tierra, fué tanto el placer del Inga y de los naturales de ella, que acordó hacer grandes fiestas en la plaza de la ciudad, de bailes y danzas, ayuntando cada día tanta cantidad de gente que con mucho trabajo cabían en la plaza, trayendo a las dichas fiestas todos sus agüelos y deudos muertos, en esta manera: después de haber ido al templo muy acompañado y hecho oración al Sol, luego por la mañana iba al enterramiento donde estaba cada uno por orden, embalsamados, como es dicho, y sentados en sus sillas, y con mucha veneración y respeto, todos por orden, los sacaban de allí y los traían a la ciudad, teniendo para cada uno su litera y hombres con su librea que le trujesen; y así de esa manera, todo el servicio y aderezos como si estuviera vivo; y asi lo bajaban diciendo muchos cantares, dando gracias al Sol porque había permitido que sus enemigos fuesen echados de la tierra y los señoreasen los cristianos; esto era la substancia de sus cantares, aunque no creo yo que lo era de sus intenciones; porque querían hacernos entender que eran más contentos con la conversación de los españoles y con la sujeción y premia de los enemigos. Llegados a la plaza con innumerable gente que con ellos iba, llebando la delantera el Inga en su litera y junto par de él su padre Guaynacapa y ansi todos los demás en sus literas, embalsamados, con diademas en la cabeza. Para cada uno de ellos estaba armada una tienda donde se puso cada uno de los muertos por su concierto, sentado en su silla, cercado de pajes y mujeres, con moxcadores en las manos,

amostrándoles con aquel respeto que si estuvieran vivos, y junto a cada uno de ellos un relicario o arca pequeña con su insignia, donde estaban las uñas y cabellos y dientes y otras cosas que habían cortado de sus miembros, después que habían sido príncipes; que ninguna cosa echaban a mal, que todo lo guardaban junto en aquellas arcas y donde se sepultaba el cuerpo, allí junto lo ponían(s'). Puestos todos por su orden, desde las ocho de la mañana hasta la noche estaban allí sin salir de las fiestas, que allí comían y bebían, tan a discresión como le podían hacer las gentes de mejor estima (hay una sílaba tachada en esta palabra) con el vino, porque aunque el que ellos bebían era de raíces y maíz como cerveza, bastaba para embeodarles porque es gente de muy flacas cabezas. Era tanta gente y tan buenos mojones, así ellos como ellas, y era tanto lo que embasaban en aquellos cueros, porque todo su hecho es beber y no comer, que es cierto, sin duda ninguna, que dos vertederos anchos, de hueco de más de media vara que vertían por debajo de losas en el río, que debían ser hechos para la limpieza y desaguadero de las lluvias que caían en la plaza; o por ventura, lo más cierto para aquel efecto, corrían todo el día orines, de los que en ellos orinaban; en tanta abundancia, como si fueran fuente que allí manara; cierto, según la cantidad de lo que bebían; y la gente que lo bebía no es de maravillar, aunque verlo es maravilla y cosa nunca vista. En los cantares trataban de lo que cada uno de aquellos señores había conquistado y de las gracias y valor de su persona, dando gracias al Sol que les había dejado ver aquel día, y levan l tándose un sacerdote amonestaba de parte del Sol a

(s')—Tal se descubre en los enterramientos, principalmente en los hallados en la región del litoral peruano de Chicama, Chimbote, Ancón, Lima, Chincha, Ica, Nazca y Arica.

Inga, como a su hijo,que mirase lo que sus pasados habían hecho y que así lo hiciese él y que sirviese y obedeciese mucho a aquel Emperador, cuya gente les había conquistado (76). Venida la noche, por su orden movían de alli todos y volvían los muertos a sus estancias; duraron estas fiestas más de XXX días arreo; donde se gastó tanto vino de aquello, que si hubiera de ser de lo de acá, según lo que él valía, era muy poco todo el oro y plata que se tomó para comprarlo. Esto baste para relación de estas fiestas (t').

Después de haber pasado algunos días y vuelto el dicho gobernador a la dicha ciudad de Jauja, a poblarla, el Inga que volvió con él lo convidó a una fiesta de montería de venados y corzos, que por ser cosa tan señalada y que yo ví, la quiero decir aquí que no la he oído yo jamás que otra semejante se haya visto; y fué que un día el Inga preguntó al gobernador si era amigo de caza, que como él era tan inclinado a ella había mandado hacer una montería ocho días había; y que hasta ver el cerco cerca de allí, no se lo había dicho; que ya venía cerca y si quería salir allá con alguna gente de caballo, que los mandase apercibir; y así, después de comer nos apercibimos hasto cincuenta de caballo, a punto de guerra, temiendo no fuese la montería con nosotros; y así salió el dicho gobernador e Inga a un llano (77)..........

(t')—Seguramente los primeros conquistadores por respeto al soberano recién elegido (Manco II), o por la poca importancia que atribuían a éstos objetos del culto, no intentaron apoderarse de las ricas momias de los Incas, que después había de perseguir con tanto tezón, y con tan varia fortuna, Polo de Ondegardo y otros Corregidores del Cuzco.

NOTAS

(1).—Véase la relación hecha por GASPAR DE ESPINOSA, Alcalde Mayor de Castilla del Oro, de todo lo que sucedió en la entrada que de orden de Pedrarias Dávila hizo en las provincias de Comagre, Pocorosa, Nata y París (Original en el Archivo de Indias, P. 1-1 1/26. Publicóse en la colección de Docts. inéds. T. 2°. y en el apéndice 59 de la obra de ALTOLAGUIRRE y DUVALE: *Vasco Núñez de Balboa*. Madrid 1914.

«De lo contenido en este capitulo se pueden VV.SS. e mercedes informar del dicho capitan (Diego Albites) e de Francisco Pizarro e de los otros compañeros que con ellos fueron a hacer el dicho viaje» (ubi supra, pág 123).—Figura en esta relación un Martín Estete, que acaso sea el mismo de que trata el documento que hemos citado en la introducción y que se halla en el tomo 10 de la Col. de Docts. de Torres de Mendoza.

(2).—Acla: Esta villa fué la segunda población fundada en el continente americano por los españoles.El descubridor del mar del Sur, Vasco Núñez de Balboa, fué quien la fundó en el sitio en que Gabriel de Roxas había hecho una fortaleza, en 1514, que luego había sido desamparada por temor a los indios. En 1516, Pedrarias de Avila hizo reconstruir el fuerte. Los europeos abandonaron esta ciudad en 1532, por malsana.

(3).—Nombre de Dios: Fundó esta ciudad Diego de Albites, en 1510; se trasladó a Portovelo de orden de Felipe II el año de 1585, quedando reducida a pueblo insignificante. Drake lo saqueó en 1598. Varias veces sirvió de refugio a los piratas que pretendían apoderarse de Portovelo, que se halla a cinco leguas de distancia.

(4).—Nata o Santiago de los Caballeros.—V. ALCEDO. T. III. pág. 290.

(5).—Mons. González Suárez no habla de este concierto y sólo dice que detrás de la persona de Luque, se ocultaba el Licenciado Espinosa. Es muy interesante el dato de que hubo un convenio con el mismo Pedro Arias de Avila. PEDRO PIZARRO dice también: «Consultándolo con Pedro Arias de Avila que a la sazón era gobernador en Tierra Firme, vino en ello *haciendo compañía con los dichos compañeros*»

(*Descubrimiento y Conquista del Perú.*—Lima, 1917, pág. 6).— Y Gomara escribe: «Entró en la capitulación, a lo que algunos dicen, Pedrarias de Avila; más salióse antes de tiempo por las ruines nuevas que de las tierras de la línea trajera su capitán Francisco Becerra» (*Historia General de las Indias.*—Madrid, 1858, pág. 224).— Véase acerca de esto la importante conferencia que tuvo Almagro con Pedrarias, en Febrero de 1527, que cuenta Oviedo en su *Historia General.* (Parte 2ª, Cap. XXIII.)

(6).—Roto en el original. Ponemos entre paréntesis y en bastardilla las letras o palabras que faltan,cuando podemos suplirlas sin temor de errar.

(7).—Esta palabra está tachada.

(8).—Roto en el original.

(9).—Así en el original; debe leerse *Gorgona.*

(10).—Roto en el original.

(11).—«Y llegó a un pueblo situado sobre la mar, que está en una fuerza alta, cercado el pueblo de palenque; allí fallaron harto mantenimiento, y el pueblo desamparado de los naturales, y otro día vino mucha gente de guerra; y como eran belicosos y bien armados, y los cristianos estaban flacos de la hambre y los trabajos pasados, fueron desbaratados,y el capitan ferido de siete heridas; la menor de ellas, peligrosa de muerte» (Jerez. *Verdadera Relación de la Conquista del Perú.* Ed. Vedia, pág. 320).

(12).—Tacames o Atacames, en la costa de Esmeraldas. Gómara dice *Catanes.*

(13).—Griego de nación; uno de los trece famosos compañeros de Pizarro que en la isla del Gallo cruzaron la línea trazada con la punta de la espada de uno de los conquistadores, decididos, como dice Estete, «a dar fin a las vidas y haciendas que les quedaba o descubrir aquella tierra» incógnita, que parecía querer sustraerse de todo punto al tenaz empeño de los europeos.

(14).—No están de acuerdo los cronistas acerca de quiénes fueron estos dos españoles, ni se sabe a punto fijo el fin que tuvieron: Unos los llaman Molina y Ginés; otros, Morillo y Bocanegra. Lo que parece cierto es que fueron sacrificados por los indios.

(15).—El año de 1529. La capitulación entre la Reina y D. Francisco Pizarro, fecha en Toledo, a 26 de Julio de 1529,está publicada en el apéndice VII de la *Historia de la Conquista del Perú*, por Guillermo Prescott, Madrid, 1848, T. II, págs. 434 y sgst; en el apéndice IV a la biografía de Pizarro por Quintana, y en el tom. V de la Colección de Libros y Documentos referentes a la Historia del Perú; que editan los Sres. Horacio H. Urteaga y Carlos A. Romero, Lima 1917, Apéndice A.

(16).—«ciento y ochenta hombres y treinta y siete caballos, en tres navíos partió del puerto de Panamá» (Jerez. Op. cit, pág. 322) «serían todos hasta doscientos hombres poco más o menos» (Pedro Pizarro. *Relación del descubrimiento y conquista del reino del Perú....* Colección de Documentos inéditos para la Historia de España, por Martín Fernandez Navarrete, Miguel Salva y Pedro Sainz de Baranda. Madrid, 1844, tom. V. pág. 210.

Gomara dice que fueron dos navíos.

(17).—En blanco en el original.

(18)—Coaque, en la costa N. de la provincia de Manabí. Confróntese: JEREZ, Op. cit. pág. 322.
«y allí tomaron quince mil pesos de oro y mil y quinientos marcos de plata y muchas piedras de esmeraldas, que por el presente no fueron conoscidas ni tenidas por piedras de valor» (ZARATE: *Historia del Perú*. Madrid, 1862, pág. 474.

PEDRO PIZARRO: Op. cit. Lima, 1917, pág. 14. — «Venían muy descontentos de no haber hallado otro Coaque» (Ibid. pág. 18).

(19). «Apenas habían satisfecho el cansancio y hambre, cuando les sobrevino un nuevo mal, que llamaban berrugas, aunque, según atormentaban y dolían, eran bubas. Salían aquellas berrugas o pupas a las cejas, narices, orejas e otras partes de la cara y cuerpo, tan grandes como nueces y muy sangrientas. Como era nueva enfermedad, no sabían qué hacerse, y renegaban de la tierra y de quien a ella los trajo, viéndose tan feos» GÓMARA: Op. cit. pág.226).«En este Coaque se hallaron muchos colchones de lana de ceyua (*ceiba*) que son unos árboles que la crían, que así se llaman. Aconteció pues que algunos españoles que en ellos se echaban, amanecían tullidos;. . . .y aún se entendió que esto fué el origen de una enfermedad que dió de berrugas, tan mala y congojosa que tuvo a mucha gente muy fatigada y trabajada con muchos dolores como si estuvieran de bubas hasta que les salían grandes berrugas por todo el cuerpo y algunas tan grandes como huevos. . . .etc.» PEDRO PIZARRO: Op cit. Colec. de Docmts. inédst. tom.V, pág. 212). Confróntese además: ZARATE: Op, cit. Libro II, Cap. I, pág. 474.— CIEZA DE LEÓN: *Primera Parte de la Crónica del Perú*. -Madrid, 1862, Cap. LIV, pág. 408.—HERRERA: Década IV, Libro VII, cap. IX., pág. 144 y cap. X, pág. 145.—GARCILASO: *Comentarios Reales*. Lib. I, cap. XV.—GONZALEZ SUAREZ: *Historia General de la República del Ecuador*. Quito, 1891. tom. II, pág. 39.

(20).—Casi todos los cronistas hablan de las esmeraldas halladas en la costa de Marabí. JEREZ dice que los españoles daban a los indios las esmeraldas que tomaron en Coaque, sin conocerlas, en cambio de ropa y mantenimientos (*Verdadera Relación*, pág. 322).—«En este pueblo de Coaque se hallaron algunas esmeraldas y muy buenas, por que están debajo de la línea, y muchas se perdieron y quebraron, porque los que allí iban eran tan poco prácticos en este género de piedras, que les pareció que para ser finas las esmeraldas no se habían de quebrar con martillo como los diamantes; y así, creyendo que los indios los engañaban con algunas piedras falsas, las daban con una piedra; y así destruyeron grandísimo valor destas esmeraldas» (ZARATE: Op. cit; Lib. II., Cap. I, pág. 474, (Cfr. CIEZA: *Parte Primera de la Crónica*. Cap. L, pág. 404.—«El que las conoscía se las guardaba y callaba como dicen que hizo un Fray Reginaldo (Fray Reginaldo de Pedraza, domínico) que se las hallaron en Panamá viendo que se iba a España». (PEDRO PIZARRO: Op. cit., Lima 1917, pág. 15—Nuestro sabio maestro, el Iltmo. Sr. GONZALEZ SUAREZ, trató con bastante detención este punto. (*Historia General*, tom.II, Lib. II, cap. 11, pág. 38). También nuestro distinguido amigo el P. Fray ALBERTO MARÍA TORRES, en su interesante obra, por desgracia no muy conocida, «*El Padre Valverde*»,

estudia la acusación hecha al P. Reginaldo de Pedraza (Op. cit., Parte Segunda, cap. II, pág. 40).

(21).—En algunos pueblos destos indios tienen gran cantidad de cueros de hombres llenos de ceniza». (CIEZA DE LEÓN: Primera Parte, Madrid, 1862, cap. XLIX, pág. 403).—«También hay en los templos figuras de grandes sierpes, en que adoran; y demás de los generales (ídolos), tenía cada uno otros particulares, según su trato y oficio, en que adoraban: los pescadores en figura de tiburones, y los cazadores según la caza que ejercitaban, y así todos los demás; y en algunos templos, especialmente en los pueblos que llaman de Pasao, en todos los pilares dellos tenían hombres y niños, crucificados los cuerpos, o los cueros tan bien curados, que no olían mal» (AGUSTÍN DE ZARATE: *Historia del Descubrimiento y Conquista del Perú*. Edición de Vedia. Madrid, 1862, Cap. IV, pág. 465).

Por ser poco conocida y muy interesante la relación que de algunas ceremonias de aquellos pueblos, hace GIROLAMO Benzoni, reproduciremos aquí siquiera una parte: «Mentre ch'io steti in questa prouincia, spesse volte per mio passa tempo, audaua per quei popoli d'indiani, cosi fra terra, come alla marina, e intrato un giorno in un casale, detto Chiarapoto, trouai que gl'Indiani stauano nel tempio, facendo i lor sacrifici, e sentendo sonare i tamburi, e cantare certe lor canzoni, desideroso, di vedere, mi entrai nel tempio, ma subito che gli sacerdote me videro adiratamente, quasi spudandomi nella faccia mi cacciarono fuora, e vidi un'Idolo di cretta fato in forma d'un tigre, e due pauoni, e altri uccelli, liquali, teneuano per sacrificare a i lor Dei, potria essere che auessero ancora qualche giouanetto,come e il costume loro, pero io non lo vidi». (La historia del Mondo Nvovo di M. GIRALOMO BENZONI in Venetia, 1572. Libro III, fol. 163).—«gli Indiani per vogare, quando restano in calma gettano in mare pane, frutti, e altre cose, come un sacrificio, pregandolo,che faccia venire buon vento». (Op.cit. fol. 165). Cfr. BERNABE COBO: *Historia del Nuevo Mundo*, Sevilla 1892, tom. III Lib. XIII, cap. XI, págs. 343 y sgts.

(22).—Es de grande importancia esta noticia, pues nos dá la prueba de que en la costa del Ecuador, en la provincia de Manabí, se practicaba la reducción de las cabezas humanas, como ahora lo verifican los Jíbaros en la Región Oriental, trasandina. Este hecho interesante merece un estudio detenido; y en la presente nota solo señalaremos que ZARATE habla también de las cabezas reducidas: «y (*tenían*) clavadas muchas cabezas de indios, que con ciertos cocimientos las consumen, hasta quedar como un puño» (Op. cit. cap. IV, pág. 465). En cuanto a la manera como los Jíbaros practican la reducción de las cabezas, puede verse: GONZALEZ SUAREZ, Estudio *Histórico sobre los Cañaris*, Quito, 1878, Cap.IV, pág. 33. *Historia General*, tom.VI, Quito 1901, Libro IV, cap.VI, págs. 216 y sgts.—E. FESTA: *Nel Darien e nell'Ecuador*. Turín 1909. Parte Segunda, cap. IV, págs. 193 y sgts. En las obras antes citadas,descríbense también las ceremonias y fiestas de los *tzantzas*, nombre que se da a estos trofeos.

El Dr. MAX. UHLE, observó que en los vasos pintados de Ica y Nazca, se representan, como trofeos, cabezas humanas, cuya boca está cerrada por medio de costuras,idénticas a las que los Jíbaros usan para sus *tzantzas*: y deduce de este hecho,que pudo haber existido una rela-

ción entre tribus del Este y del Oeste de los Andes. (*La esfera de influencias del país de los Incas*. Lima, 1909. *Revista Histórica*. tom. IV, pág. 10).Véase acerca de las cabezas reducidas y de la extensión de esta costumbre, la magistral monografía de nuestro amigo el Dr. RIVETT: *Les indiens Jibaros, Etúde Geoghraphique, historique et etnographique;* publicóse en *L'Antrophologie*, tomos 18 y 19.

(23).—*Abéñolas:* anticuado = pestañas.

(24).—*Puña:* así en el original; debe leerse la Puná. En la historia del descubrimiento y de la conquista del Perú, figura muchas veces la hermosa isla situada en el Golfo de Guayaquil.

(25).—Aún se usan estas embarcaciones llamadas balsas; y la descripción que de ellas hace el autor es muy exacta. Mucho llamó la atención de los conquistadores este género de barcos, y se recordará la sorpresa de Bartolomé Ruiz cuando vió a lo lejos aparecer una vela, en aquel mar desconocido por el que se había adelantado, cuando reconoció el primero las costas de la que hoy es la República del Ecuador, Véase lo que dice Benzzoni respecto de estas embarcaciones: «In tutta questa costa della marina, gli Indiani sonno grandissimi pescatori, le barche che usano tanto per pescare, come per nauigare, sono a modo di zattare fatte di tre, e cinque, e sette, e noue, e undici traui leggierissimi, fatti a modo d'una mano, e quello di mezo é piú lungo che tutti gli altri, ne fanno di lunghe e corte, e cosi conforme alla grandezza, e lunghezza, portano le vele». (Op. cit,Venecia, 1572, Lib. III, fol 165).

«E vido venir del bordo de la mar un navío que hazía muy grande bulto, que parescía vela latina...... e hallaron que era un navío de tractantes de aquellas partes. .en el cual venían hasta veynte personas hombres e mugeres e muchachos. La manera deste navio era de muy gruessos maderos reatados con sogas recias de henequen, con su alcázar e retretes e gobernalles,velas e xarcias e potales de piedras grandes, tamañas como piedras de barbero, que sirven en lugar de áncoras» (OVIEDO, *Historia General de las Indias* tom. IV. Lib. XLIII, cap. III, pág. 121). Cfr. GUTIERREZ DE SANTA CLARA: *Historia de las Guerras más que civiles del Perú*, tom. III, págs. 527 y 528.—HERRERA: Década III, pág. 250 y sgts.—Garcilaso: Primera Parte de los *Comentarios Reales*, pág. 313.

En la rica colección arqueológica de nuestro querido compañero Sr. JIJÓN y CAAMANO, hay una reproducción en arcilla de una embarcación de los indios de Esmeraldas, muy superior a las balsas usadas por los costeños del Sur.

(26).—En este punto se presenta, por primera vez el autor de la *Relación* como testigo presencial de los sucesos que relata.

(27).—*Chilimisa:* PEDRO PIZARRO dice, Chile Masa; en la relación de JEREZ se lee Quilimasa.

(28) «y porque dicen algunos queste grand príncipe se llamaba Atabalica, digo que no han de llamarle sino Atabaliba: e a su padre y hermano llaman algunos a cada uno dellos Cuzco; e también se engañan, porque entonces como traían más la memoria en recoger dineros que en entender los nombres propios de cuyos eran, no acertaban el lenguage, ni era esto lo que yban a buscar estos soldados». (Relación de DIEGO DE MOLINA, hecha en Santo Domingo a OVIEDO y VALDEZ:

Historia General y Natural de las Indias, Madrid 1855, t. IV, Lib. XLVI, cap. XVI, pág. 214).

JEREZ y PIZARRO llaman al último de los Incas anterior a la conquista *Atabalipa*. ZARATE y GÓMARA *Atabaliba*. CIEZA DE LEÓN escribe *Atahuallpa*. SANTACRUZ PACHACUTI YAMQUI, lo nombra de estas maneras: *Ttopaataoguallpa, Ataoguallpa, Aguallpaynga y Ataoguallpaynga*. La forma que ha prevalecido entre los modernos, es la de *Atahuallpa*, usándose también *Atahualpa* y *Atagualpa* por algunos autores.

(29).—Llamáronle así los españoles por la nación de los *Tallanes* que habitaba en sus riberas. «Más tarde trocó su nombre por el de *Piura* y últimamente, por el de *Sechura*» (*Relaciones Geográficas de Indias*), Madrid, 1881, T. I. pág. 8).

(30).—La villa de San Miguel fué la primera que fundaron los españoles en el Perú. Se verificó esta fundación el 29 de Setiembre de 1531. Su primitivo nombre fué *Tangarara*, que se encuentra en muchas de las cartas antiguas; después se llamó Piura, cuando la población se trasladó a un sitio más sano, libre de las reverberaciones del Sol en las arenas del desierto. Véase la «*Relación General de las Poblaciones españolas del Perú*, hecha por el licenciado SALAZAR DE VILLASANTE» una parte de cuyo original se halla en la Academia de la Historia, en Madrid; y otra, en el Archivo de Indias, en Sevilla. La publicó D. Marcos JIMENEZ DE LA ESPADA, en el T. I. de las *Relaciones Geográficas*.

Cuando se fundó tuvo Piura cincuenta y cinco vecinos.

(31).—Caran: es el pueblo que JEREZ llama Zaran, del cual no ha quedado más rastro que la hacienda llamada Serrán, situada más arriba de Pabur, en la orilla izquierda del mismo río que baja a Piura». (URTEAGA: Colec. cit. T. V, pág. 29, nota 16).

(32).—«Alos qles sehazia», en el original.

(33).—Hay casi perfecta concordancia con la *Relación* de PEDRO PIZARRO, que se halla impresa en el T. V. de la *Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España*. Madrid, 1844. La reimprimió el «Ateneo de Lima» y los señores URTEAGA y ROMERO en el T. VI de su. Colección. (Lima 1917).

(34).—Caxamalca, en el original, todas las veces que se la nombra ALCEDO escribe Caxamarca (*Diccionario Geográfico-histórico de las Indias Occidentales* Madrid, 1786, t. I. pág. 429). A fines del siglo XVIII, era ciudad de más de 12,000 habitantes. En ella se han verificado sucesos que le dan una grande importancia histórica, y durante los primeros años de la Conquista española, fué como centro o capital, desde donde se dirigían las expediciones, que dieron por resultado el sometimiento del Imperio incásico; esta importancia conservó hasta que fué fundada la Ciudad de los Reyes.

(35).—Nótese que en el original se halla tachada la sílaba *vier*. Iba pues a escribir ESTETE un *viernes*; y en realidad, fué este día en que llegaron los españoles a Cajamarca; «Llegó el Gobernador a este pueblo de Caxamalca, viernes a la hora de vísperas, que se contaron 15 días de noviembre año del Señor de 1532» (JEREZ: Op. cit, pág. 330). La autoridad de JEREZ es indiscutible, porque su relación puede considerarse como un documento oficial, que, sin duda alguna, debió revisar Pizarro y sus oficiales; esto se desprende del testimonio del mismo JEREZ que dice: «escribió esta relación por mandado del gobernador

Francisco Pizarro, estando en la provincia de la Nueva Castilla, en la ciudad de Caxamalca, por secretario del señor Gobernador» (Op. cit. pág. 346 pf. final). En cuanto a los datos cronológicos suministrados por JEREZ, recordaremos lo que acerca de ellos dice QUINTANA: «La relación de Jerez es propiamente un diario de la expedición, y en esta diversidad de cómputos debe estarse más bien a su dicho que al de otro ninguno» (*Biografía de Francisco Pizarro*, París 1882, pág. 250). No es de suponer que en un documento que puede llamarse «parte oficial de aquellos sucesos, como lo califica VEDIA, se hayan consignado equivocadamente fechas que debían ser inolvidables para Pizarro y sus capitanes; el error de ESTETE nos parece pues manifiesto. Cfr. PRESCOTT: Op. cit., T. I. págs. 368 y 379.—GONZALEZ SUAREZ: *Historia General*, t. II, pág. 84.—A. M. TORRES: *El Padre Valverde*, Cap. V, pág 70.

(36)—En blanco en el original. ESTETE, como hemos hechos notar antes, ha dejado en blanco las cifras y las fechas de las que, probablemente no estaba seguro; esto indica escrupulosidad y deseo de ser exacto en su relación. Véase acerca de esta fecha lo que hemos dicho en la nota precedente.

(37).—En blanco en el original. Véanse las notas 35 y 36.

(38)—Este trozo de la relación, desde «llegamos a la vista del pueblo....», es el que reproduce el P. RICARDO CAPPA en el apéndice II del T. III de sus *Estudios Críticos*. CAPPA dice: «*eran tantas las lanzas*», en lugar de tiendas; y repite un poco más abajo: «*tan soberbias lanzas*» en vez de *tan soberbia estancia*.

(39) *mynt°. lengua*. En el original. La primera palabra es la abreviatura de Martín o Martinillo, que según algunos cronistas era uno de los indios intérpretes. Los más famosos fueron Francisco y Felipe. éste último sobre todo, a quien más comunmente llamaban Felipillo, jugó papel importante no sólo en las guerras de la conquista, sino también en las guerras civiles entre Pizarro y Almagro, por lo menos en sus comienzos. Francisco y Felipe fueron a España con Pizarro, cuando éste fué a dar cuenta al Emperador del descubrimiento del Perú.

PEDRO PIZARRO dice «hubieron tres o cuatro muchachos indios de la tierra dellos que captivaron en las balsas y otros que los indios les daban para que comiesen, creyendo que comían carne humana» (*Colección de Docts. inédts. para la Historia de España* t. V. pág. 205); y más adelante, «Visto el Marqués Don Francisco Pizarro que Atabalipa venía ya junto a la plaza, envió al Padre Fray Vicente de Valverde, primer obispo del Cuzco, y a Hernando de Aldama, un buen soldado, y a Don *Martinillo lengua*, que fuesen a hablar a Atabalipa». (Ibid. pág. 228).

(40).—En el original dice «*comenzaba*».

(41).—En la transcripción hecha por el P. Cappa: «no parecian sino un cielo estrallado» Cappa reproduce con fidelidad aún la ortografía del documento en el trozo que publica en el apéndice citado; sin embargo, se le escaparon algunos errores cometidos, sin duda, al leer o tomar la copia del documento.

(42).—Desde este punto transcribe PRESCOTT la relación de Estete en el Apéndice VIII, t. II, pág. 445 de la *Historia de la Conquista del Perú*. Ed. de Madrid, 1848. Este trozo publicado por PRESCOTT, no alcanza sino a un folio del original. En el apéndice X de la misma obra

(pág. 459) reproduce también algunos renglones del folio 10°. Estos trozos y el publicado por CAPPA, que también los comprende, es lo único que se haya dado a luz del presente documento.

(43).—*Pasaron*, dice PRESCOTT (loc. cit. pág. 445). Este autor escribe siempre *Atabalipa;* nosotros hemos conservado la forma usada en el original.

(44).—En la transcripción de PRESCOTT hay una pequeña variante debida a un error de lectura. Dice: «y toda la guerra que estaba en la plaza le tenían en medio» (Loc. cit, pág. 446). No hay que olvidar que el ilustre historiador norteamericano, dispuso de copias solamente de los documentos de los archivos españoles, y que además, estando casi ciego, trabajaba por medio de secretarios.

(45).—Véase lo dicho en la nota 39. Quien tomó la copia de la que se sirvió PRESCOTT, no leyó bien esta abreviatura y tradujo «*una lengua*».

(46).—CAPPA leyó «*arremetiéronse*» (Op. cit. pág. 329) Véase lo dicho en la nota 41.

(47).—Hasta aquí las transcripciones de PRESCOTT y de CAPPA. Mucha variedad hay en los relatos de los antiguos cronistas y de los modernos historiadores, respecto a la prisión del Inca y al diálogo sostenido entre éste y el P. Valverde; y si en lo que se refiere a los detalles del suceso, hay tanta discrepancia, mayor existe en el juicio que los autores emiten acerca del proceder de Pizarro y de los suyos. No es lugar para detenernos a estudiar este punto,que reclama espacio mayor que el de una simple nota. Sólo indicaremos brevemente, cómo juzgan este hecho nuestros historiadores: VELASCO afirma que Atahualpa fué sorprendido, sin que llevara intenciones guerreras y cuando iba sincera y confiadamente a tratar con Pizarro. (t. II, Lib. III pf. 7°.) Esto se desprende de un examen imparcial, sereno, desapasionado de los relatos que dejaron los mismos conquistadores; quienes, no hay duda, debían tener interés en justificar su conducta. Sin embargo, el mismo JEREZ, el mismo Pizarro,podemos decir, pues en esta parte, el relato de su secretario,evidentemente fué hecho mediante su acuerdo, manifiésta que habiánse tomado todas las disposiciones para el ataque, toda precaución necesaria para la sorpresiva captura del Monarca y para desbaratar su ejército, que con justa razón atemorizaba a aquel puñado de valientes, lanzados en una aventura de la cual les era imposible retroceder; y convencidos de que todo auxilio que no fuera el de Dios y el de su coraje, estaba fuera de su alcance, para conseguir el éxito en la tamaña empresa que se habían propuesto, decididos a jugar el todo por el todo, no se pararon a examinar la moralidad del hecho,la licitud del proyecto. PEDRO FERMÍN CEVALLOS dice: «la historia separa secretamente lo glorioso de lo infame, y la posteridad tiene que repetir la condenación de los alevosos medios que emplearon Pizarro y Valverde para la prisión de Atahuallpa» (*Resumen de la Historia del Ecuador*). t. 1, pág. 204. Lima, 1870. Nuestro gran historiador, el Ilustrísimo Arzobispo de Quito, GONZALEZ SUAREZ, analiza muy detenidamente el acontecimiento de que tratamos y concluye de este modo: «Quien absolviera a los conquistadores y siquiera disculpara o tratara de cohonestar su conducta, manifestaría que era indiferente respecto de la moral, que los crímenes no le inspiraban horror y que abrigaba

en su corazón simpatías secretas para con los perversos». (*Historia General de la República del Ecuador*. t. II. Lib. II, págs. 103 y 104).

¡Cuán diferente criterio el de un P. CAPPA que llama a Atahuallpa «injusto, agresor» y califica la prisión del Inca de justa, política y noble! escritos de la laya arrojarían mayores sombras sobre la historia gloriosa de España, que los yerros o crímenes de los conquistadores, si por ventura en el seno mismo de esa Nación grande y heroica, no hubiera habido espíritus elevados, conciencias rectas, criterios desapasionados que han sabido juzgar los hechos de sus compatriotas como es debido: Allí está, para no citar sino al más conocido, QUINTANA que dice: «No puede en modo alguno darse el nombre de batalla a esta carnicería cruel». (Op. cit. pág. 268) y en todo el relato de la acción hace ver el premeditado intento de Pizarro, el disimulo con que lo preparó y la crueldad con que fué ejecutado. Nada hace mayor daño a un pueblo, a una Nación, que el querer tergiversar los hechos de su historia por un mal entendido patriotismo. Repetimos, España tiene una historia grande, heroica, gloriosa sin necesidad de que se oculten los borrones que la afean.

(48). — *guaxcar* en el original *Intitopacucivallpahuascarynga*, lo llama Don JUAN de SANTACRUZ PACHACUTI en su *Relación*, publicada por JIMENEZ DE LA ESPADA. (*Tres Relaciones de Antiguedades Peruanas*) Madrid, 1879, pág. 308).

(49).—Acerca del tratamiento dado a Atahuallpa en la prisión están acordes todos los cronistas: no sólo se le guardaron consideraciones y miramientos, sino que le procuraron los conquistadores algunas distracciones, tratándole con benignidad y permitiéndole conservara en la prisión cierto boato y suntuosidad. Estando preso aprendió Atahuallpa el juego del ajedrez y parece que tenía particular gusto por esta distracción.

(50).—El viaje de Hernando Pizarro a Pachacámac, del cual escribió otra relación nuestro cronista, es uno de los actos de mayor audacia y valor que puede imaginarse, pues aunque fueron acompañados de un sacerdote del templo, aquel grupo de veinticinco hombres, tan solo, mostró grande intrepidez al aventurarse por caminos del todo desconocidos, al atravesar pueblos y provincias habitadas por multitud de indios, y penetrar al santuario venerado al que solo llegaban los sacerdotes; saquearlo, destruirlo, plantar la cruz en lugar del ídolo famoso y volver, cargados de botín, en busca de Calicuchima. Llegados al lugar donde se hallaba este general del Inca, lograron apartarle de su ejército y se lo llevaron consigo a Cajamarca.

Es indudable que un supersticioso temor dominaba por completo a los indios y que veían en los españoles, los *Viracochas*, seres sobrenaturales y divinos.

Acerca de la relación del viaje a Pachacámac que escribió Estete, véase lo que dijimos en la introducción de la edición príncipe. Las importantes notas con que HORACIO URTEAGA ilustra el texto en su edición de 1917 constituyen un verdadero itinerario de este viaje.

(51).—La descripción de los puentes suspendidos o de maromas es muy exacta. Indudablemente causaron grande admiración a los conquistadores. COBO describe las diversas clases de puentes que tenían los indios (*Historia del Nuevo Mundo*, T. IV, cap. XIII).

(52)—«Hase averiguado con muchos señores desta tierra que desde el pueblo de Catamez, (*Atacames*) que es al principio deste gobernamiento, toda la gente desta costa servía a esta mezquita con oro y plata y daban cada año cierto tributo» (ESTETE: *Relación del viaje que hizo el señor Capitán Hernando Pizarro*, Ed. Vedia, pág. 339) CIEZA DE LEÓN describe detalladamente el templo de Pachacámac, y los supersticiosos ritos de sus sacerdotes. (Primera Parte de la *Crónica del Perú*. Capítulo LXXII).— Las ruinas de Pachacámac han sido estudiadas por varios arqueólogos; pero la obra magistral acerca de ellas es la del Dr. MAX. UHLE, quien hizo exploraciones verdaderamente científicas y llegó a establecer las sucesiones de culturas que se desarrollaron en aquella importante región arqueológica.

(53).—En el original se han tachado estas palabras: «*Dezian queaquel herapachacama*».

(54).—GARCILASO sostiene que Pachacámac era el «Dios supremo espiritual e invisible, adorado sin imágenes y solo con interior veneración, concepto que ha venido repitiéndose por la mayor parte de los autores que se han ocupado de la religión de los antiguos peruanos, siguiendo a GARCILASO que dice: «Los reyes incas del Perú, con la lumbre natural que Dios les dió, alcanzaron que había un hacedor de todas las cosas, al cual llamaron *Pachacámac*, que quiere decir el hacedor y sustentador del Universo». (*Comentarios Reales*, Primera Parte. Lib. VI. cap XXX). Pero como observa DE LA RIVA AGUERO, «consta por la relación de MIGUEL DE ESTETE que Hernando Pizarro y sus compañeros destruyeron en el templo de Pachacámac el célebre ídolo, hecho de palo, negro y horrendo, y que en las calles de su ciudad lo representaban millares de imágenes». (*Examen de la Primera Parte de los Comentarios Reales.—Revista Histórica*. Lima, 1907, T. II, pág. 130.)

(55).—En el original dice *Xabxa*. Importante ciudad en tiempo de los Incas debió ser ésta, al juzgar por los restos de antiguas fortalezas que se hallan en sus alrededores.

(56).—En la relación del viaje, que JEREZ incluyó en su obra, se dice «porque la gente descanzase y por esperar herraje» y en otro punto: «aunque la gente que llevaba iba mal aderezada de herraje» en que sin duda se trata de las herraduras o herrajes de los caballos; pero TERNAUX-COMPANS traduce esta última frase: «*ses gens étaient mal pourvus d'armes*».

(57).—La suma total del oro y plata reunidos por orden de Atahuallpa, para su rescate, deja en blanco nuestro cronista.

PRESCOTT dice que fué de «un millón trescientos veinte y seis mil quinientos treinta y nueve pesos de oro, lo cual, teniendo presente el mayor valor de la moneda en el siglo XVI, vendría a equivaler en el actual (XIX) a cerca de tres millones y medio de libras esterlinas o poco menos de quince millones y medio de duros» (*Historia de la Conquista del Perú*, T. I., pág. 429). La cantidad de plata se calculó en cincuenta y un mil seiscientos diez marcos. «La Historia – añade PRESCOTT - no ofrece ejemplo de semejante botín todo en metal precioso y reducible como era a dinero contante».

Teniendo en cuenta, que según el relato del Capitán español que incluyó RAMUSIO en el tomo III de su colección de viajes, no entraron en el reparto una gran cantidad de vasos de oro y otros artículos,

creemos que no será exagerado avaluar el total en 45 o 50 millones de soles. Recuérdese que los plateros encargados de reducir todo este inmenso tesoro a barras de oro y de plata, trabajando de día y de noche tardaron un mes entero en dicho trabajo. Recuérdese también que una sola pieza, el asiento que iba sobre las andas en que era conducido el Inca cuando entró en la plaza de Cajamarca,«*era un tablón de oro que pesó un quintal de oro*» (Fray Luis Naharro: *Relación sumaria de la entrada de los españoles en el Perú.* Lima, 1917, pág. 200) y véase más adelante la descripción que hace Estete de las estatuas de oro de tamaño natural, y las listas de los objetos que se mandaron a España sin fundir, algunas de las cuales publicó Don Jose Toribio Medina en el T. I de su eruditísima obra «*La Imprenta en Lima*» (Santiago, 1904 págs. 160-174). Téngase presente, por último, que sólo de Pachacámac trajo Hernando Pizarro veintisiete cargas de oro y dos mil marcos de plata, y se comprenderá que quizás vamos por lo bajo en el cálculo apuntado.

(58.—Aunque no se dió cantidad igual a todos los caballeros, una buena parte recibió 8,880 pesos de oro y 362 marcos de plata, siendo mayor la suma de todas los oficiales. Los infantes tuvieron la mitad de lo que tocó a los de a caballo. Miguel de Estete como hemos dicho en otro lugar, recibió en este reparto 8,980 pesos de oro y los 362 marcos de plata, como los demás caballeros. El aumento de los 100 pesos de oro, prueba que nuestro cronista era un soldado distinguido.

(59).—El autor no puede ser más conciso en este punto «*el fué muerto*», dice: y solo añade la piadosa consideración de que «para él no fue muerte sino vida, porque murió cristiano y es de creer que se fué al cielo». Esto comprobaría que Estete fué de aquellos que se opusieron a la ejecución de Atahuallpa, si no tuviéramos un documento en que explícitamente aparece nuestro cronista entre los que hicieron lo posible por evitar que se cometiera tan infame acción.

Notable es la diferencia que hay en la manera de contar la muerte de Atahuallpa según el criterio de los cronistas: mientras Estete manifiestase tan reservado y sobrio en la narración del suceso, hay cronistas que, pensando acaso disculpar el crimen, hacen consideraciones que les honran muy poco, y no falta alguno como Pedro Sancho que dice: «fué llevado a la iglesia y enterrado con tanta solemnidad como si hubiese sido el primer español de nuestro campo. De lo cual todos los principales señores y caciques que lo servían *recibieron gran contentò, considerando la grande honra que se le hacía,* y por saber que por haberse hecho cristiano no fué quemado vivo, y que fue enterrado en la iglesia como si fuese español» (*Relación para S. M.—Colecc. de Docts. referentes a la Historia del Perú,* t. V. pág.127). Observaremos, sin embargo, que la mayor parte de los historiadores españoles condenan la cobarde traición de que fué víctima el infeliz monarca quiteño: Gómara dice: «No hay que reprehender a los que le mataron, pues el tiempo y sus pecados los castigaron después; ca todos ellos acabaron mal, como en el proceso de su historia veréis» (Op. cit., pág. 231). Oviedo tiene frases de justa indignación. Y el emperador Carlos V reprendió a Pizarro, aunque en términos singulares: «De la muerte de Atabalica *por ser señor, me ha desplacido, especialmente siendo por justicia*».

(60).—«Los señores que morían eran muy llorados y metidos en las sepulturas, adonde también echaban con ellos algunas mujeres vivas y otras cosas de las más preciadas que ellos tenían». CIEZA DE LEÓN: *Crónica del Perú.* Primera Parte. Cap. XLVIII, pág. 402. Ed. Vedia). «Si es Señor o principal, ponen dos o tres mujeres de las más hermosas y queridas suyas». (Ibid. Cap. LI., pág. 404).

(61).—*Xaqui-Xaguana o Sacsahuana* que algunos dicen también *Jaquijaguana.* Fué una fortaleza muy notable la que dominaba esta población.

(62).—"en *una ladera como Burgos*" Nos parece algo extraña la comparación; pues aunque Burgos está situada en medio de colinas que circundan la hoya del Arlanzon, la topografía del Cuzco, por lo que sabemos, es muy diferente,porque la sierra o los montes de Oca, no pueden compararse con las abruptas e imponentes estribaciones de los Andes.

(63).—Creemos que hay exageración en la pintura de este río canalizado tan perfectamente, y no podemos menos que recordar lo que dice PRESCOTT de nuestro cronista: «Es escritor sensato y observador, *y aunque participa de la tendencia nacional a dar un colorido exagerado a las cosas,* escribe como hombre de conciencia y que ha visto lo que refiere». Op. cit. T. II, pág. 20).

(64).—*Atuncancha o Hatuncancha.* Véase la nota siguiente.

(65).—Están acordes en la existencia de estos monasterios casi todos los autores, aunque difieren las apreciaciones acerca de las *Vírgenes del Sol.* JEREZ dice: «Se halló en aquél pueblo de Caxas una casa grande, fuerte y cercada de tapias, con sus puertas, en la cual estaban muchas mujeres hilando y tejiendo ropas para la hueste de Atabalipa, sin tener varones, más de los porteros que las guardaban, y que a la entrada del pueblo había ciertos indios ahorcados de los pies, y supo deste principal que Atabalipa los mandó matar porque uno de ellos entró en las casas de las mujeres a dormir con una; al cual, y a todos los porteros que consintieron, ahorcó». (JEREZ: Op. cit., Madrid, 1891, pág. 54).

«En todas las provincias tenían una casa que llamaron *acallaguasi,* que quiere decir «casa descoxidas». (POLO DE ONDEGARDO: *Del linage de los Ingas y como conquistaron.* Col. cit., Lima, 1917, T. IV. pág. 82).

«A las puertas de estas casas estaban puestos porteros que tenían cargo de mirar por las vírgenes, que eran muchas hijas de señores principales, las más hermosas y apuestas que se podían hallar; y estaban en el templo hasta ser viejas; y si alguna tenía conocimiento con varón, la mataban o la enterraban viva; y lo mesmo hacían a él. Estas mujeres eran llamadas *Mamaconas;* no entendían en más de tejer y pintar ropa de lana para servicio del templo y en hacer *chicha,* que es el vino que hacen, de que siempre tenían grandes vasijas llenas». (CIEZA: *Del Señorío de los Ingas Yupanquis.* Ed. por JIMENEZ DE LA ESPADA. Madrid, 1880. Cap. XXVII, pág. 106). «Tomaban mujeres de las más principales, hijas de señores y de sus hermanos y hermanas, y otras señalaba para el sol, las que le parecían, a las cuales llamaban induguarmi (*sic, por intihuarmi;*) mandábales hacer casa particular donde estaban con

mucho recogimiento con sus porteros; estaban allí siempre haciendo ropa y otros servicios para el Sol». (FERNANDO DE SANTILLAN: *Relación del origen, descendencia, política y gobierno de los Incas.—Tres relaciones,* (Madrid, 1879, págs. 37 y sgtes). Confróntese: *Relación anónima,* Ibid, pág. 178.—ACOSTA: *Historia natural y moral de las Indias.* Madrid 1894. T. II, Lib. V. cap. XV. (La edición latina *De Natura Novi Orbis,* de Salamanca, es de 1588).

«Dice el Inca GARCILASO DE LA VEGA, que los historiadores que han tratado de este asunto, lo han hecho todos, faltos de detenimiento, y describe la casa que había en el Cuzco que se llamaba *Acllahuasi,* que quiere decir «Casa de Escogidas» Dice que estas vírgenes eran sacerdotisas y ayudaban a los sacerdotes en los sacrificios. Llamábase «Casa de Escogidas» porque las escogían o por linage o por hermosura. «Avian de ser virgenes y para seguridad de que lo eran, las escogían de ocho años abajo».

«Y porque las virgenes de aquella Casa del Cozco, eran dedicadas para Mugeres del Sol, avian de ser de su misma sangre, quiero decir, Hijas de los Incas, assi del Rey, como de sus deudos». . Avia de ordinario mas de mil y quinientas Monjas y no avia tasa de las que podían ser».

«Dentro de la casa avia mugeres mayores de edad, que vivian en la misma profesion, envegecidas en ella, que avian entrado con las mismas condiciones, y por ser ya viejas, y por el oficio que hacían, las llamaban *Mamacuna,* que interpretándolo superficialmente, bastaría decir *Matrona*; empero, para darle toda su significación, quiero decir, Muger que tiene cuidado de hacer oficio de Madre; porque es compuesto de *Mama,* que es madre y de esta partícula *Cuna,* que por si no significa nada y en composición significa lo que hemos dicho. Haciales bien el nombre, porque vnas hacian oficio de Abadesas, otras de Maestras de Novicias, para enseñarles assi en el culto divino de su idolatria, como en las cosas que hacian de mano para su ejercicio, como hilar, tejer, coser. Otras eran Porteras, otras Provisoras de la casa, para pedir lo que habian menester». (GARCILASO DE LA VEGA: *Comentarios Reales de los Incas.* Primera Parte, págs. 106 y 107, Madrid, 1723).

OVIEDO y VALDEZ, refiriéndose a la relación de DIEGO DE MOLINA que en otra parte hemos citado, escribe: «Decía este que aquellas mugeres castas que dice la carta (*de Hernando Pizarro a los Oidores de Santo Domingo*) es burla, que no son castas». (Op. cit. t. 4, pág. 215).

(66).—Una hermosa descripción del Cuzco y en especial del templo del Sol, sobre cuyas ruinas se levanta ahora la imponente iglesia y convento de los domínicos, puede verse en «*L'Empire du Soleil*» por el Barón y la Baronesa CONRAD DE MEYENDORFF. París, 1909, cap. XVII, págs. 226 y sgtes. Interesante es también la descripción que hace del mismo, CHARLES WIENER: *Pérou et Bolivie.* París, 1880. Cap. XVI, págs. 306 y sgtes.

(67).—Así en el original, por *lo más primoroso.*

68).—Es una forma muy usada de sacrificio, y aún se conserva entre los indios la costumbre de derramar, soplando, un poco de la chicha o cualquiera otra bebida; pero se relaciona más este uso con los antiguos ritos del culto a *Pachamama,* o la tierra.

(69).—Bien sabido es el sistema mnemotécnico de los *quippus* En cuanto a los cantares, restos de ellos son probablemente algunas de las fábulas recogidas por los antiguos cronistas, como las de Quitumbe, Tumbe, Atay y Huayanay de que habla OLIVA en la Introducción a su *Historia de los Jesuitas del Perú*: las legendarias aventuras de Naynlap, que cuenta Cabello Balboa; y quizás algunos episodios del drama Ollanta.

GARCILASO dice a este respecto lo siguiente:

«También usaban de otro remedio para que sus hazañas y las Embajadas que traían al Inca, y las respuestas que el Inca dava, se conservasen en la memoria de las Gentes y es, que los *Amautas*, que eran los Philosophos y Sabios, tenían cuidado de ponerlas en prosa, en cuentos historiales, breves como fábulas, para que por sus edades los contasen a los niños y a los mozos, y a la gente rústica del campo; para que pasando de mano en mano, y de edad en edad, se conservasen en la memoria de todos....Así mismo los *Haravicus*, que eran los Poetas, componían versos breves y ompendiosos, en los cuales encerravan la historia, o la embajada, o la respuesta del Rey. En suma decían en los versos todo lo que no podían poner en los nudos; y aquellos versos cantavan en sus triunphos y fiestas maiores, y los recitavan quando los armavan Cavalleros, y desta manera guardavan la memoria de sus historias» (Op. cit. pág. 182).

(70)—La tierra «antes que estos señores la subjetasen era behetrias, aunque havian algunos señores que tenían subjetos al gobierno pueblos pequeños cercanos a ellas, y estos eran pocos, y ansi en las behetrias, traían guerras unos con otros" (PEDRO PIZARRO. Op. cit, Lima, 1917, pág. 37).

«Hay conjeturas muy claras que por gran tiempo no tuvieron estos hombres Reyes, ni República concertada, sino que vivían por behetrias». (JOSE DE ACOSTA: *Historia Natural y Moral de las Indias* (1590). Madrid, 1894, cap. XXV, págs. 114-15).

«Los indios viejos oyeron a sus mayores, y lo tienen hoy día en sus *memorias y cantares*, que hacían seiscientos años no tenían reyes sino unos señoretes que gobernaban en las provincias». (GUTIERREZ DE SANTA CLARA. Op. cit. — HERRERA y EL PALENTINO dicen lo mismo).

(71).—Esta noticia está en contradicción de lo que dice la mayor parte de los autores que han tratado del origen del Imperio incásico. Véase JIJÓN Y CAAMAÑO y C. M. LARREA: *Un cementerio incásico en Quito y Notas acerca de los Incas en el Ecuador*. Quito, 1918, Segunda Parte, pág. 64.

(72).—En el original está del siguiente modo: «XXX a XXX y L a L y C a C».

(73).—Nótese que Estete afirma de un modo categórico que el Inca, era objeto de culto, de verdadera adoración; era pues el Rey-dios; forma religiosa hallada en varios antiguos pueblos del Viejo Mundo.

(74)—«Cayangui y Carangui» en el original; debe leerse Cayambe y Caranqui.

(75).—«Luego tomó el Gobernador, otro hijo del Cuzco viejo, llamado Atabalipa, que mostraba tener amistad a los cristianos, y lo puso en el señorío en presencia de los caciques y señores comarcanos y de otros indios; y les mandó que le tuviesen todos por señor y le obedeciesen como antes obedecían a Atabalipa, pues este era señor natural por ser hijo del Cuzco viejo». (JEREZ: Op. cit. Lima, 1917, pág. 111). JEREZ llama siempre a Huayna-Capac, *el Cuzco viejo*. No se llamó Atahuallpa el sucesor del Inca ajusticiado en Cajamarca, sino Tupac-Huallpa y es aquel a quien los españoles nombraban Toparpa o Toparca.

PEDRO SANCHO también llama Atabalipa al sucesor, y describe cómo se verificó su elección y cómo fué reconocido por señor. Este príncipe vivió poco tiempo. Se dijo que había sido envenenado por Calicuchima; pero SANCHO dice que murió «de su enfermedad».

(76).—Piadosa interpretación nos parece ésta; no sabemos si de los traductores indígenas que debían ser quienes informaban a los españoles acerca del sentido de los cantares, o del mismo cronista a quien sin duda el deseo de que así fuera, le hacía entender de aquel modo la amonestación del predicador indio.

(77).—Aquí se interrumpe la animada relación de ESTETE al final del folio 12 v., último de los que existen. Es muy sensible que tan precioso documento se halle trunco, pues las noticias que contiene son en alto grado interesantes. También la relación de PEDRO SANCHO termina en Jauja.

Pondremos aquí algunas noticias que nos dá GARCILASO acerca de las cacerías.

«A estas cacerías llamaban *chacu*, que quiere decir atajar, porque atajaban la caza».

«En todos sus reinos era vedado el cazar sino aves menores para la comida de los Governadores Incas y para los Curacas y esto mandado de la justicia, porque los indios con el deleite de la caza no se hiciesen holgazanes».

«A cierto tiempo del año, pasada la cría, salía el Inca a la provincia que le parescía, conforme a su gusto, y según que las cosas de la paz, o de la guerra davan lugar.Mandava, que saliesen veinte o treinta mil Indios, o más, o menos, los que eran menester, para el espacio de tierra que avian de atajar».

«Estas cacerías se hacían en cada distrito de quatro en quatro años, dejando pasar tres años de la una a la otra». (*Comentarios Reales*. Primera Parte, págs. 178 y 179).

SUMA Y NARRACION DE LOS INCAS

SUMA Y NARRACION DE LOS INCAS

QUE LOS INDIOS LLAMARON CAPACCUNA (1), QUE FUERON SEÑORES EN LA CIUDAD DEL CUZCO, Y DE TODO LO A ELLA SUBJETO, QUE FUERON MILL LEGUAS DE TIERRA, LAS CUALES ERAN DESDE EL RÍO DE MAULE, QUE ES DELANTE DE CHILE, HASTA DE AQUELLA PARTE DE LA CIUDAD DEL QUITO; TODO LO CUAL POSEYERON Y SEÑOREARON HASTA QUE EL MARQUES DON FRANCISCO PIZARRO LO GANÓ E CONQUISTÓ E PUSO DEBAJO DEL YUGO E DOMINIO REAL DE SU MAGESTAD, EN LA CUAL SUMA SE CONTIENE LA VIDA Y HECHOS DE LOS INCAS CAPACCUNA PASADOS. AGORA NUEVAMENTE TRADUCIDO Y RECOPILADO DE LENGUA INDIA DE LOS NATURALES DEL PERÚ POR JUAN DE BETANZOS, VECINO DE LA GRAN CIUDAD DEL CUZCO. LA CUAL SUMA Y HISTORIA VA DIVIDIDAS EN DOS PARTES

(1). Capaccuna = Poderosos, de *Capac* = poderoso y de la dicción de pluralidad, *cuna*. No puede traducirse esta palabra por *descendencia* o *sucesión* como lo hizo impropiamente el Dr. Pablo Patrón en su interesante monografía «*Sucesión de los Incas*».El Dr. Patrón intituló su trabajo «Capaccuna incaica o sucesión de los Incas».Al decir Betanzos *Suma y narración de los Incas*, que los indios llamaron *Capaccuna* no aplica el nombre de Capaccuna a la *Suma y Narración*,sino a los *Incas*. la mala colocación del relativo da margen a esta anfibología. Los Incas eran llamados Capaccuna, es decir, podero os; también se les llamaba Yupanquis, es decir memorables; Betanzos prefiere la denominación de poderosos (Capaccuna). Cieza de León prefería la de *Yupanquis* (SEÑORÍO DE LOS INCAS).

TABLA

DE LOS INCAS Y CAPACCUNAS, SEÑORES QUE FUERON DESTAS PROVINCIAS DEL PERU.

1º.—MANGO CAPAC (**Manco Capac**).
2º—CHINCHEROCA (**Sinchi Roca**), su hijo.
3º.—LLOQUE YUPANQUE (**Lloque Yupanqui**), su hijo.
4º.—CAPAC YUPANQUE (**Capac Yupanqui**), su hijo.
5º.—MAYTA CAPAC, u hijo.
6º.—INGAROCA INGA (**Inca Roca Inca**), su hijo.
7º—YAGUAR GUACAC INGA YUPANQUE (**Yahuar Huacac Inca Yupanqui**), hijo mayor.
8º—VIRACOCHA INGA (**Huiracocha Inca**), su hijo.
9º.—INGA YUPANGUE PACHACUTI INCA (**Inca Yupanqui Pachacutec Inca**), hijo menor.
10º.—YAMQUE (a) YUPANQUE (**Inca Yupanqui**).
11º.—TOPA INGA YUPANQUE (**Tupac Inca Yupanqui**)
12º.—GUAYNA CAPAC (**Huaina Capac**) (2)
13º.—ATAGUALPA (**Atahuallpa**), su hermano?

---

(2). Betanzos no menciona a Huáscar que reinó pacificamente cinco años desde 1525 hasta 1530 en que estalló la guerra civil con Atahuallpa. El reinado de Huáscar (Inti Cusi Huallpa) debe contarse después del de Huaina Capac.

Los que después de la muerte de ATAGUALPA nombró el Mar ués, Ingas:

TOPA GUALPA (**Tupac Huallpa**), MANGO INGA (**Manco Inca**).

El que nombraron los capitanes de MANGO INGA:

SAIRE TOPA (**Xairi Tupac**), que agora está en las montañas (3).

---

(3). Después de Sayri Tupac, que se sometió a los españoles y murió violentamente, nombraron los indios en Vilcabamba, donde se hallaban los rebeldes, a Tito Cusi Yupanqui, hijo bastardo de Manco II, y muerto este sin reducirse, eligieron Inca a Tupac Amaru de 18 años, el que apresado por Dn. Martín García de Loyola fué ajusticiad en el Cuzco por órden del Virrey Toledo. Con Túpac Amaru se extinguió la rama directa de los Incas.

AL ILUSTRE Y EXCELENTISIMO SEÑOR DON ANTONIO DE MENDOZA, VISOREY Y CAPITAN GENERAL POR SU MAGESTAD EN ESTOS REINOS Y PROVINCIAS DEL PERU.

Ilustrísimo y Excelentísimo Señor: Acabado de traducir y recopilar un libro que *Doctrina Christiana* se dice, en la cual se contiene la doctrina christiana y dos *Vocabularios*, uno de vocablos, y otro de noticias y oraciones enteras y coloquios y confisionario (4), quedó mi juicio muy fatigado y mi cuerpo tan cansado, en seis años de mi mocedad que en él gasté, que propuse, y había determinado entre mí, de no componer ni traducir otro libro de semejante materia en lengua india, que tratase de los hechos y costumbres destos indios naturales del Perú, por el gran trabajo que dello ví que se me ofrecía, y por la variedad que hallaba en informarme destas cosas, y ver cuán diferentemente los conquistadores hablan dello, y muy lejos de lo que los indios usaron; y esto creo yo ser, porque entonces, no tanto se empleaban en sabello, cuanto en subjctar la tierra y adquirir; y también, porque nuevos en el trato de los indios, no sa-

(4). Las obras a que se refiere Betanzos: *Doctrina Cristiana Voabularios*, y *Confesionario* se hallaran perdidas en las bibliotecas de España, pues son hasta hoy desconocidas.

bían inquirillo y preguntallo, faltándoles la inteligencia de la lengua, y los indios, recelándose, no sabrían dar entera relación. Fácil cosa podría parecer escribir semejantes libros, y muy difícil contentar al lector; porque los ojos conténtanse con que sea bien legible la letra, más,el delicado, y experimentado juicio de VUESTRA ILUSTRÍSIMA SEÑORÍA requería estilo gracioso y elocuencia suave, lo cual ya, para presente y servicio que yo a VUESTRA EXCELENCIA hiciese, en mi falta, y la historia de semejante materia no da lugar, pues para ser verdadero y fiel traducidor, tengo de guardar la manera y órden de hablar de los naturales. Y viniendo al propósito, digo, que en esta presente escriptura algunos ratos empleará VUESTRA EXCELENCIA los ojos para leella, la cual,aunque no sea volumen muy alto, ha sido muy trabajoso; lo uno, porque no le traduje y recopilé siendo informado de uno solo, sino de muchos, y de los más antiguos y de crédito que hallé entre estos naturales; y lo otro, pensando que había de ser ofrecida a VUESTRA EXCELENCIA. Háme sido también muy penosa, por el poco tiempo que he tenido para ocuparme en ella, pues para el otro libro de la *Doctrina* era menester todo; y sobre todo, añadióse al trabajo haber de dar fin a este libro en breve, agora que VUESTRA EXCELENCIA me lo mandó. Los nombres de los Ingas que los indios llamaron CAPACCUNA (5), que a su entender quiere decir, que *mayor no lo hay ni puede haber*, e cuyos hechos y vida aquí escribo, la tabla de los cuales se hallará en fin de este prólogo; si alguno me quisiese redarguir que en la materia deste libro hay algo supérfluo o que dejé algo de decir por olvido, será sin motivo, dicho de indios

(5). Aquí Betanzos comprueba la aseveración que hicimos en nuestra primera nota,pues dá a los Incas el nombre de Capaccuna (poderosos) conforme a la designación de los indios.

comunes que hablan por antiojo (6) o por sueños, que así lo suelen hacer, o porque a los tales reprendedores les parecía, cuando se informaban, que los indios comunes querían decir lo que ellos agora afirman contando estas cosas, no lo entendiendo retamente. Ni aún las lenguas, en los tiempos pasados, no sabían inquirir y preguntar lo que ellos pretendían saber y ser informados. Bien veo ser niñerías y vanidades lo que estos indios usaban y yo escribo aquí; más, al relatarlas yo, siendo mandado, tengo de traducir como ello pasaba; y por tanto este libro resciba favor de VUESTRA EXCELENCIA.

EXCELENTÍSIMO SEÑOR: La vida y estado de VUESTRA EXCELENCIA, Nuestro Señor prospere con mucha felicidad.

---

(6). *Por antojo.* Hasta hoy se dice hablar por antojo o por gusto, para significar una manera de expresarse ligera o insustancial.

CAPITULO PRIMERO

QUE TRATA DEL CON TICI VIRACOCHA (a), QUE ELLOS TIENEN QUE FUE EL HACEDOR, E DE CÓMO HIZO EL CIELO E TIERRA E LAS GENTES INDIOS DESTAS PROVINCIAS DEL PERÚ.

En los tiempos antiguos, dicen ser la tierra e provincia del Perú escura (7), y que en ella no había lumbre ni día. Que había en este tiempo cierta gente en ella, la cual gente tenía cierto Señor que la mandaba y a quien ella era subjeta. Del nombre desta gente y del Señor que la mandaba no se acuerdan. Y en estos tiempos que esta tierra era toda noche, dicen que salió de una laguna que es en esta tierra del Perú en la provincia que dicen de Collasuyo, un Señor quc llamaron Con Tici Viracocha, el cual dicen haber sacado consigo cierto número de gentes, del cual número no se acuerdan (8). Y como esta hubiese salido desta laguna, fuese de allí a un sitio ques junto a esta laguna, questá donde hoy día es un pueblo que llaman Tiaguanaco, en esta provincia ya dicha del

(7). oscura.
(8). Concordante con Cieza de León *Señorío de los Incas*, cap. III.

Collao; y como allí fuese él y los suyos, luego allí en improviso dicen que hizo el sol y el día, y que al sol mandó que anduviese por el curso que anda; y luego dicen que hizo las estrellas y la luna. El cual Con Tici Viracocha, dicen haber salido otra vez antes de aquella y que en esta vez primera que salió, hizo el cielo y la tierra, y que todo lo dejó escuro; y que entonces hizo aquella gente que había en el tiempo de la escuridad ya dicha; y que esta gente le hizo cierto deservicio a este Viracocha, y como della estuviese enojado, tornó esta vez postrera y salió como antes había hecho, y a aquella gente primera y a su Señor, en castigo del enojo que le hicieron, hízolos que se tornasen piedra luego.

Así como salió y en aquella misma hora, como ya hemos dicho dicen que hizo el sol y día, y luna y estrellas; y que esto hecho, que en aquel asiento de Tiaguanaco hizo de piedra cierta gente y manera de dechado de la gente que después había de producir, haciéndolo en esta manera: Que hizo de piedra cierto número de gente y un principal que la gobernaba y señoreaba y muchas mujeres preñadas y otras paridas y que los niños tenían en cunas, según su uso; todo lo cual ansi hecho de piedra, que lo apartaba a cierta parte; y que él luego hizo otra provincia allí en Tiaguanaco, formándolos de piedra en la manera ya dicha y como los hobiese acabado de hacer, mandó a toda su gente que se partiesen todos los que él allí consigo tenía, dejando solo dos en su compañía, a los cuales dijo que mirasen aquellos bultos y los nombres que les había dado a cada género de aquellos, señalándoles y diciéndoles: «estos se llamarán los tales y saldrán de tal fuente en tal provincia, y poblarán en ella, y allí serán aumentados; y estos saldrán de tal cueva, y se nombrarán los fulanos, y poblarán en tal parte; y ansí como yo aquí los tengo pintados y hechos de piedras, ansí han de

salir de las fuentes y ríos, y cuevas y cerros, en las provincias que ansí os he dicho y nombrado; e iréis luego todos vosotros por esta parte (señalándoles hacia donde el sol sale), dividiéndoles a cada uno por sí y señalándoles el derecho que debía de llevar».

CAPITULO SEGUNDO

EN QUE SE TRATA CÓMO SALIERON LAS GENTES DESTA TIERRA POR MANDADO DE VIRACOCHA, E ANSIMESMO DE AQUELLOS SUS VIRACOCHAS QUE PARA ELLO ENVIABA; Y CÓMO EL CON TICI VIRACOCHA ANSIMESMO SE PARTIÓ, E LOS DOS QUE LE QUEDARON, A HACER LA MESMA OBRA, Y CÓMO SE JUNTÓ, AL FIN DE HABER ESTO ACABADO,CON LOS SUYOS, Y SE METIÓ POR LA MAR,ADONDE NUNCA MAS LE VIERON.

E ansí se partieron estos viracochas que habéis oído, los cuales iban por las provincias que les había dicho Viracocha, llamando en cada provincia, ansí como llegaban, cada uno dellos, por la parte que iban a la tal provincia, los que el Viracocha en Tiaguanaco les señaló de piedra que en la tal provincia habían de salir, poniéndose cada uno destos viracochas allí junto al sitio do les era dicho que la tal gente de allí había de salir; y siendo ansí, allí este Viracocha decía en alta voz: «Fulano, salid e poblad esta tierra que está desierta, porque ansí lo mandó el Con Tici Viracocha, que hizo el mundo». Y como estos ansí los llamasen, luego salían las tales gentes de aquellas

partes y lugares que ansí les era dicho por el Viracocha. Y ansí dicen que iban estos llamando y sacando las gentes de las cuevas, ríos y fuentes, e altas sierras, como ya en el capítulo ántes déste habéis oído, y poblando la tierra hácia la parte do el sol sale.

E como el Con Tici Viracocha hobiese ya despachado esto, y ido en la manera ya dicha, dicen que los dos que allí quedaron con él en el pueblo de Tiaguanaco, que los envió asímismo a que llamasen y sacasen las gentes en la manera que ya habéis oído, devidiendo estos dos en esta manera: Que envió el uno por la parte y provincia de Condesuyo, que es, estando en este Tiaguanaco las espaldas do el sol sale, a la mano izquierda, para que ansímismo fuesen (a) hacer lo que habían ido los primeros, y que ansí mismo llamasen los indios y naturales de la provincia de Condesuyo: y que lo mismo envió el otro por la parte y provincia de Andesuyo, que es a la otra manderecha, puesto en la manera dicha, las espaldas hácia do el sol sale.

Y estos dos ansí despachados, dicen que el ansímismo se partió por el derecho hácia el Cuzco, que es por el medio destas dos provincias, viniendo por el camino real que va por la sierra hácia Caxamalca; por el cual camino iba él ansímismo llamando y sacando las gentes en la manera que ya habéis oído. Y como llegase a una provincia que dicen Cacha, que es de indios Canas, la cual está diez y ocho leguas de la ciudad del Cuzco, este Viracocha, como hobiese allí llamado estos indios Canas, que luego como salieron, que salieron armados, y como viesen al Viracocha, no lo conociendo, dicen que se venían a él con sus armas todos juntos a le matar, y que él, como los viese venir ansí, entendiendo a lo que venían, luego improviso hizo que cayese fuego del cielo y que viniese quemando una cordillera de un cerro hacia do los indios es-

taban. Y como los indios viesen el fuego, que tuvieron temor de ser quemados y arrojaron las armas en tierra, y se fueron derechos al Viracocha, y como llegasen a él, se echaron por tierra todos; el cual, como ansí los viese, tomó una vara en las manos y se fué do el fuego estaba, y dió en él dos o tres varazos y luego fué muerto. Y todo esto hecho, dijo a los indios, cómo él era su hacedor; y luego los indios Canas hicieron en el lugar do él se puso, para quel fuego cayese del cielo y de allí partió a matalles, una suntuosa guaca, que quiere decir guaca adoratorio o ídolo, en la cual guaca ofrecieron mucha cantidad de oro y plata éstos y sus descendientes, en la cual guaca pusieron un bulto de piedra esculpido en una piedra grande de casi cinco varas en largo y de ancho una vara o poco menos, en memoria de este Viracocha y de aquello allí subcedido; lo cual dicen estar hecha esta guaca desde su antigüedad hasta hoy (9). Y yo he visto el cerro quemado y las piedras dél, y la quemadura es de más de un cuarto de legua; y viendo esta admiración, llamé en este pueblo de Chaca (10) (a) los indios e principales más ancianos, e preguntelles qué hobiese sido aquello de aquel cerro quemado, y ellos me dijeron esto que habéis oído. Y la guaca de este Viracocha está en derecho desta quemadura un tiro de piedra della, en un llano y de

(9). La descripción del ídolo que se veneraba en el interior del adoratorio de Cacha la hace Cieza de León en esta forma: «puesto en el un ídolo de piedra de la estatura de un hombre, con su vestimenta y una corona o tiara en la cabeza &. &. » *Crónica del Perú*. COL. DE HISTORIADORES CLASICOS DEL PERÚ por Horacio Urteaga t. VII.

(10). Betanzos, como Cieza y los demás cronistas, vieron en efecto las piedras calcinadas que la tradición les daba un origen tan extraordinario; las tales piedras que existen hasta hoy en el mismo estado, conservan las señales de una calcinación producida por una erupción volcánica ocurrida en remotísima época. Véase al respecto el estudio de José Toribio Polo "*Los Temblores en el Perú*" Boletín de la Sociedad Geográfica. Lima.

la otra parte de un arroyo que está entre esta quemadura y la guaca. Muchas personas han pasado este arroyo y han visto esta guaca, porque han oído lo ya dicho a los indios, y han visto esta piedra: que preguntando a los indios que qué figura tenía este Viracocha cuando ansí le vieron los antiguos, según que dello tenían noticia, y dijéronme que era un hombre alto de cuerpo y que tenía una vestidura blanca que le daba hasta los pies, y questa vestidura traía ceñida; e que traía el cabello corto y una corona hecha en la cabeza a manera de sacerdote; y que andaba destocado, y que traía en las manos cierta cosa que a ellos les parece el día de hoy como estos breviarios que los sacerdotes traían en las manos. Y esta es la razón que yo desto tuve, según que los indios me dijeron. Y preguntéles cómo se llamaba aquella persona en cuyo lugar aquella piedra era puesta, y dijéronme que se llama Con Tici Viracocha Pachayachachic, que quiere decir en su lengua, *Dios hacedor del mundo.*

Y volviendo a nuestra historia, dicen que después de haber hecho en esta provincia de Cacha este milagro, que pasó adelante, siempre entendiendo en su obra, como ya habéis oído, y como llegase a un sitio que agora dicen el Tambo de Urcos, que es seis leguas de la ciudad del Cuzco, subióse a un cerro alto y sentóse en lo más alto dél, de donde dicen que mandó que produciesen y saliesen de aquella altura los indios naturales que allí residen el día de hoy. Y porque este Viracocha allí se hubiese sentado, le hicieron en aquel lugar una mu rica y suntuosa guaca, en la cual guaca, porque se sentó en aquel lugar este Viracocha, pusieron los que la edificaron un escaño de oro fino, y el bulto que en el lugar deste Viracocha pusieron, le sentaron en este escaño; el cual bulto de oro fino, en la parte (a) del Cuzco que los chripstianos

hicieron cuando le ganaron, (valió o pesó) diez y seis o diez y ocho mill pesos. Y de allí el Viracocha se partió y vino haciendo sus gentes,como ya habéis oído,hasta que llegó al Cuzco; donde llegado que fué, dicen que hizo un Señor, al cual puso por nombre Alcaviza, y puso nombre ansímesmo a este sitio, do este Señor hizo, Cuzco; y dejando orden cómo después quél pasase produciese los orejones, se partió adelante haciendo su obra. Y como llegase a la provincia de Puerto Viejo, se juntó allí con los suyos que ante él inviaba en la manera ya dicha, donde como allí se juntasen, se metió por la mar juntamente con ellos, por do dicen que andaba él y los suyos por el agua ansí como si anduvieran por tierra. Otras muchas cosas hobiera aquí más escripto deste Viracocha, segun que estos indios me han informado dél, sino, por evitar prolijidad y grandes idolatrías y bestialidad, no las puse; donde le dejaremos y hablaremos del producimiento de los orejones de la ciudad del Cuzco, que ansímesmo llevan (usan) y siguen la bestialidad e idolatría gentílica y bárbara que ya habéis oído (b).

———

CAPITULO TERCERO

En que trata del sitio y manera en (*sic*) que tenia lugar do ora dicen y llaman la gran ciudad del Cuzco, y del producimiento de los orejones y según que ellos tienen que producieron y salieron de cierta cueva.

En el lugar y sitio que hoy dicen y llaman la gran ciudad del Cuzco, en la provincia del Perú, en los tiempos antiguos, antes que en él hobiese Señores Orejones, Incas, Capaccuna, que ellos dicen reyes, había un pueblo pequeño de hasta treinta casas pequeñas pajizas y muy ruines, y en ellas había treinta indios, y el Señor y cacique deste pueblo se decía Alcaviza; y lo demás dentorno deste pueblo pequeño, era una ciénaga de junco, (y) yerba cortadera, la cual ciénaga causaban los manantiales de agua que de la sierra y lugar do agora es la fortaleza salían; y esta ciénaga era y se hacía en el lugar do agora es la plaza y las casas del Marqués don Francisco Pizarro, que después esta ciudad ganó; y lo mismo era en el sitio de las casas del Comendador Hernando Pizarro; y asímismo era ciénaga el lugar y sitio do es en esta ciudad, de la parte del arroyo que por medio della pasa, el merca-

do o tiánguez, plaza de contratación de los mismos naturales indios. Al cual pueblo llamaban los moradores dél desde su antigüedad Cozco; y lo que quiere decir este nombre Cozco no lo saben declarar, más de decir que ansí se nombraba antiguamente.

Y viviendo y residiendo en este pueblo Alcaviza, abrió la tierra una cueva siete leguas deste pueblo, do llaman hoy Pacaritambo, que dice *Casa de producimiento*; y esta cueva tenía la salida della cuanto un hombre podía caber saliendo o entrando a gatas; de la cual cueva, luego que se abrió, salieron cuatro hombres con sus mujeres, saliendo en esta manera. Salió primero el que se llamó Ayar Cache (11) y su mujer con él, que se llamó Mama Guaco; y tras este salió otro que se llamó Ayar Oche (12), y tras él su mujer, que se llamó Cura (13); y tras este salió otro que se llamó Ayar Auca, y su mujer, que se llamó Ragua Ocllo; y tras estos salió otro que se llamó Ayar Mango, a quien después llamaron Mango Capac, que quiere decir el rey Mango; y tras éste salió su mujer que se llamaron Mama Ocllo: los cuales sacaron en sus manos, de dentro de la cueva, unas alabardas de oro, y ellos salieron vestidos de unas vestiduras de lana fina tejida con oro fino, y a los cuellos sacaron unas bolsas, ansi mismo de lana y oro, muy labradas, en las cuales bolsas sacaron unas hondas de niervos. Y las mujeres salieron ansi mismo vestidas muy ricamente, con unas mantas y fajas, que ellos llaman chumbis, muy labradas de oro, y con los prendedores de oro muy fino, los cuales son unos

(11). Ayar Cachi,

(12). Ayar Ucho

(13). Mama Cuca o mama cura, concordantes todos estos nombres con los señalados por Cieza de León: *Señorío de los Incas*, Garcilaso: *Comentarios Reales*. Lib. I cap. XVIII, Balboa: *Historia del Perú* Col. Urteaga, tomo II serie II, cap. I p. 5. Acosta: *Historia de las Indias* Lib. I, cap. XXV.

alfileres largos de dos palmos que ellos llaman topos; y ansí mismo sacaron estas mujeres el servicio con que habían de servir y guisar de comer a sus maridos, como son ollas y cántaros pequeños, y platos y escudillas y vasos para beber, todo de oro fino. Los cuales, como fuesen de allí hasta un cerro questá legua y media del Cozco, Guanacaure, y descendieron de allí, a las espaldas deste cerro, a un valle pequeño que en él se hace, donde como fuesen allí, sembraron unas tierras de papas, comida destos indios, y subiendo un día al cerro Guanacaure para de allí mirar y devisar donde fuese mejor asiento y sitio para poblar; y siendo ya encima del cerro, Ayar Cache, que fué el primero que salió de la cueva, sacó una honda y puso en ella una piedra y tiróla a un cerro alto, y del golpe que dió, derribó el cerro y hizo en él una quebrada; y ansí mismo tiró otras tres piedras, y hizo de cada una una quebrada grande en los cerros altos: los cuales tiros eran y son, desde donde los tiró hasta donde el golpe hicieron, según que ellos lo fantasean, espacio de legua y media y de una legua.

Y viendo estos tiros de honda los otros tres sus compañeros, paráronse a pensar en la fortaleza de este Ayar Cache, y apartáronse de allí un poco aparte, y ordenaron de dar manera como aquel Ayar Cache se echase de su compañía, porque les parescía que era hombre de grandes fuerzas y valerosidad, y que los mandaría y subjetaría andando el tiempo, y acordaron de tornar desde allí a las cuevas donde habían salido; y porquellos al salir habían dejado muchas riquezas de oro y ropa y del más servicio dentro de la cueva, ordenaron, sobre cautela, que tenían necesidad deste servicio, que volviese a lo sacar Ayar Cache; el cual dijo que le placía, y siendo ya a la puerta de la cueva, Ayar Cache entró agatado, bien

ansí como había salido, que no podían entrar menos; y como lo viesen los demás dentro, tomaron una gran losa, y cerráronle la salida y puerta por do entró; y luego con mucha piedra y mezcla, hicieron a esta en toda (entra da?) una gruesa pared, de manera que cuando volviese a salir, no pudiese y se quedase allá. Y esto acabado, estuviéronse allí hasta que dende a cierto rato oyeron cómo daba golpes en la losa de dentro Ayar Cache, y viendo los compañeros que no podía salir, tornáronse al asiento de Guanacaure, donde estuvieron los tres juntos un año y las cuatro mujeres con ellos; y la mujer de Ayar Cache, que ya era quedado en la cueva, diéronla a Ayar Mango, para que le sirviese (14).

---

(14). Concordante con la extensa narración que del suceso hicieron los indios quipocamayos al Virrey Toledo, y que consigna Sarmiento de Gamboa, terminando el relato con estas palabras: «Partieron de este pueblo los siete ingas con sus compañas (compañeras?) y llegaron a un pueblo llamado Quirinmanta,al pie de un cerro que después llamaron Guanacauri». *Historia Indica,* párrafo 12 pág. 36.

CAPITULO CUARTO

En que trata cómo Ayar Mango se descendió de los altos de Guanacaure a vivir a otra quebrada, donde, despues de cierto tiempo, de alli se pasó a vivir a la ciudad del cuzco, en compañia de Alcaviza, dejando en el cerro Guanacaure a su compañero Ayar Oche hecho ídolo, como por la historia mas largo lo contara.

Y el año cumplido que allí estuvieron, paresciéndoles que aquel sitio no era cual les convenía, pasáronse de allí media legua más hácia el Cuzco a otra quebrada,que estuvieron otro año, y desde encima de los cerros desta quebrada, la cual se llama Matagua, miraban el valle dcl Cuzco y el pueblo que tenía poblado Alcaviza, y paresciöles que era buen sitio aquel do estaba poblado aquel pueblo de Alcaviza; y descendidos que fueron al sitio y ranchería quc tcnían, entraron en su acuerdo, y paresciöles que uno dellos se quedase en el cerro de Guanacaure hecho ídolo, c que los que quedaban fuesen a poblar con los que vivían en aquel pueblo y que adorasen a éste que ansí quedase hecho ídolo, y quc hablase con cl sol, su padre, que los guardase y aumentase y diese hijos, y los inviase.

buenos temporales. Y luego se levantó en pié Ayar Oche y mostró unas alas grandes y dijo quél había de ser el que quedase allí en el cerro de Guanacaure por ídolo, para hablar con el sol su padre. Y luego subieron el cerro arriba y siendo ya en el sitio do había de quedar hecho ídolo, dió un vuelo hacia el cielo el Ayar Oche, tan alto, que no lo devisaron; y tornose allí, y díjoles a Ayar Mango, que de allí se nombrase Mango Capac, porque él venía de donde el sol estaba, y que ansí lo mandaba el sol que se nombrase; y que se descendiese de allí y se fuese al pueblo que habían visto, y que le sería fecha buena compañía por los moradores del pueblo; y que poblase allí, y que su mujer Cura, que se la daba para que le sirviese y quél llevase consigo a su compañero Ayar Auca.

Y acabado de decir esto por el ídolo Ayar Oche, tornóse piedra ansí como estaba, con sus alas, y luego se descendió Mango Capac y Ayar Auca a su ranchería; y descendidos que fueron vinieron donde el ídolo estaba muchos indios de un pueblo de allí cercano, y como vieron el ídolo hecho piedra, que le habían visto cuando el vuelo dió en lo alto tiráronle una piedra y desta piedra le quebraron al ídolo una ala; de donde, como ya le hubiesen quebrado una ala no pudo volar ya más; y como le viesen hecho piedra no le hicieron más enojo.

Y volviéndose estos indios que esto hicieron ansí a su pueblo, Mango Capac y su compañero Ayar Auca salieron de sus rancherías, llevando consigo sus cuatro mujeres ya nombradas, y caminaron para el pueblo del Cozco, donde estaba Alcaviza. Y antes que llegasen al pueblo, dos tiros de arcabuz, estaba poblado un pueblo pequeño, en el cual pueblo había coca y ají; y la mujer de Ayar Oche, el que se perdió en la cueva, llamada Mama Guaco, dió a un indio de los deste pueblo de coca un golpe con unos ayllos y matóle y abrióle de pronto y sacóle los

bofes y el corazón, y a vista de los demás del pueblo, hinchó los bofes soplándolos; y visto por los indios del pueblo aquel caso, tuvieron gran temor, e con el miedo que habían tomado, luego en aquella hora se fueron huyendo al valle que llaman el día de hoy Gualla de donde han procedido los indios que el dia de hoy benefician lo coca de Gualla. Y esto hecho, pasaron adelante Mango Capac y su gente, y hablaron con Alcaviza, diciéndole que el sol los inviaba a que poblasen con él allí en aquel pueblo del Cozco; y el Alcaviza, como le viese tan bien aderezado a él y a su compañía y las alabardas de oro que en las manos traían, y el demás servicio de oro, entendió que era ansí y que eran hijos del sol, y díjoles que poblasen donde mejor les pareciese. Y el Mango Capac agradescióselo y paresciéndole bien el sitio y asiento do agora es en esta ciudad del Cuzco la casa y convento de Santo Domingo, que antes solía ser la Casa del Sol, como adelante la historia lo dirá, hizo allí el Mango Capac y su compañero, y con el ayuda de las cuatro mujeres, una casa, sin consentir que gente de Alcaviza les ayudase, aunque los querían ayudar; en la cual casa se metieron ellos dos y sus cuatro mujeres. Y esto hecho, desde a cierto tiempo el Mango Capac y su compañero con sus cuatro mujeres, sembraron unas tierras de maíz, la cual semilla de maiz dicen haber sacado ellos de la cueva, a la cual cueva nombró este Señor Mango Capac, Pacarictambo, que dice, *Casa de producimiento;* porque, como ya habéis oído, dicen que salieron de aquella cueva. Su sementera hecha, holgábanse y regocijábanse Mango Capac y Alcaviza en buena amistad y en contentamiento.

———

CAPITULO QUINTO

En que trata cómo murió Ayar Auca, compañero de Mango Capac, y como hubo un hijo Mango Capac, el cual se llamó Sinchi Roca (a); e como murió Mango Capac, y cómo murió despues de esto Alcaviza despues; y de los señores que deste Sinchi Roca sucedieron hasta Viracocha Inca, y de los casos y cosas que acaecieron en los tiempos destos hasta Viracocha Inca.

Dende a dos años que allí vino Mango Capac, murió su compañero Ayar Auca, y quedó la mujer en compañía de las demás de Mango Capac, sin que en ella hobiese habido hijo ninguno de Ayar Auca, y ansí, quedó solo Mango Capac con su mujer y las otras tres de sus compañeros ya dichos, y sin que tuviese que ver con ninguna dellas para en cuanto a tenellas por mujeres propias, sino con la suya propia; en la cual, dende a poco tiempo hubo un hijo, al cual hizo llamar Sichi Roca. Y siendo ya Sinchi Roca mancebo de hasta quince o diez y seis años, murió su padre Mango Capac, sin dejar otro hijo sino fué este Sinchi Roca. E dende cinco años que murió Mango Capac, murió Alcaviza. Y como fuese ya de edad de veinte

años este Sinchi Roca, hijo de Mango Capac, usó por mujer una señora llamada Mama Coca, hija de un cacique Señor de un pueblo questá una legua del Cuzco, que llaman Zañu, en la cual señora hubo Sinchi Roca un hijo llamado Lloque Yupanqui. Este Lloque Yupanqui nació con dientes, y luego que nació anduvo, y nunca quiso mamar; y luego habló cosas de admiración, que a mi parescer debió de ser otro Merlín, según que las fábulas dicen. Y ansí como este nació, que tomó una piedra en las manos y tirola a otro muchacho descendiente de Alcaviza, que al presente por allí pasaba, el cual iba por agua a una fuente con cierta vasija en las manos, de la cual pedrada Lloque Yupanqui, el recién nacido, quebró una pierna al muchacho de Alcaviza ya dicho, del cual caso los agoreros dijeron, que los que descendieren deste Yoque Yupanqui, serían grandes Señores, y que señorearían aquel pueblo; y que los descendientes de los de Alcaviza serían echados de aquel pueblo por los descendientes de Lloque Yupanqui; lo cual así fué, como la historia lo dirá adelante, según que lo dijeron los que dieron razón dello. Y porque este Lloque Yupanqui no hizo cosas más notables questa ya dicha, en el tiempo que vivió, le dejaremos.

Y después de los días de este, sucedió en su lugar un hijo suyo, que se llamó Capac Yupanqui, del cual se dice no haber procurado (a) más ser que su padre Lloque Yupanqui le dejó. Y después de los días de este, sucedió en su lugar un hijo suyo que se dijo Mayta Capac, el cual dicen no haber procurado más ser que sus pasados, y después de los dias de éste, sucedió en en su lugar un hijo que se dijo Inca Roca, Inca, del cual dicen haber nacido en seis mujeres que tuvo, treinta hijos y hijas. Y después de los días deste, sucedió en su lugar un hijo suyo y mayor de los otros, que se llamó Yaguar Gua-

cac, Inca Yupanqui. Déste dicen que nació llorando sangre, y por eso le llamaron Yaguar Guacac, que dicen, llorar sangre. Deste dicen que tuvo veinte mujeres, en las cuales hubo cincuenta hijos y hijas; del cual dicen no haber procurado más ser que le dejaron sus pasados.

Y después de los días deste sucedió en su lugar un hijo suyo que llaman Viracocha Inca, porque era muy amigable a los suyos y afable y los gobernaba en mucha quietud, dándoles siempre dádivas y haciéndoles mercedes. Y como este fuese ansí, amábanle los suyos con gran voluntad; y levantándose un día por la mañana, salió alegre a los suyos, y preguntándole los suyos que de qué se regocijaba, dicen que les respondió que el Viracocha Pachayachachic le había hablado aquella noche, diciendo que Dios le había hablado aquella noche (*sic*); y luego se levantaron todos los suyos y le llamaron Viracocha Inca, que quiere decir, *Rey y Dios*; y desde allí se nombró este nombre.

CAPITULO SEXTO

En que trata de cómo habia muchos señores en la redondez del Cuzco, que se intitulaban reyes y Señores en las provincias donde estaban; e de cómo se levantó de entre estos un Señor Chanca que llamaron Uscovilca, e cómo hizo guerra el y sus capitanes a los demas Señores e los subjetó, e cómo vino sobre el Cuzco tiniendo noticia de Viracocha Inca, e de cómo Viracocha Inca le invió a dar obediencia, e despues se salió Viracocha Inca a cierto peñol, llevando consigo todos los de la ciudad.

En el tiempo deste Viracocha Inca había más de doscientos Señores caciques de pueblos y provincias, cincuenta y sesenta leguas en la redondez desta ciudad del Cuzco, los cuales se intitulaban y nombraban en sus tierras y pueblos Capac Inca, que quiere decir *Señores e reyes*; y lo mismo hacía este Viracocha Inca, e intitulábase, como arriba diximos, Dios; de donde vieron los demás Señores ya dichos, que se intitulaba de más sér que ninguno dellos. Y como un Señor destos, de nación

Chanca, que se decía Uscovilca, el cual era señor de mucha suma de gente e tenía seys capitanes muy valerosos, sus sujetos, que se llamaron Malma (a), y otro Rapa y otro Yanavilca (b), y otro Teclovilca, y otro Guamanguaraca, y otro Tomayguaraca; y este Uscovilca como tuviese noticia que en el Cuzco residía Viracocha Inca y se intitulase de mayor señor que él, siendo él más poderoso de gente e intitulándose él Señor de toda la tierra, pareciéndole bien ver qué poder era el de Viracocha Inca, y para ver esto, estando este Uscovilca en el pueblo de Paucaray (c), que es tres leguas de Párcos, entró en consulta con los suyos qué órden debiesen tener para este hecho; y viendo que su poder era grande, acordaron en su acuerdo que debían ir sus capitanes a descubrir por las partes de Condesuyo e provincias e ansímismo por la parte de Andesuyo a lo mismo, y que él ansímismo, con dos capitanes de los suyos y con la gente que le quedase, fuese por medio destas dos provincias derechamente a la ciudad del Cuzco, y que desta manera sería Señor de toda la tierra, y que él de su mano sujetaría a Viracocha Inca. Y ansí salió de su acuerdo; y después que hobo salido, mandó que para un día señalado se juntase toda su gente en aquel lugar e llano de Paucaray (a), donde él era natural; y ansí se juntaron todos los suyos el día que les fué mandado. Y siendo ansí juntos mandó a sus capitanes que hiciesen tres partes toda aquella gente; y siendo ya apartados y hechas las tres partes, mandólos proveer de armas a todos, que fueron lanzas, alabardas, y hachas, y porras, y hondas, y ayllos y rodelas; de las cuales, siendo ya proveidos deste menester, mandólos proveer de muchos mantenimientos para su camino, como es carne seca, y maíz, y pescado seco y de las demás comidas, haciéndoles la gracia y merced de todo el despojo que en la guerra hobiesen de ganado, ropa y oro y plata e mujeres y otras

piezas e anaconas que ansí en la guerra hobiesen. Y dando una parte destas gentes a los capitanes de los suyos, que se llamaron Malma y Irapa (b), a los cuales mandó que luego se partiesen, y que fuesen conquistando por la provincia de Condesuyo hasta donde gente no hallasen que conquistar pudiesen. Y ansí se fueron estos dos capitanes ya dichos, llevando la gente ya dicha; y al tiempo que se despidieron del Señor, diéronle grandes gracias y loores, ansí los capitanes como las demás gente, por la merced que les fué hecha del despojo. Y ansí fueron conquistando estos dos capitanes Malpa e Irapa por la provincia de Condesuyo, llevando gran poder de gente; y fué tanta la ventura destos dos capitanes, que ganaron e sujetaron yendo del pueblo de Paucaray por la provincia de Condesuyo, hasta llegar a las dichas cincuenta leguas más allá de los Charcas.

Dejaremos estos capitanes y hablaremos de los otros dos que invió ansímismo Uscovilca por la parte de Andesuyo, los cuales se llamaron Yana Vilca y Toquello Vilca (a); a los cuales como le diese su Señor Uscovilca la otra parte de gente, partieron de allí de Paucaray; a los cuales, al partir, les fué mandado por Uscovilca que no llegasen al Cuzco con diez leguas, sino que pasasen apartados dél, porque Uscovilca quería esta empresa del Cuzco para sí. Y ansí, se apartaron estos dos capitanes, metiéndose por la provincia de Condesuyo, ganando y conquistando provincias hasta llegar a los Chiriguanes, donde los dejaremos y hablaremos de Uscovilca.

El cual, como hobiese despachado sus cuatro capitanes en la manera que ya habéis oido, y tuviese (b) gran voluntad de por su persona ir e sujetar al Cuzco y al Viracocha Inca, tomando la otra tercia parte de gente que le quedó, dejando su tierra y pueblo con el recaudo y guarda necesaria, para que si alguno sobre él se viniese

le avisase para volver en su guarda y reparo;—en ansí, ya hecho esto y proveído se apartó con su gente, y llevando consigo sus dos capitanes, en busca e demanda de Viracocha Inca. El cual estaba muy quieto de aquella zozobra, porque él no hacía guerra a nadie ni procuraba tomar ni quitar a nadie lo suyo.

Y estando ansí quieto desta guerra que sobre él venía llegaron a él dos mensajeros que le enviaba Uscovilca, por los cuales la enviaba a decir que le diese obediencia, como a Señor que era, donde no, que se aparejase, que le iba a hacer guerra, e que pensaba dalle batalla e subjetalle; que le hacía saber quel quebada en Vilcacunga, ques siete leguas de la ciudad del Cuzco y que sería bien breve con él. Y como Viracocha Inca viese la tal embajada que el Uscovilca le invió, y que traía gran poder, y que todo lo que atras dejaba él quedaba subjeto, envióle a decir que le placía de le dar obidiencia y que quería comer y beber con él. Y salidos que fueron estos mensajeros de la ciudad del Cuzco con esta embajada de Viracocha Inca, hizo juntar sus principales y entraron en su acuerdo para ver lo que debían hacer, porque fueron tan breves los mensajeros de Uscovilca que no le dieron lugar a que con los suyos tomase parecer en lo que debía responder; y ansí respondió lo que habéis oído; y después entró (a); y estando en ella, consideraron que Uscovilca venía con gran poder de gente, y que venía soberbio y que, dándosele ansí tan fácilmente, que serían tenidos en poco, y acordaron, para con él mejor capitular las cosas que más les hacían a su conservación, y aunque quedasen subjetos, no quedarían tanto cuanto si facilmente se diesen,—de se salir desta ciudad del Cuzco el Viracocha con toda la gente de la ciudad y con los más de los comarcanos que seguirlos quisiesen, irse a un peñol questá siete leguas desta ciudad del Cuzco, por cima de un pueblo que se

dice Calca, el cual peñol y fuerte se llama Caca Xaqui Xahuana (a).

Viracocha Inca en esta sazón tenía siete hijos; tenía uno dellos menor de todos, el cual se llamaba Inca Yunpanqui; y en aquel tiempo que Viracocha Inca se quería salir del Cuzco, este su hijo Inca Yupanqui, aunque era menor, era mancebo de gran presunción y hombre que tenía en mucho su persona; y pareciéndole mal que su padre Viracocha Inca hacía de desmamparar su pueblo y quererse dar a subjetación, así como ya se había ofrecido, parecióle que era mal caso y gran infamia para las gentes que desto tuviesen noticia; y viendo questaba acordado por su padre y los demás señores del Cuzco de se salir, prosupuso en sí de no salir él y juntar la gente que pudiese, y ya que Uscovilca viniese, él no darle tal obidiencia, sino morir antes que decir que vivía en subjeción; y que por ventura podría juntar tanta gente y su ventura ser tal que venciese al Uscovilca, y ansí se libertaría su pueblo.

Y prosuponiendo lo que ansí había pensado, fuese en busca de tres mancebos, hijos de señores y amigos suyos, y hijos de aquellos señores con quien su padre había entrado en consulta para se salir y dar obidiencia al Chanca,—los nombres de los cuales mancebos eran, el uno Vica Quirao (a), y el otro Apo Mayta, y el otro Quilescachi Urco Guaranga;—y juntándose Inca Yupanqui con estos tres mancebos señores, consultó con ellos lo que tenía pensado, y díjoles que antes se debía presuponer y holgar de recebirse la muerte, que no vivir en tal subjeción e infamia, no habiendo sido nacidos subjetos. Y estando todos cuatro ansí juntos, los mancebos holgaron de que Inca Yupanqui, les dijese aquello, y diéronle palabra de hacer lo que él hiciese; y siendo todos cuatro de una opinión y parescer, Viracocha Inca salía ya de la

ciudad para su peñol llevando consigo la gente del Cuzco, y la más de los comarcanos que pudo llevar consigo. Inca Yupanqui y los tres señores mancebos ya dichos, quedáronse en la ciudad con cada sendos criados que quedarse quisieron con ellos, los cuales criados se llamaban Pata Yupanqui y Muru Uanca (b), y Apo Yupanqui, Uxuta Urco Guaranga; los cuales quedaron solos, que no quedó con ellos otra persona más destos criados suyos. Y visto por Viracocha Inca que su hijo Inca Yupanqui se quedaba con aquel propósito, rióse mucho y no hizo caso dél, porque llevó consigo sus seis hijos y con ellos el mayor y más querido suyo, que se llamaba Inca Urco, en quien pensaba dejar el lugar y nombre de su persona (15).

---

(15) Sarmiento de Gamboa hace una más extensa narración del hecho, concordando con Betanzos en atribuir a Viracocha la huida del Cuzco ante la amenaza de los chancas. Por lo demás, aseguran los declarantes quipocamayos (en la obra de Sarmiento) que Inca Urco era bastardo, y que más bien fueron los hijos legítimos de Viracocha los que quedaron en el Cuzco ayudando en la defensa a Yupanqui, y que nombra «Inga Roca, su hermano legítimo y mayor, Apo-Maita, Vicaquirao, Quilliscache, Urco Huaranga Chima Chani Pata Yupanqui, Viracocha, Inca Paucar y Mircoymana, ayo de Inga Yunpaqui». Ob.cit. párrafo 16, pág. 51,

CAPITULO SEPTIMO

En que trata cómo despues de quedado Inca Yupanqui en la ciudad, Uscovilca invió sus mensajeros a Viracocha Inca como supo que se habia retraido al peñol; y cómo ansímismo, sabido que Inca Yupanqui se quedaba en la ciudad y al fin que se quedaba, y cómo le invió sus mensajeros ansi mismo al Inca Yupanqui; y cómo Inca Yupanqui envió a pedir socorro a su padre y a las demas provincias en torno de la ciudad, y lo que entre ellos pasó.

Sabido que fué por el chanca Uscovilca lo que había hecho Viracocha Inca, acordó de le enviar un capitan suyo que se decía Guaman Guaraca, para que con el Viracocha Inca concertase lo que le paresciese y bien le tuviese; el cual capitán llegó, y el Viracocha Inca le recibió muy bien en el peñol do estaba. Y despachado este capitan por el Uscovilca a Viracocha Inca, supo como se había quedado en el Cuzco Inca Yupanqui con los tres señores ya dichos, y con cada un criado que le sirviese, y con el propósito de morir e no ser subjetos; y sabida esta

nueva por Uscovilca, holgóse mucho, porque le paresció que venciendo a este Inca Yupanqui, hijo de Viracocha Inca y a los otros tres señores que con él eran, que podría triunfar, y más tomándolos dentro en el Cuzco, a dondél venía encaminado. Y un capitán deste Uscovilca, llamado Tomay Guaraca, sabida la nueva deste propósito de Inca Yupanqui, pidió a Uscovilca, su Señor, que le hiciese merced desta empresa; quél quería ir al Cuzco y prender y matar a Inca Yupanqui y a los que con él eran. Y Uscovilca le respondió, que semejante empresa que aquella, que para sí la quería y que por su mano la quería él acabar; y luego invió un mensajero suyo a Inca Yupanqui, por el cual le invió a decir que se holgaba mucho de saber que con él quisiese probar sus fuerzas y ánimo de mancebo, que se aderezase él y los suyos que con él estaban, que de alli a tres meses se quería ir a ver con él; que porque dél no se quejase le quería dar espacio de tres meses para que con él mejor se pudiese ver, y ansí mismo aderezarse de las armas y gente que le paresciese. Porque, como el Uscovilca hobiese sabido que Viracocha Inca se había salido huyendo de la ciudad del Cuzco y llevado consigo toda su gente, y la más que pudo llevar de los demás pueblos comarcanos a la ciudad del Cuzco, tuvo este Uscovilca que no le acudiría nadie al Inca Yupanqui que parte fuese a resistir el poder que él traía. Y visto por Inca Yupanqui lo que le inviaba a decir Uscovilca, respondióle quél era presto de morir peleando antes de ser subjeto, por quél libre había nascido y señor, y si su padre daba obidiencia, que la podía dar por sí y por los que con él tenía allá en el peñol do estaba, y que él no estaba en aquello, sino que sí él había de ser Señor del Cuzco e intitularse de tal, que peleando con él y venciéndole, ternía la tal nombradía; y que se holgaba que su padre hobiese desmamparado

la ciudad del Cuzco y salídose de ella, siendo de opinión de se rendir, lo cual el Cuzco nunca tal había hecho ni sido vencido por nadie, desde que Mango Capac lo había fundado. Y oida su embajada y respuesta, se salió del Cuzco, y fué a su Señor Uscovilca, que estaba en aquella sazón holgándose con los señores que traía consigo, allí en el asiento de Vilcacunga; y oído por Uscovilca la respuesta que Inca Yupanqui le inviaba con su mensajero, holgóse della, porque pensaba triunfar del Cuzco, como ya habéis oído.

El changa (a) entró en su acuerdo con los tres señores que consigo tenía, y acordaron de inviar cierto mensajero a Viracocha Inca su padre, por el cual le inviase a decir que mirase la deshonra que le venía y que el Cuzco nunca había sido subjeto desde que Mango Capac lo había poblado; que le parescía, si a él le paresciese, que debían de defender su ciudad, y que no permitiese que dél se dijese semejante cosa que hobiese desamparado su pueblo, y después se diese y rindiese a sus enemigos; que se viniese a su ciudad, que él le prometía, como su hijo que era, de morir delante de su persona, si él ansí volviese, y defendella, porque tenía presupuesto de morir antes que dél se dijese que se había dejado subjetar siendo señor y habiendo nacido libertado.

Y luego fué uno de los cuatro mozos que allí tenían, al cual se le dijo que llevase la embajada que ya habéis oído; el cual mensajero se partió y llegó adonde estaba Viracocha Inca, y díjole su embajada de parte de Inca Yupanqui. Y oído por Viracocha Inca, lo que su hijo le inviaba a decir, rióse mucho de la tal embajada y dijo: « Siendo yo hombre que comunico y hablo con Dios, y « sabido por él he sido avisado que no soy parte para re- « sistir a Uscovilca, y siendo así avisado me salí del Cuz- « co para mejor poder dar orden cómo Uscovilca no me

« haga deshonra y a los míos maltratamiento, y ese mu-
« chacho Inca Yupanqui quiere morir y presumir que yo
« he sido mal acordado? Volved y decidle que me río de
« su mocedad, y que se venga él y los suyos que consigo
« tiene, y si no lo quiere hacer, que me pesa, porques mi
« hijo y quiera morir desa manera». El mensajero le respondió a estas palabras que le decía Viracocha Inca, que su señor tenía presupuesto aquello, y que en ninguna manera dejaba de morir o vencer él y los que con él estaban antes que venir en subjeción. Y a esto le respondió Viracocha Inca que se volviese, y pues era aquella la opinión de su señor y voluntad suya, que pelease e hiciese todo su poder, que lo quentendía que había de ser al fin de su batalla, que sería ser preso e muerto mozo y sin entendimiento; e que les dijese a sus señores, quél no pensaba ir allí y que en ninguna manera le tornase a inviar con embajada semejante. Y esto oído por el mensajero, se partió con su respuesta a donde su señor estaba, y llegado que fué, díjole lo que su padre Viracocha Inca le inviaba a decir en respuesta de su mensaje. Todo lo cual oído por Inca Yupanqui, rescibió pesar de la tal respuesta, porque pensó que su padre le enviara algún socorro, y que como viesen los comarcanos de los pueblos questán en torno de la ciudad del Cuzco que su padre Viracocha Inca le socorría con algún favor y ayuda, que ansí mismo le acudirían y darían favor los tales comarcanos.

Y estando así triste él y los suyos por lo que ya habéis oído, parescióles que era bien inviar sus mensajeros a los caciques de los pueblos comarcanos, haciéndoles saber en la necesidad en questaba y cómo había inviado sus mensajeros a su padre, el cual no le había querido inviar ningún socorro; que les rogaba que le favoresciesen con sus poderes y gente. Y esto así pensado por Inca Yupanqui, llamó a aquellos cuatro mozos que allí tenía, a los que les

mandó, y a cada uno por sí, que fuesen con la embajada que habéis oído a los caciques y Señores que ansí eran en torno de la ciudad en espacio de tres leguas; y siendo divididos (*sic*) por Inca Yupanqui estos mensajeros, se partieron cada uno por sí a los pueblos y caciques con la embajada que ya habéis oído; donde como hobiesen llegado a los caciques y señores do su Señor los inviaba, y oído por los tales caciques la embajada y ruego que les inviaba Inca Yupanqui, respondiéronle a estos mensajeros en esta manera: «Volved, hermanos, y decid a vuestro Señor Inca Yupanqui que nos llamamos (a) de corazón y voluntad, e que holgaremos de le hacer esa ayuda que nos pide y socorrerle con nuestras gentes y poder; más, que nos parese que el poder de Uscovilca, Chanca, que sobre él y sobre nos viene, que es mucho y muy grande, y que como él (no) tenga más gente de a su persona y a sus compañeros, y que el poder que ellos le podían dar y ayudar era ansímismo poco, y que no le podían socorrer, y que si acaso fuese aquellos le socorriesen, no tiniendo él más poder del que hastá allí tenía, sería echarse a perder él y ellos,—porque ansí mismo ellos estaban en dar obidiencia al Chanca, como su padre pensaba hacer, cada y cuando que por el Chanca se les fuese pedida, lo cual hasta allí no les había sido por el Chanca inviado a pedir cosa; más que lo (que) ellos harían con él era, que como él buscase de alguna parte o por alguna vía tuviese algún tanto de poder de gente, que ellos ansí mismo estaban prestos de le ayudar en semejante necesidad e resistencia que quería hacer, cosa que no solamente a él solo tocaba, sino a ellos ansímismo, y a cada uno por sí; y que ansímismo enviarían a las demás provincias y pueblos que con cada uno confinaba (a), a pedir sus socorros y favor, y que con sus gentes y con las tales ayudas, aquellos le prometían de le ayudar y socorrer, cada y cuando aquellos

viesen que él tenía alguna parte de gente para ponerse en la tal resistencia; la cual le agradecían y rogaban que ansí lo hiciese, que ellos ansímismo lo harían lo que dicho tenían». Todo lo cual oído por los mensajeros, se volvieron donde su señor estaba, al cual dijeron la respuesta que ya habéis oído. Y oído por Inca Yupanqui, rescibió muy grande pena por verse solo, viendo la voluntad y ofrecimientos que los caciques le hacían, considerando en sí que tenían junto (b) y pedían lo que era razón, quel tuviese alguna gente, con la cual la de los tales caciques y ayuda que le fuese hecha (se juntase). Y estando en esta pena, dicen que sería ya hora del sol puesto y que ya oscurecía la noche, y como fuese anochecido, que dijo a sus compañeros y a los demás sus criados, que se quedasen todos allí juntos como estaban, e que ninguno saliese con él; y ansí se salió del aposento solo sin llevar otro ninguno consigo.

———

CAPITULO OCTAVO

En que trata del ser y virtudes del Inca Yupanqui, e de cómo, apartado que fue de sus compañeros, se puso en oración; e cómo tuvo, según dicen los autores, revelación del cielo; e cómo fue favorescido y dio batalla a Uscovilca y le prendió y mató en ella, y de otros casos y cosas que acaecieron.

Inca Yupanqui era mancebo muy virtuoso y afable en su conversación; era hombre que hablaba poco para ser tan mancebo, e no se reía en demasía de manera, sino con mucho tiento; y muy amigo de hacer bien a los pobres, y que era mancebo casto, que nunca le oyeron que hobiese conocido mujer; y que nunca le conocieron los de su tiempo decir mentira e que pusiese cosa que dejase de cumplir. E como él tuviese estas partes de virtud y valeroso señor, aunque mancebo, y fuese de grande ánimo, considerando su padre a este ser de Inca Yupanqui su hijo, reinó envidia en él y aborrescíale, porque quisiera que un hijo mayor suyo, que se decía Inca Urco, tuviese

este ser de Inca Yupanqui (16); y como él viese que esta virtud reinase en Inca Yupanqui, no consentía que se pusiese delante dél, ni daba ocasión para que nadie conosciese dél que le amaba; porque, como viese que tenía tan grandes partes, temía que después de sus días los señores del Cuzco e la demás comunidad le alzasen a este por tal Señor, e que aunquél dejase a Inca Urco por tal Señor, los tales señores le privarían deste estado, por ver en él que era algo simple e que no reinaba en él aquella capacidad e ser que en Inca Yupanqui; al cual amaban todos de gran voluntad, como ya habéis oído.

E como el Viracocha quisiese al Inca Urco dejarle en su lugar después de sus dias, hacía que le hiciesen los señores de la ciudad del Cuzco y la demás gente aquel acatamiento y respeto que hacían a su persona; y ansí, le hacía servir e que le sirviesen los señores del Cuzco con las insinias reales que a su persona hacían; que eran, que delante dél no parescía ninguno, por señor que fuese, ni ninguno de sus hermanos, con zapatos en los pies, sino descalzos y las cabezas bajas todo el tiempo que delante dél estuviesen hablando, o que le trujesen algún mensaje; comía solo, sin que nadie osase meter mano en el plato quel comía; traíase en andas y hombros de señores si salía a la plaza, sentábase en asiento de oro; tenía tirasol hecho de pluma de avestruces teñidas de colorado (17); bebía

(16) Ya sabemos que los quipo-camayos de Toledo aseguraron que Inga Urco era hijo bastardo, y Yupangui el legítimo y segundo. Véase la nota Nº. 15. En cuanto a la noticia de los celos de Viracocha con su hijo Yupangui y las preferencias por Urco, es traída por casi todos los cronistas, Garcilaso, Acosta, Cieza de León, Balboa, Cobo y otros más.

(17). La aseveración de Betanzos del tirasol o quitasol es singularísima y muy nueva.

en vasos de oro (18), y ansímismo eran las demás vasijas del servicio de su casa, de oro; tenía muchas mujeres; de todo lo cual era muy ageno Inca Yupanqui, por ser, como ya habéis oído, aborrecido de su padre, y tener amor a Inca Urco. Y ansí, cuando vido Viracocha Inca que se había quedado Inca Yupanqui en la ciudad del Cuzco, holgóse dello, pensando que allí acabaría sus días, y cuando le invió a pedir el socorro que ya habéis oído, no lo quiso socorrer.

E apartándose Inca Yupanqui de sus compañeros la noche que ya la historia os ha contado, dicen que se fué a cierta parte do ninguno de los suyos le viesen, espacio de dos tiros de honda de la ciudad, e que allí se puso en oración al Hacedor de todas las cosas, que ellos llaman Viracocha Pachayachachic, y questando en su oración que decía desta manera: «Señor Dios que me hiciste e « diste ser de hombre, socórreme en esta necesidad en « que estoy; puesto eres mi Padre, y tú me formaste y « diste ser y forma de hombre, no permitas que yo sea « muerto por mis enemigos; dame favor contra ellos; no « permitas que yo sea subjeto dellos; y pues tu me hi- « ciste libre y sólo a ti subjeto, no permitas que yo sea « subjeto destas gentes que ansí me quieren subjetar y » meter en servidumbre; dame, Señor, poder para pode- « llos resistir, y haz de mí a tu voluntad, pues soy tuyo». E cuando (a) estas razones decia, las decía llorando de todo corazón. E que estando en su oración, se cayó dormido, siendo vencido del sueño; y questando en su sueño vino a él el Viracocha en figura de hombre, y que le dijo: « Hijo, no tengas pena, que yo te enviaré el día en que a

(18) Cuyos ejemplares de singular belleza y hermosura, con ornamentaciones de relieve repujadas, se admiran hoy en los museos del Perú, principalmente en los del Dr. Javier Prado y en el "Arqueológico de Larco Herrera".

« batalla estuvieres con tus enemigos, gentes con que los
« desbaratar y quedes victorioso (19)».

E que Inca Yupanqui, entonces, recordó deste sueño que sería ya hora que quería amanescer, y como estuviese deste sueño alegre, tomó ánimo y se fué a los suyos, y que les dijo que estuviesen alegres, porque él lo estaba, e que no tuviesen temor que no serían vencidos de sus enemigos, que él ternía gente cuando menester la hobiese; y no les quiso decir más, ni otras cosas de qué, ni de cómo, ni de dónde, aunque ellos se lo interrogaron. Y que de allí adelante cada noche se apartaba de sus compañeros e se iba al sitio do su oración había hecho, a do siempre la continuó hacer, ni más ni ménos que la primera vez lo hizo, y no para que le viniese cada noche el sueño que la primera.

Más de que, la postrer noche, questando él en su oración, que tornó a él el Viracocha en figura de hombre, y estando despierto, y que le dijo: «Hijo, mañana te ven-
« drán los enemigos a dar batalla, y yo te socorreré con
« gente, para que los desbarates y quedes victorioso». Y otro día de mañana dicen que descendiendo Uscovilca con su gente por Carminga (Carmenca) abajo, que es un cerro que estaba a la descendida a la ciudad del Cuzco, yendo de la ciudad de los Reyes, y como descendiese este Uscovilca con todo su poder y gente, que asomaron veinte escuadrones de gente no vista ni conoscida por Inca Yupanqui ni los suyos, la cual gente asomó por la parte de Collasuyo, y por el camino de Acha, y por el camino de

(19). La tradición aseguraba que en la batalla de Yahuar-Pampa se cumplió la profecía de Viracocha, y que los guerreros misteriosos que prestaron tan eficaz ayuda, fueron después convertidos en piedras: para constancia del portento se les adoraba así en unos pedrones tendidos en la llanura, y se les llamaba los dioses *pururaucas*. Véase en Cobo la ceremonia de este rito: *Historia del Nuevo. Mundo*, tom III.

Condesuyo; y como llegase esta gente a do Inca Yupanqui estaba, el cual estaba mirando con sus compañeros como descendían a él sus enemigos, y como a él llegasen los que en su favor venían, que le tomaron en medio diciéndole: *Apu Capac Inca auccacata atipullac chaymiccanquihina* (?) *punchaupi* (a); que dice: «Vamos, solo « rey, y venceremos a tus enemigos, que hoy en este día « ternás contigo prisioneros ». Y que ansí se fueron a la gente de Uscovilca que venía con todo hervor los cerros abajo, y encontrándose, trabaron su batalla y pelearon desde la mañana, que fué la hora que se juntaron, hasta medio día; y fué de tal suerte la batalla, que de la gente de Uscovilca murió muy mucha cantidad de gente, e ninguno fué tomado a mano que no muriese. En la cual batalla el Uscovilca fué preso y muerto; y como los suyos le viesen muerto y viesen la gran matanza que en ellos se hacía, no acordaron de aguardar más, y dando la vuelta por el camino por do habían venido, huyeron (b) hasta llegar al pueblo de Xaquixaguana, donde se tornaron a recoger y rehacer. (20).

Y escapando deste desbarate algunos capitanes de Uscovilca, enviaron a hacer saber esta nueva luego a su tierra, y que les inviasen socorro; y ansí mismo inviaron a hacer saber esta nueva a los capitanes Malma y Rapa, capitanes que habían ido conquistando por las provincias de Condesuyo hasta la de los Chichas, como ya la historia lo ha contado; los cuales volvían ya victoriosos y triunfando de las provincias que en esta jornada habían sujetado y conquistado, y venían muy prósperos y traían grandes despojos. Y ansímismo inviaron sus mensajeros los capitanes desbaratados que en Xaquixaguana hacían junta, a los otros dos capitanes que ansímismo había in-

(20 Jaquijahuana en las pampas de Anta, al noroeste del Cuzco .

viado Uscovilca desde su pueblo de Paucaray a descubrir y conquistar las provincias y pueblos que hallasen; los cuales habían entrado por la provincia de los Andes y habían ido conquistando hasta aquella parte de los Chiriguanaes, ques doscientas leguas y más, a donde llegaron desde este Paucaray; los cuales capitanes se llamaban Yana Vilca y Teclo Vilca, a los cuales toparon los mensajeros, que venían ya de vuelta victoriosos y con grandes (despojos). Y como los unos y los otros supiesen la muerte de su señor Uscovilca, y como le hobiesen desbaratado, y de la manera, diéronse todos la más brevedad que pudieron, ansí los unos cómo los otros, con los capitanes que del desbarate de Uscovilca habían escapado, que hacían juntas en Xaquixaguana, como ya habéis oído; donde siendo ya todos juntos, los dejaremos y volveremos a hablar de Inca Yupanqui, que estaba victorioso.

———

CAPITULO NONO

EN QUE TRATA CÓMO INCA YUPANQUI, DESPUES DE HABER DESBARATADO Y MUERTO A USCOVILCA, TOMÓ SUS VESTIDOS Y ENSINIAS DE SEÑOR QUE TRAIA, E LOS DEMAS CAPITANES PRISIONEROS QUE HABIA TRAIDO, Y LAS LLEVÓ A SU PADRE VIRACOCHA INCA, Y LAS COSAS QUE PASÓ CON SU PADRE, E CÓMO ORDENÓ EL PADRE DE LO MATAR, Y CÓMO SE VOLVIÓ INCA YUPANQUI A LA CIUDAD DEL CUZCO; E COMO DESDE CIERTO TIEMPO MURIÓ VIRACOCHA INCA, Y DE LAS COSAS QUE ENTRE ELLOS PASARON EN ESTE MEDIO TIEMPO; E DE UNA COSTUMBRE QUE ESTOS SEÑORES TENIAN EN HONRAR LOS CAPITANES QUE DE LA GUERRA VENIAN VICTORIOSOS.

El cual,después de haber muerto a Uscovilca, mandó tomar sus vestiduras e insignias que en la guerra traía,ansí de oro y plata (y) joyas que sobre él traía, como de ropa de plumas, plumajes y armas y arreos de su persona; y metiéndose en una andas, se partió para do su padre Viracocha Inca estaba, llevando consigo a sus amigos, los tres que con él habían quedado, como ya la historia os lo

ha contado, Vicaquirao, Apu Mayta y Quiliscachi Urco guaranga, y dos mill hombres de guerra que guardaban su persona: Donde, llegado que fué a donde su padre estaba, le hizo el acatamiento que a su Señor y padre debía, y ansímismo le puso delante las insignias, armas y vestidos del chanca Uscovilca, que él había ya vencido y muerto; y rogóle que se las pisase aquellas insignias del enemigo que había vencido, y ansímismo le rogó que le pisase ciertos capitanes de Uscovilca que presos él allí llevaba, haciéndoselos echar por tierra. Porque, habran de saber, que tenían una usanza estos Señores, que cuando algún capitán o capitanes venían victoriosos de la guerra, traían las insignias y adornamentos de los tales señores que en la guerra mataban y prendían; y como entrasen los tales capitanes por la ciudad del Cuzco victoriosos, e traían delante de sí las insinias y prisioneros, e poníenlas delante de sus Señores, y los Señores, viendo el tal despojo e insinias y prisioneros delante de sí, levantábase el tal Señor e pisábalo e daba un paso por encima de los tales prisioneros. Y esto hacían los tales Señores, en señal de que rescibían los tales que lo traían triunfo y favor del Señor, y era acetado en servicio el trabajo que ansí habían pasado en sujetar y vencer los tales enemigos. Y ansímismo, el Señor a quien era pedido, que pisase las tales cosas y prisioneros, recibía y había, haciendo aquello, posesión y señorío de las tales tierras que ansi eran ganadas y vasallos que en ellas vivían.

Y al fin de aquesto, queriendo tener Inca Yupanqui todo respeto a su padre, aunque no le había querido dar favor, le trujo delante dél todas las cosas que habéis oído, para que su padre dél rescibiese aquel servicio y aprendiese la posesión de los tales enemigos por sus vasallos, sujetados por capitan suyo. El cual, como viese las tales insignias delante de sí, y los capitanes que ansí le

traía presos en señal de su victoria, y quél le pidia que se los pisase como tal su Señor y padre, en esta sazón tenía consigo el Viracocha Inca un principal de Uscovilca que le había sido inviado por el Uscovilca, para que con él concertase la manera que se le había de dar y las condiciones que con él quería poner; y como hasta aquella hora no hubiese dado orden, teníale él consigo, y no habiendo él sabido lo que le había pasado con el Uscovilca, Viracocha Inca no tuvo por cierto ser aquello que el Inca Yupanqui traía delante dél, de Uscovilca, que él lo hubiese muerto y desbaratado; y como él no estuviese satisfecho de lo que vía, mandó que paresciese allí delante aquel principal que con él estaba, el cual se llamaba Guamán Guaraca, que es el que Uscovilca inviaba para hacer los conciertos, como ya habéis oído; y como cosa que tenía por sueño, preguntó el Viracocha Inca al Guaman Guaraca: "Dime, ¿tú conoces estos vestidos y insinias que sean de tu señor, Uscovilca?" Y como los viese el Guaman Guaraca, y conociese y viese los capitanes de su Señor echados por tierra, puso los ojos en el suelo y comenzó a llorar, y echóse allí en tierra con ellos (21).

Y como esto viese Viracocha Inca que era verdad que hubiese habido victoria de sus enemigos Inca Yupanqui, su hijo, tomó gran pesar y envidia dello, por gran odio que le tenía, como ya os he contado; todo lo cual conoció en él Inca Yupanqui su hijo, con gran pesar. Y no tiniendo respeto a aquello, sino a que era su padre y Señor, tornóle a rogar Inca Yupanqui que le pisase como su Señor y padre; a lo cual respondió Viracocha Inca, que lo mandase meter en cierto aposento y que lo pisase primero su hijo Inca Urco, que era el hijo quel

(21). Esta escena no la relatan otros cronistas.

más quería, en quien él pensaba dejar después de sus días su estado y lugar de su persona, como ya hemos contado. A lo cual respondió Inca Yupanqui, que a él, como a su padre, rogaba que se lo pisase, que él no había ganado victoria para que se lo pisasen semejantes mujeres como eran Inca Urco y los demás hermanos; que se lo pisase él como persona a quien él tenía por su Señor e su padre; si no que se iría.

Y estando en esto, hizo llamar Viracocha Inca un señor de los que consigo tenía, y hablándole a solas, le dijo que sacase secretamente la gente de guerra que consigo tenían, e que la llevase a cierta quebrada de monte y paja alta donde estuviese secretamente; y que tan de mientras quél iba, quel ternía en palabras a Inca Yupanqui en cierto aposento, mientras él emboscase allí a la gente; y que dentro del aposento, si él pudiese, a manos le mataría; y que si de allí escapase, que le matase él en la quebrada del monte por do había de tornar a volver el Inca Yupanqui. Y esto concertado salióse aquel Señor a hacer lo que le mandaba Viracocha Inca.

Viracocha Inca volvióse a Inca Yupanqui e comenzóle de hablar con buenas palabras y a mostrarle rostro alegre. Ya que le paresció que habría hecho aquel capitan suyo lo que le había mandado, levantóse el Viracocha Inca y rogó a Inca Yupanqui que metiese aquellas cosas que llevaba de Uscovilca dentro del aposento do antes le había rogado que las mandase meter, para que las pisase su hijo Inca Urco y que luego se las pisase él. Tornóle a responder Inca Yupanqui que las pisase él, si quisiese, y si no que se iría, como ya le había dicho. Y viendo Viracocha Inca que no podía acabar con él que las pisase Inca Urco, pensando de le matar dentro del aposento, dijo que lo mandase meter dentro del aposento, questando ellos solos lo pisaría delante dél. Y estando en esta porfía lle-

gáronse a Inca Yupanqui sus tres buenos amigos, y sospechando la traición que Viracocha Inca quería hacer, no consintieron que Inca Yupanqui entrase en el aposento.

Y estando en esto, llegó a Inca Yupanqui un capitán suyo de los que él con la gente de guarda traía, y díjole que habían visto salir cierta gente de guerra de allí del peñol, los cuales habían salido uno a uno y de dos en dos, y que era mucha cantidad de gente la que había salido, y que algunos dellos llevaban lanzas y alabardas, e que iban por el camino do ellos habían venido; que sospechaba que aquestos fuesen a tomar algún paso para desque volviesen, o que fuesen a tomar y robar lo que ellos en la cibdad del Cuzco tenían, y a tomársela. Y como aquesto le dijese aquel su capitan delante de sus tres buenos amigos, rióse Inca Yupanqui de ver que su padre le quería matar de aquella manera,y de conocer que reinaba envidia en él, y estandole él rogándo que se sirviese de todo ello y que se lo acetase en servicio. Y como hubiese oído lo que aquel capitán le decía, dijo a los dos de aquellos sus tres amigos que tomasen la mitad de la gente que él en su guarda allí había traído, y que así como habían salido los del peñol a le hacer traición, que ansí los inviasen ellos uno a uno e dos a dos, los cuales fuesen en siguimiento de los que por Viracocha eran inviados,y que mirasen si los tales se emboscasen en algunos montes o quebradas, y si iban al Cuzco; y con lo que ansí viesen y entendiesen, volviesen a él a le avisar de lo que ansí pasaba, para que él, teniendo entendimiento e siendo avisado de lo que era, diese orden en lo que había de hacer con los que quedaban; e si caso fuese que los tales tuviesen hecha alguna emboscada, que allí do tuviesen razón y entendimiento dello, hiciesen alto, no avisando ni poniéndose de manera que los enemigos tuviesen entendimiento que los habían entendido; y que se fuesen luego con toda breve-

dad, porque él concluiría en breve con su padre, y con lo que ansí hiciesen luego se volverían.

Y así, sus buenos dos amigos rogándole (rogáronle) que por ninguna vía entrase a solas en el aposento con su padre, porque no le matasen en alguna traición; y lo mismo encargaron a Apu Mayta, que quedaba con él, que mirase por su señor; y ansí salieron estos dos señores y mandaron entrar dentro do Inca Yupanqui estaba doscientos indios con sus hachas en las manos, a los cuales mandaron que se pusiesen en torno de donde Inca Yupanqui estuviese, y que le mirasen y guardasen, no le fuese hecha alguna traición. A la demás gente que allí quedaba mandaron que se quedase a la puerta do Inca Yupanqui estaba, y que si sintiesen algún estruendo de gente dentro, entrasen de golpe todos, y que mirasen por su señor.

Y esto hecho, tomaron la gente que Inca Yupanqui les había mandado, y echando delante cincuenta indios, uno a uno, dos a dos, cubiertas sus mantas (*sic*), muy disimuladamente, bien así como habían salido los que había mandado Viracocha Inca que delante saliesen; los cuales cincuenta indios fueron descubriendo y mirando por sus enemigos. Y como fuesen derramados y grande espacio unos de otros, un indio destos que delante iba, ya que llegaron junto a la quebrada de la leña y arroyo do la paja alta era, vió los enemigos que estaban emboscados; los cuales, como los viesen asomar, dejáronse todos caer sobre la paja, pensando que los habían visto. Y este indio, como los viese, sentose en el suelo y hizo que se paraba a atar cierta atadura de sus zapatos, la cual disimulación era señal y aviso para sus compañeros que detrás dél venían; al cual, como le viesen en la manera que habéis oído, de uno en otro volvió la nueva a los dos señores que detrás dellos venían, los cuales, como enten-

dieron que era emboscada, mandaron a todos los suyos que se recogiesen e juntasen allí do la voz les había tomado, excepto a los cincuenta que delante habían salido; a los cuales mandaron que se anduviesen por allí mirando e descubriendo a los que estaban en la emboscada si salían o pasaban delante, y avisasen al que ataba los zapatos, llegando un indio bajamente a él, el cual le dijese que mostrase que ataba y desataba sus zapatos y otras cosas de su traer, con lo cual mostrase disimulación de lo que allí entendía.

Y dejando esto en este estado, volvamos a Inca Yupanqui, el cual, como hobiese proveido en lo que habéis oído, rogó a su padre que le pisase aquellas insignias de prisioneros que allí le había traído de Uscovilca, al cual respondió Viracocha Inca, que no quería si no lo pisaba primero Inca Urco; y a esto dijo Inca Yupanqui, que por ser él su padre y por le tener respeto y dalle obidiencia como a tal su Señor, había él venido allí a su pueblo a que le pisase aquello, y ansí mismo a le rogar que se volviese a su pueblo e ciudad del Cuzco; pues él, como su padre, y en su nombre le había ganado aquel empresa, que quisiese salir de allí y irse a la ciudad del Cuzco y entrase triunfando con aquellos capitanes y cosas de Uscovilca, porque aquella había sido su intención e a lo cual había venido allí; que otra manera, que no tenía él que traer lo quél había ganado a que lo pisase semejante Inca Urco, su hijo mayor. Y acabado de decir esto Inca Yupanqui a su padre Viracocha Inca, mandó tomar las vestiduras y lo demás de Uscovilca, y mandó levantar los prisioneros del suelo, que hasta aquella hora habían estado tendidos en tierra, e ansi salió Inca Yupanqui, enojado y corrido de que su padre no hobiese querido pisarle sus prisioneros e lo que ya habéis oído. Y pesábale que su padre mostraba estar tan mal con él que le quisiese ma-

tar e procurar la muerte, viendo é en sí que no le había dado causa para que dél hobiese enojo é dél tuviese malquerencia, sino que antes procuraba y habia procurado hacerle todo servicio, y hacerle todo placer y contentamiento; y como conociese que el enojo y pasión que dél tenía era por envidia de ver quel escedía a todos sus hermanos, tenía algún tanto de pasión por ello.

En ansí se salió de donde su padre estaba, considerando estas y otras muchas cosas, y como llegase a do sus dos buenos amigos estaban con su gente esperándole y tiniéndole avisado de la traición que le tenían armada, pensando de le tomar descuidado, dijo allí a sus capitanes que hiciesen tres partes aquella gente, y que las dos dellas fuese divididas, la una por la parte del camino, y la otra por la otra, y la otra que fuese allí con él, y que estas dos partes que ansí iban divididas, fuesen encubiertas lo más que ser pudiesen, y que él entraría por el camino y por medio del monte, y que diesen por do la emboscada; y como sus capitanes dijesen *Chachayacha yaque*, que dice: ¡*A ellos, a ellos*! (a), que luego su gente saliese, la que ansí iba cercando el monte, y que diesen en los enemigos, y que sin tener respeto a ninguno, no dejasen ninguno a vida.

Y esto ansí hecho y proveido, partió esta gente de guarda en la manera que ya habéis oído, e Inca Yupanqui con la que ansí quedó, e yendo por el camino derecho; y llegando a la quebrada Inca Yupanqui, do el monte estaba y la emboscada le era hecha, ya que iba al medio de ella, llevando su gente apercibida y avisada de lo que sospechaban, tiráronle (a) de dentro de la montaña una piedra a Inca Yupanqui y no le acertaron, más de que dieron a uno de los que las andas llevaban, y visto esto por Inca Yupanqui y sus tres buenos amigos, dijeron en alta voz: ¡*A ellos*, *a ellos*!; y como su gente, que ya tenían

el monte cercado, oyesen la voz, dieron en los de la emboscada de tal manera, que no se les escapó hombre.

Y llegado que fué Inca Yupanqui a la ciudad del Cuzco, mandó a su amigo Vicaquirao que volviese a su padre Viracocha Inca, y que le dijese que viniese a su ciudad, que le tenía guardadas las cosas ya dichas para que dellas triunfase; y ansí mandó que saliesen con él tres mill hombres que le guardasen y acompañasen. Y ansí, se partió Vicaquirao; y llegado que fué al peñol do Viracocha Inca estaba, hallólo que estaba en grande llanto él y los suyos por la muerte de los que Inca Yupanqui les matara en la emboscada, en la cual habían sido muertos muchos señores principales de los que con él tenía; y como tuviese nueva Viracocha Inca que de hácia el Cuzco venía gran golpe de gente de guerra, tenía que volvía su hijo sobre él a le matar a él y a los suyos que consigo tenía, y entró allí en breve consulta con los suyos, en la cual acordaron, que si de guerra venía su hijo sobre él y caso fuese que a plática viniesen de algún concierto u otra cosa en que fuese pedille vasallaje, que hiciese todo aquello que por él le fuese pedido e demandado. E para saber quien venía, o en qué demanda venía el que allí venía, mandó Viracocha que saliese un señor de los que con él estaban puesto de luto y llorando, y que ansí mismo con él otros diez indios en la misma manera, e que saliesen del peñol uno en pos de otro, y queste señor fuese delante y que los indios que detrás dél iban mirasen de qué arte los recibían la gente que ansí venía, si les prendía o hacia algún enojo, y de lo que ansí viesen le volviesen a avisar.

Y ansi, salió este señor, en la manera ya dicha, y como llegasen a do Vicaquirao venía y llegasen a él, hizo su acatamiento, y lo mismo a él Vicaquirao, y como le viese ansí venir llorando, preguntóle que qué pasión había habido, aunque él bien sospechaba lo que era,

porque él le había muerto por sus manos un hermano suyo en la emboscada. El señor le dijo que lloraba por un hermano suyo que en la emboscada había muerto, todo lo cual el Vicaquirao le riñó y le dijo ser mal hecho y acordado. El señor le respondió que él no era culpante en ello y que Viracocha Inca lo había proveido sin darles parte. A esto le respondió Vicaquirao, que si Viracocha Inça lo había proveido, que lo que de allí había ganado que lo guardase, que no restituía tan aina (22) los amigos y deudos que allí había perdido. El señor dijo que ya aquello era hecho, y que en ello no había que hacer ni hablar, que en acuerdo loco lo había proveído Viracocha Inca; que le rogaba que le dijese que a qué volvía y qué era su demanda. Vicaquirao se lo dijo, y entonces aquel señor le dijo a Vicaquirao el arma que les había dado y acuerdo que habían tenido, y lo que en el tal acuerdo se había acordado, y a lo que él había salido. Todo lo cual oído por Vicaquirao le tomó gran risa a él y a los suyos que allí estaban en torno, y fué tan de gana este reir, que aquel señor se rió con ellos. Así, todos juntos se fueron a do estaba Viracocha Inca, y como ansí fuesen un espacio, éste rogó a Vicaquirao que le dejase ir delante para asegurar a Viracocha Inca, que le había dejado alborotado a él y a todos los suyos con temor de lo que ya le había dicho; y ansí se fué este señor a do Viracocha estaba y le dijo a lo que Vicaquirao iba. Y dende a poco llegó Vicaquirao a do el Viracocha Inca, y hízole su acatamiento y díjole la embajada que de parte de Inca Yupanqui le llevaba, que ya habeis oido, al cual respondió Viracocha Inca quél holgara de hacello si no entendiera que volver a el Cuzco, habiendo salido dél huyendo, le era cosa afrentosa, y que

(22). arcaismo equivale en algunos casos como en éste a la expresión *fácilmente*.

no estaría a él bien entrar en la ciudad, habiéndola desamparado y habiendo habido vitoria un muchacho, como era su hijo Inca Yupanqui; que allí do estaba en aquel peñol de Cayuca Xaquixaguana (a), pensaba hacer un pueblo con la gente que consigo tenía, y allí pensaba morir; y que más no le esperasen en el Cuzco, que no pensaba entrar más en él en sus días. Y así lo hizo Viracocha Inca que pobló en aquel peñol, por cima de Calca, siete leguas del Cuzco, y hizo un pueblo lás mas de las casas de cantería (23).

Y como entendiesen y conociesen todos los más que con Viracocha estaban en el peñol, que Inca Yupanqui era tan guerrero y tan amigable a todos, lo cual le conocían desde su niñez, y tenían que siendo señor, como era, y habiendo acabado una empresa tan grande, que no podría dejar de hacer grandes mercedes a los que a él se llegasen y le quisiesen servir, y considerando esto, muy mucha gente, de la que allí consigo tenía Viracocha Inca, se fué a la ciudad del Cuzco. Inca Yupanqui los recibió con rostro alegre, y desculpábansele los tales que ansi iban y decíanle, que si le habian desmamparado, que su padre los había llevado; y él los respondía a esto que le decían, que no tenía enojo contra ellos, que si habían ido con su padre que habían hecho como buenos, que su padre era su Señor y de todos ellos. Ansí, como llegaban a do el estaba, viniéndose de donde su padre estaba, los rescibía bien, y dábales tierras, mujeres, y casas, y ropa, y nunca quitó a ninguno cosa de las que allí había dejado, cuando con su padre saliera, como eran casas, tierras, depósitos de comida, e ropas que en sus casas ansí habían dejado;

(23). La *cantería* es una piedra calcárea muy común en la cordillera andina; por su suavidad se aprovecha para la construcción de edificios, principalmente para el tallado. Cantería es dicción que se aplica también a la porción de un edificio labrado.

antes les decía a los tales, que él había quedado en guarda de sus haciendas, que como entendiese dellos que se habían ido a recrear con su padre, que é había quedado en guarda de sus haciendas todas, que cada uno mirase si le fataba alguna cosa de su casa, que él como guarda que había quedado de ellas, les daría cuenta dello, e que a ninguno le faltaría cosa. Todo la cual él había hecho proveer; e mandó a ciertos señores que no consintiesen que entrase nadie en ninguna casa que ansí habían dejado despoblada, porque siempre tuvo que los tales moradores de ellas, constándoles a cada uno por sí su gran magnificencia, se volveria cada uno ansí a su casa; y ansí se volvían, como ya habéis oído.

E tornando a hablar de Vicaquirao, que había quedado con Viracocha Inca persuadiéndole y rogándole que se quisiese venir a su ciudad, lo cual nunca pudo acabar con él; y pasados los tres días que allí estuvo en su compañía, constándole que Viracocha Inca estaba en no querer volver al Cuzco, se volvió Vicaquirao. Llegado a la ciudad del Cuzco, dijo a Inca Yupanqui la respuesta que Viracocha Inca le dijera, que ya habéis oído, y lo demás que con él pasara; todo lo cual oído por Inca Yupanqui, pesóle, por ver que su padre no quisiera venir a ser Señor como lo era antes.

———

CAPITULO DECIMO

En que trata de cómo Inca Yupanqui hizo juntar su gente y les repartió el despojo; y lo que se hizo de la gente que el Viracocha le diera por la oración que a el hiciera; y cómo tuvo nueva de la gente que hacian los capitanes de Uscovilca, y de cómo fue sobre ellos y los venció, y cómo, despues de esto, tornó otra vez a partir el despojo que en esta batalla hubieron; y de las cosas que en este tiempo pasaron.

Y viendo aquello, mandó juntar toda su gente, la que con él al presente era, que dicen sería más de cincuenta mill hombres de guerra, y estos eran los que los señores comarcanos quedaron de le dar, si gente tuviese, que como viesen la multitud de gente que en favor de Inca Yupanqui venían, y como hubiesen quedado de le ayudar, lanzáronse ellos con toda su gente a le ayudar, con la gente que ansí venía en favor de Inca Yupanqui (é); ansí le dieron favor estos comarcanos. Y dicen que acabada de dar la batalla a Uscovilca, y habido vitoria por Inca Yupanqui, que la gente que el Viracocha le inviara, que lue-

go se le desapareciera y como no viera consigo más destos cincuenta o sesenta mill hombres, que fueron los que mezclaron los comarcanos entre la gente que habéis oído.

Y haciendo Inca Yupanqui juntar su gente, mandó que ante sí trujesen todo el despojo de la batalla, tomando dello lo mejor que le paresció, para hacer dello sacrificio al Viracocha, por el favor y vitoria que le diera de sus enemigos, y todo lo demás del despojo dió e repartió a todas sus gentes, conforme a su calidad y servicios. Y sabido que fué por la redondez y comarca desta ciudad la gran magnificencia del nuevo Señor y cómo sabía gratificar los servicios, hubo en toda la redondez gran contentamiento; y ansí se le vinieron muchos caciques y gente a se le ofrecer de todas partes y tener por Señor.

Y estando Inca Yupanqui en esta manera que ya habéis oído, vino a él un mensajero de un capitán suyo que al presente estaba en guarda de la ciudad, dos leguas della, procurando saber de sus enemigos lo que hacían en la junta do se juntaban, por el cual le invió a decir, que los capitanes que se espacaron de la batalla huyendo do matóse a Uscovilca, que ya habéis oído, questaban ya rehechos en Xaquixaguana y confederados con los naturales della, y que de su tierra les había venido mucha gente y socorro; y que ansí mismo eran ya llegados allí los otros cuatro capitanes de Uscovilca que de Paucaray él les inviara a descubrir por las provincias de Condesuyo e Andesuyo, que ya la historia os ha contado; que como ya fuesen todos juntos, partían otro día por la mañana a le dar batalla y a vengar la muerte de su señor Uscovilca.

Sabida la nueva por Inca Yupanqui, mandó a los tres sus buenos amigos y a los demás caciques y señores que en su corte y servicio habían venido, que luego juntasen la gente de guerra y la sacasen a cierto campo, cada uno con sus armas, e que los contasen todos uno a uno.

Y sacados y contados, hallaron de número cien mill hombres de guerra, la cual gente se le había juntado por la gran fama que dél se publicó. Y dicen que los enemigos que eran casi doscientos mill hombres. Y ansí, mandó Inca Yupanqui que fuesen hechos cuatro escuadrones desta su gente, mandando que cada cacique señor de los indios que allí eran, fuesen caudillos de su gente; y así repartidos, (nombró?) por generales de los tres escuadrones a sus tres buenos amigos, tomando para sí el uno de ellos; y proveidos todos ellos de las armas necesarias, mandó marchar su campo en busca de sus enemigos; los cuales, como supiesen que eran salidos del Cuzco, tornáronse a volver a Xaquixaguana, donde le esperaron. Y el Inca Yupanqui con su gente, el día de la batalla, como se viese a vista de sus enemigos, y para romper y frontar con ellos, dicen que volvió la cara atrás a ver su gente e escuadrones, los cuales estaban divididos y cada uno por sí, (y) dicen que vió tanta gente que se le habían llegado en aquella sazón para le ayudar, que no se pudo contar; y afrontóse con sus enemigos tomándolos en medio y dándoles por todas partes, que fué tan cruel y tan reñida esta batalla, que la comenzaron ya alto el sol, que sería a la hora de las diez, según ellos señalan, y a hora de vísperas fué conocida vitoria della por Inca Yupanqui, donde fueron muertos de la parte de Inca Yunpanqui más de treinta mill hombres, y de los Chancas, que eran los enemigos, no quedó hombre a vida; entre los cuales se hallaban que se habían metido los naturales de Xaquixaguana y se habían hecho inciensar (a) los cabellos (24).

(24). Muy poco conocemos respecto a perfumes o sustancias odoríficas usadas por los antiguos peruanos, apenas si se conoce el uso de ciertas resinas fuertes usadas para ungir a los cadáveres, y para el uso personal de los nobles un zahumerio formado por la grasa o engundia de los patos que tenía el olor del ámbar.

Y conocida la vitoria y vencida la batalla, apartáronse a una parte todos los de Xaquixaguana, y todos juntos fueron delante de Inca Yupanqui, y echáronsele por tierra, a los cuales los de Inca Yupanqui quisieran matar por haber visto la muerte de los suyos. Inca Yupanqui se lo defendió, diciendo que no los matasen, que si con los Chancas se habían hallado, que sería por haber sido la junta en su tierra, e que no podían hacer otra cosa; y ellos ansí mismo decían las mismas palabras y daban la misma satisfacción. Y luego mandó Inca Yupanqui, que por cuanto eran orejones, que luego les fuesen trasquilados sus cabellos; y ansí ellos mismos se trasquilaron todos, viendo la voluntad del Inca y viendo que les hacía merced en aquello, y porquel traje de Inca Yupanqui y de los del Cuzco era andar atusados. Y esto hecho, mandóles que se fuesen todos a su pueblo, e que viviesen en paz; y mandó a sus capitanes que no consintiesen que a aquestos de Xaquixaguana nadie les hiciese enojo ninguno ni les tomasen cosa, y si alguna cosa de sus haciendas en aquel despojo les fuese tomada, luego se la hiciesen volver.

Y luego mandó que todos los prisioneros fuesen traídos delante de sí; a los cuales, como allí fuesen, les preguntó, ¿qué había sido la causa, constándoles que era su poder grande, que con él hiciesen otra vez batalla? Y siendo allí entre los prisioneros que allí fueron habidos los cuatro capitanes de Uscovilca que habían ido a descubrir, como ya la historia os ha contado, (dijeron, respondieron?) que la causa que les movió a hacer la junta que hicieron en dar aquella batalla, que fué haber visto que su ventura era grande en las jornadas que habían andado e tierras que habían conquistado, dándole allí razón de las batallas y recuentros que en tal jornada cada uno dellos había habido, y que en ninguna

de ellas nunca habían habido desgracia, sino que siempre habían sido victoriosos; y como esto les hubiese acaescido, teniendo que siempre su vitoria estaba en pie, que habían querido dar aquella batalla, pensando restaurar aquella pérdida de su Señor, y vengar su muerte. A lo cual respondió Inca Yupanqui, que lo habían mirado mal, e que si fueran gentes de entendimiento, que habían de presumir, que si habían habido vitoria por la tierra que le decian que habían andado, que habían de considerar que la habían habido en ventura de su Señor Uscovilca, que en la tal demanda los había inviado, y que como viesen y hobiesen sabido que su Señor era desbaratado y muerto, que habían de presumir que ya les era acabada la ventura, y que él ni ellos no la tenían ya; y que para que ellos fuesen castigados y otros mirasen e oyesen, que en aquel sitio serían castigados ellos y todos los demás; e porque no fuesen otra vez (a) hacer gente, la cual a él le desasosegase y fuesen causa ellos de que otros questaban inocentes de se hallar en semejantes casos por donde perdiesen las vidas, como había sido muy muchos que ellos (a) aquella junta habían hecho juntar, que en aquel sitio serían castigados. Y ansí, los mandó llevar de delante de sí, y que en el sitio do la batalla se diera, y para que della hobiese memoria, en presencia de todos los de su campo mandasen hincar muchos palos de los cuales fuesen ahorcados, y después de aderezados (ahorcados), les fuesen cortadas las cabezas y puestas en lo alto de los palos (25), y que sus cuerpos fuesen allí quemados y hechos polvos, y desde los cerros más altos fuesen aventados por el aire, para que desto hobiesen memo-

(25). De estos rollos donde se colgaban las cabezas mutiladas de los enemigos muertos en la guerra, se ven algunos reproducidos en los dibujos de los cántaros de los indios yungas.

ria. Y ansí mismo mandó que ninguno fuese osado de enterrar ningún cuerpo de los enemigos que ansí habían muerto en batalla, porque fuesen comidos de zorros y aves y los gusanos (huesos) de los tales fuesen allí vistos todo el tiempo. Todo lo cual fué hecho generalmente en la manera que habéis oído.

Y esto acabado, mandó hacer Inca Yupanqui que se recogiese todo el despojo y joyas de oro y plata que en el tal despojo se había habido, todo lo cual fué fecho, y traído delante dél y visto por él, mandó que ansí junto como estaba, lo llevasen a la ciudad del Cuzco, donde lo pensaba repartir y dar a sus amigos. Todo lo cual fué ansí llevado a él y se partió juntamente con ello para la ciudad del Cuzco, donde, llegado que fué, dió y repartió el tal despojo a los suyos, dando a cada uno lo que le paresció que le bastaba y conforme a la calidad de su persona. Y esto hecho y repartido, mandó que de su ropa e grandes ganados que en la ciudad había, (e) de otros bastimentos, mandó (*sic*) que le fuese allí traido cierta cantidad, la que a él le parescía que a todos bastase; todo lo cual ansí traído, mandó a sus capitanes que lo repartiesen entre toda su gente, todo lo cual fué repartido.

Y hechas estas mercedes y otras muy muchas más que a sus capitanes él hizo, mandó que se fuesen a sus tierras a descansar, y agradecióles el favor y ayuda que le habían dado, y ansí se fueron todos, e Inca Yupanqui quedó en su ciudad con los suyos. E al tiempo que dél se despedían los tales señores para se ir a sus tierras, le rogaron que los quisiese rescebir debajo de su amparo y merced y por sus tales vasallos, e que querían tomase la borla del Estado y ser de Inca; todo lo cual les agradesció Inca Yupanqui y respondióles, que al presente era vivo su padre y Señor, y que no era justo que mientras su padre viviese, él tomase la borla del Estado, que si al presente

estaba allí, que era porquél era capitan de su padre; y que les rogaba dos cosas que por él hiciesen, que era la una, que de allí, ansí como iban, fuesen a do su padre estaba y le respetasen y hiciesen lo que él les mandase como tal Señor que era; y ellos dijeron que ansí lo harían. E que la otra era, que le tuviesen a él por su tal amigo y hermano, y que cada y cuando que por él les fuese inviado a les rogar, que lo hiciesen; y ellos dijeron que ellos no tenían otro Señor sino era él, y como a sus tales vasallos, de ellos podía hacer aquello que bien le estuviese, y él se lo agradesció.

Y ansí se partieron (a), y Inca Yupanqui se quedó en la ciudad, y los tales señores caciques se fueron de allí derechos do Viracocha Inca estaba, y después de le haber hecho su debido acatamiento, como Inca Yupanqui se lo había mandado, le dijeron cómo Inca Yupanqui los inviaba allí a que viesen en qué era servido que ellos le sirvesen, y como Viracocha Inca los viese delante de sí y tan gran multitud de señores y de tanto poder, holgóse mucho de ello, porque dellos tenía gran necesidad al presente, para que le favoresciesen con algún tanto de sus rentas, para edificar aquel pueblo que allí quería hacer; e díjoles que fuesen muy bien venidos, e levantóse de su asiento abrazólos a todos y tornóse a sentar en su silla (26), y mandólos a todos que ansí se sentasen, y mandó que sacasen muchos vasos de chicha, y que les diesen a beber; y luego les hizo sacar mucha cantidad de coca, una yerba preciada que ellos siempre traen en la boca, la cual yerba la historia adelante dirá (27). Y ansí repartida entre aque-

---

(26). La silla de los Incas era un asiento bajo de no más de cuarenta centímetros de alto, y no tenía espaldar, se hallaba forrada o enchapada en plata u oro, se le llamaba *tiana* por los españoles.

(27). Léase, adelante se dirá.

llos señores, levantóse en pié Viracocha Inca, (y) considerando, que pues su hijo le inviaba aquellos señores y ellos tanto le amaban y le querían por Señor, que era justo quél ansímismo en ello les animase, les hizo cierta oración, por la cual él de su parte les agradescía lo que por él y por su hijo habían hecho, y que ya sabían y habían oído decir que él hasta alli había sido Señor del Cuzco, e que él se había salido dél por causas que para ello le movieron; y que de allí adelante Inca Yupanqui, su hijo, había de ser Señor en la ciudad del Cuzco, y que a él obedeciesen y respetasen, como su tal Señor, y que él desde allí se desestía de la insignia y borla real y la ponía en la cabeza de su hijo Inca Yupanqui. Todo lo cual oído por los señores se levantaron en pié, y uno a uno fueron a él y le dieron grandes gracias y mostraron que rescibian en gran merced ellos el hecho de tal desintirse de la tal dignidad y darla a su hijo Inca Yupanqui, que ellos tanto amaban e querían por Señor, y esto hecho, se tornaron a sentar.

Y Viracocha Inca les rogó, que por cuanto él quería allí en el peñol do estaba edificar un pueblo, y que para ello tenía necesidad de su ayuda y gente, que les rogaba que tuviesen por bien de darle aquella ayuda, a lo cual le respondieron aquellos señores que ellos habían venido allí para que él viese lo que ellos le pudiesen hacer algún servicio, como su Señor Inca Yupanqui se lo había mandado; e que aquello y otra cualquier cosa que él mandarles quisiese estaban presto de lo hacer; que les dijese el tiempo y mes en que quería comenzar (a) hacer su obra, para que ellos inviasen allí sus principales e indios para que entendiesen en la hacer y hiciesen los tales edificios; y que él, entre tanto, diese la traza del tal pueblo, y hiciese hacer de barro la figura de los tales edificios, que ellos le inviarian allí maestros que los supiesen bien hacer, ansí

de cantería, como de la manera quél los quisiese. Y Viracocha Inca su hijo (*sic*) se lo agradesció a todos ellos, y luego mandó sacar muchas cosas, como fueron hondas y petacas de coca, y ciertas piezas de ropa fina y otras muchas cosas entre ellos muy preciadas, todas las cuales fueron traídas delante dél, y siendo, él allí mesmo por sus manos las dió y repartió a aquellos señores; y esto hecho, mandóles dar a beber, y que ansí mesmo les fuese repartida cierta cantidad de coca. Y esto hecho, Viracocha Inca se levantó en pié y les agradesció la voluntad y amor que a él y a su hijo le mostraban y tenían; y díjoles el mes y tiempo en que habían de inviarle sus indios y gentes para que edificasen su pueblo; e ansí, los señores se levantaron en pié, e quedando con él de se los inviar, como dicho tenían, le hicieron su acatamiento, e ansí se despidieron dél, donde le dejaremos y hablaremos de Inca Yupanqui.

CAPITULO UNDECIMO

En que trata de cómo Inca Yupanqui hizo la Casa del Sol y el bulto del Sol, y de los grandes ayunos, idolatrías y ofrecimientos que en ello hizo.

Salidos que fueron aquellos señores caciques de donde Inca Yupanqui estaba, y fueron a do Viracocha Inca estaba, como ya la historia os ha contado, e Inca Yupanqui quedase solo en su ciudad con los suyos, después de haber reposado dos días, parescióle que tenían ya ociosidad, e había tomado por recreación el ejercer de su persona; e ansí, salió un día de mañana de la ciudad del Cuzco, e llevando consigo los señores que allí consigo tenía, anduvo aquel día todas las tierras que en torno de la ciudad eran, y lo mismo hizo otro día siguiente (y), después de las haber bien visto y mirado, vió la mala repartición e arte que el tiempo que allí su padre estuvo ellas tenían. El tercero día, tambien ansí mismo anduvo mirando, juntamente con los señores, el sitio donde la ciudad del Cuzco estaba fundada, todo lo cual, o lo más dello, eran ciénagas y manantiales, como ya la historia os lo ha contado, y las casas de los moradores della eran

pequeñas y pajizas e mal edificadas y sin proporción de arte de pueblo que calles tuviese; y bien ansí como es el día de hoy junto a esta ciudad un pueblo que llaman Cayaucachi (28), era en aquel tiempo las casas y pueblo que agora es la gran ciudad del Cuzco.

Y como Inca Yupanqui viese tan mal parado este pueblo del Cuzco, e ansí mismo las tierras de labranzas que en torno dél eran, paresciόle, viendo que tenía tiempo y gran aparejo para de nuevo reedificarla, y que primero que en el pueblo hiciese casa, ni el reparto de las tierras, que sería bien hacer y edificar una casa al Sol, en la cual casa pusiesen y fuese puesto un bulto en el lugar do el Sol reverenciasen y hiciesen sacrificios; porque, aunque ellos tienen que haya uno que es el Hacedor, a quien ellos llaman Viracocha Pachayachachic, que dice *Hacedor del mundo*, y ellos tienen que éste hizo el sol y todo lo que es criado en el cielo y tierra, como ya habéis oído; caresciendo de letras, y siendo ciegos del entendimiento en el saber, casi muchos varían en esto en todo y por todo, que unas veces tienen al Sol por hacedor, y otras veces dicen que el Viracocha; y por la mayor parte, en toda la tierra y en cada provincia della, como el Demonio les traiga ofuscados, y en cada parte que se les desmostraba les decía mil mentiras y engaños, y ansí los traia engañados y ciegos, y en los tales lugares do ansí le vían ponían piedras en su lugar, a quien ellos reverenciaban y adoraban. Y como les dijese unas veces que era el Sol, y a otros en otras parte decía que era la luna, y a otros que era su Dios y Hacedor, e a otros que era su lumbre que los calentaba y alumbraba, e que ansí lo verían en los volcanes de Arequipa (a); en otras partes decía que era el Señor que había dado el ser al mundo,

(28). Más tarde llamado las Salinas, de *Cachi*=sal.

y que se llamaba Pachacama, que dice, *Dador de ser al mundo*; y ansi los traya, como tengo dicho, engañados y ciegos.

Y volviendo a nuestra historia, este Señor Inca Yupanqui, como quisiese hacer casa y adoratorio a quien él reverenciase y los demás de su pueblo, quiriendo lo hacer a reverencia y semejanza del que había visto antes de su batalla, y considerando él quel que ansí viera, a quien él llamaba Viracocha, que le vió con gran resplandor, según ellos dicen, y en tanta manera que le paresció que todo el día era allí delante dél y su lumbre, lo cual viendo delante de sí, dicen que hubo gran pavor, y que nunca le dijo quien fuese (29); considerando él en sí, cuando esta casa quería edificar, que aquel que viera, según la lumbre que en él había visto, que debía de ser el Sol, y que como llegase a él y la primera palabra que le dijese. "Hijo, no tengas temor", y ansí los suyos, como la historia os ha contado, le llamaron después Hijo del Sol, y tiniendo él ansí lo que ya habéis oído, propuso de hacer esta Casa del Sol (30).

Y como la propusiese, llamó los suyos y los señores de la ciudad del Cuzco que alli consigo tenía, y díjoles lo que ansí tenía pensado y que quería edificar esta casa; y ellos le dijeron que diese la orden y traza del edificio della, porque tal casa como aquella, ellos, los naturales y propios de la ciudad del Cuzco la debían edificar e hacer

(29). En Molina el relato de la aparición se diferencia del de Garcilaso y tiene muchos puntos de semejanza con el de Betanzos. Véase Molina: *Ritos y Fábulas de los Incas*, Col. URTEAGA, tom. I, pág. 17. Garcilaso: *Comentarios Reales*.tom. II, Lib.V, cap. XVIII, p. 102 Col. Urteaga.-Véase además la nota final del capítulo señalada con el nº 23.

(30) La casa del Sol estaba hecha. Viracocha restauró el antiguo santuario de Cacha, llamado desde entonces santuario o adoratorio de Viracocha. Además impuso la veneración de Viracocha en el Coricancha, considerándolo superior al Sol.

e Inca Yupanqui les dijo que la casa debía ser edificada luego, porque él ansí lo tenía pensado. Y visto por él el sitio do a él mejor le paresció que la casa debía de ser edificada, mandó que allí fuese traído un cordel, y siéndole traído, levantáronse del lugar do estaban él y los suyos, y siendo ya en el sitio do había de ser la casa edificada, él mismo por sus manos con el cordel midió y trazó la Casa del Sol; y habiéndola trazado, partió de allí con los suyos y fué a un pueblo que dicen Salu (a), que es casi cinco leguas de esta ciudad, ques do se sacan las canteras, y midió las piedras para el edificio desta casa, y ansí medidas, de los pueblos comarcanos pusieron las piedras que les fué señaladas y las que fueron bastantes para el edificio desta casa; y juntamente con esto, trujeron todo lo demás que para el edificio desta era necesario; y siendo ya allí pusieron por obra el edificio della, bien ansí como Inca Yupanqui la habia trazado y imaginado. Andó él siempre y los demás señores encima de la obra, mirando como la edificaban, y ansí él como los demás trabajaban en el tal edificio, la cual obra, como allí tuviese juntos los materiales y menesteres della, que en breve tiempo fué acabada.

Y como ya fuese acabada esta otra Casa del Sol que habéis oído, mandó Inca Yupanqui que luego fuesen juntas quinientas mujeres doncellas, y como allí fuesen traídas, ofreciólas al Sol, para que allí siempre estas tales doncellas sirviesen al Sol y estuviesen allí dentro, bien ansí como las monjas son encerradas; y luego, allí, llamando a un señor anciano y natural de la ciudad del Cuzco que a él le paresció que era hombre honesto y de buen exemplo y fama, que estuviese y regiese allí en la Casa del Sol, y que fuese mayordomo del Sol y de la tal casa. Y luego mandó que allí fuesen entregados doscientos mozos de servicio del Sol; y ansimismo en aquella hora

señaló ciertas tierras para el Sol, en que sembrasen estos doscientos yanaconas.

Y esto hecho, mandó Inca Yupanqui a los señores del Cuzco que, para de allí a diez dias, tuviesen aparejado mucho proveimiento de maíz, ovejas y corderos (31), y ansímismo mucha ropa fina, y cierta suma de niños y niñas,que ellos llaman Capaccocha, todo lo cual era para hacer sacrificio al Sol (32). Y siendo los diez días cumplidos y ésto ya todo junto, Inca Yupanqui mandó hacer un gran fuego, en el cual fuego mandó, después de haber hecho degollar las ovejas y corderos, que fuesen echados en él, y las demás ropas y maíz, ofreciéndolo todo al Sol; y los niños y niñas que ansí habían juntado, estando bien vestidos y aderezados, mandólos enterrar vivos en aquella casa, que en especial era hecha para donde estuviese el bulto del Sol; y con la sangre que de los corderos y ovejas habían sacado, mandó que fuesen hechas ciertas rayas en las paredes desta casa; todo lo cual hacía y los sus tres amigos é otros; todo lo cual significaba una manera de bendecir y consagrar esta casa; en el cual sacrificio andaba Inca Yupanqui y sus compañeros descalzos y mostrando gran reverencia a esta casa y al Sol. E ansimismo con la misma gente (sangre?) el Inca Yupanqui hizo ciertas rayas en la cara (á) aquel señor que era señalado por mayordomo desta casa, y lo mismo hizo a aquellos señores, sus tres amigos, y a las mamaconas, monjas que para el servicio del Sol eran allí. Y lue-

---

(31) Las ovejas y corderos eran las llamas y sus crías tiernas. Los conquistadores dieron a las llamas, alpacas y vicuñas (género aukenia) el nombre de *ovejas de Indias* u *ovejas de la tierra.*

(32) La *capaccocha,* véase al respecto Molina. Op.cit.Col. Urteaga pag. 88, y la nota nº. 245.— Sarmiento de Gamboa: Op. cit., c. XIII, pag. 39, c. 31; pag. 69. Cieza de León: *Señorío de los Incas,* c. 29. — Pachacuti, pag. 216. — *Informaciones de Toledo* (en Col. de *Libros españolesraros y curiosos,* tom. XVI, pag. 195.

go mandó que todos los de la ciudad, ansi hombres como mujeres, viniesen a hacer sus sacrificios allí a la casa del Sol; los cuales sacrificios que ansi la gente común hizo, fué quemar cierto maiz y coca en aquel fuego que ansí era hecho, entrando cada uno destos uno a uno y descalzos, los ojos bajos; y al salir que ansí salían, después de haber hecho su sacrificio, a cada uno destos por sí mandó Inca Yupanqui que aquel mayordomo del Sol hiciese la raya misma que habéis oído, con la sangre de las ovejas, en los rostros destos que ansí salían, a los cuales les era mandado, que desde aquella hora hasta que el bulto del sol fuese hecho de oro, todos estuviesen en ayuno, y que no comiensen carne ni pescado ni aún guisallo, ni llegasen a mujer, ni comiesen verdura ninguna, y que solamente comiensen maíz crudo y bebiesen chicha, sopena que el que el ayuno quebrantase, fuese sacrificado al Sol y quemado en el mismo fuego. El cual fuego mandó Inca Yupanqui que siempre estuviese ardiendo de noche y de día; la leña del cual fuego mandó Inca Yupanqui que fuese labrada y quemada mientras al ídolo se hiciesen en el fuego sacrificios, los cuales mandó que durante este tiempo hiciesen las mamaconas del Sol; las cuales ansi mismo estaban en grande ayuno y lo mismo el Inca Yupanqui y los demás señores.

Y esto hecho y proveido, mandó Inca Yupanqui que viniesen allí los plateros que en la ciudad había, y los mejores oficiales, y dándoles todo aparejo allí en las Casas del Sol, les mandó que hiciesen un niño de oro macizo y vaciadizo, que fuese el tamaño del niño del altor y proporción de un niño de un año y desnudo; porque dicen que aquel que le hablara cuando el se puso en oración estando en el sueño que viniera a él en aquella figura de un niño muy resplandeciente, y que él vino a él después, estando despierto, la noche antes que diese la bata-

lla a Uscovilca, como ya os he contado, que fué tanto el resplandor que vió que dél resultaba, que no le dejó ver qué figura tenía; y ansí mandó hacer este ídolo del tamaño y figura de un niño de edad de un año; el cual bulto se tardó de hacer un mes, en el cual mes tuvieron grandes sacrificios y ayunos.

Y este bulto acabado, mandó Inca Yupanqui que aquel señor que había señalado por mayordomo del Sol, que tomase el ídolo, el cual lo tomó con muchas reverencias, y vistióle una camiseta muy ricamente tejida de oro y lana e de diversas labores, y púsole en la cabeza cierta atadura a uso y costumbre de ellos, y luego le puso una borla según la del estado de los Señores (33), y encima della le puso una patena de oro, y en los pies le calzó unos zapatos, *uxutas* (*a*) que ellos llaman, ansímismo de oro. Y estando ansí el bulto, llegó Inca Yupanqui a do el bulto estaba, el cual iba descalzo, y como llegase a él, hízole sus mochas (*b*) y gran reverencia, mostrándele gran respeto; e ansí, tomó el bulto del ídolo en sus manos y llevólo a do era la casa y lugar a do él había de estar; en la cual casa estaba hecho un escaño, hecho de madera y muy bien cubierto de unas plumas de pájaros tornasoles de diversas maneras y colores, de las cuales y con las cuales era muy vistosamente labrado; en el cual escaño puso Inca Yupanqui el bulto del ídolo. Y siendo allí puesto, hizo traer un brasero de oro, y siendo encendido en él fuego, mandóle poner delante del ídolo, en el cual fuego y brasero hizo echar ciertos pajaricos y ciertos granos de maíz, y derramar en el tal fuego cierta chicha; todo lo cual dijo que comía el sol, e que haciendo aquello, le

(33) El llauto, de colores especiales según la categoría de la nobleza. Véase Garcilaso. Ob. cit.

daba de comer; y de allí adelante se tuvo aquella costumbre ordinariamente; lo cual hacía aquel mayordomo dél, ansí como si fuera persona que comiera y bebiera; ansí se tenía especial cuidado de le guisar de comer diversas comidas y maneras de manjares, y ansí las quemaban delante, a la tarde y a la mañana en braseros de oro y plata, en la manera que ya habéis oído. Y dende allí adelante adoraban en aquel ídolo; y no entraban dentro del ídolo donde estaba, sino eran los señores principales, entrando con mucha reverencia y veneración, los zapatos quitados, y las cabezas bajas; y el Inca Yupanqui entraba solo, y él mismo por su mano sacrificaba las ovejas y corderos, haciendo él el fuego y quemando el sacrificio. Y cuando él ansí estaba haciendo el sacrificio, ningún señor osaba entrar dentro, y todos se quedaban en el patio, y allí hacían ellos fuera sus sacrificios y sus mochas y adoramientos. Y para en que la gente común adorasen allá fuera, porque no habían de entrar allá dentro si no fuesen señores, y éstos en el patio, hizo poner en medio de la plaza del Cuzco, donde agora es el rollo, una piedra de la hechura de un pan de azúcar, puntiaguda para arriba y enforrada de una hoja de oro; la cual piedra hizo ansímismo labrar el día que mandó hacer el bulto del Sol, y esta piedra, para en quel común adorase, y el bulto, en la Casa del Sol, los señores; la cual casa era reverenciada, y tenido en gran reverencia, no solamente el bulto, más las piedras della, y los sirvientes y yanaconas della eran tenidos por cosa bendita y consagrada.

Y al tiempo que la edificaban, estando asentando cierta piedra, quebrose de la juntura de la tal piedra un pedazo como tres dedos en ancho y largo, y mandó Inca Yupanqui que luego fuese allí derretida cierta plata y vaciada de tal manera en la piedra y quebrado della, que viniese al justo de lo que la piedra se quebró; todo

lo cual era de cantería, y la juntura dc la tal cantería dc piedra con piedra era tan sotilmente ascntado, que parescía raya hecha con un clavo en una piedra. En la cual se enterraban los señores principales en los patios y aposentos, excepto donde el ídolo estaba; y el día quel ídolo se puso en la casa, entraron en la ciudad, que no lo saben ni pueden inumerarlo, más que dicen que la vez que menos ovejas y corderos allí sacrificaron, que pasaba de más de quinientos.

CAPITULO DUODECIMO

EN QUE TRATA CÓMO INCA YUPANQUI HIZO JUNTAR LOS SEÑORES DE TODA LA TIERRA QUE HASTA ALLÍ A EL ERAN SUBJETOS, Y COMO FORTALECIÓ E HIZO REPARTIR LAS TIERRAS EN TORNO DE LA CIUDAD DEL CUZCO; Y CÓMO HIZO HACER LOS PRIMEROS DEPÓSITOS DE COMIDAS E OTROS PROVEIMIENTOS QUE PARA EL BIEN DE LA REPÚBLICA EN EL CUZCO ERAN NECESARIOS.

Acabado de dar orden Inca Yupanqui e de haber hecho los ídolos y casa del Sol, que habéis oído, mandó en la ciudad del Cuzco que en un cierto día señalado fuesen juntos en ella todos los señores, caciques y principales que en las provincias y comarcas de en torno de la ciudad del Cuzco vivían, y a él habían dado obidiencia, para (por) que tenía ciertas cosas que comunicar con ellos; e oído el mando por los principales del Cuzco, luego inviaron sus orejones por las provincias y comarcas que ya habéis oído, con los cuales inviaban a mandar a los tales señores de ellas el mando que el Inca Yupanqui tenía hecho, y que para aquel día señalado fuesen todos a la ciudad. Y como los tales señores supiesen el mando que el In-

ca Yupanqui mandaba, con la más brevedad que posible les fué, se vinieron a la ciudad del Cuzco; y siendo ya todos juntos, Inca Yupanqui les dijo que ya vian que el Sol era en su favor y que no era justo que se contentasen con poco; que le parescía que, porque andando el tiempo la guerra no les daría lugar a hacer sus tierras y repartirlas (*a*) de la manera que de una vez quería que se repartiesen, que para perpetuamente ellos y sus descendientes sembrasen y se sustentasen, que le parescía que sería bien que cada uno tuviese sus tierras señaladas y conoscidas, para que las sembrasen y aderezasen cada uno dellos con la gente de sus casas y amigos, todo lo cual decía a los señores y moradores de la ciudad del Cuzco (34). Y ansí, todos juntos, viendo la merced grande que les hacía de darles las tierras que conosciesen para perpetuamente a cada uno dellos, todos juntos y a una voz le dieron grandes gracias, llamándolo e intitulándolo *Intipchuri*, que dice "Hijo del sol".

Y luego de allí mandó Inca Yupanqui que todos fuesen a cierto sitio do las tales tierras estaban pintadas, donde, como alli fuesen, dió y repartió las dichas tierras, dando a cada uno de ellos las tierras que le paresció que le bastaban. Y esto hecho, mandó luego que aquellos tres señores sus amigos se las fuesen a repartir a todos los de la ciudad, bien ansí como se las había dado y señalado, y que esto hecho, volviesen todos ellos delante dél. Y ansí, los señores fueron y dieron y repartieron las tierras y metieron en las posesiones de ellas a los tales que ansí les fué hecha la dicha merced por el Inca Yupanqui. (¿Mandó?) a los señores caciques que allí estaban, que

---

(34). *A los señores y moradores*; ¿Querrá diferenciar a los nobles y al pueblo?; a los moradores, se les señalará como pobladores, regnícolas, gentes fijadas de antemano y para siempre en un lugar? En este caso el decreto del Inca es trascendental.

le trujesen por cuenta cada uno dellos los indios que allí consigo tenían; y luego los señores caciques le trujeron por quipo, que dice cuenta, la suma de los indios que tenían; y sabido por el Inca Yupanqui los indios que había, mandó (*a*) a los señores que luego los repartiesen por casas; y ansí fué hecho. Y mandó que luego otro día, que cada uno de los del Cuzco, como le había cabido la suerte de las tierras, saliesen a las aderezar y reparar y hacer sus caños y regaderas, todo lo cual fuese reparado y hecho de piedra de cantería, porque fuese el tal edificio de tal manera hecho, que para perpetuamente durase, mandándoles que pusiesen sus linderos y mojones altos, de tal manera hechos, que nunca se perdiesen, debajo de los cuales mojones y de cada uno dellos fuese puesta cierta carga de carbón, diciendo, que si en algún tiempo se cayese el mojón, que por el carbón que allí se hallase conoscerían los linderos de las tales tierras. Y esto proveído, Inca Yupanqui estuvo algunos días, mientras en el aderezar de las tierras se daba orden, holgándose y recreándose viendo como cada uno trabajaba y aderezaba la parte que le había cabido, y al que via que con algún trabajo lo hacía, dábale ayuda.

Y como viese que el edificio y reparación de las tales tierras iba largo, y que según iban los reparos que los tales hacían, y que era edificio que no se podía acabar sin (*a*) ayuda, mandó que los señores y caciques que allí eran se juntasen en su casa cierto día, y luego fueron juntos, bien ansí como él lo mandó; y siendo allí en su casa, díjoles que había gran necesidad que en la ciudad del Cuzco hubiese depósitos de todas comidas, ansí de maíz como de ají y frisoles e chochos, y chichas y quinua, y carnes secas, e todos los demás proveimientos y comidas curadas que ellos tienen; y que para aquello había necesidad que de sus tierras lo mandasen traer. Y luego

los señores caciques dijeron que les placía de toda voluntad de lo mandar traer, que mandase que de la ciudad del Cuzco fuesen algunos orejones en compañía de los indios que ansí ellos enviasen, para que en sus tierras les constase a los que allá eran que era su voluntad que el tal proveimiento hiciesen a la ciudad del Cuzco, porque aquel era el primero que ellos hacían, y por ellos muy mucho deseado de hacer el tal servicio a la ciudad del Cuzco y a su Señor Inca Yupanqui. Todo lo cual les fué agradecido por Inca Yupanqui, y mandó luego a aquellos señores del Cuzco que proveyesen allá en sus posadas, juntamente con aquellos caciques y señores, los orejones que ansí habían de ir por los pueblos y provincias a juntar y traer las tales comidas y mantenimientos. Y ansí, fueron los señores e sus capitanes e hicieron allá su junta ellos y los caciques, y repartieron lo que cada una provincia había de traer y contribuir. Y ansí se les repartió a los caciques que allí eran los depósitos que ansí habían de hacer, y se les mandó y señaló el tiempo que de tantos a tantos años se le hiciesen *in perpetuum*, si por el Inca no les fuese mandado otra cosa; todo lo cual acetaron de hacer los tales caciques, porque entendían que Inca Yupanqui era señor que sabía bien satisfacer todo servicio que le fuese hecho.

Y luego allí en su junta los señores señalaron los orejones que habían de ír, e ansí mismo los caciques, los principales que con ellos inviaban; e ansí se partieron estos orejones y principales a traer las tales comidas y proveimientos. Y los señores caciques salieron de su junta y fueron do Inca Yupanqui estaba, al cual le dijeron lo que ansí habían hecho y ordenado, como (*a*) ellos habían ordenado y avisado, y que les señalase los sitios y lugares do habían de ser hechos los depósitos, porque los que cada uno de ellos había de hacer, ya entre ellos los tenían re-

partidos. Y luego Inca Yupanqui les señaló ciertas *chapas* (*a*) (36) y laderas de sierras que en torno de la ciudad del Cuzco están y a vista de él, y allí les mandó que luego fuesen edificados los tales depósitos, para que, cuando el tal proveimiento fuese traído, hallasen en qué lo meter. Y luego fueron los señores a los sitios que por el Inca les fueron señalados y pusieron por obra y edificio los tales depósitos. Y tardóse en hacer estos depósitos y repartir las tierras cinco años, porque fueron muy muchos los depósitos que hicieron, los cuales mandaba hacer Inca Yupanqui, por tener mucha cantidad de comida y tanta que no le faltase. Y mediante la comida que ansí tuviese, quería edificar la ciudad del Cuzco de cantería y reparar los arroyos que la cercan; y tenía en sí, que teniendo bastimentos en tanta cantidad que no le faltasen, que podía echar la gente que él quisiese (*a*) hacer y edificar los edificios y casas que ansí reedificar quería.

Y los depósitos hechos y proveídos, y siendo ya las tierras repartidas y acabadas de repartir, Inca Yupanqui mandó juntar los caciques y señores que, en todo lo ya dicho, le habían hecho servicio, y pareciéndole que era justo hacelles algunas mercedes y dalles algún contentamiento, y siendo ansí juntos, dióles y repartióles muchas joyas de oro y plata, que mediante aquel tiempo que en la obra estuvieron las había mandado labrar; y ansí mismo les dió a cada dos vestidos de las ropas de su vestir, e a cada uno dellos les dió una señora naturales del Cuzco, de su linaje, para que fuesen cada una destas mujeres principal del cacique a quien ansí le había dado, e que los hijos que en las tales hubiesen, fuesen herederos de los

(35) La traducción de *chapascca* que hace Jimenez de la Espada, guardaría relación y estaría en concordancia con lo que hemos supuesto en nuestra nota número 31.

tales señores e señoríos que sus padres tuviesen; fundándose Inca Yupanqui por el deudo que con ellos por esta vía había, que nunca ninguno dellos en sus días se le rebelaría, e que habría entre ellos e de los de la ciudad del Cuzco perpetua amistad y confederación. Todo lo cual ansí hecho, y visto por los caciques las grandes *injurias* (*a*), que les hacía, todos se inclinaron a le besar los pies y a le dar grandes gracias. A los cuales mandó Inca Yupanqui que se fuesen a descansar a sus tierras y que dende a un año volviesen a la ciudad del Cuzco, e que en este tiempo, cada uno de ellos en sus tierras hiciesen sembrar muchas sementeras de todas comidas, porque tenía que sería menester, andando el tiempo; e que les encomendaba que en sus tierras no hobiese ociosidad en los mancebos y en las mujeres, porque no fuesen causa las tales ociosidades de tener los suyos resábios de mal ejemplo; que procurasen ejecutar (ejercitar), todo tiempo que no entendiesen en hacer sementeras, en las cosas de guerra, que los (y en los) semejantes ejercicios, como era en saber esgrimir hondas, tirar flechas, jugar con hachas a manera de pelea en batalla, blandir lanzas con rodelas en las manos; todo lo cual habían de hacer en sus tierras los mancebos, haciendo poner tantos a un cabo como a otro. Todo lo cual oído por los caciques, dijeron que ansí lo harían, y que los decía lo que era bueno. Y ansí el Inca los despidió, y ellos, haciendo su acatamiento, se salieron y se fueron.

CAPITULO DECIMOTERCERO

EN QUE TRATA DE CÓMO SE JUNTARON, DESPUES DE UN AÑO PASADO, LOS SEÑORES CACIQUES, Y CÓMO INCA YUPANQUI HIZO REPARAR LOS DOS ARROYOS QUE POR LA CIUDAD DEL CUZCO PASAN; Y CÓMO CASÓ LOS MANCEBOS SOLTEROS QUE HABÍA, Y CÓMO DIÓ ORDEN EN EL PROVEIMIENTO DE COMIDAS QUE EN LA CIUDAD DEL CUZCO ERAN NECESARIAS Y REPÚBLICA DEL.

Idos que fueron los caciques a sus·tierras, aquel año que los tales caciques habían destar en sus tierras e Inca Yupanqui, mediante este tiempo, que no tuviese que hacer, tomó por ejercicio de irse a cazar, lo cual hacía los más de los días; y otros días se andaba por la ciudad mirándola y el sitio della, imaginando él en sí la orden que le había de dar y el edificio e reedificación que en ella pensaba hacer, como viese que aquellos dos arroyos que la ciudad tomaban en medio, que eran gran perjuicio en ella; porque, como las lluvias viniesen cada año, ellos venían de avenida, e como ansí viniesen siempre, comían la tierra y se iban ensanchando y metiendo por la ciudad, y vía que aquello era perjuicio para la ciudad y para los moradores della, y que para hacer sus edificios y casas

que en ella pensaba edificar, que era necesario reparar primero las veras de aquellos dos arroyos, y que éstos reparados, podría edificar todo cualquier edificio sin temor que las tales avenidas se lo desluciesen.

Y el año cumplido, que a Inca Yupanqui le pareció que ya era tiempo que tales señores comarcanos viniesen, invióles sus mensajeros, por los cuales les inviaba a decir, que ya era tiempo que viniesen a la ciudad, como ya él les había dicho cuando de allí fueron: y que ansímesmo trujesen todos los más ganados que pudiesen, e comidas, e mantenimientos, porque era ya llegado el tiempo que dellos e dello ternía necesidad. Todo lo cual oído por los caciques, como ellos tenían ansímismo en cuidado lo que así les mandara cuando dél se partieron, luego se pusieron en camino, porque ellos ya tenían junto todo aquel menester para traerlo, y ansí estaban ya en camino; con todo lo cual se partieron e vinieron a la ciudad del Cuzco e trujeron consigo toda la más gente que pudieron.

E llegados que fueron a la ciudad del Cuzco, hicieron su acatamiento al Inca en esta manera, porque esta era la usanza que se tenía cuando delante dél se vían: que como delante dél fuesen, alzaban las manos e los rostros al sol, haciéndole sus mochas e acatamientos, e luego ansí mesmo las hacían al Inca no menos; y las palabras que ansí le decían cuando ansí le saludaban, que le decían: "¡Ah, Hijo del Sol, amoroso e amigable a los pobres!" Esto dicho, poníanle delante sus presentes que ansí le traían, e luego le sacrificaban ciertas ovejas e corderos delante del con todo respeto e acatamiento, como a hijo del Sol; y esto ansí hecho, el Inca los saludaba diciéndoles que fuesen bien venidos, y preguntándoles si venían buenos e si lo estaban ansí mesmo sus tierras. Todo lo cual que habéis oído hicieron estos señores caciques con Inca Yupanqui, cuando delante dél se vieron, y él ansí mismo dijo lo que habéis

oído. E díjoles que diesen aquello que ansí traían a aquellos señores del Cuzco que allí estaban, e ansí se salieron de do el Inca estaba, y ellos y aquellos señores del Cuzco fueron do los depósitos eran, e pusieron todo el mantenimiento que traían a recaudo.

Y después de haberse holgado con el Inca e con los señores del Cuzco cinco días, en sus fiestas e regocijos, Inca Yupanqui les dijo lo que pensaba hacer, e como quería reparar e fortalecer aquellas veras de aquellos dos arroyos que por la ciudad pasaban, contándoles el perjucio que la ciudad rescebía; y ellos dijeron questaban prestos para hacer todo aquello que por él les fuese mandado; que les dijese la manera quen ello se había de tener, porque proveerían lo que para ello fuese necesario. E ansí, Inca Yupanqui les señaló los nacimientos de los arroyos, y desde donde a él le paresció que habían de comenzar los tales fortalecimientos y reparos, hasta la junta de los dos arroyos, que es el remate de la ciudad do ellos llaman Pumachupa (Pumapchupan), que dice "cola de león" (*a*); e de allí mandó que este fortalecimiento e reparo llegase hasta Muyna (*b*), ques cuatro leguas desta ciudad. E ansí los señores caciques medieron con sus cordones el espacio que había desde el comienzo de donde Inca Yupanqui (dijo) que comenzasen, hasta la junta de los arroyos; e ansí medido, repartieron entre sí la parte que a cada uno cabía del edificio que ansí habían de hacer; y esto hecho, mandólos Inca Yupanqui que hiciesen traer mucha piedra tosca, porque de piedra tosca había de ser el reparo, e que la mezcla que había de entrar entre piedra y piedra, que mirasen que había de ser un barro pegajoso, que ya que el agua lo mojase, no lo despegase, y que antes estuviesen las piedras más asidas unas con otras y el agua no comiese la tal mezcla. Y ansí, los caciques dieron orden en buscar el tal barro e mezcla

e traer la piedra tosca que ansí les era mandado todo; lo cual ansí traído, comenzaron su edificio. E mandó que este edificio o fortalecimiento llegase hasta la Muyna (*a*); porque, como fuese reparado este arroyo de la ciudad de abajo, por donde las tierras e sementeras eran, y a las lluvias viniesen las tales avenidas, este arroyo no rompiese las barrancas e se entrase por las tierras e hiciese mal y daño en los tales sembrados.

Y esto hecho e proveído, mandó a los señores del Cuzco que para cierto día quería con ellos comunicar cierta cosa que convenía mucho al bien de la ciudad e su república; a los cuales dijo, como ya ansí fuesen juntos, que había gran necesidad de hacerse depósitos de ropa en cantidad, y que para aquello quería hacer una gran fiesta a los caciques, en la cual fiesta, viendo él que estaban contentos,que se lo quería decir e mandar que ansí lo hiciesen e lo proveyesen de sus tierras. E los señores dijeron que era cosa muy conveniente e bien acordada,que ellos querían dar orden e mandar que se hiciese mucha chicha; y esto hecho e aderezado, hiciéronselo saber al Inca; el cual, como supiese que todo hecho estaba, dijo que otro día quería que comenzase la fiesta; e ansí mandó llamar todos aquellos caciques señores, e siendo delante dél, les dijo como se quería holgar e regocijar con ellos, y ellos lo recibieron a gran merced.

E otro día de mañana fué traida mucha juncia y echada por toda la plaza, e traídos muchos ramos que hincaron en ella, de los cuales ramos fueron colgados muchas flores e muchos pájaros vivos; e ansí los señores del Cuzco salieron muy bien vestidos de las ropas que ellos más preciadas tenían, y el Inca juntamente con ellos; e ansí mismo vinieron los caciques, los cuales traían vestidos, los vestidos que el Inca les diera.

E luego fueron sacados allí a la plaza mucha y muy gran cantidad de cántaros de chicha; y luego vinieron las señoras, ansí las mujeres del Inca como las demás principales, las cuales sacaron muchos y diversos manjares; e luego se sentaron a comer todos, e después de haber comido, comenzaron a beber, e después de haber bebido, el Inca mandó sacar cuatro atambores de oro, e siendo allí en plaza, mandáronlos poner a trecho en ella, e luego se asieron de las manos todos ellos, tantos a una parte como a otra, e tocando los atambores, que ansí en medio estaban, empezaron a cantar todos juntos, comenzando este cantar las señoras mujeres que detrás dellos estaban; en el cual cantar decían e declaraban la venida que Uscovilca había venido sobre ellos e la salida de Viracocha, (e como) Inca Yupanqui le había preso e muerto, diciendo que el Sol le había dado favor para ello, como a su hijo; e cómo después ansímismo había desbaratado y preso y muerto a los capitanes que ansí habían hecho la junta postrera. E después deste canto, dando loores y gracias al Sol e ansí mismo a Inca Yupanqui, saludándole como a hijo del Sol se tornaron a sentar. E ansímismo comenzaron a beber la chicha que allí tenían, que según ellos dicen había muy mucha, y en muy gran cantidad. E luego les fué traída allí mucha coca e repartida entre todos ellos; y esto así hecho, se tornaron a levantar e hicieron, ansímismo como habéis oído, un canto y baile.

La cual fiesta duró seis (días), en fin de los cuales, el Inca les dijo a aquellos caciques señores, que para el ser del Cuzco convenía que en él hobiese depósitos de ropa, ansí de lana como de algodón; e que ansímismo convenía que hubiese depósitos de unas mantas de cabuya, bastas e gruesas, con unos cordeles de a dos palmos en las puntas dellas, con los cuales las atasen a los pescuezos

como mejor les paresciese a los indios que ansí se diesen, las cuales se habían de repartir a los trabajadores e obreros que en los reparos de la obra de los arroyos andaban, e a los que ansímesmo en los demás edificios habían de andar, para que en las tales mantas de cabuya trujesen e acarreasen la tierra e piedra que ansí era necesaria para la tal obra, e que como toviesen estas mantas ya dichas, no gastasen las suyas propias, que eran de lana e algodón, e sus capas con que ellos se cubren. Todo lo cual oído por los señores caciques que allí eran, dijeron a Inca Yupanqui que les placía y holgaban de lo hacer bien ansí como el Inca se lo había mandado.

E salidos de allí, luego enviaron a sus tierras, pueblos e provincias; e para que hubiese efecto este beneficio, mandaron que luego en sus tierras fuesen juntas muchas mujeres, e puestas en casas e corrales, les fuese repartida mucha lana fina e de diversos colores, y que ansímesmo fuesen puestos y armados muchos telares, e que ansí hombres como mujeres, con toda la más brevedad que puese posible, hiciesen la ropa que les había cabido, cada uno por sí, según la medida del largor y anchor que les fué dada. Y esta ropa ansí hecha e acabada, fué traída a la ciudad del Cuzco; e como allí fuese, el Inca mandó a los principales del Cuzco que la mandasen poner en los depósitos que para tal ropa ansí habían mandado hacer.

Y esto ansí hecho, el Inca e los señores e los demás caciques, anduvieron fortaleciendo e reparando estas veras destos dos arroyos de la ciudad del Cuzco, que ya habéis oido, andando siempre ansí él como ellos sobre los tales obreros que en la tal obra andaban, dándoles la más prisa que podían, a que con toda brevedad hiciesen y acabasen los tales reparos y fortalecimientos, en la cual obra estuvieron cuatro años, dándose la brevedad que les fué posible hacer e acabar su obra.

Donde, como fuese acabada, el Inca ordenó e mandó que se hiciese otra fiesta, según que las que ya os hemos contado, en la cual fiesta participasen e gozasen della, ansí los señores como los demás sus súbditos; en la cual fiesta estuvieron treinta días; en fin de los cuales mandó el Inca que luego saliesen de la ciudad del Cuzco cierta suma de orejones, los cuales fuesen por las tierras de aquellos señores que allí eran e supiesen e le trujesen por cuenta qué suma había en las tales tierras e pueblos de mancebos solteros e mozas solteras, mandándoles a los caciques e principales que inviasen a hacer saber a sus mayordomos, *llactacamayos* (36) que ellos llaman, que aquella era su voluntad e mando, e que luego con toda brevedad le dijesen e diesen la cuenta a los tales orejones de lo que se enviaba a saber, los cuales con toda brevedad volviesen; todo lo cual fué ansí hecho e despachado. E habida por los orejones en los tales pueblos e provincias la cuenta e razón de su demanda, volvieron a la ciudad del Cuzco, donde, siendo delante del Inca, le dieron la razón de lo que ansí habían sabido.

Y entendido por el Inca la cantidad de mancebos e mozas solteras que había en los tales pueblos e provincias, mandó a aquellos señores, sus tres buenos amigos, que luego se partiesen para los tales pueblos e provincias, e que llevasen consigo todos los caciques e señores que al presente allí eran con él, en presencia de los cuales, en cada pueblo e provincia que llegasen, casasen los mozos de una provincia con las mozas solteras de la otra, e las mozas soltera de la otra con los mancebos de la otra; e ansí fuesen haciendo por las tierras e subjeto de aquellos señores caciques que con él eran, para que creciesen e

(36) *Llactacamayos* = guardadores de la ciudad o inspectores municipales como se dirían ahora.

multiplicasen e tuviesen perpétua amistad, deudo y hermandad los unos con los otros. Y esto ansí proveído, el Inca hizo muchas y grandes mercedes (*a*) aquellos señores caciques, dándoles muchas dádivas, e ansí, se partieron aquellos señores del Cuzco e los demás caciques, y fueron a hacer lo que ya habéis oído.

E ansí, quedó el Inca en la ciudad del Cuzco con los de la misma ciudad e con algunos señores de los pueblos de los que en torno de la ciudad están a una leguaje a media, e a menos; a los cuales mandó, e ansímesmo a los de la ciudad del Cuzco, que luego trujesen delante del, un señor de aquellos por sí, los mancebos e mozas solteras que ansí en sus pueblos tenían. E siendo traídos delante dél los tales mozos e mozas, el mismo Inca los casó a todos; y esto hecho, mandó sacar de los depósitos la ropa necesaria que a todos estos bastase, y él por su mano la dió e repartió a todos, ansí hombres como mujeres, dando a cada uno dos vestidos, y ansimesmo les dió a cada uno destos una manta de cabuya más de los vestidos que les daba, para que con la tal manta trabajasen sus labores y ejercicios, e no gastasen en aquellos los vestidos que les daba; y ansímismo les repartió e les hizo repartir el maíz y carne seca e pescado seco, e ovejas *cupre* (*a*) e loza con que se sirviesen, e todo lo demás que a él le pareció que necesario les era para tener casa cada uno dellos e lo necesario que les era tener en ella. Y mandó que cada cuatro días se diese e repartiese a todos los del Cuzco lo que cada uno había menester de comida e proveimiento, visto y sabido por la casa del (el?) número de servicio (que) cada uno dellos tenía, (e) que ansí les fuese dado el proveimiento que ansí les fuese necesario para sí e para su servicio, mandando que de los depósitos se sacasen los tales bastimentos e comidas, e que dellos se hiciesen en la plaza de la ciudad grandes montones de

las tales comidas, y de allí se les fuese repartiendo por su medida, cuenta y razón, dando a cada uno lo que ansí hobiese menester; el cual beneficio mandó que siempre se hiciese e durase el tiempo que la ciudad del Cuzco fuese. Y ansí duró deste señor Inca Yupanqui este beneficio e proveimiento, hasta que los indios fueron subjectos con la entrada de los españoles en estos reinos, con cuya entrada todo esto se perdió e cebsó (37).

---

(37). El reparto de comidas y vestidos a los moradores del Cuzco asegura la existencia de un gobierno comunista y paternal del cual no se ha dado ejemplo mayor en la Historia.

CAPITULO DECIMOCUARTO

EN QUE TRATA CÓMO INCA YUPANQUI CONSTITUYÓ Y ORDENÓ LA ORDEN QUE HABÍA DE TENER EN EL HACER DE LOS OREJONES, Y LOS AYUNOS, CERIMONIAS E SACRIFICIOS QUE EN EL TAL ORDENAR SE HABÍAN DE HACER, CONSTITUYENDO EN ESTE TIEMPO QUE ESTO SE HICIESE, UNA FIESTA AL SOL, LA CUAL FIESTA Y ORDENAMIENTO DE OREJONES LLAMÓ Y NOMBRÓ RAYMI.

Acabado de proveer Inca Yupanqui la orden que se había de tener en el proveimiento de la ciudad del Cuzco e su república, volvieron los señores sus tres buenos amigos que ansí él había enviado a casar los solteros, como ya la historia os ha contado; e siendo ya en el Cuzco estos señores e los demás que en la ciudad eran, mandó Inca Yupanqui que todos se juntasen en su casa otro día de mañana, porque quería comunicar con ellos cierta fiesta, la cual fiesta quería que se hiciese cada año al Sol por la vitoria que le había dado y hecho Señor; y porque desta fiesta hubiese memoria, quería constituir en ella cierta cosa que allá con ellos en su junta comunicaría. Y otro día de mañana se juntaron estos señores

en las casas del Inca, que comunicó con ellos la fiesta que ansí quería hacer; e para que della hobiese memoria para siempre, díjoles Inca Yupanqui que quería bien que en esta fiesta se hiciesen los orejones con ciertas cerimonias y ayunos, porque una cosa semejante que aquella, que era señal y insignia para que por toda la tierra fuesen conoscidos dende el menor hasta el mayor de aquella ciudad por tales señores e hijos del Sol, porque le parecía que, desde allí adelante, habían de ser tenidos e respetados los de aquella ciudad por los de toda la ciudad (*a*) y de la tierra más que habían sido hasta allí; e que por que habían de ser llamados hijos del Sol, quería que fuesen hecho y ordenados orejones en aquella fiesta del Sol con muchas cerimonias e ayunos; porque los que habían sido hechos orejones hasta allí, ellos y sus padres les horadaban las orejas cada y cuando que querían e bien les estaba, e porque aquello era cosa que tan facilmente se debiese de hacer por lo que ya tenía dicho, que le parecía que en lo tal era bien que hubiese orden e cerimonias en la manera siguiente: Que se juntasen los deudos del mozo que ansí había de ser hecho orejón, como fuese natural de partes de padre de la ciudad del Cuzco, y que él y su padre y madre fuesen señores, y si no lo fuese el padre; y si caso fuese que no tuviese padre, que los deudos de su padre e más cercanos; y que éstos hiciesen cierta fiesta a todos los demás deudos, y que en esta fiesta diesen orden e dijesen cómo querían hacer orejón a aquel tal su hijo o deudo; que les regoci.... (*b*) que en la tal fiesta se hallasen y con sus prosperidades y mantenimientos le favoresciesen; (*c*) aunque fuese el que la tal fiesta había de hacer el más rico de los deudos, se había de encomendar a que le favoreciesen los demás sus deudos en la tal fiesta y otras cosas que ansí le subcediesen, con lo que ansí tuviesen; porque les quería dar a entender, que por próspe-

ros que fuesen, habían de tener en mucho a los que tenían no tanto, porque, al fin, podría ser posible que el que al presente se vía en prosperidad, que podría perderse, y el otro que no tenía tanto, estar aumentado en bienes y le podría socorrer; y porque siempre tuviesen una hermandad y confederación, daba aquella orden e aquella manera. E que de allí adelante, que demás del nombre que de (*a*) Señor tenía, el sobrenombre que ellos y los demás le nombrasen cada y cuando que con él alguno hablase, que le nombrasen *Huaccha ccuyac* (*b*), que dice «amoroso de los pobres» (*c*) (de) la cual institución, los demás sus descendientes ansí se institularan.

Y volviendo al caso, díjoles, que, siendo ansí juntos, señalaran un día en el cual día se juntasen las mujeres de los tales deudos del que ansí habían de ser hecho orejón, y siendo ansí juntas las tales mujeres, que los tales padres del mozo trujesen cierta lana negra, la que bastase para una camiseta para su hijo, y ansí traída, la repartiesen entre aquellas mujeres; y que otro día, en aquel mesmo sitio, la hilasen e diesen hecha; y que el tal mozo, aquel día que la tal camiseta se hiciese, parta de allí por la mañana y vaya ayunando al campo, y lleve otros mozos consigo deudos suyos, y él y ellos cojan e traigan cada sendos haces de paja, porque no haya en ellos ociosidad, sino que sepan e deprendan a ser domeñados, e que sí acaso fuere tuvieren necesidad de comida, que sepan qué cosa es andar en el trabajo e ayunando; e ansí traida esta paja, la den e repartan entre aquellas mujeres que la camiseta le han hecho; (e) dende a cinco días, se tornen a juntar otra vez e hagan otra fiesta, en la cual fiesta hagan aquellas mujeres cuatro cántaros de chicha, los cuales cántaros de chicha estén hechos desde que en esta fiesta fueren hechos, hasta que toda la fiesta del Sol se acabe, e questén siempre bien atapados; los cuales

cántaros lleva cada uno cinco arrobas; y que dende a cinco días este mozo vaya ayunando al cerro de Guanacaure, yendo solo, y coja otro haz de paja y repártala a aquellas mujeres que la chicha le hicieron; el cual mozo, desde que la camiseta se le teja e haga, ha de ayunar siempre hasta el día que haya uno de ser armado orejón; e que no coma si no fuere maíz crudo, e que no coma carne, ni sal ni aún tenga que hacer con mujer; y dende a un mes que este ayuno comenzare, los tales parientes le traigan una moza doncella que no haya conocido a varón, la cual moza, estando ansí mismo en el ayuno, haga cierto cantarillo de chicha, el cual cantarillo llamen *caliz* (*a*); y esta moza ande siempre en compañía deste mozo en los sacrificios e ayunos que mientras la fiesta durare (hiciere) sirviéndole, y esta chicha hecha por la tal moza, los parientes del novel la tomen y lleven por delante, e ansímesmo la moza con él llevando aquel cantarillo de chicha llamado *caliz;* y ansí le llevan al tal novel a la guaca de Guanacaure, que es legua y media de la ciudad, y en una fuente que allí hay, los parientes laven todo el cuerpo a este novel, y después de lavado le tresquilen el cabello muy tusado, y después de tusado, vístanle aquella camiseta que le hicieron aquellas mujeres primeras, de lana negra, y cálcenle unos zapatos hechos de paja, los cuales el mozo haya hecho estando en su ayuno, para que sepan, que si en la guerra anduviere y le faltaren zapatos, que los sepa hacer de paja y seguir los enemigos con ellos; y ansí estos zapatos calzados, póngale en la cabeza una cinta negra, y encima desta cinta pónganle una honda blanca, y átenle al cuello una manta blanca que cuelgue a las espaldas, la cual haya de ser angosta de dos palmos en ancho e que le tome de la cabeza hasta los pies; y esto hecho, pónganle en las manos un manojo de paja del gordar de una muñeca, las puntas de

la cual paja lleve para arriba, según aquella nace, y del remate desta paja cuélguenle cierto copo de lana larga, que casi parece un copo de cáñamo blanco y largo; y ya questé ansí, llegue a do la guaca está, e la moza que ansí consigo lleva, de aquel cantarillo *caliz* hincha dos vasos pequeños de chicha y délos al novel, el cual beba el uno y el otro delo a beber al ídolo, el cual derramará delante dél. Y esto hecho, se descienda el tal novel y sus parientes de la guaca, y vénganse a la ciudad; y el novel traiga aquella paja, así enhiesta, en las manos, e siendo ansí en la ciudad vistan al novel una camiseta colorada e con una lista blanca de abajo arriba por medio de la camiseta, con cierta flocadura según por el remate de la camiseta, y pónganle en la cabeza una cinta colorada con una lista de cualquier color; y estando ansi ponganle aquella manera descapulario en las espaldas; y de allí, vayan a una guaca que yo mañana señalaré, la cual se llama Anaguarque, y llegados allí, hagan su sacrificio ofreciéndole cierta chicha y haciendo delante della un fuego, en el cual fuego le ofrezcan algún maíz e coca y sebo; e cuando ansí fueren, lleven los parientes deste novel, que casi quieren imitar a padrinos, unas alabardas grandes y altas de oro e plata, y siendo ya el sacrificio hecho, aten en lo alto, en los hierros destas alabardas, aquella paja que en las manos ansí llevan, colgando (de) los tales hierros aquella lana que ansí cuelga de la paja; y estando ya ansí atada esta paja, den a cada uno de sus noveles una alabarda destas en las manos; y esto ya hecho, júntenlos todos a estos noveles que allí se hallaren y mándenles que partan de allí corriendo todos juntos con sus alabardas en las manos, bien ansí como si fuesen siguiendo alcance de enemigos, y este correr sea desde la guaca hasta un cerro do se parece esta ciudad; (e) estén allí en este sitio, para que vean ciertos y (seguros?) cómo llegan estos caballeros noveles co-

rriendo, y quien es aquel que primero llegare corriendo, y éste tal hónrenle los suyos y dénle cierta cosa y díganle que lo hizo como buen orejón, e denle por sobrenombre *guaman*, que dice «halcón»; y estos tales que ansí se extremaren, cuando orejones fueron hechos, sean conocidos, para cuando la ciudad del Cuzco tuviere guerra, suban a los péñoles, como más ligeros, e combatan con los enemigos.

E otro día salgan de la ciudad, e yo ansímismo señalaré otra guaca, la cual guaca se llamará Yavirá, la cual será el ídolo de las mercedes; e siendo ya en ella, hagan hacer un gran fuego e ofrezcan a esta guaca e al Sol estas ovejas e corderos, degollándolos primero, con la sangre de los cuales les sea hecha una raya con mucha reverencia por los rostros, que les tome de oreja a oreja; y ofrezcan ansímismo a este fuego mucho maíz e coca, todo lo cual sea hecho con grande reverencia e acatamiento, ofreciéndolo al Sol, y allí le pidan estos noveles, e cada uno por sí, que le dé prosperidades y le aumente su ganados, y los mire y libre de cualquier mal que les venga. Y esto acabado, les sea tomado juramento a cada uno por sí, delante del ídolo, que ternán cuidado de siempre acatar y reverenciar al Sol y labrarle sus tierras, y ser obedientes al Inca e siempre tratarle verdad y serle leal vasallo e no tratarle traición, e que cada y cuando que sepa que traición le hace alguno al Inca, se lo manifestará e dirá; e que lo mismo será leal a la ciudad del Cuzco; y que cada y cuando que el Inca tenga guerra o la ciudad del Cuzco, que servirá con su persona e armas en la tal guerra, e que morirá en defensa della e del Inca.

Y esto jurado, el señor que allí estuviere en la guaca, ante quien la jura hiciere, le responda en nombre e lugar del Sol e de aquél ídolo, que se lo agradece, e que ansí lo haga; e que le diga que el Sol ha por bien que sea *auqui* (*a*), que dice «caballero». Y esto hecho, que el tal

novel rinda gracias por ello ahí al Sol, e que luego allí le vistan una camiseta muy pintada, y le pongan una manta muy pintada encima, todo lo cual sea ropa fina, y que le cuelguen de las orejas unas *orejeras* grandes de oro, colgando, con un hilo colorado atadas, y que le pongan una venera de oro grande en los pechos, y que le calcen unos zapatos de enea, e que le pongan en la cabeza una cinta muy pintada, que llaman *pillaca llauto*(38); que encima desta cinta le pongan una patena de oro, y que hasta allí ningún mozo se la pueda poner, e si cosa fuere que allí se le olvidare de poner, nunca se le pueda poner en sus días. Y que esto hecho, le hagan tender los brazos al tal novel, e que aquellos sus parientes que allí andan con él como padrinos, le den ciertos azotes en los brazos con unas hondas, para que se acuerde y tenga memoria de la tal jura que allí hace y merced que le fué hecha. Y esto hecho, desciendan ansí todos juntos a la plaza desta ciudad, ansí vestidos e adornados como estuvieren, donde han de hallar a todos los señores del Cuzco vestidos de unas camisetas largas e coloradas que les dé hasta los pies, los cuales tengan sobre sus mesmas cabezas (pieles de leones con sus rostros) (*a*), e los rostros destos leones tengan en derecho (*b*) de los suyos mismos, las cuales cabezas de leones tengan ansímismo unas orejas de oro; e ansí mismo han de tener consigo estos señores que en la plaza ansí están, cuatro atambores de oro (39).

E como los noveles lleguen a la plaza, pónganse en ala a la parte de abajo, los rostros hacia do el sol sale; y como ansí llegen, hinquen las alabardas que ansí traen, en el suelo, cada uno delante de sí. Y como esto sea he-

---

(38). Tal vez *Pilco llauto* o llauto de color de pilco ave de vistoso plumaje.

(39) Como que el león o puma de los Andes eran totem de los kehuas,

cho, los señores que allí están, comiencen su canto y toquen los atambores; y después de haber cantado y holgádose, siéntense todos así en ala como están, y beban cada dos vasos de chicha y otros dos ansímismo ofrezcan al Sol, derramándolos delante de sus alabardas, y dende a poco levántense y tornen a su cantar; en el cual canto han de dar grandes loores al Sol y rogarle que a su pueblo e a sus noveles guarde e aumente; y este canto acabado, tornen a beber. Y esto han de hacer treinta días, desde el día que comience. — Y desta manera van cada noche bien arropados de chicha; porque su principal felicidad, en todas sus obras e cosas que hacen, es el bien beber, y mientras más beben, más señor, porque tienen posibilidad para ello.

E ordenó que estos treinta días cumplidos, se juntasen allí en la plaza los parientes destos noveles e trujesen los noveles allí consigo,, e que hincada la alabarda y estando ellos en pié, tomasen con las manos la alabarda, e ansí, tendidos los brazos, los parientes les diesen con una honda en ellos, para que tuviesen memoria e se acordasen desta fiesta; y que esto hecho, fuesen de allí a una fuente que dicen *Calixpucquiu* (*a*), que dice «el manantial del Calix» (*b*) y siendo ya allí,que se laven todos, a la cual fuente han de ír ya que quiera anochecer. E siendo ansí lavados, hanse de vestir otras camisas preciadas, y ansí vestidos, sus parientes los apedrean con unas tunas (*c*) y cada pariente, ansí como le haya apedreado con las tunas, sean obligados a les ofrecer a los tales noveles ciertas joyas e piezas de ropa, e dénle ansímismo, en fin desto, cada uno destos noveles, una honda. Y esto acabado, cada uno destos noveles, ha de volver a su casa, la cual casa ha de hallar muy limpia, e muy buena lumbre hecha en ella, y todos sus parientes e parientas en ella; y entonces han de sacar los cuatro cántaros de chicha que hicieron en el

principio de la fiesta, de los cuales cántaros han de beber todos y al tal novel han de imbriagar con la tal chicha, de tal manera, que no (*a*) tenga sentido; e desque ya está ansí, hánle de sacar del aposento, y donde ellos mejor les pareciere, allí le horaden las orejas. Y otro día de mañana, salgan todos los noveles a la plaza todos juntos y en orden de pelea, y bien ansí como si quisieran dar batalla, con sus hondas en las manos y a los cuellos unas bolsas de redes, en las cuales traigan muchas chinas; y puestos tantos de un cabo como de otro en la plaza, comiencen a batallar; la cual batalla han de dar a fin de que han de entender que ansí han de pelear con sus enemigos. Y desta manera me parece que han de hacer estas cirimonias, y deste arte ternan orden (en) el hacer de los orejones y no lo que ha sido hasta aquí.

Oido por los señores lo que Inca Yupanqui tenía ordenado, dijeron que aquello estaba muy bien ordenado e pensado, que ansí se hiciese de allí adelante, e que les dijese, que desde cuándo quería que comenzase aquella fiesta. Les dijo, que de allí a treinta días se podría comenzar, porque de allí comienza el mes de do principiaba el año; y ellos le rogaron, que porque hasta allí no habían tenido orden por do conociesen el año e los meses dél, que tuviese (por bien?) de señalárselo y decilles de donde comenzaban, e los nombres de los tales meses. Y el Inca les respondió, que después de aquella fiesta del Sol, tenía él pensado de dar orden en aquello; más, pues que ellos le rogaban que se los dijesen y señalasen (*sic*) que él los quería hacer aquella merced; e que al presente no había lugar de les dar razón de aquello, porque pensaba señalar y ordenar en los tales meses otras fiestas en que todos ellos se regocijasen e hiciesen sus sacrificios; que de allí a diez días, les diría la orden que en aquello habían de tener e las fiestas que les habían de regocijar e sacrifi-

cios que ansí habían de hacer. Y esto dicho salieron de su acuerdo él y los demás señores, los cuales se fueron cada uno a su posada, donde comenzaron a dar orden a sus fiestas, que ya habéis oído, que dende a treinta días habían de comenzar; los cuales treinta días pasados, hicieron su fiesta en la manera que habéis oído; y dende entonces lo continuaron hacer en la manera ya dicha, hasta este año en que estamos de mill y quinientos y cincuenta y un años.— Esta fiesta y la demás queste Señor constituyó, aunque se la quieran quitar en esta ciudad del Cuzco, las suelen ellos hacer oculta o secretamente en los pueblecillos que están en torno de la ciudad del Cuzco.

———

CAPITULO DECIMOQUINTO

En que trata de cómo Inca Yupanqui señaló el año y los meses y los puso nombre, y de las grandes idolatrías que constituyó en las fiestas que ansí ordenó que se hiciesen en los tales meses; e de cómo hizo relojes del sol por los cuales viesen los de la ciudad del Cuzco cuando era tiempo de sembrar sus sementeras.

Pasados que fueron los diez días que Inca Yupanqui dijo a los señores que después de aquellos se juntasen con él otra vez, en la cual junta les había de decir la orden que ansí le pedían que hiciese del año y meses e de las más fiestas que ellos habían de tener e guardar, Inca Yupanqui les dijo que él había muchos años que había imaginado los meses e tiempo del año, los cuales habia hallado que eran doce, e que no pensaba decilles destos doce meses e tiempos cosa, si no fuese bien ansí como fuesen entrando y las tales fiestas que ellos en ellos habían de hacer él fuese constituyendo; más, pues ellos se lo habían pedido, que él se lo quería pedir (*sic*) y decir y declararles las fiestas e sacrificios que en los tales meses ansí habían de ha-

ccr, quc cstuviesen atentos e los tomasen bien en su memoria; que demás desto, ansí mesmo había pensado de haeer eierta cosa que él llamó *Pachaunanchango*, que quiere decir, «conocedor del tiempo» (*a*),—que podemos presumir por relox,— por el cual ellos y sus deseendientes ya que perdiesen la cuenta dc los meses, para que le entendiesen euando el ticmpo del sembrar, e laborar, e aderezar sus tierras.

E ansí, los señores estando atentos, Inea Yupanqui les dijo: a este mes que viene, en el eual sc han de hacer los orejones, como ya os tengo dicho, quc es de donde el año comicnza, le llamareis y llamarse ha *Pucuy quillaimi* (*b*)(40) que es nuestro mes de diciembre; y al mes dc encro llamaba ha tiempo *Coiquis* (41) y al mes de hebrero llamó *Ccollappoccoyquis* (*c*) (42); y al mes de marzo llaman *Pachapoccoyquis* (*d*) (43); y al mes de abril *Ayrihuaiquis* (*e*) (44); y al mes de mayo llaman *Aymorayqu.s quilla* (*f*) (45). En estc mes constituyó e mandó Inca Yupanqui que se hiciese otra fiesta al Sol, muy solenc, cn la cual sc hiciesen grandes saerificios, a fin de quél les había dado la ticrra y el maíz quc cn clla tenían, y que desde que en-

(40). *Pucuy quillaymi*, para Molina *Camay Quilla* que yo he traducido por: *la obligación a la luna*. Véase Molina. Op. cit. Col cit. p. 78, nota Nº. 218.

(41). *Coyquis*, para Molina *Atun Pucuy* que yo he traducido *Alto Otoño*, o sea el tiempo de la maduración avanzado. Molina Op. cit. p. 85, nota nº. 237.

(42) *Ccolappoccoyquis*, para Molina *Pacha Puco*, alteración de *Pacha pocoy* que he traducido por tiempo de madurar, para más pormenores léase Molina, op. cit., p. 85, nota nº. 238.

(43). *Pachapoccouquis*, para Molina *Paucar huara*, traducido por los huaras finos o preciados, seguramente por la preparación de los pañales para la fiesta del huarachico que se hacía en noviembre.

(44) *Ayri huayquis*, para Molina *Ayri Guay*; Aryhua he traducido por danza, por las fiestas que se hacían en la época del sembrío.

(45) *Aymorayquis quilla*, Aymoray, danzas o coros por la abundancia. Véase la nota nº. 43 a la obra de Molina., p. 24; este autor llama a mayo, *Hacicay Llusque*.

tónces comenzaran a cojer sus maíces, comenzase la fiesta y durase hasta en fin del mes de junio; y que en este mes de junio, que llamó *Hátun cosqui quillan* (46), que los que en el mes de diciembre pasado eran ordenados orejones, en aquesta fiesta que constituía en este mes de junio, se vistiesen de camisetas tejidas de oro y plata y de plumas tornasoles, y que ansí puestos de sus plumajes y patenas e brazaletes de oro, saliesen a esta fiesta; y que en esta fiesta diesen fin a sus ayunos y sacrificios, que desde que eran ordenados orejones hasta allí habían hecho; y comenzasen de allí a holgarse y celebrar la otra que ansí constituía que se había de hacer al Sol por las simenteras, a la cual fiesta que ansí comenzaba desde el mes de mayo hasta fin de junio, como ya habéis oído, llamó e nombró *Yahuarincha aymoray* (*a*). La cual fiesta mandó que se hiciese en la plaza do agora es el espital, en la ciudad del Cuzco, que es a la salida desta ciudad, do llaman Rimacpampa; a la cual fiesta habían de salir vestidos los señores de la ciudad de unas camisetas coloradas que les daba hasta en pies; en la cual fiesta mandó que se hiciesen grandes sacrificios a los ídolos, do se les quemase e sacrificase muchos ganados e comidas e ropa, y en las tales guacas fuesen ofrecidos muchas joyas de oro y plata.

Al mes de julio le llamaron *Cahuarquis* (*b*) (47), en el cual no mandó que se le hiciese fiesta ninguna, más de que les dijo que en este mes se habían de regar sus tierras, e habían de comenzar a sembrar su maíz e papas e quinua (*a*) hasta el mes que entraba e salida del setiembre; y

(46). *Hatun Cosqui Quillan* para Molina, *Cahuay* Op. cit., p.32, nota 85 y 86.

(47). *Cahaurquis*, para Molina *morompasa trapucquilla*, que debe leerse *marupas trapuquilla* lo he traducido por "mes de la siembra de semilla" Op. cit., p. 33 nota nº 87.

al mes de agosto llamó *Capacsiquis* (*b*) (49); y al mes de setiembre llamó *Cituaiquis* (*c*) (50). En este mes dicen que constituyó Inca Yupanqui que se hiciesen dos fiestas, la una que casi quiere parecer a la que nos hacemos de San Juan, porque se levantan a media noche y se lavan hasta que rie el día, y llevan ciertos hachos encendidos; y después de ser lavados, dánse con estos hachos en las espaldas, e dicen que echan de sí toda dolencia e mal que tengan. E la otra fiesta es (la) que llamó este Inca Yupanqui *Purappucquiu*, (e) ansímismo la hacía e mandó hacer en este mes; la cual mandó que se hiciese a las aguas, e que ansí mismo las hiciesen sacrificios; y en estos sacrificios mandó que se ofreciese mucha ropa y ovejas y coca, y que de todas cuantas yerbas y plantas que había en los campos, trujesen las flores dellas; todo lo cual mandó que ofreciesen a las aguas en esta manera: que tomasen mucha cantidad de ropa y la echasen en aquel río del Cuzco, en la parte do se juntan los dos ríos; que ansí mismo trujesen muchas ovejas e corderos e que los ofreciesen al agua y los degollasen en aquel lugar do la ropa era echada, y que hiciesen luego allí un gran fuego en el cual quemasen estas ovejas e corderos, e las ciniza de los tales ansí quemadas, la lanzasen en el agua en aquel mesmo sitio, y que luego tras esto, lanzasen en el río las flores que ya habéis oído; e tras esto, mandó que echasen en el agua mucha coca molida e desmenuzada. Y tras esto se ponía, cuando se ponía el sol (*a*), en cierto sitio, en el cual estuvo seguro en pie en una parte donde bien ver se pudiese, y ansí como conociese desde aquel si-

---

(48) *Capacsiquis*, para Molina *Coyaraimi*, fiesta de la Reyna literalmente traducido, pero entonces se hacía la purificación o la lustración. Véase Molina Op. cit. p. 35 y las notas nos. 94 y 95.

(49). *Cytuaiquis*, para Molina *Omac Raymi*. Véanse en este autor las notas nos. 154 y 155.

tio do él se paraba, el curso por do el sol iba cuando se ponía, en aquel derecho, en lo más alto de los cerros, hizo hacer cuatro pirámides o mármoles de cantería, los dos en medio menores que los otros dos de los lados, y de dos estados de altor cada uno, cuadrados, e apartados uno de otro una braza, salvo que los dos pequeños de en medio hizo más juntos, que del uno al otro habrá media braza. Y cuando el sol salía, estando uno puesto do Inca Yupanqui se paró para mirar y tantear este derecho, sale y va por el derecho y medio destos dos pilares, y cuando se pone, lo mismo, por la parte do se pone; por donde la gente común tenía entendimiento del tiempo que era, ansí de sembrar, como de coger; porque los relojes eran cuatro a do el sol salía, y otros cuatro a do se ponía, do se diferenciaban los transcursos y movimientos que así el sol hacc en el año. Erróse el Inca Yupanqui en el tomar del mes para que vinieran a una y a nuestra cuenta los meses del año que ansí señaló, porque tomó de diciembre, habiendo de tomar de enero; más, al fin, él supo de entenderse y dar orden a su república.

———

CAPITULO DECIMOSEXTO

En que trata cómo Inca Yupanqui reedificó la ciudad del Cuzco, e cómo la repartió entre los suyos.

Después que Inca Yupanqui hubo hecho e dado orden en el año e meses e fiestas que en él se habían de celebrar, y hechos los relojes, habiéndose recreado e holgado en las cosas que habéis oído tiempo y espacio de dos años, el cual tiempo gastó este señor en estarse en su pueblo, porque los naturales e caciques que a él estaban sujetos tuviesen espacio y tiempo para holgarse en sus tierras del trabajo que habían pasado en el reparo que ansí habían hecho en los arroyos de la ciudad del Cuzco, e porque ansí tuviesen espacio e tiempo de sembrar e coger grandes sementeras, con las cuales se reparasen de comidas e todos provemientos, e tuviesen con qué poder servir e contribuir a la ciudad del Cuzco y a los depósitos que en ella eran; paresciéndole que ya recibía su persona e los demás algún tanto de pena por la ociosidad que ansí tenían él y los demás, ajuntóse un día con los principales de la ciudad del Cuzco e díjoles: que ya había ociosidad; que le parecía que ya era tiempo que los caciques e se-

ñores a él subjetos viniesen con sus comidas e bastimentos a la ciudad del Cuzco e trajesen consigo toda la más gente que ser pudiese, porque tenía en sí acordado de hacer reedificar la ciudad del Cuzco de tal manera, que para perpetuamente fuese hecha y fabricada de ciertos edificios que él en sí tenía pensado, e que después que fuesen hechos, ellos los verían; para lo cual era necesario mucha y muy gran cantidad de gente, e que para esto era necesario que saliesen de la ciudad ciertos señores de los que allí en aquella junta con él eran; e que luego allí viesen los que querían ir, porque, con los que quedasen, él tenía necesidad, mientras los que habían de ir fuesen, de hacer e proveer lo que para el tal edificio fuese necesario. E luego allí fueron nombrados diez señores, con veinte orejones, los cuales se partieron luego de allí e fueron a los pueblos e provincias a hacer traer y proveer lo que ya habéis oído.

Inca Yupanqui e los demás señores que allí quedaron, así como fueron salidos de su consulta, fueron por todo el torno de la ciudad en cinco leguas, y en el (lugar) que les pareció, buscaron e miraron do hobiesen sierras e sitios do se pudiese sacar piedras y cantería, e barro. e tierras para hacer las mezclas que los tales edificios habían de llevar; donde hallaron que en el sitio de *Saluoma* (*a*) había mucha y muy gran cantidad de piedra e muy grandes canteras. E visto por el Inca e los demás señores que ya allí tenían aparejo e recaudo e mucha e muy gran cantidad de cantería, se volvieron a la ciudad, donde dieron órden, luego que llegados fueron, en la manera que ansí habían de traer e acarrear la tal cantería; para lo cual mandaron que fuesen hechas muchas y muy gran cantidad de sogas gruesas e maromas de niervos e de cueros de ovejas.

(Ya) que esto ansí fué hecho, Inca Yupanqui trazó la ciudad, e hizo hacer de figuras de barro, bien ansí como él la pensaba hacer y edificar; e luego questo fué hecho, llegaron en aquella sazón e tiempo aquellos orejones e señores que habían ido a hacer traer proveimiento y comida e cantidad de gente para hacer los tales edificios, como ya la historia os ha contado; e como ansí llegasen, los caciques saludaron al Inca en la manera que ya os dijimos, y el Inca los recibió con intrañable amor, con los cuales le pareció que sería bien holgarse con ellos cinco días, y así fué hecho. En cabo de los cuales, pareciéndole al Inca que sería bien dar orden en que se comenzase a poner por obra el fabricar de la ciudad, pareciéndole que ya la tal gente que ansí era llegada había de descansar el tiempo que le bastase, luego mandó a los caciques que cada uno juntase su gente en cierta campaña e llano, e la pusiese cada uno por sí, porque les quería repartir a todos ellos la obra que ansí habían de hacer, e dadlles la orden que en ello habían de tener. Y siendo ansí juntas las tales gentes, repartió su obra entre los tales caciques, mandando a unos que acarreasen piedra tosca para los cimientos, y a otros que trujesen barro, el que les pareciese, que fuese bueno e pegajoso; con el cual barro e piedra tosca mandó hacer los cimientos de los tales edificios, sacándolos de cimiento, que era el cimiento y asiento dellos desde donde topaban con agua, para lo cual mandó que se edificasen de piedra tosca e barro pegajoso, a fin de que si el agua entrase por ellos, no fuese parte a deshacer e comer este barro; porque, como ya os dijimos, todo lo más del asiento de la ciudad, eran ciénegas e manantiales de agua; todos los cuales manantiales mandó que fuesen tomados e repartidos de tal manera, que a las casas de la tal ciudad

fuesen por sus caños y hechos fuentes para el servicio y proveimiento della.

Y ansímesmo a otros mandó que sacasen y abriesen los cimientos de las tales casas y edificios de la ciudad, y a otros mandó que acarreasen cantería para el edificio que se había de edificar despues que estos cimientos fuesen ansí altos en el peso y ser que habían de ser; e a otros mandó hacer adobes de barro e tierra pegajosa, en los cuales adobes se echase mucha cantidad de paja; la cual paja es a manera de esparto d'España; la cual tierra e paja fuese amasada de tal manera, que los tales adobes fuesen bien hechos y tupidos, con los cuales adobes se había de edificar desde la obra de cantería para arriba hasta que los tales edificios e casas estuviesen en el altor y ser que habían de llevar. A otros mandó que trujesen y acarreasen mucha cantidad de maderos de aliso (*a*) largos e derechos, dándoles el largor y medida que habían de tener. Y ansímesmo mandó que para cuando fuesen hechos y altos los edificios e puestos en proporción y en el ser que habían de tener, que para (que) la mezcla que ansí habían de llevar en el lucimiento de las casas, ansí por de dentro como por de fuera, pegase y no se resquebrajase, mandó que trujesen para aquel tiempo mucha cantidad de unos cardones que ellos llamaban *aguacolla quizca* (*a*), con el zumo de los cuales fuesen untadas las tales paredes; e siendo la mezcla muy bien amasada e mezclada con mucha cantidad de lana, fuese puesta en las tales paredes sobre la mojadura que ya habéis oído de los tales cardones, y que en la tal mezcla, si no quisiesen echar lana, echasen paja, la cual fuese muy mucho molida, e ansí se diese lustre a las tales paredes y edificios.

Todo lo cual que oído habéis siendo proveido, todas estas cosas e cada una de ellas, se levantaron aquellos caciques y luego pusieron por obra los tales edificios y

proveimientos de pertreehos que así les era mandado que para lo tal era neccsario, y luego mandó Inca Yupanqui que se saliesen todos de la ciudad del Cuzco de sus casas, e sacasen todo lo que dentro dellas tenían, e se pasasen a los pueblezuelos que por allí juntos eran; e eomo esto fuese ansí hecho, mandó que las tales casas fuesen derribadas por tierra. Donde, como esto fuese heeho e limpio e llano (*b*), él mesmo por sus manos juntamente con los demás señores de la eiudad, haciendo traer un cordel, les (*a*) señaló y midió con el tal cordel los solares e casas que ansí se habían de haeer, e eimientos e edificios dellas; de todo lo cual ansí señalado abiertos los cimientos, y siendo los pertrechos necesarios para la tal obra (traidos, aparejados) comenzaron a hacer y edifiear su ciudad e easas della; los euales edificios y casas fueron heehos andando en la obra y edificios dellos continuamente mientras la obra duró, eincuenta mill indios; e tardóse, desde que Inca Yupanqui mandó comenzar a reparar las tierras e ríos de la eiudad e la tal hacer y edificar, hasta que todo lo cual que oído habéis fué hecho y acabado, veinte años.

E como ya la ciudad fuese hecha e puesta en perfición, mandó Inca Yupanqui que todos los principales del Cuzeo e los demás veeinos e moradores dél, fuesen juntos en eierta campaña rasa; e siendo ansí juntos, mandó traer allí la traza de la ciudad e pinturas que ansí había mandado hacer de barro, e tiniéndolas delante de sí, dió e repartió las casas e solares ya edificados y hechos como oído habeis, a los señores del Cuzeo y a los demás vecinos e moradores dél, todos los euales eran orejones descendientes de su linaje e de los demás señores que hasta él habían subcedido desde el principio de Manco Cápac, poblándolos e mandándolos poblar en esta manera: que los tres señores sus amigos poblasen desde las Casas del Sol para abajo, hacia la junta de los dos ríos, en aquel espacio de

casas que entre los dos ríos se hicieron, y desde las Casas del Sol para abajo, al cual sitio mandó que se llamase Hurin Cuzco, que dice «lo bajo del Cuzco», y el remate postrero de la punta desto, mandó que se nombrase Pumap Chupan, que dice «cola de león», en el cual sitio poblaron estos tres señores, ellos y los de su linaje, de los cuales y de cada uno por sí comenzaron e decindieron los tres linajes de los de Hurin Cuzco; los cuales señores se llamaron Vicaquirao, y el otro Apu Mayta, y el otro Quilliscachi Urco Huaranga (*a*). E de las casas del Sol para arriba, todo lo que tomaban los dos arroyos hasta el cerro do agora es la fortaleza, dió e repartió a los señores mas propincos deudos suyos e descendientes de su linaje por línea recta, hijos de señores e señoras de su mesmo deudo e linaje; porque los tres señores que de las Casas del Sol para abajo mandó poblar, según que ya habéis oído, eran hijos bastardos de señores, aunque eran de su linaje los cuales habían habido en mujeres extrañas de su nación e de baja suerte, a los cuales hijos ansí habidos, llaman ellos *Guaccha Cconcha*, que quiere decir, «provenidos de pobre gente e baja generación»; y estos tales, aunque sean hijos del Inca, son llamados ansí, e no son tenidos ni acatados ninguno destos, ansí hombres como mujeres, de los demás señores, sino por un orejón de los otros comunes.

Porque habrán de saber, que el Inca que ansí es Señor, tiene una mujer principal: esta (no) ha de ser deuda de pobres, y esta tal mujer ha de ser principal, e deuda, hermana o prima hermana suya, a la cual mujer llaman ellos *Piuiuarmi* (*a*) y por otro nombre *Mamanguarmi*; y la gente común, como a tal mujer principal del señor llaman, cuando ansí la entran a saludar, *Pocaxa* (?) *intichuri capac coya huacchacuyac* (*b*), quc dice «Hija del Sol, e sola reyna amigable a los pobres»; y esta tal señora ha-

bía de scr de padre e madre derechamente señor e deuda del Inca, sin que en ella hubiese raza ni junta de *Guaccha Conccha*, que es lo que ya habéis oído. Y esta tal señora recibía el Inca por mujer principal suya el día que tomaba la borla del Estado e insinia real, e los hijos que ansí en esta tal señora había, se nombraban *Pihuichuri*, que dice, como si dijésemos hijos legítimos; y el mayor destos era señor del Estado y heredero legítimo; e si acaso fuese que el Inca muriese dejando este tal niño que no supiese gobernar, hacíanle (*c*) Señor, e poníanle la borla en la cabeza, aunque este tal estuviese mamando, e llamábanle al tal niño *Guayna Capac*, que dice «mancebo rey», aunque los que construyen este nombre, no entendiendo lo que quiere decir, (dicen) que dice *mancebo rico*, porque habrán de saber, que *Capa*, siendo postrera, dice *rico*, y *Guaina* dice *mancebo; e si dijera* este nombre *Capa Guaina*, dijera *mancebo rico;* más dice *Guaina Capac*, con *c* postrera, que dice *mancebo rey*.

E ansí mesmo construyen otro nombre los que no lo entienden, que dice mancebo (*a*) *Viracocha*, que quiere decir y podremos tener, dice *Dios*, porque este nombre nombran ellos al que dicen e tienen que fué el *Hacedor;* e como los españoles viniesen a esta tierra y ellos viesen gente muy agena de su ser, como la historia adelante os contará, llamáronlos a todos y a cada uno por sí, *Viracocha;* y queriendo construir este nombre los que les parecía que iban entendiendo el hablar, parábanse a pensar y imaginar que *vira* quiere decir en esta lengua «manteca» y *cocha* dice «mar», todo lo cual declaraban e decían que quería decir «manteca de la mar», y «espuma de la mar»; lo cual no quiere decir aquello, sino propiamente *Dios*. Y ansí cuando los españoles vinieron a esta tierra, los llamaron deste nombre e tuvieron por dioses.

E volviendo a nuestra historia, a este tal niño señalábanle sus ayos y gobernadores, los cuales gobernasen todo el tiempo que viesen que no era de edad para gobernar; e si el Inca, después de haber recibido a esta por mujer, o antes desta, tuviese otras cincuenta mujeres hermanas y deudas suyas, porque ansí era su costumbre de tener a todas sus hermanas por mujeres, los tales hijos que en estas había, no heredaban ninguno destos su estado, si no fuese el hijo de la tal *Pihui*, mujer legítima, que ellos dice. Y si caso fuese que esta tal no hobiese el Inca en ella hijos, o la tal pariese hijas, en el tal caso el Estado se daba, por fin de los días del Inca, al hijo mayor que ansí hobiese habido en cualquiera de las otras mujeres sus hermanas o deudas, como viesen que el tal mostraba en sí sér e capacidad para rigir y gobernar su reino e república; e si no era tal cual debiese, escogían entre sus hermanos el que mejor les parecía que los podría gobernar, e a este tal e con este tal daban e casaban la tal su hermana, en la manera que ya habéis oído, que ansí su padre había habido en la tal *Pihuihuarmi* o mujer principal, a la cual tenían e respetaban, ansí los señores de la ciudad del Cuzco como los demás señores de toda la tierra, como a su tal reina e señora principal de todos ellos.

E volviendo al propósito del repartir de la ciudad e casas della, Inca Yupanqui las repartió en la manera que habéis oído, tomando él para sí en ella las casas e solares que ansí vió que le bastaban. Y esto ansí hecho, mandó, que porque no hubiese en esta ciudad mezcla de otras gentes ni generación, sino fuese la suya y de sus orejones, porque esta ciudad tenía él que había de ser la más insigne ciudad de toda la tierra, y aunque todos los demás pueblos habían de servir e reverenciar, según que antiguamente fué nuestra Roma; que los del linaje de Allcahuiza (*a*), el cacique señor que Manço Capac halla-

ra poblado en aquel sitio, según que ya la historia os ha contado, que estos tales poblasen allí junto al Cuzco, casi dos tiros de arcabuz de la ciudad; e ansí poblaron; a los cuales dió Inca Yupanqui favor y ayuda para que les ayudasen a hacer sus casas; el cual pueblo, después que lo tuvieron hecho y acabado, mandó Inca Yupanqui que se nombrase este pueblo Cayaucachi; en ansí, estos de Allcahuiza (*a*) fueron echados de la ciudad del Cuzco, e ansí quedaron subjetos e avasallados; los cuales podrían decir que les vino güesped que los echó de casa.

———

CAPITULO DECIMOSEPTIMO

EN QUE TRATA DE CÓMO LOS SEÑORES DEL CUZCO QUISIERON QUE INCA YUPANQUI TOMASE LA BORLA DEL ESTADO, VIENDO SU GRAN SABER E VALEROSIDAD, Y EL NO LA QUISO RESCEBIR, PORQUE SU PADRE VIRACOCHA INCA ERA VIVO, E SI NO FUESE POR SU MANO, QUE NO LA PENSABA RESCEBIR; E CÓMO VINO SU PADRE VIRACOCHA INCA Y SE LA DIÓ; E DE CIERTA AFRENTA QUE DESPUES DESTO HIZO A SU PADRE VIRACOCHA INCA, E DE LA FIN E MUERTE DE VIRACOCHA INCA.

Después de haber Inca Yupanqui dado e repartido la ciudad del Cuzco en la manera que ya habéis oído, puso nombre a todos los sitios e solares, e a toda la ciudad junta nombró *Cuerpo de Leon,* diciendo que los tales vecinos y moradores dél eran miembros del tal León, y que su persona era la cabeza dél. E como los tales señores de la ciudad hubiesen visto las grandes y crecidas mercedes que les había hecho e cada día les hacía, e considerando ellos que si (*a*) su gran sabiduría y el celo grande que ellos en él conocían que tenía del bien de su república, andaban imaginando todos ellos juntos y cada uno por sí, cómo lo hiciesen un servicio señalado, del cual servicio él

fuese dellos bien servido y a él fuese agradable. Para lo cual todos ellos se juntaron un día, en la cual junta ordenaron e concertaron que el servicio que le debían hacer era ponerle la borla del Estado e insignia de rey que ellos tenían, según era su usanza e costumbre antigua, e darle otro nuevo nombre. Todo lo cual ansí hecho e acordado por ellos, se salieron muy alegres, pensando que habían acordado con que el Inca le fuese agradable; y esto ansí acordado, se salieron todos e se fueron, ansí todos juntos como estaban, a la casa del Inca; al cual hallaron que no estaba ocioso, el cual estaba pintando e debujando ciertas puentes y la manera que (*b*) habían de tener, e como habían de ser edificados; y ansí mesmo debujaba ciertos caminos que de un pueblo salían y iban a dar a aquellas puentes e ríos. Como esto fuese ageno del entender de aquellos señores, que quisiesen ver este debujo, luego que llegaron do el Inca estaba, después de le haber saludado y hecho su debido acatamiento, le preguntaron ¿qué era aquello que ansí debujaba? A los cuales respondió, como los vió ansí venir a todos juntos, todos los cuales habían entrado muy alegres delante dél: «Decime vosotros, ¿qué demanda t aeis todos juntos e a que venís, que me parece que venís alegres? ¿Qué es esto que me preguntais? Cuando sea tiempo, yo os lo diré e mandaré que ansí se haga y a cada uno de vosotros, en la suerte que ansí le cupiere; e no me lo torneis a preguntar, porque, como ya os digo, yo os lo diré; que ya habreis entendido de mí, que cuanto ha que de aquí salió mi padre, que yo no (he) entendido sino ha sido en cosas que os convengan e más bien o sea vuestro; lo cual, tened de mi, que todo el tiempo que yo viviere, siempre haré y acostumbraré a hacer».

Los señores le rendieron gracias por ello e le rogaron que ansí lo hiciese, e por ellos mirase; y el Inca les dijo

que le dijesen a lo quc vcnían, y que luego sc volviescn, porque le hacían perder el tiempo. Y ellos le dijeron, que a lo que ellos allí habían (*a*) venido, era a rogalle que les dijese qué cúando pensaba tomar la borla del Estado, porquc les parecía que era ya tiempo; e que ellos querían dar orden e proveer los menesteres e cosas que para ello cran necesarias, e para la ficsta e ceremonias e ayunos que en tal caso ansí se habían de hacer. E como el Inca esto oycse, dicen que se rió e dijo: que estaban muy lejos, e que sus pensamientos dellos estaban muy atras de do el suyo iba caminando, e que ellos pasaban muy adelante al suyo, el dellos: que, al presente, que no gastasen tiempo con sus pensamientos en semejante cosa, porque (*a*) ellos hacía saber, que mientras su padre viviese, él no pensaba ponerse tal cosa en su cabeza, porque él pensaba que su padre había de dar la tal borla a su hijo Inca Urco después de sus días, la cual él pensaba írsela a quitar de la cabeza, e la cabeza juntamente con ella, por las palabras que su padre le había dicho, que fueron, que pisase Inca Urco las insignias del Chanca Uscovilca, que él venciera; e que les prometía de no tomar la tal borla mientras su padre viviese, si no fuese en tal manera, o si no fuese que su padre viniese a la ciudad del Cuzco a se la poner él de su mano en su cabeza, e de aquella manera, que él la acetaría. Que él les agradecía la voluntad que para aquello ellos le habían mostrado, e que les juraba, que él les satisfaría la deshonra que su padre les hiciera a ellos y a su ciudad en desampararla. Y restituyendo el cual juramento, hizo en esta manera: que tomó un vaso de chicha en sus manos, e vaciólo por el suelo, diciendo, que su sangre fuese derramada bien ansí como él había vaciado aquel vaso dc chicha por el suelo, si él de la tal afrenta no tomaba satifación de su padre, e haciéndole a su persona otra tal cual él a ellos les hiciera (e) a su ciudad. A todo lo

cual, conociendo de Inca Yupanqui aquellos señores su voluntad, para en lo que tocaba a lo que ellos habían venido, viéndole enojado no le respondieron a aquella cosa. E luego les dijo, ¿qué si querían otra cosa?, si nó que se fuesen. E los señores le respondieron que no habían venido a otra cosa más de aquello que le habían dicho.

E ansí, se salieron estos señores e se tornaron a juntar como de antes habían hecho; en la cual junta platicaron cómo diesen orden para que Inca Yupanqui tuviese la borla del Estado que ellos tanto deseaban. E ansí, acordaron dellos por sí y en nombre dellos mismos, de enviar sus mensageros a Viracocha Inca, por los cuales le enviasen a rogar que tuviese por bien de venir a la ciudad del Cuzco, haciéndole saber el nuevo edificio della, el cual se holgaría de ver; e por les hacer a ellos merced y contentamiento, tuviese por bien de dar a su hijo Inca Yupanqui, de aquella venida que ansí viniese, la borla del Estado, pues él se había desistido della e dicho a los caciques que a verle habían ido, que él se disistía della e la daba a su hijo Inca Yupanqui, para que de allí adelante la tuviese e fuese puesta en su cabeza por ellos; lo cual no había querido hacer por le tener el respeto como a su padre.

Y esto ansí acordado por los señores de la manera que habéis oído, enviaron sus mensajeros a Viracocha Inca donde estaba poblando en su peñol; el cual Viracocha Inca, como viese la embajada que los señores le enviaban, vino a la ciudad del Cuzco; la cual venida, como fuese sabida por el Inca, salióle a rescebir al camino, e saludóle como a su Señor y padre; e ansí entraron entramos juntos en la ciudad. Y viendo Viracocha Inca la ciudad tan bien obrada y edificada e los edificios della, e supo (*a*), la orden y gobierno que Inca Yupanqui en ella había puesto, ansí de los depósitos como de lo demás, tocante al bien de su república, y el amor que todos le tenían,

ansí los de la ciudad como los demás caciques y señores, por el buen gobierno con que los gobernaba y mercedes que él ansí les hacía, en presencia de todos los señores del Cuzco y caciques que allí estaban, viendo la suntuosidad que representaba la ciudad e sus edificios, dijo Viracocha Inca a Inca Yupanqui: «Verdaderamente, tu eres hijo del Sol, yo te nombro rey y señor». Y tomando la borla en sus manos, quitándola de su misma cabeza (*b*). Y era una costumbre entre estos señores, que cuando aquello ansí se hacía, el que la tal borla le ponía en la cabeza al otro, juntamente con ponérsela, le había de nombrar el nombre, el cual había de tener allí adelante. E ansí, Viracocha Inca, como le pusiese la borla en la cabeza, le dijo: «Yo te nom-« bro, para de hoy más te nombren los tuyos e las demas « naciones que te fueren sujetas, *Pachacutec* (*c*) *Yupanqui* « *Capac, Indichuri*»; que dice: «Vuelta de tiempo, Rey Yupanqui, Hijo del Sol».—El *Yupanqui* es el alcuña e linaje de do ellos son, porque ansí se llamó Manco Capac (*d*), que por sobrenombre tenía *Yupanqui*.

E ansí nombrado Inca Yupanqui por rey y señor, en presencia de los que allí estaban, Inca Yupanqui mandó que fuese allí traída una olla que fuese usada, e que ansí como (*a*) la hallasen en la casa de do sacasen la tal olla, sin más lavar, sino que ansi como estuviese, se la trujesen; e siendo ansí traida, mandó que la inchiesen allí de chicha, ansí sucia como estaba, e siendo ansí llena mandó que la diesen a su padre Viracocha Inca, al cual mandó que ansí la tomase e ansí mismo la bebiese, sin dejar en ella cosa (gota?).

E visto por Viracocha Inca lo que ansí le era mandado por el nuevo Señor, tomóla, e sin le responder cosa ninguna, bebió la tal chicha, e luego que la hubo bebido, se abajó e inclinó a él, e le pidió perdón. Al cual el nuevo Señor respondió, que él no tenía de qué perdonarle, que

si lo decía por la gente que le había echado para le matar, cuando le había ido a ver, que de aquello él estaba bien satisfecho; que aquello no lo había él hecho sino en nombre de la ciudad del Cuzco e de aquellos señores que allí estaban presentes, por haber hecho sus cosas como mujer, y pues lo era, que no debía él beber sino en semejantes ollas, como aquella en que había bebido. A todo lo cual el Viracocha Inca estaba en el suelo, e inclinaba la cabeza para él, e respondiendo de cuando en cuando a lo que ansí el nuevo Señor le decía *chocayun*, que dice: «¡Mi cruel padre!» e «yo conozco mi pecado» (*b*).

E luego le hizo levantar y llevóle consigo a su casa, donde le aposentó suntuosamente; e luego comieron los dos juntos, e de allí adelante procuró el nuevo Señor de le hacer toda honra y placer e contentamiento.

E luego los señores del Cuzco dieron orden en el proveimiento que era necesario para las fiestas e sacrificios e ayunos que el Inca había de hacer, e la su tal mujer que en aquella fiesta había de rescebir. E siendo ansí hecho e proveido, el Inca se metió en un aposento, cual para aquello era señalado, e su mujer e suegra fueron metidas en otro, los cuales estuvieron ayunando, que no comían sino maíz crudo e beber chicha, diez días; e lo mismo ayunaban los deudos dél e della, aunque andaban por la ciudad. Mediante los cuales días, los señores del Cuzco hicieron muchos y muy grandes sacrificios a todos los ídolos y guacas que estaban en torno de la ciudad, en especial en la Casa del Sol, do fueron sacrificados gran suma de ganados, ovejas, corderos e venados, e de todos los demás animales que para aquella fiesta pudieron haber; de muy mucha suma de aves, como son águilas, halcones, perdices, avestruces, e de todas las demás aves bravas que pudieron haber, hasta patos e otras aves domésticas; e otros muchos animales, tigres, leones, gatos

monteses, excepto zorras, porque con las tales tienen odio e mal querencia,que si las ven cuando en estas fiestas semejantes están, los que ansí entienden en hacer estos sacrificios, lo tienen por mal agüero. Ansí mesmo, fueron sacrificados muchos niños y niñas, a los cuales enterraban vivos, muy bien vestidos e aderezados, los cuales enterraban de dos en dos, macho y hembra; e con cada dos destos enterraban muchos servicio de oro y plata, como eran platos y escudillas y cántaros, ollas y vasos para beber, con todo los demás menesteres que un indio casado suele tener, todo lo cual era de oro y plata; e ansí enterraban estos niños con todos estos ajuares, los cuales eran hijos de caciques y principales. Y mientras estos sacrificios se hacían, todos los de la ciudad estaban en grandes fiestas y regocijos en la plaza de la ciudad.

Y estos días pasados, los padres de la moza e los demás deudos iban al Inca llevándole la tal mujer delante de sí, vestida de ropa fina tejida de oro y plata fina, los cuales vestidos iban presos por la parte de arriba y junto al pezcuezo, con cuatro alfileres de oro de a dos palmos de largo cada uno, los cuales suelen pesar dos libras de oro; y en la cabeza puesta una cinta de oro tan ancha como un dedo pulgar, que casi quiere parecer corona; e ansí mesmo llevaba fajada por la cintura una faja tejida con lana fina e oro, en la cual faja iban muchas y diversas pinturas. Llevaba por cobertor otra manta pequeña, ansí mismo tejida de oro y plata fina, e de diversas labores, según su uso de vestido; llevaba calzados en los pies unos zapatos de oro según su usanza, las ataduras de los cuales son ansímismo de oro; la cual iba muy limpia e peinada e aderezada. E como ansí llegasen do el Inca estaba, los sus padres e deudos rogaron al nuevo Señor Pachacuti Inca Yupanqui, que tuviese por bien de recebir por mujer la tal su hija e deuda; e el nuevo Señor,

como viese que era cosa que le convenía e a él perteneciente, dijo que la recebía por la tal mujer; e luego allí mandó a los señores del Cuzco que allí eran, que la recebiesen por la tal su Señora; e luego los padres de la tal Señora le rindieron gracias, e los señores del Cuzco la recebieron por la tal su Señora; a la cual, luego allí se levantó Viracocha Inca, padre del nuevo Señor, e la abrazó e besó en un carrillo, e lo mismo hizo ella a él; y esto hecho, la hizo gracia y donación de ciertos pueblos pequeños que allí en torno tenía de su patrimonio. Y luego el Pachacutec (*a*) y nuevo Señor abrazó e besó la tal su esposa e mujer, e dióla e ofrecióla cien mamaconas, mujeres para su servicio; e luego fué llevada de allí a las Casas del Sol, la cual hizo allí su sacrificio, y el Sol la dió, e su mayordomo en su nombre, otras cincuenta mamaconas. E salida de allí, e siendo ya en las casas del Inca, los Señores de la ciudad le fueron a ofrecer sus dones, los cuales le sirvieron de mucho servicio de oro e plata, como son cántaros de oro y de plata, pequeños e grandes, e platos y escudillas y ollas y basos para su beber, e mucho servicio de yanaconas, que pasaron de más de doscientos.

Y esto ansí hecho, e siendo las fiestas acabadas, Viracocha Inca dijo a su hijo que ya era tiempo de ser volver a su pueblo, porque en las fiestas y regocijos que se habian hecho, (se había) tardado tres meses, en el cual tiempo él había estado siempre allí. El Pachacuti le dijo que se fuese cada y cuando que quisiese; y siendo proveido por Inca Yupanqui todo lo necesario, ansí de bastimento como de todo lo demás de quél tuviese necesidad en su pueblo, se partió Viracocha Inca; al cual rogó Inca Yupanqui, que siempre que hubiese fiestas el Cuzco, se viniese hallar en ellas, y él dijo que lo haría; el cual cada y cuando que fiestas había en la ciudad, siempre venía él a hallarse en ellas. El cual Viracocha Inca,

dende a diez años de la coronación de Pachacuti Inca Yupanqui, estando en su pueblo del peñol llamado Cagua-Xaquixahuana (*a*), que es por cima del pueblo de Calca, siete leguas de la ciudad del Cuzco, holgándose y regocijándose, enfermo de cierta enfermedad, de la cual, en cuatro meses que enfermó este señor Viracocha Inca, murió; el cual murió siendo de edad de ochenta años.

Al cual, después de muerto, Inca Yupanqui le honró muy mucho, haciendo traer su cuerpo en andas bien adornado, bien ansí como si fuera vivo, a la ciudad del Cuzco, cada e cuando que fiestas había, haciendo honrar y respetar su persona a los señores del Cuzco e a los demás caciques, bien ansí como si fuera vivo; delante del cual bulto hacía sacrificar e quemar muchas ovejas e corderos, e ropa, e maíz, e coca, e derramar muy mucha chicha, diciendo, que el tal bulto comía, e que era hijo del Sol, e que estaba con él en el cielo. E hizo hacer muy muchos bultos, y tantos, cuantos señores habían sucedido desde Manco Capac hasta su padre Viracocha Inca; e ansí hechos,mandó que se hiciesen ciertos escaños de madera muy galanamente labrados y pintados, en las cuales pintaduras fueron pegadas muchas plumas de diversos colores. Y esto ansí hecho, mandó este Señor que todos estos bultos fuesen asentado en los escaños, juntamente con el de su padre, a los cuales mandó que todos acatasen y reverenciasen como a ídolos, e que ansí, le fuesen hechos sacrificios como a tales. Los cuales fueron puestos en sus casas, y cada y cuando que algunos señores entraban a do el Inca estaba, hacían acatamiento al Sol, y luego a los bultos, y luego entraban a do el Inca estaba y hacían lo mismo.

Para el sacrificio de los cuales bultos señaló y nombró cierta cantidad de *yanaconas e mamaconas*, y dióles tierra para en que sembrasen y cojiesen para el servicio des-

tos bultos; y ansímismo señaló muchos ganados para los sacrificios que ansí se le debían hacer; y este servicio e tierras y ganados dió e repartió a cada bulto por sí, y mandó que se tuviese gran cuidado de continuamente, a la noche y a la mañana, de dar de comer y beber a estos bultos e sacrificarlos; para lo cual mandó e señaló que tuviesen cada uno destos un mayordomo de los tales sirvientes que ansí les señaló; e ansi mismo mandó a estos mayordomos e a cada uno por sí, que luego hiciesen cantares, los cuales cantasen estas mamaconas e yanaconas en los loores de los hechos que cada uno destos Señores en sus días ansí hizo, los cuales cantares ordinariamente todo tiempo que fiestas hubiese cantasen cada servicio de aquellos por su orden y concierto, comenzando primero el tal cantar e historia e loa los de Manco Capac; e que ansí, fuesen diciendo las tales mamaconas e servicio, cómo los Señores habían sucedido hasta allí, y que aquella fuese orden que tuviesen desde ahi adelante, para que de aquella manera hubiese memoria dellos y sus antigüedades. Los cuales yanaconas e servicio Inca Yupanqui mandó que tuviesen sus casas e pueblos y estancias en los valles y pueblos en torno de la ciudad del Cuzco, y que éstos y sus descendientes tuviesen siempre cuidado de servir aquellos bultos, a quien él los había dado e señalado. Todo lo cual fué ansí hecho desde entonces hasta el día de hoy, que lo hacen oculta e secretamente, e algunos público, porque los españoles no entienden lo que es. Y estos tales bultos tienen metidos en orones, que son trojes en que acá se echa el maíz e la demás comida, y otros en ollas y en tinajas grandes, y en huecos de paredes, y desta manera no los pueden topar.

A los cuales bultos Inca Yupanqui mandó, cuando ansí los mandó poner en los escaños, que les fuesen puestas en las cabezas unas diademas de plumas muy galanas,

de las cuales colgaban unas orejeras de oro; y esto ansí hecho, mandó que las pusiesen ansí mismo en las frentes, a cada uno destos bultos, unas patenas de oro, e que siempre estuviesen dos mamaconas mujeres con unas plumas coloradas largas en las manos e atadas unas varas con las cuales oxeasen las moscas que ansí (en) los bultos se sentasen; el servicio de los cuales e que ansí se hiciese a estos (*a*), bultos, fuese muy limpio; e que las mamaconas e yanaconas, cada e cuando que delante destos bultos pareciesen a le servir y reverenciar, e otros cualquier que fuesen, viniesen muy limpios e bien vestidos, e con toda limpieza e reverencia e acatamiento estuviesen delante destos tales bultos. E desta manera, hizo este Señor en esto dos cosas: la que hizo que sus pasados fuesen tenidos y acatados por dioses, e que hubiese memoria dellos; lo cual hizo porque entendía que lo mismo se haría dél después de sus días.

———

CAPITULO DECIMOOCTAVO

En el cual se contiene cómo Inca Yupanqui Pachacuti juntó los suyos, en la cual junta les mandó que todos se aderezasen con sus armas para cierto día, porque quería ir a buscar tierras e gentes que ganar e conquistar e sujetar al dominio e servidumbre de la ciudad del Cuzco; e cómo salió con toda su gente e amigos, e ganó e conquistó muchos pueblos e provincias, e de lo que en la tal jornada le acaeció a el y a sus capitanes.

Ya que Inca Yupanqui se vido Señor, en la orden y manera que ya la historia os ha contado, e que ya no tenía que entender en edificio de la ciudad, después de se haber holgado con los suyos, mandó que todos los señores de la ciudad del Cuzco e los demás caciques y principales se juntasen en la plaza, los cuales ansí fueron juntos. E siendo allí todos, díjoles, que él tenía noticia en torno de aquella ciudad había mucha y muy gran cantidad de pueblos y provincias, e para él, que tenía fuerzas, que era mal vivir con poco; que tenía pensado y ordenado de se partir de aquella ciudad de allí en dos meses, a buscar,

adquirir e sujetar los tales pueblos y provincias a la ciudad del Cuzco, e quitar los nombres que cada señorcillo de los tales pueblos e provincias tenían de *Capac*, e que no había de haber sino solo un *Capac*, y que ese lo era él; y que si caso fuese que, andando en la tal conquista, él topase algún señor con quien él probase sus fuerzas, y le sujetase, que él holgaría de le servir, de lo cual él no tenía temor, porque el Sol, como ya vían, era con él; para la cual jornada tenía necesidad de cien mill hombres de guerra, que para aquellos dos meses se los tuviesen juntos en aquella ciudad del Cuzco, con sus armas y los demás proveimientos que necesario les fuese para la tal jornada. A lo cual le respondieron, que ellos estaban prestos de le dar la tal gente y servir con ella, y que ansí mismo harían con sus personas; que le rogaban que consigo los quisiese llevar, e que fuese su voluntad de les dar espacio de tres meses, porque tenían necesidad de tal tiempo para hacer la tal gente.

E Pachacuti Inca Yupanqui holgó dello, mandándoles que en sus tierras dejasen todo recaudo de principales e mayordomos, los cuales echasen en el río, cada uno de los orejones del Cuzco, ciertos vasos de chicha, e que ansímismo le diesen los tales orejones otros ciertos vasos de chicha, finjiendo que bebían con las aguas. Porque habrán de saber, que tienen una costumbre y manera de buena crianza estos señores e todos los demás de toda la tierra, y es, que si un señor o señora va a cada de otro a visitalle o a velle, ha de llevar tras sí, si es señora, un cántaro de chicha, y en llegando a do está aquel señor o señora a quien va a visitar, hace escanciar de su chicha dos vasos, y el uno bebe el tal señor que visita y el otro se bebe el tal señor que la chicha da; y así beben los dos; y lo mismo hace el de la posada, que hace sacar asímismo otros dos vasos de chicha, y da el uno al que ansí le a

venido a visitar, y él bebe el otro. Y esto hácese entre los que son señores, y esta es la mayor honra que entre ellos se usa; y si esto no se hace cuando se visitan, tiénese por afrentada la persona que ansí va a visitar al otro y esta honra no se le hace de dalle a beber, y excúsase de no le ir más a ver; y ansímismo se tiene por afrentado el que da a beber a otro y no lo quiere rescebir. Ansí que, quando este sacrificio que habéis oído hacen a las aguas, dicen que beben con ellas, que echan un vaso de chicha en el rio y el que ansí le echa bébese el otro.

E ansímsmo mandó Inca Yupanqui que, cuando este sacrificio se hiciese, fuesen dos señores del Cuzco, yendo el uno por una parte del río y el otro por la otra, los cuales llevasen consigo cada uno por sí, cada diez indios e los que más quisiese, los cuales indios llevasen unos palos largos en las manos, para que si las tales cosas que fueran sacrificadas en el río se parasen en la agua a vera de los indios, con sus palos las echasen al medio, para que las aguas las llevasen; e que estos señores que estos indio llevasen para que echasen al medio del río las tales cosas e sacrificios, fuesen por las veras del río treinta leguas el río abajo, porque en parte ninguna no parasen. Y porque viesen que ya la tierra daba fruto mediante las aguas, mandó que fuesen, en aquel mes que este sacrificio se hiciese, por toda la tierra, e que para aquel dia señalado trujesen (de) todas sus tierras toda la más cantidad de comida que en ese tiempo apuntase a zasonar e que se pudiese comer, la cual comida se pusiese en medio de la plaza del Cuzco, e de allí fuese repartida, en toda la ciudad, para que el común entendiese que, mediante el sacrificio que ansí a las aguas se hacía e mediante ellas, la tierra daba frutos de que todos participaban e se sustentaban. La cual fiesta se mandó hacer por este Señor en este mes que ya habéis oído, siendo de

mediado a la luna llena; y en este mes que ya habéis oído se hiciese, la tal fiesta e sacrificio duraba cuatro días. E al mes de octubre nombró este señor *Omaraimiquis* (*a*). (51). En este mes no constituyó que se hiciese ninguna fiesta en la ciudad, si no fuese la de Oma, en su pueblo, que es legua y media de la ciudad; a los cuales hizo merced, y a los Ayarmacas, y a los Quivios (Quizcos), y a los tambos que se pudiesen oradar las orejas, con tal que no se cortasen los cabellos, porque se conociesen que eran súbditos del Cuzco; porque los orejones dél (que) eran los señores y los que lo habian de ser en toda la tierra, tenían tusado el cabello y aguzadas las cabezas para arriba, por la cual señal habian de ser conocidos por toda la tierra cada y cuando que del Cuzco saliesen e por ella pasasen. Al mes de noviembre llamó este Señor *Cantarayquis* (*b*), (52). En este mes comienza a hacer la chicha que han de beber en el mes de diciembre y enero, do comienza el año, y hacen la fiesta de los orejones, según que la historia os ha contado.

A los cuales meses Inca Yupanqui nombró en la manera que ya habéis oído, y diciendo a estos señores que cada al mes destos tenía treinta días, y que el año tenía trescientos y sesenta; y porque andando el tiempo no perdiesen la cuenta destos meses y los tiempos que había de sembrar y hacer las fiestas, que ya les había dicho que había hecho aquellos *pachaunanchac*, que dice relojes, los cuales había hecho en estos diez días que se tardó no les querer declarar lo que ya habéis oído; los cuales relojes es desta manera: Que todas las maña-

(51). *Amaraimi*, en Molina, *Ayasmaca Raymi*, o *Ayarmaca Raymi*, o sea fiesta de la región de los Ayar. Véase la nota nº. 157 de la obra de Molina, p. 58.

(52). *Cantaraiquis*, para Molina, *Capac Raymi*, la gran fiesta. Op. cit., p. 60.

nas e tardes miraba el sol en todos los meses del año mirando los tiempos del sembrar y cojer, y ansímismo cuando el sol se ponía; y ansímismo miraba la luna cuando era nueva e llena e menguante; los cuales relojes hacía hacer encima de los cerros más altos a la parte do el sol salía y a la parte donde se pone......................
....

———

NOTAS

Pág.

(a). Todo lo que en este epígrafe se anuncia desde la vuelta del Inca Yupanqué al Cuzco, falta en el texto del capítulo. Debió ser distracción de Betanzos, porque, según su historia, Viracocha no muere ni debe morir hasta el cap. XVII.

Pág. 77

(a) *Yamque o Yamqui* es nombre que equivale a título de alta y rancia nobleza; pero aquí creo que lo puso el copiante por equivocación en lugar de *Inca.*

Pág. 82

(a) Aunque en todo el MS que nos sirve de original se halla este nombre escrito constantemente *Contitiviracocha*, nosotros seguimos a la mayoría de las autoridades en la materia, que escriben *tiri, tici, ticci, tirci y ticsi.* Bien es verdad que la segunda *t* del titi de Betanzos, puede ser una *tz* o *t* suave, como la de los vascongados e ingleses.

Pág. 87

(a) Así por *Cacha.*

Pág. 88-89

(*a*) Entiéndase reparto del botin.

(b) Estos capítulos I y II trasladó, mudando el estilo, el P. Gregorio García en el capítulo VII del libro último de su *Origen de los Indios del Nuevo Mundo.*

Pág. 97

(*a*) En n. orig. se halla escrito constantemente *Chincha Roca.*

Pág. 98

(*a*) *Pagado en* n. orig.

Pág. 101

(*a*) O *Macma.*
(*b*) *Yanalvica*, en n. orig.
(*c*) *Pacauray*, en n. orig. .
(*d*) *Pucaray*, en n. orig.

Pág. 102

(a) Antes *Rapa*; la forma de ahora debe ser efecto de la conjunción y.
(b) Antes *Teclovilca*. Este *Toquello* (no será *Tocllo* o *Tullu*?
(c) *Obtuviese*, en n. orig.

Pág. 103

(*a*) Aquí falta algo, como en su *junta o congregación.*

Pág. 104

(*a*) En n. orig. *Cagua xaque xaguana*.Yo interpreto *Cagua o Caqua*, *Caca*, piedra, peñasco, peñol, risco; aunque más adelante (cap. IX) lo escribe de modo que hace dudosa esta interpretación, y es más posible que la primera parte de la palabra sea *Y-ucai*, y el autor se refiera, por tanto, a los edificios que en el valle de este nombre dice Garcilaso que construyó Huiracocha.

Puede ser también *Cahua Xaquixahuana*, pero no he leído ni oído nunca este nombre de pueblo. Tampoco me extrañaría que dijese *Calca Xaqui Xaguana*, en razón de estar el peñol junto a *Calca*.

(b) Aquí *Vicaquirao*, pero más adelante *Viquirao*, que creo es su verdadero nombre. Otros escriben *Vecaquéroa.*

Pág. 105

(a) *Muro Uonga* en n. orig.

Pág. 108

(*a*) Así en n. orig.; pero evidentemente debe decir *Inga o Inca o Inca Yupanqui.*

Pág. 110

(a) ¿No diría *hallamos* en el original?
(b) *Confiaba* en n. orig.

Pág. 111

(a) Parece que debería decir: *era justo.*

Pág. 114

(*a*) *Quien*, en n. orig.

Pág. 116

(*a*) Con duda interpretamos lo que se lee en n. orig. *Acucapa yuga aucaguita atixullac xaymocran quihenia punchaopi.*
(b) *Huyendo*, en n. orig.

Pág. 125

(a) En los diccionarios quichuas esta voz de ataque es *Chaya-Chaya*.

(b) *Tirandole*, en n. orig.

Pág. 128

(*a*) En el cap. VI. va escrito este nombre de otra manera.

Pág. 132

(*a*) Por perfumar. Problablemente sería uso de los *chancas* ungirse o darse olor en el cabello con algún aceite o especie de pomada.

Pág. 136

(*a*) *Repartieron*, en n. orig.

Pág. 140

(*a*) *Requipa*, en n. orig.

Pág. 142

(*a*) O *Sallu*, más propiamente. En el cap. XVI lo escribe de otro modo, *Saluoma* (*Sallu Uma*).

Pág. 145

(*a*) *Xutas*, en n. orig.

(*b*) *Manchas*, en n. orig.

Pág. 149

(*a*) En el epígrafe y en casi todo el texto del presente capítulo usó el copista equivocadamente del verbo *reparar* por el de *repartir*.

Pág. 150

(a) *Mandado*, en n. orig.

(b) *Con*, en n. orig.

Pág. 152

(*a*) No entiendo esta palabra, como no venga de *chapascca*, cosa poseída y hecha propia, que se aplicaba principalmente a los terrenos baldíos.

Pág. 153

(*a*) Así en n. orig. ¿Qué palabra habrá dado lugar a este gazafaton del copiante?

Pág. 156

(*a*) *Colcidelon*, en n. orig.

(*b*) *Machina*, en n. orig.

Pág. 157

(*a*) *Machina* en n. org.

Pág. 161

(*a*) Así. ¿No será k*quepi*, avíos?

Pág. 164

(*a*) Así en n. orig; quizá debiera decir, *por los de todas las ciudades de la tierra* (de su imperio, se entiende).

(*b*) Así en n. orig. *¿regocijaba*?

Pág. 165

(*a*) *Del*, en n. orig.

(*b*) *Guacha y Coya*, en n. orig.

(*c*) *Padres*, en n. orig.

Pág. 166

(*a*) No doy con esta palabra,que debe estar notablemente alterada por el amanuense o no ser de la lengua quichua. Pero es de notar, que uno de los sitios donde se practicaba cierta ceremonia de esta prolongada fiesta del horadar de las orejas, se llamaba *Calispucquiu* o sea *fuente o manantial* (*pucquiu*) *de Calis*.

Pág. 168

(*a*) *Avaqui* en n. orig.

Pág. 169

(*a*) Suplimos esta frase,imitando el monótono estilo que Betanzos empleaba en su traducción, y seguros de no equivocarnos en su parte sustancial,porque la tomamos de otros autores que tratan de esta ceremonia del *huarachicuy*.

(*b*) *Trecho*, en n. orig.

Pág. 170

(*a*) *Calixpuqũco*, en n. orig.

(*b*) Pero no se entienda por el vaso así llamado; porque *Calix* o es nombre propio mal escrito, o corrupción de *Callis*,que alguien traduce esforzado, valeroso. También pudiera ser este calix el cantarillo especial de chicha usado en estas ceremonias, y haber dado su nombre a la fuente.

(*c*) Es decir,con el fruto, que es a modo de los higos chumbos o de pala,, llamado *coco o quizco* (*Cereus peruvianus*)

Pág. 171

(*a*) *Sinó*, en n. orig.

Pág. 174

(*a*) Más propiamente, *señalador del tiempo*.

(*b*) *Pucorquillame*, en n. orig.

(*c*) *Allapocoyquis*, en n. orig.

(*d*) *Pachapocoyquis*, en n. orig.

Pág. 174
(*e*) *Ayngaquis*, en n. orig.
(*f*) *Aricayquesquilla*, en n. orig.

Pág. 175
(*a*) *Yaguaricha ymaray*, en n. orig.
(*b*) *Caguaquil*, en n. orig.
(*c*) *Quintuya*, en n. orig.

Pág. 176
(*a*) *Carpasiquis*, en n. orig.
(*b*) *Situayquis*, en n. orig.
(*c*) *Porapuipia*, en n. orig.
(*d*) Corregimos así con toda reserva este pasaje, que dice en n. orig: *Y tras esto se ponía según do se ponía, el qual se puso* en cierto sitio,etc.

Pág. 179
(*a*) *Sallu Oma o Sallu Uma*. Antes, en el cap. XI, le llama simplemente Salu (*Sallu*)

Pág. 181
(*a*) *Betula nigra*.
(*b*) *Cereus peruvianus*.

Pág. 182
(a) El limpió e allanó, en n. orig.
(b) *Del*, en n. orig.

Pág. 183
(a) *Quilis cochevra guaranga*, en n. orig.
(b) *Piviganarme*, en n. orig.
(c) *Pocaxa yndinsus capaicoiagua echacoiac*, en n. orig.- Según la traducción que dá Betanzos, sobra la palabra *pocaxa* que no he podido encontrar en los diccionarios quichuas.

Pág. 184
(a) *Haciéndole*, en n. orig.
(b) Esta palabra parece que sobra.

Pág. 185
(*a*) *Alcavica*, en n. orig.

Pág. 186
(*a*) *Alcavica*, en n. orig.

Pág. 187
(*a*) Sobra el *que si* o está quizá por *ansi*, también.

Pág. 188
(a) *De*, en n. orig.

Pág. 189
(*a*) *Venian*, en n. orig.

Pág. 190
(*a*) Sin la palabra *supo* haría mejor sentido todo este pasaje.

Pág. 191
(a) Aquí falta lo que el lector adivinará fácilmente, es a saber: *Se la puso o la puso o la colocó en la cabeza de Inca Yupanqui.*
(b) *Pachucac*, en n. orig.
(c) *Llamaban Gocapac*, en n. orig.
(d) *Mismo*, en n. orig.

Pág. 192
(a) No acierto con la forma verdadera de *chocayun*, y dejo a la responsabilidad de Betanzos la traducción de la palabra, que nos parece algo libre, si no es que el copista omitió algunas otras que debían acompañarla. *Chucacayani*, o *Chocacayani*, por virtud de la partícula *caya*, significa estar postrado en tierra de alguna pedrada o golpe recibido; acaso aquí el golpe sea en sentido metafórico.

Pág. 194
(*a*) *Pachaqul*, en n. orig.

Pág. 195
(*a*) *Caqucaxaxraguana*, en n. orig.-V. la nota del cap., VI pág. 104.

Pág. 197
(*a*) *Ciertos*, en n. orig.

Pág. 201
(*a*) *Omarimequis*, en n. orig.
(*b*) *Cataraquis*, en n. orig.

LISTA DE LOS SUSCRITORES A LA COLECCION DE DOCUMENTOS HISTORICOS DEL PERU

Universidad Mayor de San Marcos
Facultad de Letras
Facultad de Ciencias
Facultad de Medicina
Profesores de Jurisprudencia
Sociedad Geográfica de Lima
Escuela de Ingenieros
Escuela Normal de Preceptores
Biblioteca de la Escuela Militar
Colegio de Guadalupe
Cuerpo de Ingenieros de Minas

Aljovín Dr. Miguel
Alejos C.
Aspíllaga Antero
Avendaño Leonidas Dr.
Alcántara César A.
Angulo Domingo Fr.
Alayza y Paz Soldán Francisco
Alvarado L.
Ayarza Víctor
Alayza y Roel Carlos
Antunes Cayetano
Astete y Concha Enrique

Blanco Galindo Carlos (La Paz)
Barreda y Laos Felipe Dr.
Barreto Anselmo Dr.
Beas Lizardo
Benvenutto M.
Basadre Carlos
Biblioteca Municipal de Puno
Biblioteca del Estado Mayor de Ejército
Barreto Benjamín Dr. (Buenos Aires)
Boza Ernesto G.
Bustillos Enrique
Balarezo Román
Biblioteca Ministerio Fomento
Biblioteca Pública (Arequipa)
Bonilla M. C.
British Museum

Cáceres S. A.
Cano Wáshington (Arequipa)
Castro Fr. Gregorio (Obispo)
Cornejo Mariano H. Dr.
Cáceres Zoila Aurora
Cúneo Vidal Rómulo
Cazorla José Alberto
Calvo Pérez Manuel
Cassinelli Pablo
Corta Fr. Ladislao de
Casimir Cipriano
Cossío José Gabriel Dr.
Cancino J. T. Dr.

Canaval Mansueto Dr.
Cáceres Vega Fray Inocencio Cuzco
Carbajal Ascención
Cornejo Gustavo Dr.
Concha Carlos Dr.
Contreras Simón T. (Chincha Alta)
Carcovich Aquiles
Centro Cerreño
Castro y Sánchez J. A.
Cámara de Senadores
,, ,, Diputados
Casanova Juan Antonio(Canónigo)
Calle Juan José Dr.
Club de la Unión
Club Nacional
Carmona Nicanor M.
Convento de Santo Domingo
Convento de San Francisco
Chopitea J. Ignacio
Costa y Cavero Ramón
Costa y Laurent F.

Chirif Hermanos

Dávalos Lissón Pedro
Director Colegio Alemán
Director Colegio de Guadalupe
Dávila Fernández G. Dr.

Elguera Federico
Encinas J. A. Dr.
Eguiguren Luis A. Dr.
Einfeldt Carlos
Eizaguirre R. Dr.
Escomel Edmundo Dr. (Arequipa)
Esporto Nicolás E.
Escuela Nacional de Bellas Artes
Ezeta S. M.

Falconí Teófilo Dr.
Festini Esther Dra.
Flórez Ricardo Dr.
Ferreyros Manuel O.
Facultad de Filosofía y Letras (Buenos Aires).
Fernández Concha Aurelio Dr.

García y Lastres Aurelio
Gamarra Hernandez Enrique Dr.
Gamarra Hernández Aurelio Dr.
García Calderón E.
García Salazar Arturo Dr.
García Irigoyen David Dr.
Gardini Federico
Gagliuffi Pascual
González Olaechea M. Dr.
Gamio Ignacio
Giraldo Santiago Dr.
Girón Manuel N.
Garay Juan H. (Canónigo)
Goytizolo Enrique
Gómez Teodomiro
Guzmán Alfredo

Hurtado Pedro Dr. (Párroco)
Heissler Michelsen
Herrera Genaro Dr.
Herrera Fortunato L. Dr.
Howard Carl
Haenflein Edmond Henríques

Iberico Rodríguez M.
Irigoyen Pedro Dr.
Ibarra Manuel
Izaguirre Bernardino (Rdo. P.)
Ibarra Miguel Eliseo

Jancke F.
Jerí Ricardo
Jirón Manuel

Lavalle Juan Bautista de Dr.
Lavalle y García José A. Ing.
Leguía A. (Chiclayo)
Leguía y Martínez Germán Dr.
Larco A.
La Jara y Ureta José María Dr.
Loayza Francisco A.
Library of the University of Illinois—Urbana
Loayza Miguel S. A.
Loayza Luis
López Lizardo
Luna Ricardo José
Llerena Enrique

Macnay John A.
Morales Macedo Carlos Dr.
Menéndez Julio Dr.
Means Ainsworth P.
Michelsen Carl.
Maldonado Angel Dr.
Mac-Lean Ricardo

Muro Felipe S.
Mendoza Valdemaro
Molina Wenceslao Dr.
Maccagno Luis
Morales Justo
Mackehenie y García Carlos
Ministerio de Relaciones Exteriores
Malpartida Elías
Museo de Historia Nacional
Museo La Plata (Argentina)
Molinari Diego Luis (Ministerio RR. EE. Buenos Aires)
Masías Dr.
Morossini César Dr.
Mendoza del Solar José A. (Arequipa)

Napanga Agüero C. Dr.
Northwestern University Library
Novella Andrés

Olazabal Benigno F. Dr. (Sicuaní)
Ontaneda J. M.
Olaechea Abel S.
Ocaña Antonio B.
Oviedo Pedro F. Dr.
Osma Felipe de Dr.
Ortiz de Zevallos C. L.
Ortega J. Y.
Osores Arturo Dr.
Arzobispo de Lima Iltmo. Sr.
Obispo de Huarás Iltmo. Sr.
Obispo de Trujillo Iltmo. Sr.
,, de Ayacucho Iltmo. Sr.
,, de Chachapoyas Iltmo. Sr.
Osma de Pedro Dr.

Peña Natalio (Oruro-Bolivia)
Paredes Rigoberto (Oruro)
Pimentel Carlos R.
Pazos Varela J. F. Dr.
Paz Soldán Luis Felipe Dr.
Prat Florentino Rdo. P.
Prado Mariano Ignacio Dr.
Paz Soldán Carlos E. Dr.
Pando Edelmira del
Philipps Belisario Dr.
Philipps Víctor M.
Polo José Toribio (hijo)
Portal Ismael
Pinzás Teobaldo
Portocarrero V. M.
Porras Barrenechea Raúl Dr.
Podestá Luis
Pazos Varela Hernán Dr.
Peña Barrenechea Ricardo
Peña y Prado Juan M.
Pérez Balbin Ascencio
Paz Soldán J. P.
Palomino y Salcedo Leonidas
Peña Enrique (Buenos Aires)
Pizarro José R. Gral.
Puente Benjamín (General)

Quintana Tobías N.
Quiroga Adolfo Dr.

Restrepo y Sanz Dr. (Colombia)
Ramírez Barinaga M. A. Dr.
Riva Agüero José Dr.
Reineri Carlos Rv. P.
Rodó Matilde
Romero Eleodoro Dr.
Rosay María e hijos
Ramos Liborio
Rodríguez José Enrique
Ráez Luis A.
Ritchie John
Rebagliati Raúl Dr.
Ruiz Albino José
Rojas Franco S.
Rey de Castro A. D.
Ramos Enrique del C.
Ramírez Carlos A. Dr.
Ramos Murga Bartolomé
Ruiz Bravo Pedro
Rosell E. (Cuzco)
Romero Sotomayor Salvador

Supr. Convento de La Merced
Supr. Colegio Recoleta
,, ,, Jesuítas
,, ,, S. Agustín
,, ,, Sto. Domingo
Supr. de la Congregación de los PP. Redentoristas
Supr. Colegio de la Merced
Solano Alberto
Soto Isaac
Sociedad de Ingenieros
Salazar C. R.
Segura José María
Samanez Juan Gmo.
Swayne y Mendoza Guillermo

Sevilla Ricardo Coronel
Shaw E. Alejandro Dr. (Buenos Aires)
Sousa Aurelio Dr.
Solar Amador Dr.
Sivirichi Francisco Dr.
Sotomayor M.
Seminario Manuel R.
Sánchez Rafael
Sánchez Luis Alberto

Tassara M.
Tassara Glicerio
Tudela y Varela Francisco Dr
Thol Juan Dr.
Talleri y Raineri Angela
Trillo A. V.
Torres Luis M.

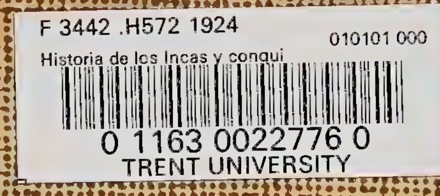
Ureta Alberto
U. y Chávez Moisés
Urteaga Raúl Rdo. P.
Ugarte Angel Dr.
Uceda C. E. Dr.
Ugarteche Tizón Pedro

Vara Cadillo Saturnino Dr.
Vegas García Ricardo
Varela y Orbegoso Luis Dr.
Villarán V. Manuel Dr.
Valdeavellano Fausto
Valdez de la Torre Carlos Dr.
Valcárcel Luis Dr.
Valdizán Hermilio Dr.
Vásquez y Romero S.

Wiesse Carlos Dr.
Webster Smith I.

Yuychud Moisés A.
Ynfante Luis C.

Zapata Ernesto
Zúñiga Andrés


F 3442 .H572 1924
010101 000
Historia de los Incas y conqui
0 1163 0022776 0
TRENT UNIVERSITY